

Narraciones extraordinarias

EDGAR ALLAN POE



NARRACIONES EXTRAORDINARIAS

EDGAR ALLAN POE

TRADUCCIONES ÍNTEGRAS DEL INGLÉS POR
MARÍA ELENA GERTNER
ALEJANDRA SCHMIDT
SUYAI RODRÍGUEZ



ZIG-ZAG CUENTO | VOLUMEN DOBLE



Índice de contenido

[Palabras preliminares](#)

[El gato negro](#)

[Los anteojos](#)

[Manuscrito encontrado en una botella](#)

[El corazón delator](#)

[Los asesinatos de la rue Morgue](#)

[El cuervo](#)

[El escarabajo de oro](#)

[Silencio](#)

[El entierro prematuro](#)

[Berenice](#)

[El barril de amontillado](#)

[El retrato ovalado](#)

[La verdad en el caso del señor Valdemar](#)

[La máscara de la muerte roja](#)

[El demonio de la perversidad](#)

[El pozo y el péndulo](#)

[La carta robada](#)

[La caída de la casa Usher](#)

[Ligeia](#)

[La caja oblonga](#)

[Metzengerstein](#)

[Morella](#)

[El cottage de Landor](#)

[Uno entre leones](#)

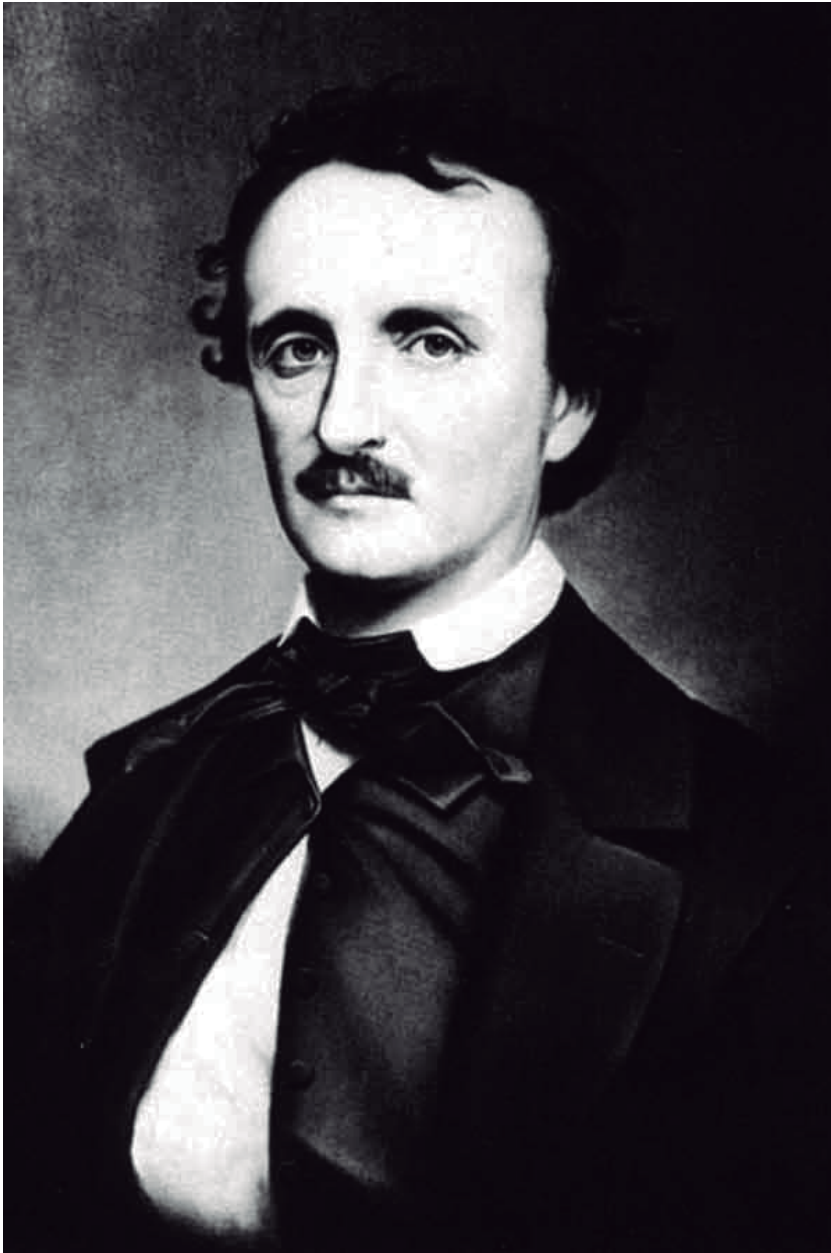
[Los dominios de Arnheim](#)

[La cita](#)

[El diablo en el campanario](#)

Palabras preliminares

Edgar Allan Poe y sus obras



Edgar Allan Poe nació en Boston el 19 de enero de 1809. Sus padres eran actores de teatro pobres y murieron pronto; el padre, ese mismo año, y la madre en 1811. Al quedar huérfanos, sus tres hijos se vieron obligados a separarse. Edgar tuvo la suerte de ser adoptado por John Allan, un rico comerciante, de quien tomó el apellido para hacerlo su segundo nombre. La nueva familia le permitió tener una infancia sin sobresaltos y recibir el afecto y la educación que su temprana sensibilidad requerían.

Tras establecerse con sus padres adoptivos en Inglaterra en 1815, el joven ingresa al colegio de Stoke Newington. Seis años después regresa a Estados Unidos, donde continúa sus estudios en Richmond. Allí conoce, a los 14 años de edad, a la madre de un condiscípulo, Helen Stanard, de quien se enamora tormentosamente.

En 1827 Poe se matricula en la Universidad de Virginia para estudiar Derecho. Está cumpliendo los deseos de su padre adoptivo y no los suyos, ya que al joven lo que realmente le interesa es la creación literaria. Aquel mismo año publicará su primera obra: *Tamerlán y otros poemas*.

A partir de entonces su conducta empieza a hacerse difícil. La mayoría de sus compañeros tenían un buen nivel social y económico, lo que empujaba a Edgar a exigir más medios y dinero de los que John Allan consideraba adecuados para su educación.

El conflicto estalla pronto. Poe se entrega al juego y al alcohol, el que ya no podrá abandonar. Y tanto por necesidad –pues está en apuros económicos– como por un último intento de imponerse una disciplina, el joven deja la universidad y se enrola, en 1829, en la Academia Militar de West Point.

Ese mismo año publica su segunda obra –*Al Aaraaf*– y no tarda en ser expulsado de West Point.

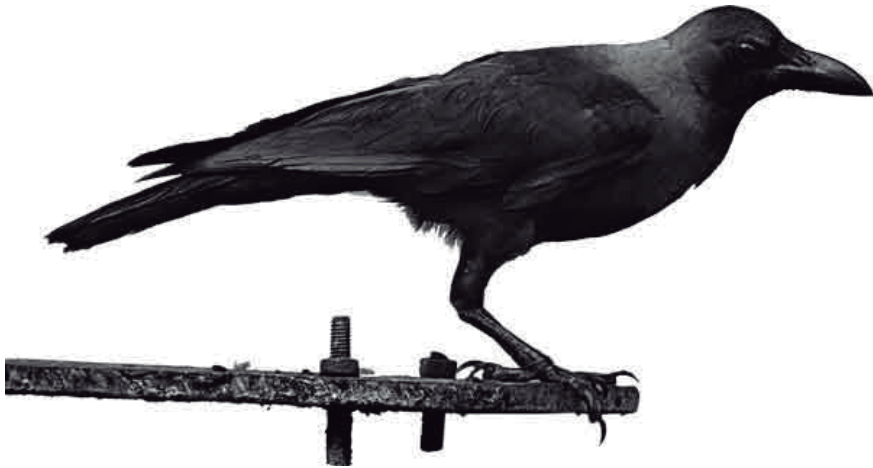
La obra

Luego de esta primera etapa de creación poética, Poe publica en 1832 su primer cuento, *Metzengerstein*, en el que ya se advierten las características de su genio.

Un buen año para el escritor es 1833. Obtiene el primer premio en el concurso de cuentos del *Baltimore Saturday Visiter* y publica “Manuscrito encontrado en una botella” (“MSS. Found in a Bottle”).

Dos años después está nuevamente sumido en la neurosis, las drogas y el alcohol, pese a que trabaja como redactor del Mensajero Literario del Sur, de Richmond. En 1836 se casa con su prima Virginia Clemm, de apenas trece años de edad. Ésta no le sobrevivirá, pues morirá dos años antes que Poe.

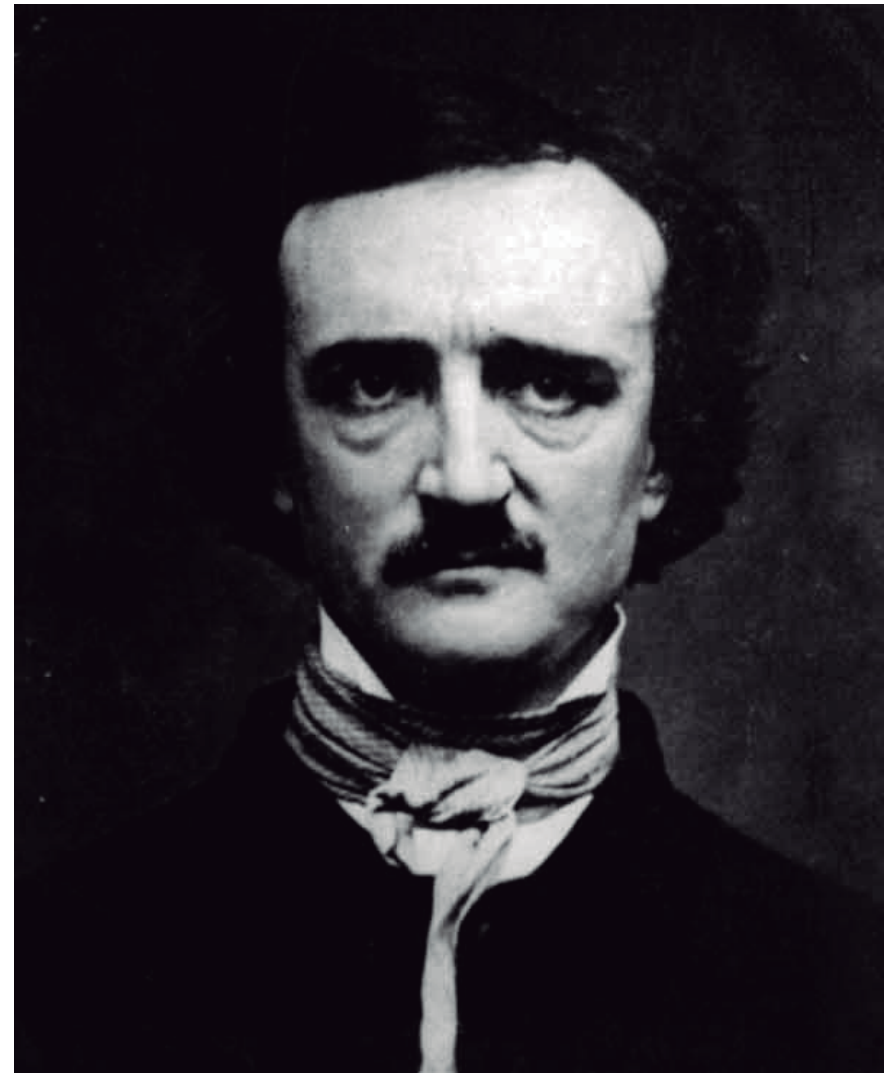
Hacia 1839 el escritor ya ha logrado darse a conocer y empieza a ser famoso. Ha publicado una novela: *Las aventuras de Arthur Gordon Pym* (*The narrative of Arthur Gordon Pym or Nentucket*, 1838) y “La caída de la casa Usher” (“The fall of the House of Usher”, 1839), relato al que seguirán, en 1840, los *Cuentos de lo grotesco y lo arabesco*.



En 1842 a Poe se lo encuentra como colaborador del *Messenger*, del *Burton's Magazine* y del *Evening Mirror*. Un año más tarde obtiene el primer premio en un concurso literario con su cuento “El escarabajo de oro” (“The golden bug”). Y al año siguiente deja el *Evening Mirror* para comprar el *Broadway's Magazine*, periódico que vende meses después agobiado por las deudas que le crea su adicción a las drogas y al alcohol.

En medio de esta desastrosa situación, Poe escribe y publica el más famoso de sus poemas: “El cuervo” (“The raven”, 1845). Desde entonces, y en los poquísimos años de vida que le restan, publicará cada año una obra notable: *La filosofía de la composición* (*The philosophy of composition*, 1846); *Narraciones extraordinarias*, 1847, libro en el que recopila sus mejores relatos; y *Eureka*, 1848, magnífico ensayo que pretende “abarcar y desentrañar todos los misterios y designios del universo”.

La muerte de su esposa, en 1847, consumida por la tuberculosis, hunde a Poe en una serie de terribles pesadillas, peores aún que las que le producen el alcohol y los estupefacientes.



Un esfuerzo sobrehumano le permite abandonar en 1848 el opio y el alcohol. Tal vez le da fuerzas para ello el haber reencontrado a Edelmira, su amor de adolescencia. Pero ya es tarde. El escritor muere en Baltimore un año después, el 7 de octubre de 1847.

Poe había intentado realizar, en la poesía de su tiempo, una verdadera revolución antirromántica. “No creo en la inspiración –escribía–. Todo poema debe nacer de un programa, de una elaboración más cercana de la ciencia que del corazón”. Pero su obra desmiente estas palabras. Ella nace, según Julio Cortázar, “más de la pasión que de la razón; y que, como en todo poeta, la inteligencia es allí

auxiliar de lo otro, de eso innombrable que ‘se agita en las profundidades’, como lo sintió Rimbaud”.

Pero no fue la creación lírica la que hizo famoso a Poe sino que sus relatos. En estos se combinan los más extraños razonamientos con lo fantasmagórico, lo misterioso, el horror y el crimen. Varias de sus obras, como, por ejemplo, “El escarabajo de oro” y, sobre todo, “Los asesinatos de la rue Morgue”, son consideradas precursoras de la novela policial.

José Manuel Zañartu

El gato negro

No espero ni me interesa que se dé crédito a la extraordinaria historia que voy a narrar. Sin embargo, pienso que mañana puedo morir y quisiera aliviar hoy mi acongojado espíritu. Por eso deseo mostrar al mundo lo que en apariencia no es más que una serie de acontecimientos domésticos y que, no obstante, por sus consecuencias me han aterrorizado y torturado. A pesar de todo, no trataré de esclarecerlos. Confieso que no me han producido otro sentimiento que el de horror, pero quizás a muchas personas les parecerán menos terribles. Tal vez más tarde haya una inteligencia que reduzca mi fantasía al estado de lugar común. Y posiblemente esa inteligencia, más serena, más lógica y menos excitable que la mía, encontrará en las circunstancias que relato, con terror, una serie normal de causas y de efectos naturales.

La docilidad y humildad de mi carácter sorprendieron desde mi infancia. Tan notable era la ternura de mi corazón, que había hecho de mí el juguete de mis amigos. Sentía una auténtica pasión por los animales, y mis padres me permitieron poseer una gran variedad de ellos. Casi todo el tiempo lo pasaba con mis animalitos y nunca me consideraba tan feliz como cuando les daba de comer o los acariciaba. Con los años aumentó esta particularidad de mi carácter, y cuando fui hombre hice de ella una de mis principales fuentes de alegría. Aquellos que han profesado afecto a un perro fiel no necesitarán explicaciones de la naturaleza o intensidad del bienestar que eso puede producir. En el amor desinteresado de un animal, en el sacrificio de sí mismo, hay algo que llega directamente al corazón del que frecuentemente ha comprobado la amistad mezquina, y la frágil fidelidad del hombre.

Me casé joven y tuve la suerte de hallar en mi esposa una disposición semejante a la mía. Habiéndose dado cuenta de mi afecto por esas criaturas, no perdió ocasión para regalarme ejemplares de diversas especies; tuvimos pájaros, un pez de color de oro, un magnífico perro, conejos, un mono pequeño, y... un gato.

Este último animal era muy fuerte y hermoso, completamente negro y de una sagacidad maravillosa. Mi mujer, que en el fondo era algo supersticiosa, comentando su inteligencia aludía a la antigua creencia popular que

consideraba a los gatos negros como brujas disimuladas. Esto no significa que hablara totalmente *en serio* sobre este particular y lo consigno solo por que lo recuerdo.

Plutón, así se llamaba el gato, era mi amigo predilecto. Únicamente yo le daba de comer y siempre me seguía por la casa; incluso me costaba trabajo impedirle que me siguiera por las calles.

Nuestra amistad subsistió algunos años. Tiempo durante el cual, mi carácter y mi temperamento, debo confesarlo, sufrieron una alteración funesta y radical. La causa fue el demonio de la intemperancia. Día a día me volví más taciturno, más irritable, más indiferente a los sentimientos ajenos. Llegué a emplear contra mi mujer un lenguaje brutal y, corriendo el tiempo, la afligí incluso con violencias personales. Por cierto, los pobres animales notaron el cambio que se había producido en mí. No solamente no les hacía el menor caso, sino que los maltrataba. Plutón era el único que me despertaba aún suficiente consideración como para no golpearlo. Por el contrario, no sentía ningún escrúpulo en castigar a los conejos y al mono, y también al perro cuando por casualidad o afecto se cruzaban en mi camino. La maldad iba apoderándose de mí cada vez más, como consecuencia de mis excesos alcohólicos. Andando el tiempo, el propio Plutón, que envejecía y, naturalmente, se ponía un tanto huraño principió a conocer los efectos de mi perversidad.

Una noche, al regresar a casa, completamente ebrio, de vuelta de uno de mis frecuentes escondrijos del barrio, me pareció que el gato evitaba mi presencia. Lo cogí violentamente, y él, asustado, me mordió la mano, ocasionándome una leve herida. Recuerdo que entonces se apoderó de mí un furor demoníaco. En aquel instante dejé de conocerme. Podría decirse que, de pronto, mi alma había abandonado mi cuerpo y una ruindad superdemoníaca se filtró en cada una de las fibras de mi ser. Del bolsillo de mi chaleco saqué un cortaplumas, lo abrí, atrapé al pobre animal por la garganta y, deliberadamente, le vacié un ojo. Me estremezco de vergüenza al evocar esta abominable atrocidad.

Cuando al amanecer recuperé la razón y se me disiparon los vapores alcohólicos, me sentí abrumado por una sensación mitad de horror y mitad de remordimiento por el crimen que había cometido. Pero no fue más que un sentimiento confuso, y volví a sumirme en los excesos, ahogando en el ginebra todos los recuerdos de mi siniestra acción.

El gato mejoró, entretanto, lentamente. La órbita del ojo perdido presentaba, por cierto, un aspecto espantoso. Sin embargo, él no parecía darse cuenta de ello. Según su costumbre iba y venía por la casa. Y, como debí suponerlo, en cuanto yo me aproximaba huía aterrorizado. Me quedaba aún algo de mi antiguo corazón y me afligía esta antipatía manifiesta en un ser que tanto había amado anteriormente. Pero esta aflicción no tardó en ser desalojada por la ira; para mi caída final e irrevocable brotó, entonces, el espíritu de la perversidad. Creo que la perversidad es uno de los impulsos primitivos del ser humano, una de esas indivisibles facultades que rigen, inicialmente, el carácter del hombre. ¿Quién no se ha sorprendido cometiendo una acción necia o vil, por la única razón de que sabía que no debía hacerla? ¿No tenemos una constante inclinación, pese a lo excelente de nuestro juicio, a violar la ley, simplemente porque comprendemos que es la LEY?

Sí, este espíritu de perversidad produjo mi ruina completa. El vivo e insondable deseo del alma de atormentarse a sí misma, de violentar su propia naturaleza, de hacer el mal por el amor al mal, me impelía a prolongar el suplicio que había infligido al inofensivo animal. Una mañana, a sangre fría, ceñí un nudo corredizo en torno a su cuello y lo ahorqué colgándolo de la rama de un árbol. Lo ahorqué con mis ojos llenos de lágrimas, con el corazón desbordante del más amargo remordimiento. Lo ahorqué porque sabía que me había amado, y reconocía que jamás tuve motivo alguno para encolerizarme con él. Lo ahorqué porque comprendía que al hacerlo cometía un pecado, un pecado mortal que comprometía mi alma hasta el punto de colocarla lejos, incluso, de la misericordia infinita de Dios.

En la noche siguiente al día en que realicé tan cruel acción, me despertó del sueño el grito de “¡fuego!” Ardían las cortinas de mi lecho y la casa era una gran hoguera. Mi mujer, mi criado y yo logramos escapar venciendo grandes dificultades. La destrucción fue total. Quedé arruinado y me entregué desde entonces a la desesperación.

No pretendo establecer relación alguna entre causa y efecto respecto a mi crueldad y el desastre; estoy por encima de tal debilidad. No obstante, me limito a dar cuenta de una cadena de hechos y no quiero omitir el menor eslabón. Visité las ruinas un día después del incendio. Excepto una, todas las paredes se habían derrumbado. Esta excepción la constituía un delgado

tabique interior, contra el cual se apoyaba la cabecera de mi lecho. Allí, la construcción había resistido en gran parte la acción del fuego, hecho que atribuí a que había sido reparada hacía poco. En torno a aquella pared se congregaba la multitud y numerosas personas la examinaban con gran atención. Excitaron mi curiosidad las palabras “extraño”, “singular”, y otras expresiones parecidas. Entonces me acerqué y vi, semejante a un bajorrelieve esculpido sobre la blanca superficie, la figura de un gigantesco gato. La imagen estaba copiada con exactitud prodigiosa. Rodeaba el cuello del animal una cuerda.

Apenas observé la aparición, porque no podía considerar aquello más que como una aparición, me sobrecogió una terrible mezcla de asombro y pánico. Por fin vino en mi ayuda la reflexión, y recordé que el gato había sido ahorcado en un jardín contiguo a la casa. A los gritos de alarma, este jardín fue invadido de inmediato por la muchedumbre y el animal debió ser descolgado por alguien y arrojado a mi cuarto por la ventana; sin duda con el propósito de despertarme. El derrumbe de las restantes paredes había comprimido a la víctima de mi crueldad en el yeso todavía fresco de la pared recién restaurada y la cal, en combinación con las llamas y el amoníaco del cadáver, plasmaron esa imagen tal como yo la veía.

Intenté satisfacer así mi razón, aunque no mi conciencia, en la que quedó una huella profunda del sorprendente caso. Durante varios meses no pude liberarme del fantasma del gato, nació en mi alma una especie de remordimiento. Llegué, incluso, a lamentar la pérdida del animal y a buscar, en torno a mí, en los miserables tugurios que frecuentaba, otro felino parecido que pudiera sustituirle.

Una noche, hallándome medio aturdido en un bodegón, llamó mi atención un objeto negro en lo alto de uno de los grandes barriles de ginebra y ron que componían el mobiliario más importante del lugar. Desde hacía algunos momentos observaba este tonel y me sorprendió no haber advertido lo que estaba colocado encima. Me acerqué y lo toqué. Era un gato negro enorme, tan corpulento como Plutón, al que se asemejaba en todo, salvo en un detalle: Plutón no tenía un solo pelo blanco en todo el cuerpo, pero éste poseía, aunque en forma indefinida, una señal de pelos albos, como un collar sobre el pecho.

Apenas lo toqué, se levantó repentinamente, ronroneando con fuerza, se restregó contra mi mano y pareció contento. Era el animal que buscaba. Me

apresuré a hablar con el dueño y le propuse que me lo vendiera. Pero él no manifestó interés alguno por el animal. No lo conocía, no lo había visto nunca.

Seguí acariciándolo; cuando me disponía a regresar a mi hogar el gato se mostró dispuesto a ir conmigo. Se lo permití y caminamos hacia mi casa. Cuando llegamos se encontró como si fuera en la suya y se convirtió, rápidamente, en el mejor amigo de mi mujer.

Sin embargo, muy pronto surgió en mí una inexplicable antipatía hacia él. Sucedió, precisamente, lo contrario de lo que yo había esperado. No sé cómo ni por qué ocurrió esto, pero su evidente ternura me enojaba, y casi me fastidiaba. Poco a poco estos sentimientos de disgusto y fastidio fueron aumentando hasta convertirse en la amargura del odio. Principié a evitar su presencia. Una especie de vergüenza, mezclada al recuerdo de mi crueldad, me impedía maltratarlo, y durante algunas semanas me abstuve de golpearlo o tratarlo con violencia. Pero gradual e insensiblemente llegué a sentir por él un horror indecible. En silencio, lo eludía, como si huyera de la peste.

Lo que me despertó abiertamente el odio por el animal fue el descubrimiento que hice a la mañana siguiente de haberlo llevado conmigo: como Plutón, también este gato había sido privado de uno de sus ojos. Esta circunstancia, en cambio, contribuyó a hacerlo más grato a mi esposa, quien, como ya he dicho, poseía esa ternura que en otro tiempo fue mi rasgo característico y el manantial de agrados sencillos y puros.

Pero el cariño que el gato me demostraba parecía crecer en razón directa a mi odio hacia él. Con tenacidad increíble seguía, constantemente, mis pasos, se ovillaba bajo mi sillón o, saltando sobre mis rodillas, me cubría con sus caricias espantosas. Si me levantaba, se metía entre mis piernas y casi me derribaba o bien trepaba por mis ropas, clavando sus largas y agudas garras en mi pecho. En esos instantes hubiera querido matarlo de un golpe pero me lo impedía el recuerdo de mi primer crimen. No; pero lo que me detenía, me apresuro a confesarlo, era un verdadero terror al animal.

Este miedo no era, positivamente, a un daño físico; sin embargo, es difícil definirlo de otro modo, y casi me ruboriza aceptarlo. Aun en esta celda de malhechor, me avergüenza declarar que el pánico que me inspiraba ese gato se había acrecentado a causa de una de las fantasías más perfectas que es posible imaginar.

No pocas veces mi mujer llamó mi atención respecto al carácter de la raya

blanca en torno al cuello, que constituía la única diferencia perceptible entre este animal y aquel que yo había asesinado. Aunque grande, tuvo primitivamente, como ya lo he dicho, una forma indefinida. Pero, gradualmente, pasando por diversas fases había adquirido una rigurosa nitidez de contornos.

En ese momento era la imagen de un objeto que me hace temblar, y me obliga a mirarlo como a un monstruo de horror y repugnancia. ¡Era la imagen de una cosa abominable y siniestra: *la horca*! ¡Máquina de espanto y crimen, de muerte y agonía!

Yo era, entonces, verdaderamente, un miserable, una bestia brutal. ¡Ay, ni de día ni de noche conocía ya la paz ni el descanso! Ni un solo instante, durante cada jornada, se alejaba de mí ese animal. A la hora de dormir, cuando salía de mis sueños llenos de inenarrable angustia, era tan solo para sentir el aliento tibio del gato en mi rostro, y su enorme peso que parecía gravitar, eternamente, sobre mi corazón.

Bajo tales tormentos sucumbió lo poco de bueno que quedaba en mí. Infames pensamientos se me hicieron íntimos. Las más sombrías, las más repugnantes ideas eran acariciadas por mi mente. La tristeza de mi humor se acrecentó hasta hacerme aborrecer todas las cosas y a la Humanidad entera. Mi mujer, sin embargo, no se quejaba nunca. Era siempre mi paño de lágrimas. La más paciente víctima de las repentinas y frecuentes e indomables furias, a las que ciegamente me abandoné.

Un día, por un quehacer doméstico, me acompañó al sótano del viejo edificio donde nuestra pobreza nos obligaba a vivir. Por los delgados peldaños de la escalera me seguía el gato, y cuando me hizo tropezar, me exasperó hasta la locura. Apoderándome de un hacha, y olvidando el espanto que había detenido hasta entonces mi mano, dirigí un golpe al animal. Habría sido mortal si lo hubiese alcanzado como quería. Pero mi mujer me detuvo. Esta intervención me provocó una rabia endemoniada. Liberé mi brazo y, sin pensarlo ni un segundo, le hundí el hacha en el cráneo. Mi esposa cayó muerta instantáneamente, sin exhalar ni un gemido.

Realizado el horrible asesinato, inmediata y resueltamente procuré esconder el cuerpo. Me di cuenta de que ni de día ni de noche lograría hacerlo desaparecer de la casa, sin que se enteraran los vecinos, y asaltaron mi mente varios proyectos. Por un instante pensé trozar el cadáver y enterrar los pedazos en el suelo. Después resolví cavar una fosa en el piso del

sótano. Luego decidí arrojarlo al pozo del jardín. Cambié de idea y opté por embalarlo en un cajón, como una mercancía y encargar a un mandadero que se lo llevase de casa, facturándolo a cualquier destino. Finalmente, me detuve ante un plan que consideré el más factible: determiné emparedarlo, como dicen que hacían en la Edad Media los monjes con sus víctimas.

El sótano parecía estar construido a propósito para este proyecto. Los muros no estaban levantados con el cuidado habitual y no hacía mucho tiempo habían sido cubiertos, en toda su extensión, por una capa de yeso que la humedad no dejó endurecerse. Existía, por otra parte, una saliente en uno de estos muros, producida por una chimenea artificial que quedó tapada. No dudé que me sería fácil quitar los ladrillos de aquel sitio, colocar allí el cadáver, y emparedarlo, de manera que ninguna mirada pudiera descubrir nada sospechoso.

No me engañé en mis cálculos; ayudado por una palanca, separé sin mayor dificultad los ladrillos. Luego coloqué el cuerpo contra la pared interior, y lo sostuve en esa postura, hasta restablecer, sin gran esfuerzo, toda la estructura a su estado primitivo. Tomando cuanta precaución es imaginable, me procuré una argamasa de cal y arena. Preparé una mezcla que no podía distinguirse de la primitiva, y cubrí cuidadosamente con ella el nuevo tabique.

Cuando terminé, acepté que todo había resultado perfecto. La pared no presentaba la más leve señal de arreglo. Con sumo cuidado barrí el piso y recogí los escombros. Miré, triunfante a mi alrededor, y me dije: “Por lo menos aquí, mi trabajo no ha sido infructuoso”.

En seguida, la primera idea fue buscar al felino causante de tan tremenda desgracia, porque, al fin, había resuelto matarlo. Si en aquel momento lo hubiera encontrado, nada habría evitado su destino. Pero parecía que el animal, ante la violencia de mi cólera, se había alarmado y procuraba no presentarse, desafiando, desde su refugio, mi furia. Es imposible describir o imaginar la intensa, la apacible sensación de alivio que trajo a mi corazón la ausencia de la detestada criatura. No se presentó en toda la noche, y ésta fue la primera que gocé desde su llegada a la casa. Dormí tranquila y profundamente. Sí, dormí con el peso de aquel asesinato en mi alma.

Transcurrieron el segundo y el tercer día. Mi verdugo no vino, y respiré una vez más como un hombre libre. En su terror, el monstruo se había alejado para siempre de aquellos lugares. Ya no volvería a verlo jamás, y mi

dicha era infinita. Me inquietaba muy poco la criminalidad de mi tenebrosa acción, aunque se abrió una especie de sumario que intentó ciertas averiguaciones. También se dispuso un reconocimiento pero, naturalmente, nada podía descubrirse. Yo daba por asegurada mi felicidad futura.

Al cuarto día de haber cometido el asesinato se presentó, inopinadamente, en mi casa un grupo de agentes de Policía, y procedió de nuevo a una rigurosa inspección. Confiando en lo impenetrable de aquel escondite, no experimenté turbación alguna.

Los agentes quisieron que los acompañara en su revisión, y fueron examinando hasta el último rincón de la casa. Por tercera o cuarta vez bajaron al sótano, lo cual no me alteró en lo más mínimo. Como el de un hombre que reposa en la inocencia, mi corazón latía pacíficamente. Recorrí el sombrío lugar de punta a punta, crucé los brazos sobre el pecho y me paseé indiferente de un lado a otro. Plenamente satisfecha, la Policía se disponía a abandonar la casa, pero era demasiado intenso el júbilo que yo experimentaba para que pudiera reprimirlo. Sentía la viva necesidad de decir una palabra, una palabra tan solo, a modo de triunfo, y hacer doblemente evidente la convicción de mi inocencia.

– Señores –dije, cuando los agentes subían la escalera– , es para mí una gran satisfacción haber desvanecido sus sospechas. Les deseo a todos ustedes buena salud... Vuelvan a verme. Tienen ustedes aquí una casa muy bien construida... –Apenas sabía lo que hablaba en mi desatinado afán de decir algo– . Puedo asegurarles que ésta es una edificación excelente. Estos muros... ¿Cómo? ¿Se van ustedes, señores? Estos muros están edificadas con una gran solidez...

Entonces, en una fanfarronada imbécil, golpeé con fuerza con mi bastón, precisamente sobre la pared tras la cual yacía mi esposa.

¡Ah, que Dios me proteja y me libre de las garras del demonio! Apenas se hundió en el silencio el eco de mis golpes, una voz respondió desde el fondo de la tumba. Era primero una queja velada, entrecortada como el sollozo de un niño. Después se convirtió en un gemido prolongado, sonoro y continuo, infrahumano; un alarido mitad de horror y mitad de triunfo, como solamente podría brotar del infierno. Me sentí desfallecer y, tambaleándome, caí contra la pared opuesta. Los agentes se detuvieron un instante en los escalones. La sorpresa y el pavor los habían dejado atónitos. Un momento después, doce brazos robustos derribaron la pared, que cayó a tierra de un golpe. El

cadáver, muy desfigurado ya, y cubierto de sangre coagulada, apareció rígido ante todos los presentes.

Sobre su cabeza, con las rojas fauces dilatadas, y llameando el único ojo, se posaba el terrible animal cuya astucia me llevó al asesinato, y cuyo aullido revelador me entregaba al verdugo. ¡Había emparedado al monstruo en la tumba!

Los anteojos

Hace algunos años estuvo de moda ridiculizar lo que llamamos el *flechazo* en el terreno del amor; pero los que saben pensar, así como los que sienten profundamente, siempre han abogado por su existencia. En efecto, los modernos descubrimientos, en lo que puede llamarse magnetismo, o estática magnética, nos ofrecen la comprobación de que los más naturales y, en consecuencia, más verdaderos e intensos afectos humanos, son los que brotan del corazón como por simpatía eléctrica. En otras palabras, que las más alegres y llevaderas cadenas sentimentales, son las que se remachan con una mirada. La confesión que me dispongo a hacer, añadirá uno más a los innumerables ejemplos de esta verdad.

El carácter de mi relato me obliga a ser bastante minucioso. Soy todavía muy joven; aún no he cumplido los veintidós años. Mi apellido, hoy día, es corriente, casi plebeyo: Simpson. Y digo “hoy día”, porque solo últimamente he comenzado a llamarme así. El motivo fue heredar un importante legado que me dejó un pariente lejano llamado Adolphus Simpson. La condición para recibir dicha herencia fue que adoptara legalmente el nombre del testador; el nombre de familia, no el de pila. Mi nombre de pila es Napoleón Bonaparte. Más exactamente, estos son mis nombres de pila primero y segundo.

Acepté el apellido Simpson con cierta repugnancia, porque el mío, el verdadero, Froissart, tiene razones para un perdonable orgullo, pensando en fundar mi descendencia desde el inmortal autor de las Crónicas. Además, y dicho sea de paso, a propósito de apellidos puedo mencionar coincidencias muy singulares en los nombres de mis predecesores inmediatos.

Mi padre era monsieur Froissart, de París. Su esposa, mi madre, con quien se casó cuando ella tenía quince años, era una señorita Croissart, hija mayor del banquero Croissart, cuya mujer, que solo contaba con dieciséis años al casarse, era hija de Víctor Moissart. Monsieur Moissart, casualidad rara, contrajo matrimonio con una señorita del mismo apellido, Mademoiselle Moissart. Ella, también era una chiquilla cuando se casó y asimismo su madre, Madame Moissart, que no tenía más de catorce años cuando fue conducida al altar. Estos matrimonios tempranos son corrientes en Francia.

Tenemos, por lo tanto, en línea de descendencia directa: Moissart, Voissart, Croissart, y Froissart. El último, mi propio apellido, aunque como ya he explicado, por disposición legal, se ha convertido en Simpson.

En cuanto a mis prendas personales, no me faltan. Al contrario, pienso que tengo buena figura, y poseo lo que el noventa por ciento de la gente llama un rostro atractivo. Soy alto, mi cabello es negro y rizado, y mi nariz es regular. Mis ojos son grandes y pardos y, aunque en realidad mi vista es débil, nadie sospecharía el menor defecto en mi mirada. Esta debilidad, sin embargo, siempre me ha molestado mucho, y he acudido a todos los remedios posibles para suprimirla, salvo usar lentes. Por ser un joven de agradable presencia, naturalmente me desagradan, y me he negado siempre a usarlos. No conozco nada que desfigure tanto un semblante, e imprima en todas las facciones un aspecto de gazmoñería, o de santurronería y envejecimiento, como el que dan las gafas. También otorgan un aire de exagerada suficiencia y afectación, de modo que he procurado la forma de arreglármelas siempre sin ellas. Quizás sean excesivos estos pormenores, puramente personales, sin mayor importancia. Bastará con añadir que mi temperamento es arrebatado, ardiente, entusiasta, y que toda mi vida he sido un devoto admirador de las mujeres.

Una noche del pasado invierno, entré en un palco del teatro, acompañado de un amigo, el señor Talbot. Era una noche de ópera y se anunciaba una atracción muy notable, así es que el teatro estaba muy concurrido. Llegamos a tiempo para ocupar los asientos de primera fila que nos habían reservado, aunque para sentarnos en ellos tuvimos que abrírnos paso a codazos.

Durante un par de horas mi amigo, que era un auténtico melómano, fijó toda su atención exclusivamente en el escenario, en tanto que yo me distraje observando el auditorio, compuesto por la flor y nata de la ciudad.

Tras satisfacerme en este punto, iba a volver mis ojos hacia la *prima donna*, cuando vi una figura que había escapado a mi atención.

Aunque viva mil años, jamás podré olvidar la intensa emoción con que miré a esa persona. Era la mujer más exquisita que había contemplado. Tenía vuelto el rostro hacia el escenario, en tal forma que durante unos minutos no pude ver nada de él; pero toda su estampa era *divina*; no hay palabras para expresar sus magníficas proporciones, y aún este vocablo me parece ridículamente débil cuando lo escribo.

La magia de las bellas formas en las mujeres, el embrujo del encanto

femenino, han sido siempre para mí una fuerza a la que no he podido resistir. Pero en *aquella mujer* se encarnaba la gracia más pura. Era el bello ideal de mis delirantes fantasías.

Aquella silueta, que en su mayor parte podía ver gracias a la construcción del palco, era de estatura algo superior a la común, y casi llegaba a lo majestuoso. La cabeza, de la cual solo era visible la parte posterior, rivalizaba en contorno con la de la griega Psíquis, y estaba casi al descubierto, aún cuando llevaba un elegante sombrero de *gaza aerienne*¹, que me hizo evocar el *ventium textilem*² de Apuleyo. El brazo derecho se apoyaba en la balastrada del palco, y hacía estremecer todos los nervios de mi cuerpo con su exquisita simetría. Su parte superior estaba cubierta con una de esas mangas abiertas y sueltas, hoy tan en boga, que apenas le llegaba al codo. Debajo llevaba otra tela sutil, muy ceñida, terminada en un puño de rico encaje que le caía graciosamente sobre la mano: esa mano de la que quedaban al descubierto únicamente los delicados dedos, en uno de los cuales brillaba una sortija de diamantes de extraordinario valor. La admirable redondez de su muñeca quedaba realzada por un brazalete también adornado y cerrado por un magnífico broche de piedras preciosas, que me hablaban, a la vez, de la riqueza y del buen gusto de quien las llevaba.

Media hora por lo menos estuve contemplando aquella regia aparición, y durante aquel tiempo sentí toda la fuerza de lo que se ha contado con respecto al *flechazo* en el terreno del amor. Mis sentimientos eran enteramente diferentes a todo cuanto había experimentado hasta entonces. Era algo inexplicable, que me veo obligado a considerar como magnética simpatía de alma a alma; algo que parecía encadenar no solo mi vista, sino también mis facultades de pensar y sentir. Advertí, sentí, y supe que estaba profundamente enamorado, irrevocablemente enamorado, y ello aun antes de ver el rostro de la mujer amada. Tan intensa era, en efecto, la pasión que me consumía, que tuve la certeza de que mermaría muy poco, si esto era posible, si las facciones de su rostro no me mostraran más que unos rasgos vulgares. De tal modo es anómala esta naturaleza del amor por *flechazo* y tan poco depende de las condiciones exteriores que parecen gobernarlo y crearlo.

Mientras me hallaba absorto en la contemplación de esa visión hechicera,

cierto alboroto entre el público le hizo volver levemente la cabeza, de modo que pude ver todo el perfil. Su belleza excedía a todo cuanto yo había supuesto, pero algo me desconcertó, sin que pudiera explicarme exactamente qué era. Mis sentimientos mostraron menos arrobamiento, pero más profundo entusiasmo. Aquel estado de ánimo lo originaba, quizás, el aire de madonna del rostro. Sin embargo, al pensarlo más, comprendí que no era solo este detalle. Existía algo más; un misterio que yo no podía descubrir, y que aumentaba mi interés. En realidad me hallaba en ese estado del alma que predispone a un hombre joven y enamorado a cometer cualquier extravagancia. Si esa dama hubiera estado sola, yo habría entrado en su palco, y le hubiese declarado mi amor, arriesgándome a cuanto pudiera suceder. Afortunadamente, la acompañaban un caballero y una mujer de notable hermosura, quien, según parecía, era unos años más joven que ella.

Hilvanaba mil planes para ser presentado a la mayor de las dos damas y, por el momento, ver su belleza con más claridad. Hubiera querido cambiar mi localidad por otra más cercana a ella, pero esto era imposible porque el teatro estaba abarrotado. Además, las severas exigencias de la moda habían prohibido el uso de gemelos en el teatro; lo prohibían terminantemente. Por fin, se me ocurrió hablarle a mi amigo.

—Talbot, usted tiene gemelos de teatro —le dije—. Préstemelos.

—¿Gemelos de teatro? ¡No! —exclamó, alarmado—. ¿Qué supone que pueda hacer yo con unos gemelos de teatro? —Y acto seguido se volvió impaciente para mirar hacia el escenario.

—Talbot —insistí yo, apoyando una mano en su hombro—. ¿Quiere escucharme? ¿Ve usted ese palco de proscenio? ¡No, el de la derecha! ¿Ha visto en su vida una mujer más hermosa?

—Efectivamente es muy hermosa —contestó él.

—¿Quién será?

—¡En el nombre del cielo! ¿Es que no sabe quién es? No conocerla demuestra que tampoco usted es persona conocida. Se trata de la célebre Madame Lalonde, la belleza del día par excellence, y tema principal de todas las conversaciones en la ciudad. Es viuda, e inmensamente rica... Un buen partido. Acaba de llegar de París.

—¿Usted la conoce?

—Sí, me cabe ese honor.

—¿Puede presentármela?

—Desde luego. Para mí será un placer. ¿Cuándo quiere que se la presente?

—Mañana; a la una me reuniré con usted en la calle B...

—Muy bien. Y ahora hágame el favor de callarse, si es posible.

Me vi obligado a obedecer a Talbot, porque él se mostró totalmente sordo a una nueva pregunta, y durante el resto de la velada atendió exclusivamente lo que estaba sucediendo en el escenario.

Mientras tanto, yo tenía mis ojos clavados en Madame Lalande, y al fin tuve la suerte de verla de frente. Su rostro era exquisitamente bello; esto ya me lo había dictado mi corazón. No obstante, una vez más experimenté esa sensación que me desconcertaba. Finalmente, deduje que todos mis sentidos estaban impresionados por un aire de gravedad, tristeza, o más bien de lasitud, que empañaban la frescura de su semblante, aunque solo para dotarle de seráfica ternura y majestad. Esto, naturalmente, se duplicaba por mi temperamento romántico.

Mientras así recreaba mi vista, noté con gran emoción, y por imperceptible gesto de la dama, que de pronto había advertido la intensidad de mis miradas. Una vez más quedé totalmente fascinado y no pude apartar de ella los ojos ni un instante. Se volvió levemente, y de nuevo no vi más que el cincelado contorno de la parte posterior de su cabeza. Pasados unos minutos, como si se sintiera impulsada por la curiosidad de comprobar si yo todavía la estaba observando, lentamente fue girando el rostro, y otra vez se tropezó con mi ardiente mirada. Bajó instantáneamente sus grandes ojos negros, y un intenso rubor cubrió sus mejillas. Pero lo que me llenó de asombro y perplejidad fue ver que no volvió únicamente la cabeza, sino que tomó de su cintura unos pequeños gemelos, los alzó, ajustó... y luego me observó con ellos, atenta y deliberadamente, por espacio de unos minutos.

Si un rayo hubiera caído a mis pies, no me habría quedado tan aturdido; solo aturdido, no ofendido ni disgustado, en absoluto, aunque una acción tan atrevida, en otra mujer, probablemente me habría molestado. Pero ella lo hizo todo con tanta calma, con tanta naturalidad, con tan evidente gesto de perfecta educación, que no se la podía acusar de ningún descaro, y mis únicos sentimientos fueron de admiración.

Apenas comenzó a mirarme con los gemelos, pareció satisfecha con su examen de mi persona, y ya los retiraba de sus ojos, cuando, como si lo hubiese pensado dos veces, volvió a enfocarme, observándome con más

atención, quizás por espacio de cinco minutos.

Aquella acción tan extraordinaria, ejecutada en un teatro americano, llamó la atención de todo el mundo, y se produjo cierto revuelo y cuchicheos entre el público, que durante unos instantes me llenaron de confusión. En cambio no produjeron ningún efecto visible en el semblante de Madame Lalande.

Tras satisfacer su curiosidad, bajó los gemelos y miró tranquilamente hacia el escenario. Ya no veía más que su perfil, igual que antes. Seguí contemplándola ininterrumpidamente, aún cuando me daba perfecta cuenta de mi falta de cortesía. Entonces noté que su cabeza, muy lentamente, cambiaba de posición, y pronto llegué a convencerme de que la dama, aún cuando fingía mirar hacia el escenario, continuaba escrutándome atentamente. Supongo que no necesito explicar el efecto que aquel proceder causó en mi exaltado ánimo.

Después de haberme examinado de aquel modo, quizás durante un cuarto de hora, el bello objeto de mi pasión se dirigió al caballero que se hallaba a su lado, y mientras hablaba con él, me percaté claramente, por las miradas de ambos, de que se referían a mí. Al término de la breve conversación, Madame Lalande giró nuevamente hacia el escenario, y pasaron unos minutos en que pareció muy interesada en la representación. Sin embargo, luego de unos momentos, mi emoción aumentó terriblemente, al verla ajustar una vez más los anteojos que pendían de su cintura, mirarme cara a cara, como había hecho antes, y sin hacer caso de los murmullos de la gente, inspeccionarme de arriba abajo, con la maravillosa compostura que ya había deleitado y turbado mi alma.

Aquella actitud me sumió en un intenso delirio de amor, y sirvió más para enardecerme que para desconcertarme. En la loca intensidad de mi pasión, lo olvidé todo, menos la presencia de la majestuosa belleza que tenía ante mí. Esperé la oportunidad, y cuando me pareció que el público estaba completamente distraído por la representación, atraje la mirada de Madame Lalande, y le dirigí un ligero pero inequívoco saludo.

Ella se ruborizó, miró hacia otro lado y después, lenta y cautelosamente, observó en torno a sí, para comprobar si mi temerario gesto había sido notado y a continuación se inclinó hacia el caballero que estaba junto a ella.

Entonces me di cuenta perfectamente de la incorrección que acababa de cometer, y no esperé nada menos que una inmediata explicación, a la vez que, por mi cerebro, pasaba rápidamente la visión de unas pistolas a la

mañana siguiente.

Sin embargo, a continuación me sentí muy aliviado, al ver que la dama le entregaba al caballero el programa de la función, sin decirle una sola palabra. Y ahora, procure el lector formarse una idea de mi asombro, de mi fantástico asombro, de mi delirante arrebato del alma, cuando luego de mirar furtivamente en rededor, dejó ella que sus ojos resplandecientes se posaran en los míos, y con una sonrisa que descubría las blancas perlas de sus dientes, hizo dos claros aunque leves movimientos afirmativos con la cabeza.

No vale la pena que insista acerca de mi dicha, de mi arrobamiento. Si alguna vez enloqueció un hombre por exceso de felicidad, ese hombre fui yo en aquellos momentos. Amaba. Era mi primer amor..., un amor supremo, indescriptible. Era un amor por flechazo, y por flechazo también era apreciado y correspondido.

¡Sí, correspondido! Cómo iba a dudarlo ni un solo instante. Qué otra interpretación podía dar a aquel proceder por parte de una mujer tan bella, rica, refinada, con educación superior, con tal elevada posición social, tan respetable en todo sentido, como era Madame Lalande. Sí, ella me amaba, correspondía al impulso de mi amor con otro impulso tan ciego, tan firme, tan desinteresado, y tan incondicional como el mío. Estas deliciosas fantasías quedaron interrumpidas por la caída del telón. El público se puso de pie, y acto seguido se produjo el habitual bullicio. Dejé precipitadamente a Talbot, y empleé todos mis esfuerzos para abrirme paso y colocarme lo más cerca posible de Madame Lalande. No habiendo podido lograrlo a causa de la muchedumbre, tuve que renunciar a mi persecución, y dirigí los pasos hacia mi casa. Consolé mi decisión con el pensamiento de que a la mañana siguiente sería presentado a ella en debida forma, gracias a los buenos oficios de mi amigo Talbot.

Finalmente amaneció, tras una larga noche de impaciencia. Y entonces las horas, hasta la una, fueron pasando con lentitud desesperante. Cuando no se extinguía el eco del reloj anunciando la una, corrí hacia la calle B... y pregunté por Talbot.

—No está —me respondió el lacayo a su servicio.

—¿Cómo que no está? —interrogué sorprendido—. Permítame que le diga, amigo mío, que eso es completamente imposible y absurdo. El señor Talbot no puede haber salido. ¿Por qué dice usted eso?

—Solo porque no está en casa. Inmediatamente después de almorzar, tomó el coche para ir a S... Avisó que no regresaría hasta dentro de una semana.

Me quedé petrificado por el estupor y la ira. Finalmente di media vuelta, lívido de cólera e interiormente mandando al infierno a toda la estirpe de los Talbot. Era evidente que mi amigo había olvidado nuestra cita apenas la habíamos concertado. Nunca cumplía con su palabra muy escrupulosamente y no existía forma para corregirlo. Reconociendo esto, calmé mi indignación tanto como me fue posible, y vagué por las calles, malhumorado, haciendo preguntas inútiles sobre Madame Lalande a los conocidos que encontraba. Comprobé que todos la conocían de oídas, muchos de vista, pero como hacía escasas semanas que se hallaba en la ciudad, eran pocos los que afirmaban tratarla personalmente. Éstos, eran aún relativamente extraños para ella, y no podían, o no querían, tomarse la libertad de presentarme con las formalidades que requería semejante visita. Mientras yo me desesperaba conversando con un trío de amigos sobre la causa de mi tormento, ocurrió que la persona de quién hablábamos pasó muy cerca de nosotros.

—¡Por mi vida, ésa es! —exclamó uno de mis amigos.

—¡Maravillosamente bella! —expresó otro.

—¡Como un ángel! —afirmó el tercero.

—Miré y en el carruaje que avanzaba hacia nosotros lentamente, calle abajo, iba sentada la deslumbrante dama de la ópera, acompañada por la señorita que estaba con ella en el palco.

—La que va a su lado también es elegantísima —comentó el primero de mis amigos.

—Es asombrosa. Su aspecto aún es magnífico, pero no olvidemos que el arte obra maravillas. Parece más atractiva que hace cinco años, cuando la vi en París. ¿No le parece a usted, Simpson?

—¿Todavía? —pregunté asombrado—. ¿Y por qué no habría de serlo? Comparada con su amiga, parece una lámpara de aceite junto a una estrella de la tarde, una mariposa de luz comparada con Antares.

Uno de ellos rió a carcajadas, y luego dijo: —Simpson, tiene usted el maravilloso don de hacer descubrimientos... y por cierto, muy originales.

A continuación nos separamos, en tanto que otro principió a canturrear un alegre vaudeville, del que solo capté estos versos:

—*¡Ninon, Ninon, Ninon, à bas!*

À bas Ninon de L'Enclos! ³

Durante aquella escena, hubo algo que me reconfortó, aunque avivó aún más la pasión que me consumía. Al pasar el coche de Madame Lalande junto a nuestro grupo, noté que ella me había reconocido, no solo esto, sino que me favoreció con la más exquisita de todas las sonrisas imaginables.

En cuanto a ser presentado a ella, tuve que abandonar toda esperanza; al menos durante el tiempo en que Talbot se le ocurriera permanecer en el campo.

Comencé a frecuentar asiduamente los lugares famosos de diversión pública y, por fin, en el teatro donde la había visto por primera vez, tuve la suerte de hallarla, e intercambiar nuevamente mis miradas con las suyas. Pero esto ocurrió al cabo de dos semanas. Entre tanto, diariamente preguntaba por Talbot, en su casa, y recibía el eterno “todavía no ha regresado” de su lacayo; sentía que volvía a invadirme la indignación.

En aquella velada, por lo tanto, me encontraba próximo a la locura. Me habían dicho que Madame Lalande era parisiense y que había llegado recientemente de París. ¿Regresaría a Francia antes de que Talbot volviera del campo? ¿No la perdería entonces para siempre? Esa idea, que no podía soportar fue la que me impulsó a actuar con viril decisión. Apenas terminó la representación teatral, seguí a la dama hasta su casa, anoté la dirección y, a la mañana siguiente, le envié una larga y meditada carta, en la que volqué todo mi corazón.

Me expresaba de ella audazmente, con pasión y libertad. No le oculté nada, ninguna de mis flaquezas, aludí a las románticas circunstancias de nuestro primer encuentro, y hasta a las miradas que se cruzaron entre nosotros. Me atrevía a decirle que estaba seguro de su amor y, al mismo tiempo le ofrecía esa seguridad y la intensidad de mi afecto, como disculpa a mi imperdonable proceder. Como tercera excusa, le hablé de mi temor a que pudiera abandonar la ciudad antes de que yo consiguiera la oportunidad para una presentación formal. Y concluí la más vehemente epístola de amor jamás escrita, con una franca descripción de mi posición social, de mis bienes y mi proposición matrimonial.

Con angustiosa espera aguardé la respuesta. Y después de lo que me pareció el transcurso de un siglo, llegó por fin.

Sí, “realmente” llegó. Recibí, en efecto, una carta de Madame Lalande; la

hermosa, la idolatrada Madame Lalande. Como buena francesa, había obedecido a los sinceros dictados de su razón, a los generosos impulsos de su naturaleza, despreciando las afectadas gazmoñerías del mundo. No había desdeñado mis proposiciones; no se había encerrado en el silencio; no me había devuelto mi carta sin abrirla. Por el contrario, me enviaba una respuesta escrita con sus propias manos, en la que decía lo siguiente:

“El señor Simpson me perdonará que no escriba correctamente la hermosa lengua de su país, o al menos que no lo haga tan bien como en la mía. Hace muy poco tiempo que vine aquí, y no he tenido oportunidad de estudiarla. Sea ésta mi excusa a la forma en que le digo esto, caballero: ¡Ay de mí! El señor Simpson ha adivinado sobradamente toda la verdad. ¿Cabe agregar algo? ¿No he dicho yo más de lo que debiera decir?”

Eugenia Lalande”.

Besé un millón de veces aquella nota y cometí por su causa otras mil extravagancias que ya han huido de mi memoria. ¡Pero Talbot no regresaba! Si hubiera podido formarse la más vaga idea del padecimiento que su ausencia me producía ¿no habría corrido inmediatamente a mi lado para consolarme? Le escribí y me contestó. Le retenían urgentes negocios, y estaría pronto de vuelta. Me rogaba que no fuera impaciente y que moderase mis impulsos, que leyera libros de tema calmante, que no abusara de las bebidas alcohólicas... ¡y que llamara en mi ayuda al consejo de la filosofía! ¡Necio! Ya que él no podía venir ¿por qué no me enviaba una carta de presentación? Volví a escribirle, implorándole que me la mandara cuanto antes. Esta última misiva me la devolvió el lacayo, con las siguientes palabras escritas al dorso del sobre; el muy bribón se había ido al campo con su amo.

“Salió de S... ayer, con dirección desconocida. No dijo a dónde iba ni cuándo volvería. He reconocido su letra, y como usted siempre tiene prisa, me ha parecido mejor devolverle su carta. Sinceramente suyo. Stubbs”.

Después de esto, no será necesario decir que deseé los peores castigos para amo y criado, aunque de poco me servía la indignación, y quejarme no era un consuelo. No obstante me quedaba un recurso: mi natural audacia. Hasta entonces me había servido mucho, y decidí ponerla en juego. Además, después de la correspondencia intercambiada entre Madame Lalande y yo, ¿qué falta de corrección podía cometer, dentro de ciertos límites, que ella pudiera juzgar improcedente? Desde que recibí su carta había adquirido el

hábito de rondar su vecindad, y así descubrí que a la hora del crepúsculo solía dar un paseo, acompañada únicamente por un negro de librea, por una plaza pública. Allí, entre las frondosas y casi oscuras alamedas, bajo la pálida luz de un suave atardecer de verano, me acerqué a ellos.

Para desorientar al sirviente, lo hice con toda la naturalidad de un antiguo conocido. Ella, con la presencia de ánimo de una auténtica parisiense, comprendió inmediatamente mi treta, y para saludarme me ofreció la mano más adorablemente pequeña que sea posible imaginar. El criado quedó atrás en seguida, y entonces, con el corazón rebosante de alegría, pudimos conversar extensamente y sin reservas sobre nuestro amor.

Dado que Madame Lalande hablaba inglés con menor facilidad que como lo escribía, preferimos hablar en francés. En aquella dulce lengua, tan adecuada para expresar la pasión amorosa, di rienda suelta al impetuoso entusiasmo de mi naturaleza y, con toda la elocuencia de que pude disponer, le rogué que consintiera en nuestro inmediato matrimonio.

Al darse cuenta de mi impaciencia, ella sonrió. Puso como pretexto el decoro social. Yo había cometido la gran imprudencia de haber hecho público, entre mis amigos, el deseo de relacionarme con ella, lo que significaba que aún no la conocía, y no habría manera de ocultar la fecha en que se iniciaban nuestras relaciones. Luego, me hizo notar, sonrojándose, lo demasiado reciente de esa fecha. Casarnos en seguida sería impropio, sería outré⁴. Todo esto lo explicaba con un aire de naiveté⁵ que me arrebatava, y al mismo tiempo me apenaba y me convencía. Llegó a acusarme, riendo, de precipitación y de imprudencia. También me hizo notar que, en realidad, yo no sabía quién era ella ni su familia ni su posición en la sociedad. Me rogó que lo meditara, y calificó mi amor de apasionamiento, de fuego fatuo, de obra inestable, más de la fantasía que del corazón; de capricho momentáneo. Todo aquello lo decía mientras las sombras del atardecer caían más y más a nuestro alrededor y luego, con un suave apretón de su mano, derribaba en un dulce instante el edificio de argumentos que ella misma había levantado.

Le respondí insistiendo en la adoración profunda y la admiración que me inspiraba. Para terminar, me extendí con enérgica convicción en los peligros que acechaban el cauce del amor verdadero, que se desliza sin dificultades, y de aquí deduje el manifiesto riesgo de prolongar innecesariamente la situación en que nos encontrábamos.

Este último argumento pareció, al fin, suavizar el rigor de su determinación. Pero todavía quedaba un obstáculo, que estaba segura de que yo no había tomado debidamente en cuenta. Se trataba de un punto delicado, y al mencionarlo tenía que sacrificar sus sentimientos, aunque por mí, ella no repararía en ninguna clase de sacrificios. Aludía a la cuestión de la edad. ¿Yo me daba cuenta? ¿Había advertido claramente la diferencia que existía entre nosotros? El hecho de que la edad del marido excediera en varios años a la edad de la mujer, era considerado por todo el mundo como admisible, e incluso conveniente. Pero ella siempre había mantenido la creencia de que los años de la esposa nunca deben exceder a los del marido. ¡Una diferencia de esa clase, frecuentemente, por desdicha, originaba una vida de infelicidad. Eugenia entendía que mi edad no pasaba de los veintidós años, en cambio yo, por el contrario, parecía ignorar que los años de ella sobrepasaban muchísimo ese número!

En todo aquello, mi amada mostraba una nobleza de alma, una digna sinceridad que me deleitaba y me encadenaba a ella para siempre.

—Mi amadísima Eugenia —dije— ¿qué importancia tiene lo que estás diciendo? Tus años son algo más que los míos. Pero, ¿qué importa esto? Las costumbres del mundo no son sino necedades convenidas. Para los que se aman como nosotros, ¿en qué puede diferenciarse una hora de un año? Yo tengo veintidós, de acuerdo; en realidad, ya casi tengo veintitrés. En cuanto a ti, no tendrás más de... de...

Al llegar a aquel punto me detuve, esperando que Eugenia me interrumpiera, comunicándome su edad. Pero una francesa raramente habla en forma inequívoca en tales ocasiones, y siempre dispone de alguna hábil escapatoria verbal. En nuestro caso, durante unos momentos pareció buscar algo que decir, y finalmente dejó caer sobre la hierba una miniatura que yo recogí.

—Guárdala —ordenó ella, con una de sus más fascinantes sonrisas—. Guárdala como recuerdo mío de este momento, como recuerdo de la que está ahí retratada y demasiado favorecida. En el dorso podrás descubrir la información de lo que parece interesarte. Ahora se está haciendo de noche, pero mañana podrás examinarla con calma. Mis amigos preparan a estas horas una reunión musical, y también te prometo la asistencia de un buen cantante. Nosotros los franceses no somos tan remilgados como los norteamericanos para estas cosas, y por lo tanto no tendré dificultad en

presentarte, en esta reunión, como un antiguo conocido.

Diciendo esto se cogió de mi brazo, y la acompañé hasta su casa. La residencia era hermosísima, amueblada con muy buen gusto. Sin embargo, no me siento autorizado para juzgar a fondo, ya que cuando llegamos era de noche, y en las casas norteamericanas, aun en las más elegantes, no se encienden las luces mientras dura el calor del verano, pasado el anochecer. Hasta cerca de una hora después de mi llegada, hubo solo un quinqué con pantalla en el salón principal y según logré apreciar con esta iluminación ostentaba un gran refinamiento y esplendor. Las salas contiguas, donde la concurrencia se reunía preferentemente, permanecieron toda la velada en agradable penumbra.

Madame Lalande no había exagerado el talento musical de sus amigos, y el canto que allí pude escuchar fue superior a cuanto se oía fuera de Viena. Los intérpretes de las partituras con instrumentos eran varios, de gran talento. Las cantantes resultaron excelentes.

Finalmente, al cabo de pedírselo encarecidamente, Madame Lalande se puso de pie. Decidida, sin afectación, abandonó la *chaise longue* donde se hallaba sentada a mi lado y acompañada por dos caballeros y su amiga de la Opera se dirigió al salón en el que se ubicaba el piano. Yo quería acompañarla, pero comprendí que, dadas las circunstancias, lo mejor era quedarme inadvertido donde me hallaba. Así, me vi privado del placer de verla, ya que no de oírla cantar.

La impresión que causó en la concurrencia tuvo algo mágico. Pero el efecto que a mí me produjo fue aún más intenso. Sin duda dependía, en parte, del sentimiento de amor que me invadía y de mi convicción sobre la extremada sensibilidad de la cantante, porque no es posible que arte alguno pueda comunicar a un aria o a un recitado expresividad más apasionada que la de ella. Sus notas bajas eran maravillosas. Su voz abarcaba tres octavas que se extendían desde el “re” contralto hasta el “re” sobreagudo, subiendo y bajando en escalas, cadencias y fioriture. En el final de *La Sonámbula* produjo un efecto notable al cantar: “*¡Ah, non giunge uman pensiero, al contento ond’io son pena.*”

Al levantarse del piano, después de aquellos milagros de ejecución vocal, ocupó nuevamente su lugar a mi lado. Le expresé el más hondo deleite que había experimentado ante su ejecución. Pero de mi asombro nada dije, aún cuando estaba atónito; lo estaba, porque cierta nota de debilidad o, más bien,

una trémula inflexión que surgía en su voz al conversar, jamás me habrían autorizado a sospechar que podía atacar con éxito esas partituras.

Nuestra conversación fue larga, vehemente, interrumpida y sincera. Me pidió que le relatara algunos episodios tempranos de mi vida, y escuchó atenta, casi conteniendo la respiración, todas las palabras de lo que le narré. No oculté nada, porque comprendía que no tenía derecho a ocultar nada a su confiado afecto. Alentado por su franqueza en el delicado asunto de la edad, me extendí en los pormenores de mis defectos, e hice plena confesión de mis flaquezas morales y físicas. Hablé de mis imprudencias en los días de colegio, mis extravagancias, mis juergas, mis deudas, y mis amoríos. Tampoco dejé de mencionar la tos que en cierta época me había molestado, el reumatismo crónico hereditario, y, para concluir, la desagradable y odiosa, aunque cuidadosamente ocultada, flaqueza de mi vista.

—Sobre este último punto —sostuvo Eugenia, sonriendo—, has cometido una verdadera indiscreción al confesarlo. Habría jurado que nadie podía acusarte de ese defecto. —Se detuvo, y, a pesar de las penumbras, creí que sus mejillas subían de color. Luego añadió—: ¿No recuerdas, *mon cher ami*, estos pequeños anteojos auxiliares que ahora cuelgan de mi cuello?

Al decir esto, jugueteaba con los gemelos que me habían producido tanta confusión en la Ópera.

—Naturalmente que me acuerdo... —exclamé, oprimiendo la delicada mano que ofrecía aquellos anteojos para mi examen.

Eran una complicada joya, afiligranada y cuajada de piedras preciosas, que, aún bajo la escasa luz de la estancia, noté que debía ser de mucho valor.

—*¡Eh, bien, mon ami!* —continuó diciendo, con cierto *emprèssement*⁶ que no dejó de sorprenderme—. *¡Eh, bien, mon ami!* Me has pedido un favor que has calificado de inapreciable; me has pedido mi mano, para mañana, sin más tardanza. ¿Podría yo pedirte un favor a cambio? ¿Un favor muy pequeño?

—*¡Dímelo!* —exclamé con vehemencia—. *¡Dímelo, amada mía, Eugenia mía!* *¡Dímelo!* Pero... ¿para qué? *¡Ya está concedido, antes de que lo expreses!*

—Entonces, *mon ami*, tienes que vencer por amor a tu Eugenia, ese ligero defecto que acabas de confesar, esa debilidad más moral que física, que no calza con la nobleza de tu espíritu, que es incompatible con la sinceridad de tu carácter, y que si alcanzara mayor incremento, tarde o temprano podría

causarte un serio disgusto. Por amor a mí, debes vencer esa afectación que te inclina a ocultar el defecto de tu vista. ¡Niegas virtualmente ese defecto al rechazar el empleo de los medios para corregirlo! Comprenderás que lo que te pido es que uses anteojos. ¡Y no me digas que no, porque ya has consentido en hacerlo, por mi amor! Acepta estos gemelos; aunque no tienen un valor extraordinario como joya son un auxiliar admirable para la vista. Por medio de una ligera modificación, así..., o así, se pueden adaptar a los ojos, o llevarlos en el bolsillo del chaleco...

Debo confesar que aquella petición me turbó un poco. Pero la condición que se le unía hizo imposible toda vacilación.

—¡Concedido! —exclamé, con el mayor entusiasmo que pude reunir en aquel instante—. Concedido. Sacrificaré por ti todas mis objeciones. Ahora guardaré estos anteojos aquí, sobre mi corazón y con las primeras luces de la mañana, esa mañana que me dará el derecho a llamarte mi esposa, me los pondré sobre la nariz, y así los usaré, en la forma menos romántica, menos elegante, pero sin duda más útil, como tú lo desees.

La conversación giró luego sobre nuestras disposiciones para el día siguiente. Supe, por mi amada, que Talbot acababa de regresar a la ciudad. Debía ir a visitarlo en seguida y procurarme un carruaje. *La soirée* no terminaría antes de las dos de la mañana y en aquella hora el vehículo tendría que hallarse ya en la puerta de la casa. Entonces, aprovechando el bullicio de la partida de los invitados, Eugenia podría entrar fácilmente el coche sin que nadie lo notara. Inmediatamente nos iríamos a casa de un sacerdote que nos estaría esperando; allí nos casaríamos, nos despediríamos de Talbot, y acto seguido emprenderíamos un viaje al Este, dejando que el mundo elegante hiciera los comentarios que le vinieran en gana. Luego de planificar esto, me despedí, y fui en busca de Talbot. Pero en el camino no resistí la tentación de examinar la miniatura, lo que hice con ayuda de los lentes. ¡El rostro era de una belleza extraordinaria! ¡Qué ojos tan radiantes..., qué altiva nariz griega..., qué abundantes y negros cabellos! ¡Ah!, dije para mí, lleno de pasión, ésta es en efecto la viva imagen de mi amada! Miré el reverso, y descubrí las palabras: “*Eugenia Lalande, a la edad de veintisiete años y siete meses*”.

Encontré a Talbot en su domicilio y rápidamente lo puse al tanto de mi buena suerte. Como era natural, Talbot manifestó asombro extraordinario y me felicitó, cordialmente, ofreciéndome toda la ayuda que pudiera

prestarme. En una palabra: cumplimos todos nuestros preparativos al pie de la letra, y a las dos de la madrugada, diez minutos después de la ceremonia, me encontré en un coche cerrado con madame Lalande, valga decir, con la señora Simpson, dirigiéndonos velozmente hacia las afueras de la ciudad.

Habíamos decidido que efectuaríamos nuestra primera parada en C..., aldea que se hallaba a unas veinte millas de la ciudad. A las cuatro en punto, el coche se detuvo ante la puerta de la hospedería principal del pueblo, y ordené que nos sirvieran inmediatamente un desayuno. Entre tanto, nos hicieron pasar a una salita privada.

Era ya casi de día, y al mirar, lleno de arrobamiento, al ángel que tenía a mi lado, se me ocurrió repentinamente la idea de que era aquella la primera ocasión, desde que conocía a Eugenia, en que podría disfrutar de una inspección a su belleza a plena luz.

—Y ahora, *mon ami* —dijo ella, tomándome una mano e interrumpiendo mis pensamientos—, ahora, puesto que he accedido a tus apasionadas súplicas, y cumplí mi parte en nuestro acuerdo, supongo que no habrás olvidado que tú también me debes una pequeña promesa. Recuerdo perfectamente las palabras que pronunciaste anoche: “Sacrifico por ti todas mis objeciones. Ahora guardaré estos anteojos aquí, sobre mi corazón, y con las primeras luces de la mañana, esa mañana que me dará el derecho a llamarte mi esposa, me los pondré sobre la nariz, y así los usaré, en la forma menos romántica, menos elegante, pero sin duda más útil, como tú lo desees.”

—Esas fueron exactamente mis palabras —repliqué—. Tienes una excelente memoria, Eugenia mía, y te aseguro que no tengo la menor intención de faltar a la insignificante promesa que encierran.

Y tras disponer los cristales en forma de anteojos, los coloqué adecuadamente en su posición. Por su parte, la señora Simpson se ajustó el sombrero, cruzó los brazos y permaneció sentada en su sillón, adoptando una postura envarada y relamida.

—¡Cielo santo! —exclamé, en cuanto los lentes cabalgaron sobre mi nariz—. ¿Qué ocurre con estos anteojos...?

Quitándomelos rápidamente, los limpié afanosamente, con un pañuelo de seda y volví a ajustármelos. Pero si en el primer momento había ocurrido algo que me había llenado de sorpresa, en seguida esta sorpresa se convirtió en asombro; un asombro extremado, inmenso, escalofriante. En nombre de todas las cosas horribles de este mundo... ¿qué era aquello? ¿Podía dar

crédito a lo que estaba viendo? ¿Era... eso... *colorete*? ¿Y esas... eran *arrugas*? ¿Arrugas en el rostro de Eugenia Lalande? ¡Oh, por Júpiter! ¿Qué..., qué había pasado con sus dientes? Arrojé los anteojos al suelo, mudo de terror, mirando cara a cara a la señora Simpson con los brazos puestos en jarra, riendo sarcásticamente.

—Bien, señor—, dijo, después de observarme de pies a cabeza durante unos momentos—. ¿Qué le ocurre? ¿Le ha atacado el baile de San Vito? ¿O es que no le gusto?

—¡Miserable! —exclamé, conteniendo la respiración—. ¡Tú..., usted..., usted no es más que una vieja bruja!

—¿Vieja? ¿Bruja? No soy tan vieja al fin y al cabo, puesto que no he pasado un día de los ochenta y dos.

—¡Ochenta y dos años! —grité, tambaleándome y retrocediendo hasta la pared—. ¡Ochenta mil demonios! ¡La miniatura decía veintisiete años y siete meses!

—Sin duda alguna eso es verdad. Pero ese retrato fue pintado hace más de cincuenta años. Cuando me casé con mi segundo esposo, monsieur Lalande, me hizo ese retrato la hija de mi primer marido, monsieur Moissart.

—¿Moissart?

—Sí, Moissart —se burló ella, imitando mi pronunciación francesa, que no era muy buena—. ¿Qué sabe usted sobre Moissart?

—¡Nada! No sé nada de él, pero yo tuve un antepasado que se apellidaba así...

—¿Y tiene algo que decir de ese apellido? ¡Es muy respetable! Como también lo es Voissart. ¡Sí, ese es otro apellido importante! Mi hija, mademoiselle Moissart, se casó con Monsieur Voissart, y ambos apellidos son respetabilísimos.

—¿Moissart y Voissart? —interrogué atónito—. ¿Qué está diciendo?

—¡Estoy diciendo Moissart y Voissart, y además quiero decir Croissart y Froissart. La hija de mi hija, mademoiselle Voissart, se casó con monsieur Croissart, y luego, la nieta de mi hija mademoiselle Croissart, se casó con monsieur Froissart. Y supongo que no objetará usted que éste es igualmente un apellido distinguido.

—¡Froissart! —musité, sintiendo que comenzaba a desmayarme—. ¿En verdad usted ha dicho Moissart, Voissart, Croissart, y Froissart?

—Exactamente —asintió, tendiéndose en el sofá—. Moissart y Voissart,

Croissart y Froissart. Desgraciadamente, Froissart era lo que se llama un estúpido, un auténtico estúpido que abandonó la belle France para venir a esta insulsa América. Aquí, según he oído decir, tuvo un hijo tan estúpido como él, llamado Napoleón Bonaparte Froissart, pero usted reconocerá que este nombre es también honorable.

Ya sea por su extensión o por su naturaleza, este pequeño discurso produjo una gran pasión en la señora Simpson, y cuando terminó de hablar, saltó de su sillón como una persona embrujada, esparciendo por el suelo una enorme cantidad de rellenos que se desprendieron de sus ropas. Ya en pie, mostró sus desnudas encías, y concluyó la función quitándose el sombrero y con él una valiosa peluca de rizos negros y, allí mismo, sobre postizos y rellenos, en una especie de arrebato de cólera, bailó un fandango.

Yo me había hundido en el sillón que ella acababa de abandonar, repitiendo alelado: —Moissart y Voissart, Croissart y Moissart...—. De pronto, no pude contener un grito: —¡Napoleón Bonaparte Froissart! ¡Ése soy yo! ¡Escúcheme bien, vieja serpiente, ése soy yo! ¿Lo oye? ¡Yo soy Napoleón Bonaparte Froissart! ¡Y que el infierno me condene eternamente! ¡Acabo de casarme con mi tatarabuela!

Madame Eugenia Lalande, *quasi* Simpson, antes Moissart, era ni más ni menos que mi tatarabuela. Había sido muy hermosa, y aún a los ochenta y dos años conservaba la talla majestuosa, el escultórico perfil y los bellos ojos de su juventud. Con estas cualidades, el blanco de perla, el cabello y los dientes postizos, y con la ayuda de las más hábiles modistas de París, se las había arreglado para cumplir un digno papel entre las bellezas un *peu passées*² de la metrópoli francesa. En este aspecto, podía considerársela como el doble de la famosa Ninon de L'Enclos.

Era inmensamente rica, y al quedar viuda por segunda vez, y sin hijos, se acordó de mi existencia en América. Con el propósito de hacerme su heredero, decidió visitar Estados Unidos, en compañía de una sobrina lejana de su segundo marido, incomparablemente bella, la admirable madame Stephanie Lalande.

En el teatro, mi presencia llamó fuertemente la atención a mi tatarabuela, y después de examinarme con los anteojos, quedó impresionada al notar que guardábamos cierto parecido de familia.

Interesada por esta razón, y sabiendo que el heredero al que buscaba vivía

en la ciudad, procuró informarse acerca de mí. El caballero que la acompañaba me conocía de vista y le dijo quién era yo. Dicha información la indujo a repetir su examen con los anteojos; aquel examen que me enardecí y me llevó a comportarme de la manera ya referida. Entonces fue cuando ella me devolvió el saludo, pensando que, por alguna circunstancia imprevisible, yo había descubierto su identidad. Cuando, engañado por la debilidad de mi vista y los encantos de la singular dama, pregunté a Talbot quién era ella, mi amigo imaginó que me refería a la belleza más joven, o sea a Stephanie Lalande, y por eso me informó que se trataba de la famosa viuda madame Lalande.

Al día siguiente, mi tatarabuela se encontró con Talbot, antiguo conocido suyo en París, y la conversación se refirió a mi persona. En esa ocasión quedaron explicados los defectos de mi vista, que ya eran muy comentados, aunque yo siempre tratara de ocultarlos; y la buena anciana comprendió, con pena, que estaba engañada al suponer que yo acababa de descubrir nuestros lazos familiares. Lo único que había hecho era la tontería de cortejar abiertamente, y en un teatro, a una anciana desconocida. Entonces quiso castigarme por aquella imprudencia y tramó todo el plan con Talbot.

En cuanto a mis investigaciones callejeras acerca de la hermosa viuda Lalande, supusieron que me refería a la joven, más claramente a Stephanie Lalande. De este modo se explica la conversación con aquellos tres amigos y su alusión a Ninon de L'Enclos.

En la velada musical, mi necia obstinación en no usar lentes fue lo que me impidió descubrir su edad. Cuando madame Lalande fue invitada a cantar se trataba de Stephanie, la joven, y mi tatarabuela, para completar el engaño, se levantó simultáneamente para acompañarla hasta el piano. En consecuencia, la voz que tanto admiré era la de madame Stephanie Lalande. No será necesario añadir que los cristales de los anteojos que usaba la anciana dama, ella misma los había cambiado por otros que se adaptaban mejor a mis años y que se ajustaron perfectamente a mi vista.

El sacerdote, que no había hecho sino fingir aquel fatal enlace, era un amigo de Talbot y no un auténtico clérigo. Un hombre muy astuto que después de quitarse la sotana para vestir de librea condujo el coche de alquiler que transportó a la *feliz pareja* fuera de la ciudad. Talbot tomó asiento junto a él. Los dos pillastres estaban de acuerdo, y por una ventana entreabierta de aquella salita de la hostería se divirtieron con el *desenlace*

del drama. Pienso que me veré obligado a desafiarlos a los dos.

A pesar de todo, no soy el marido de mi tatarabuela, y pensarlo me proporciona un infinito desahogo. Pero soy el marido de madame Lalande. Sí, de madame Stephanie Lalande, con quien, la anciana Eugenia, al mismo tiempo que me ha declarado su único heredero, se ha tomado la molestia de emparejarme.

En conclusión, se terminaron para mí las cartas de amor y jamás volverá alguien a verme sin mis anteojos.

Manuscrito encontrado en una botella

*Qui n'a plus qu'un moment à vivre, n'a plus rien à dissimuler.*⁸

Quinault: Atys.

Con respecto a mi patria y a mi familia es poco lo que puedo contar. Los malos tratos, y el correr de los años, me alejaron de ambas. Sin embargo, la fortuna que heredé me permitió adquirir una educación fuera de lo común; esta educación, unida a cierta tendencia contemplativa de mi espíritu, me capacitó para dar un orden metódico a los primeros estudios que fui acumulando. Especialmente me deleitaron las obras de los moralistas alemanes, pero no por una admiración equivocada a su elocuente locura, sino por la facilidad con que mi forma rigurosa de pensar me capacitaba para descubrir sus falsedades. A menudo me criticaron por lo árido de mis juicios, me juzgaron como si fuera un crimen por mi falta de imaginación, y el escepticismo de mis opiniones me puso siempre en evidencia. En efecto, mi profunda afición por la filosofía naturalista había impregnado mi espíritu con el error, muy común en esos tiempos, de atribuir a todas las circunstancias los principios empíricos de dicha ciencia, y reconozco que no podría haber existido una persona menos apta que yo para salir de los rígidos moldes de la *verdad* y dejarse arrastrar por los fuegos fatuos de la superstición. Creo conveniente esclarecer esto, para que la historia que voy a narrar no sea confundida con un simple desvarío de la fantasía.

Después de pasar mucho tiempo en un ir y venir por tierras extranjeras, en 18... emprendí un nuevo viaje, desde el puerto de Batavia en la rica y populosa isla de Java, el que recorrería todo el archipiélago. Me embarqué como pasajero, y sin más aliciente que una inquietud que me obsesionaba. El navío era un buque de unas cuatrocientas toneladas, recubierto de cobre y construido en Bombay. Iba fletado con algodón de rama, aceite de las islas Laquedivas, bonote⁹, azúcar de palma, aceite de manteca clarificada, cocos y algunas cajas de opio. Dicha carga fue mal estibada y en consecuencia el lastre resultaba insuficiente.

Recuerdo que zarpamos con un ligero soplo de viento, y por algunos días navegamos a lo largo de la costa oriental de Java, sin hallar nada que hiciera

variar la monotonía. Pero una tarde en que me encontraba acodado a bordo en la popa de la embarcación, observé una nube muy singular que se deslizaba hacia el noroeste. Me pareció muy notable, no solo por ser la primera que divisaba desde nuestra salida de Batavia, sino también por su color. La contemplé atentamente hasta la puesta del sol, y de pronto la vi extenderse de este a oeste en el horizonte, como una delgada cinta de vapor que podía confundirse con una costa baja. En seguida me llamó la atención la luna pardo-rojiza, y el cambio repentino del mar, cuyas aguas se volvieron por instantes más y más transparentes, a tal punto que podía distinguir perfectamente el fondo. Repentinamente el aire se hizo insoportablemente cálido, cargado de exhalaciones espirales como las que emanan de un fierro candente. Luego, al llegar la noche, desapareció hasta el más ínfimo soplo de viento y sobrevino una calma absoluta. La llama de bujía, encendida allí, en la popa, ardía sin el menor movimiento y un cabello sostenido entre el índice y el pulgar podía colgar inmóvil, sin la menor vibración.

Pese a que el capitán aseguró que no advertía ninguna indicación de peligro, cuando íbamos derivando en dirección a la costa mandó aferrar las velas y arriar el ancla. No se apostó a ningún vigía, pero la tripulación, compuesta en parte por malayos, comenzó a tenderse, deliberadamente, sobre la cubierta. Entonces yo bajé, tragándome un presentimiento de desgracia. Todas las apariencias me anunciaban la proximidad de un *simún*. Le hablé al capitán de mis temores, y él se alejó evitando una respuesta.

Mi intranquilidad aumentaba, impidiéndome dormir, y cerca de la medianoche subí a cubierta. Al afirmar el pie en el primer peldaño de la escalera de toldilla, escuché un ruido fuerte, zumbante, semejante al que producen las revoluciones de una rueda de molino y antes de que intentara descubrir su significado noté que el centro del barco se estremecía. Luego, una violenta oleada de espuma estalló por encima de nosotros, volcándonos sobre un costado, barriendo todas las cubiertas.

Lo cierto es que a la furia de esta ráfaga se debió en gran medida la salvación de la nave. Los mástiles habían sido lanzados por encima de la borda y pese a estar completamente anegada, después de bambolearse de un costado al otro, logró nivelarse y ponerse a flote.

Es imposible explicar el milagro que me hizo escapar de la muerte. Ignoro cuánto tiempo estuve aturdido, y al recobrarme me vi aprisionado entre el

estambor y el timón. Con mucha dificultad me levanté; y al observar a mi alrededor me sobrecogió la idea de que estábamos girando entre rompientes; un gigantesco y terrorífico remolino de agua y montañas de espuma nos envolvían. De pronto escuché la voz de un anciano sueco que se había embarcado con nosotros. Lo llamé, desesperado, y lo vi avanzar, vacilante, desde la popa. Al acercarnos, descubrimos que éramos los únicos sobrevivientes del siniestro. El capitán y los pilotos debían haber perecido mientras dormían en sus camarotes, inundados por el agua, y el resto de la gente atrapado por las olas. Solos, el viejo y yo, era muy poco lo que podíamos hacer para poner a salvo el buque y cualquier esfuerzo parecía inútil ante la certeza de que íbamos a hundirnos.

Nuestro cable se había partido como un bramante en el primer soplo del huracán y navegábamos con espantosa velocidad, mientras montañas de agua iban y venían por sobre nosotros. La estructura de la popa estaba parcialmente destrozada y no existía lugar en el que no tuviéramos averías. Pero, con satisfacción, verificamos que las bombas no se hallaban atascadas y que el cargamento permanecía en su sitio.

Durante cinco días y cinco noches, en los cuales el alimento consistió en una porción de azúcar de palma, nuestro casco voló a una velocidad que desafiaba todo cálculo, contra rachas de viento que se sucedían intermitentemente y que sin alcanzar la fuerza del huracán, eran más horribles que todas las tempestades que yo había visto en mi vida.

Nuestro rumbo, durante los primeros cuatro días, fue sudeste y sur, con insignificantes variaciones y, de este modo, podríamos haber ido a parar a las costas de Nueva Holanda. Al quinto día la temperatura disminuyó en extremo. El sol salió con un tinte opaco y amarillento y descendió en el horizonte con una luz indecisa, aunque no existían nubes. El viento seguía soplando con furia constante. Hacia lo que podíamos calcular era ya el mediodía, ese sol no era más que un fulgor sin reflejos, una luz pálida. Y poco antes de extinguirse en el horizonte, pareció despojado de su fuego. Cuando se hundió en el océano no era más que un tenue círculo color de plata.

En vano esperamos la llegada del sexto día. Este día, para mí, no ha llegado aún y para el viejo sueco no llegará jamás. Desde el instante en que desapareció la ínfima luz del sol, dejó de amanecer. Las espesas tinieblas nos amortajaron, y la eterna noche continuó envolviéndonos. El temporal

aumentaba, pero ya no era posible descubrir la espuma y la resaca. En torno a nosotros todo era desierto de ébano, lleno de horror y tristeza.

Un miedo supersticioso invadía al anciano sueco y yo me sentía abrumado por un angustiante asombro. Olvidamos todo cuidado del buque, y asidos al trozo que quedaba del palo de mesana, mirábamos sin ver hacia el negro océano. No disponíamos de ningún medio para calcular el tiempo ni el sitio por el que navegábamos a ciegas. Pero aún así estábamos convencidos de ir avanzando hacia el sur, y nos extrañaba el hecho de no tropezar con las acostumbradas barreras de hielo. Entretanto, cada minuto que transcurría nos parecía que iba a ser el último de nuestras vidas. El oleaje excedía a cuanto yo podía imaginar y era un milagro que no nos hundiéramos. Tratando de animarnos, hablábamos de lo liviano de nuestra carga y de las excelencias del barco, mientras íntimamente nos preparábamos para la muerte que ya no podía tardar más de una hora. En algunos instantes, al ascender, alcanzábamos la altura en que vuela el albatros, nos costaba respirar y luego nos envolvía el vértigo en la velocidad del descenso a ese infierno líquido, con el aire estancado, envueltos en un dantesco silencio.

Nos hallábamos en el fondo de uno de esos abismos, cuando estalló un grito de mi compañero:

—¡Mire, mire...! ¡Dios Todopoderoso, mire...!

Mientras el sueco lanzaba exclamaciones de asombro, pude distinguir el fulgor de una luz roja que se extendía desde lo alto y arrojaba un resplandor incierto sobre la cubierta. Entonces miré hacia arriba y pude ver un espectáculo que congeló la sangre en mis venas: a una altura aterradora, sobre el borde de la pendiente de agua, y suspendido exactamente arriba de nosotros, había un buque gigantesco, de por lo menos cuatro mil toneladas. Aunque se alzaba en la cima de una ola que tenía más de cien veces su altura, las dimensiones de este navío sobrepasaban a las de cualquier buque de la Compañía de Indias. El enorme casco era negro y no mostraba ninguna de las entalladuras en los bajeles, propias de un barco normal. Una hilera de cañones de bronce emergía de sus abiertas portañolas, mostrando en sus pulidas superficies los fulgores de innumerables faroles de combate. Lo que más me impactó era que navegaba a toda vela, desafiando la furia de aquel mar sobrenatural y de la tempestad ingobernable. Durante unos segundos de intenso terror, se detuvo, como si estuviera disfrutando de su magnificencia, y en seguida se estremeció, se bamboleó y se vino abajo.

Ignoro cómo logré dominarme. Me retiré, tambaleante, hacia la popa, y aguardé la catástrofe que nos hundiría definitivamente. Nuestro navío había dejado de luchar y se hundía de proa. Entonces, el choque de la mole que se precipitó, me impulsó hacia arriba con irresistible violencia sobre el aparejo del fantástico buque. Cuando caí, el navío se había levantado al paio, y viró de bordo. A la confusión que se produjo, atribuí el escapar de la atención de los tripulantes. Sin mayores dificultades logré deslizarme por la escotilla principal y ocultarme.

Es muy difícil explicar por qué actué de ese modo. Una indefinible sensación de pavor se apoderó de mí al ver a los tripulantes de ese buque. Nada me instaba a acercarme a esa gente que, a primera vista, solo me inspiraba dudas, temores y aprensión, y busqué un escondite en la cala. Desde el lugar en que me hallaba oculto escuché un ruido de pasos; eran débiles y vacilantes. No alcanzaba a ver el rostro del hombre, pero observé su aspecto general, en el que se manifestaban la enfermedad y la vejez. Vacilaban sus piernas y su cuerpo temblaba íntegramente; refunfuñaba, para sí, en voz baja, musitando palabras en un idioma que no entendí. Buscó algo a tientas en un rincón; sus gestos tenían la displicencia de la infancia y la solemne dignidad de un dios. Pasado un rato subió a cubierta y ya no lo vi más.

*

Un sentimiento, al cual no le encuentro un nombre adecuado, se está apoderando de mi alma; es una sensación que no admite análisis; una sensación a la que resulta inútil aplicar cualquiera lección aprendida en el pasado, y a la que creo que tampoco el futuro podría ofrecer clave alguna. Para un espíritu con la formación del mío, esta última consideración es una enorme desgracia. Sin embargo, no es raro que no logre definir con conceptos precisos lo que me ocurre, ya que todo tiene su origen en fuentes absolutamente nuevas. Sí... un nuevo sentido..., una entidad desconocida se va añadiendo a mi alma.

*

Hace ya mucho tiempo que pisé la cubierta de este buque aterrador y los rayos de mi destino se van concentrando en un foco: ¡estos individuos incomprensibles! Enfrascados en sus meditaciones que yo no logro adivinar, pasan a mi lado sin reparar en mi presencia. Tratar de ocultarme sería una locura, ya que ellos *no me quieren ver*. Hace poco rato me detuve ante un

tripulante, y luego me atrevía a entrar en el camarote del propio capitán. De allí tomé los materiales con que escribo, y con los que de vez en cuando proseguiré este diario. Aunque no tengo medios para hacerlo llegar al mundo, no dejaré de intentarlo. Posiblemente introduciré el manuscrito en una botella y la arrojaré al mar.

*

Ha ocurrido un incidente que me ha dado ocasión para meditar: todo lo que está ocurriendo ¿es obra de una casualidad ingobernable? Me arriesgué a subir al puente y me tendí en el fondo de un bote, sin llamar la atención de nadie. Mientras pensaba en lo singular de mi destino, maquinalmente, iba pintarrajando con una brocha con alquitrán los cantos de una arrastradera cuidadosamente plegada, que se hallaba sobre un barril junto a mí. Esta arrastradera se inclina ahora sobre el buque y los impensados pincelazos de la brocha han dibujado una palabra: DESCUBRIMIENTO.

Últimamente he examinado la estructura del navío. Pese a que está bien armado, evidentemente no es un buque de guerra. Su construcción enjarciatura y equipo general, impiden suponerlo. Sí, comprendo fácilmente lo que no es, pero temo que jamás lograré descifrar lo que es. Al contemplar su enorme tamaño, el excesivo conjunto de su velamen, la severa proa y la anticuada popa, experimenté una sensación imprecisa que me hace retroceder al pasado, y por mi mente cruzan como relámpagos los recuerdos de antiguas crónicas extranjeras de siglos muy lejanos.

También he examinado el maderamen del buque. ¡Es muy raro! La madera me parece inadecuada por su excesiva porosidad, considerada al margen del carcinoma producido por la navegación por estos mares, y el deterioro causado por la antigüedad. Aunque parezca una observación muy sutil, esta madera tiene todas las características del roble español, si este roble pudiera ser conservado con procedimientos artificiales. Al leer lo que acabo de escribir, evoco a un experimentado y curtido navegante holandés. Cuando alguien dudaba de la veracidad de sus historias, él solía decir: —Esto es cierto, como que hay un mar donde el buque aumenta de tamaño como el cuerpo viviente del marino.

Hace una hora me mezclé con un grupo de tripulantes, me detuve entre ellos y, una vez más, no vislumbraron mi presencia. Sin excepción, todos ostentaban las huellas de una tremenda vejez. Sus rodillas temblaban, sus espaldas estaban encorvadas por la decrepitud, la piel arrugada por mil

surcos y la voz trémula y cascada; sus ojos relampagueaban con una luz postrera, mientras los albos cabellos se les agitaban bajo el viento. En torno a ellos, a cada lado de la cubierta, vi antiquísimos instrumentos de cálculo.

Mencioné una arrastradera no hace mucho. Desde aquel instante el buque ha continuado su rumbo directo hacia el sur, con velámenes empaquetados, avanzando en medio del infierno de agua más espantoso que pueda concebir una mente humana. Ahora acabo de abandonar el puente donde se me hace difícil permanecer de pie, aún cuando la tripulación no parece afectada en modo alguno. Considero el más increíble de los milagros que la gran mole que es esta embarcación no sea tragada por el mar. Sin duda estamos condenados a navegar permanentemente sobre el borde de la Eternidad, sin zambullirnos jamás en el abismo. Continuamos deslizándonos por encima de olas gigantescas, con la misma facilidad que una gaviota, y estas aguas colosales levantan sus cabezas igual que demonios amenazadores a los que les está prohibido destruirnos. Me atrevo a atribuir estas frecuentes escapadas a la muerte a una causa natural, y tengo que suponer que el barco se halla bajo la influencia de una corriente impetuosa o de una fuerte resaca.

Hoy he visto al capitán, cara a cara, y en su propio camarote, pero él no me ha tomado en cuenta. Aunque en apariencia no hay nada que pueda diferenciarlo de otro hombre, yo lo contemplé lleno de un sentimiento incontrolable de temor, respeto y asombro. Su estatura es aproximadamente la mía, y es de constitución mediana, sin mucha robustez o característica que lo distinga. No obstante, la expresión de su semblante no admite dudas sobre la abismante evidencia de su ancianidad. Sus cabellos grises son testigos de un pasado remoto, y en sus ojos parece escrito el futuro de milenios. El piso del camarote estaba sembrado de extraños libros con cierres de hierro y mapas de tiempos inmemoriales y el capitán, con la cabeza apoyada entre las manos, se hallaba concentrado en un documento que parecía la orden de un monarca. Murmuraba, para sí, palabras incomprensibles, como el marinero que yo había visto en la cala y, pese a encontrarse a mi lado, su voz llegaba a mis oídos desde una gran distancia.

El buque entero está impregnado por una pátina irreversible de vejez. La tripulación se desliza semejante a fantasmas de siglos olvidados, y cuando sus pupilas se tropiezan en mi camino, iluminadas por el resplandor de los faroles de las almenas, siento una impresión que jamás había experimentado, a pesar de que durante mi vida entera he sido un conocedor

de antigüedades.

Mirando en mi rededor, me quedo pasmado con mis primeras aprensiones. Temblé ante las ráfagas de aquel huracán inicial, tornado., o simún... Hoy, todo cuanto existe en la vecindad de este navío ofrece la oscuridad de una eterna noche y un caos de agua sin espuma. No obstante, aproximadamente a una legua de distancia del barco, se pueden vislumbrar, a intervalos, inmensas murallas de hielo que se elevan en el cielo desolado como los muros del universo.

Tal como lo imaginaba, el barco se halla sobre una corriente, si así podemos llamar a un flujo fantástico, que ululando por sobre el hielo se abre paso hacia el sur, con velocidad idéntica a una catarata. Creo que es imposible entender el horror de mis sensaciones. Sin embargo, la curiosidad por penetrar en los misterios de lo que me rodea predomina por sobre mi desesperación y llega a reconciliarme con los más terribles aspectos de la muerte. Es innegable que somos arrastrados hacia el hallazgo de un secreto interesantísimo, que jamás podremos revelar, y cuyo conocimiento implica morir. Tal vez esta corriente nos empujará hasta el mismo Polo Sur. Esta suposición, en apariencia extravagante, es muy posible.

Entretanto, por la cubierta, la tripulación se desliza con pasos vacilantes. Pero su expresión refleja más el ardor de una esperanza que la apatía de la desesperación. Y continuamos con el viento de popa, avanzando a una velocidad increíble, casi saltando por encima de las olas.

De pronto... ¡horror! Súbitamente grandes montañas de hielo se abren, de derecha a izquierda, y quedamos girando vertiginosamente en inmensos círculos concéntricos, dando interminables vueltas por los bordes de un gigantesco anfiteatro con muros altos que se pierden en la oscuridad y la distancia. Pero ya me queda poco tiempo para meditar en mi destino. Rápidamente los círculos disminuyen de tamaño... ¡Principiamos a sumergirnos en el gigantesco remolino, entre el bramido de las olas y el retronar de la tempestad! El buque se estremece desde su raíz, se quiebra en un gemido profundo, y... ¡Oh, Dios! ¡Se hunde!¹⁰

El corazón delator

¡Es verdad! Soy muy nervioso, extraordinariamente nervioso. Lo he sido siempre. Pero, ¿por qué dicen que estoy loco? La enfermedad ha aguzado mis sentidos en vez de destruirlos o embotarlos. De todos ellos el más fino es el oído. Yo he escuchado todas las cosas del cielo y de la tierra, y no pocas del infierno. ¿Cómo, entonces, puedo estar loco? Observen con qué serenidad, con qué calma, voy a contarles esta historia.

Es imposible definir cómo penetró la idea en mi cerebro. Sin embargo, una vez adentrada allí, me acosó día y noche. Realmente no había ningún motivo para ello. El viejo nunca había hecho daño y yo lo quería. Jamás me insultó y su oro no me despertaba la menor codicia.

Creo que era su ojo. Sí... ¡eso era! Uno de sus ojos se parecía a los del buitre. Era de un color azul pálido, nublado por una catarata. Siempre que ese ojo se detenía sobre mí se me congelaba la sangre. Y así, poco a poco, gradualmente, se fue apoderando de mi espíritu la obsesión de matar al anciano y librarme para siempre de aquella mirada.

Ahora viene lo más difícil de explicar. Me creen loco, pero no pensarían así si me hubieran visto, si hubiesen podido observar con qué sabiduría, con qué precaución y cautela procedí... ¡con qué disimulo puse manos a la obra!

Jamás me comporté tan amable con él como durante la semana que precedió al asesinato. Cada noche, cerca de las doce, descorría el pestillo de su puerta y la abría muy suavemente. Cuando la tenía lo suficientemente abierta para asomar la cabeza, metía una linterna bien cerrada, para que no se filtrara ninguna claridad: luego introducía la cabeza. ¡Oh!, se habrían reído viendo el esmero con que lo hacía, por miedo de turbar el sueño del viejo. No exagero al afirmar que por lo menos tardaba una hora en realizar esta maniobra y contemplar al anciano acostado en su cama. ¿Podría haber sido tan prudente un loco?

En seguida, una vez que mi cabeza se hallaba dentro de la habitación, abría silenciosamente la linterna. ¡Oh!, con qué cuidado, con qué sumo cuidado: abría solo lo necesario para que un rayo casi imperceptible de luz se clavara en el ojo de buitre. Hice esto durante siete noches interminables, a la misma hora, y siempre encontré el ojo cerrado. Así se fue volviendo imposible

concretar mi propósito; porque no era el viejo quien me molestaba, sino aquel maldito ojo. Y todas las mañanas, cuando amanecía, entraba osadamente en su cuarto, y le conversaba, valerosamente, con voz muy cordial, interesándome por saber cómo había dormido. Comprenderán que tendría que haber sido un hombre demasiado perspicaz para sospechar que todas las noches, siempre a las doce, yo lo espiaba durante su sueño.

Finalmente, en la octava noche, entreabrí la puerta con mayor sigilo que antes. La aguja de un reloj se movía más a prisa que mi mano. Jamás, como en ese minuto, pude apreciar tan bien la magnitud de mi astucia y apenas lograba dominar mi sensación de triunfo. ¡Pensar que estaba allí, empujando muy pausadamente esa puerta, y que él ni siquiera vislumbraba mis acciones y mis pensamientos secretos!

Ante esta idea se me escapó una leve risa, y tal vez me oyó, ya que de pronto se movió en su lecho, como si fuera a despertar. Tal vez se imaginarán que me retiré de inmediato. Pues no, se equivocan, no fue así.

Su alcoba se hallaba profundamente oscura. Las ventanas estaban herméticamente cerradas por miedo a los ladrones y las espesas tinieblas envolvían toda la estancia. Absolutamente seguro de que el anciano no podía ver nada, me disponía a abrir la linterna, cuando mi pulgar resbaló sobre la perilla de la puerta y el viejo se incorporó en su cama, preguntando:

—¿Quién anda ahí?

Permanecí completamente inmóvil, sin musitar una sola palabra, y durante una hora no moví un músculo. Tampoco él, en todo ese tiempo, volvió a acostarse. Continuaba sentado en la cama, alerta, haciendo lo mismo que yo había hecho en esas largas noches, oyendo deslizarse a las arañas en la pared.

De pronto oí un gemido profundo. Se trataba de un lamento de terror mortal, no de dolor o tristeza. ¡Oh, no! Era el rumor sordo y ahogado que se escapa de lo más íntimo de un alma sobrecogida por el pavor. Yo conocía ese quejido. Muchas veces, precisamente en el filo de la medianoche, cuando todos dormían, lo sentía irrumpir en mi propio pecho, brotando de los terrores que me consumían. Sabía lo que estaba experimentando el viejo, y no podía evitar una gran piedad por él, aunque también otros sentimientos colmaban mi corazón. Comprendía que su zozobra iba en aumento, y que procuraba persuadirse de que sus temores eran infundados. Posiblemente decía para sí: “No es nada... El viento en la chimenea... Un ratón que corrío

por el entretecho... Algún insecto...”

Sí, debe haber intentado calmarse con estas hipótesis. Pero todo fue inútil. La muerte había pasado junto a él, y lo envolvía. Y era la influencia fúnebre de su sombra, invisible, la que lo hacía sentir, aunque no viera ni escuchara nada, la que le permitía notar mi presencia en su habitación.

Luego de haber esperado un largo rato, me aventuré a abrir apenas la linterna. La abrí furtivamente, hasta que al fin un rayo delgado, como el hilo de una telaraña, descendió sobre el ojo de buitre.

Estaba abierto, íntegramente abierto, y al verlo me llené de furia. Lo vi con claridad perfecta, entero, de un azul mate y cubierto por la horrorosa nube que me helaba hasta la médula de los huesos. No podía ver nada más ni la cara ni el cuerpo del anciano. Solo existía aquel ojo obsesionante.

¿No es acaso una hiperestesia de los sentidos aquello que consideran locura? Una vibración débil, continua, llegó a mis oídos, semejante al tic-tac de un reloj forrado en algodones. Inmediatamente reconocí ese apagado golpeteo. Era el corazón del viejo que latía; este sonido excitó mi furia, igual que el redoblar de los tambores excita el valor de un soldado. Me controlé, sin embargo, y permanecí inmóvil. Respiraba apenas, y sostenía quieta, entre las manos, la linterna. Hacía un esfuerzo por mantener el rayo de luz fijo sobre el ojo. Entre tanto, el latido infernal del corazón del anciano era por segundos más fuerte, más rápido, y... sobre todo, más sonoro.

El pánico de aquel hombre debía ser monstruoso, y retumbaba en ese latir que crecía y crecía.

He confesado que soy nervioso, y realmente lo soy. En consecuencia, en medio de la noche y del silencio de esa antigua casa, un ruido tan extraño hizo surgir en mí un terror incontrolable. Pese a ello, todavía logré contenerme y luché por mantener la tranquilidad, pero la pulsación se hacía más y más audible, más violenta, y una nueva angustia se apoderaba de mí. Ese ruido y los que iban a producirse podrían ser escuchados por un vecino. La hora del viejo había llegado.

Con un gran alarido, abrí inesperadamente la linterna, y me precipité en la alcoba. El viejo dejó escapar un grito, un solo grito. En menos de un segundo lo derribé, dejándolo de espaldas en el suelo y volqué la cama sobre él, aplastándolo con su peso. Entonces sonreí, ufano, al ver tan adelantada mi obra. No obstante, el corazón aún latió, con un murmullo apagado.

Pese a ello, ya no me atormentaba. No, no podía oírse nada a través de las paredes. Finalmente, cesó todo: el viejo estaba muerto. Levanté la cama y examiné el cuerpo. Sí, estaba muerto. ¡Muerto como una piedra! Afirmé mi mano en su corazón sin advertir ningún latido. ¡En lo sucesivo su ojo de buitre no podría atormentarme!

A los que insistan en creermelo loco, les advierto que su opinión se desvanecerá cuando les describa las inteligentes medidas que adopté para esconder el cadáver. Avanzaba la noche, y yo trabajaba con prisa y en riguroso silencio. Hábilmente fui desmembrando el cuerpo. Primero corté la cabeza y después los brazos; luego las piernas. En seguida separé unos trozos del entablado, y deposité los restos bajo el piso de madera. Terminado este trabajo, coloqué otra vez las tablas en su sitio, con tanta destreza que ningún ojo humano, ni siquiera el del viejo, podría descubrir allí algo inusual. Ni siquiera una mancha de sangre.

Cuando terminé estas operaciones eran las cuatro y estaba tan oscuro como si todavía fuese medianoche. En el momento en que el reloj señalaba la hora, llamaron a la puerta de calle. Bajé a abrir confiado y di la bienvenida a los recién llegados. ¿Por qué no? ¿Acaso tenía algo que temer?

Los tres hombres se presentaron, gentilmente, como agentes de la policía. Un vecino había escuchado un grito en la noche y esto lo hizo sospechar de que podía haberse cometido un homicidio, por lo cual estampó una denuncia en la Comisaría. Los agentes venían para practicar un reconocimiento.

Sonreí, ya que, repito: ¿acaso tenía algo que temer?

—El grito —les expliqué—, lo lancé yo, soñando. El anciano se encuentra viajando por la comarca...

Conduje a los visitantes por toda la casa y les sugerí que revisaran bien. Finalmente los guíé hasta su cuarto. Allí les mostré sus tesoros; todo perfectamente resguardado y en orden. Entusiasmado con esa gran seguridad en mi mismo, llevé unas sillas a la habitación y los invité a que se sentaran, mientras yo, con la desbordada audacia de mi triunfo, colocaba mi propia silla exactamente en el lugar bajo el que se ocultaba el cuerpo de la víctima.

Los agentes parecían satisfechos. Mi actitud los convencía, y hablaron de temas familiares, a los que respondí jovialmente. No obstante, pasado un rato, me di cuenta de que palidecía, y desee que se marcharan. Me dolía la cabeza y sentía que mis oídos zumbaban. Sin embargo, ellos continuaban

sentados y proseguían la charla. Entonces, el zumbido se hizo más nítido y rítmico, volviéndose cada vez más perceptible. Comencé a hablar atropelladamente, para liberarme de esa angustiante sensación. Pero ésta persistió, reiterándose de un modo tal, que no tardé en descubrir que el ruido no nacía en mis oídos.

Sin duda palidecí más, y seguí hablando sin tino, alzando mi voz, tratando de apagar aquel sonido que aumentaba, *aquella vibración semejante al tic-tac de un reloj envuelto en algodones*. Principié a respirar con dificultad, aunque los agentes aún no escuchaban nada, e hilvané frases apresuradas, con mayor vehemencia. El tic-tac se elevaba, acompasado. Me levanté y discutí tonterías, con tono estridente, haciendo grotescas gesticulaciones. ¡Todo era inútil! ¡El latido crecía, crecía más! ¿Por qué ellos no querían marcharse? Comencé a caminar de un lado a otro por la habitación, pesadamente, a grandes pasos. ¡Oh, Dios! ¿Qué podía hacer? Echaba espumarajos, desvariaba. Volví a sentarme y movía la silla, haciéndola resonar sobre el suelo. Pero el latido lo dominaba todo y se agigantaba indefinidamente.

Los hombres continuaban conversando, bromeando, riendo. ¿Sería posible que no oyeran? ¿Dios Todopoderoso, sería posible? ¡No, no! ¡Ellos oían... sospechaban! ¡Sabían! ¡Sí, sabían, y se estaban divirtiendo con mi terror! Así lo creí y lo creo ahora. Y había algo peor que aquella agonía, algo más insoportable que esa burla. ¡Ya no podía tolerar por más tiempo sus hipócritas sonrisas, y me di cuenta de que era preciso gritar o morir, porque entonces...! ¡Préstense atención, por favor!

—¡Miserables! —exclamé—. ¡No disimulen más! ¡Lo confieso todo! ¡Arranquen estas tablas! ¡Aquí, está aquí! ¡Es el latido de su implacable corazón!

Los asesinatos de la rue Morgue

¿Qué canción las sirenas cantaron, o qué nombre tomó Aquiles cuando se escondió entre las mujeres? Aunque estos sean problemas arduos, no se hallan fuera del alcance de toda conjetura.

Sir Thomas Brown. *El entierro de la urna*.

Las condiciones mentales que suelen juzgarse como analíticas son, en sí mismas, muy difíciles de analizar. Las apreciamos únicamente por sus efectos. Conocemos de ellas, entre otras cosas, que son siempre para quien las posee en alto grado, fuente de grandes goces. Así como hay hombres que se entusiasman con sus aptitudes físicas, el analista se deleita con la actividad intelectual que se ejerce al *desembrollar*, y obtiene placer hasta de las más triviales ocupaciones que ponen en juego su talento. Se fascina con los enigmas, los acertijos, los jeroglíficos y muestra, en las soluciones de cada uno un grado de *agudeza* que al vulgo le parece penetración sobrenatural. Sus resultados, logrados por su solo espíritu y por la esencia de su método, adquieren todo el aspecto de una intuición. La capacidad para resolver problemas aumenta mucho con los estudios matemáticos, y especialmente en esa importantísima rama de éstos que, impropriamente y solo teniendo en cuenta sus operaciones previas, ha sido llamada como por *excelencia*: análisis. Sin embargo, calcular no es en sí analizar. Un jugador de ajedrez, por ejemplo, hace lo uno sin esforzarse en lo otro. De esto se desprende que el juego de ajedrez, en sus efectos sobre la mente, está mal comprendido. No, yo no estoy escribiendo aquí un tratado, sino prolongando una narración bastante singular, con observaciones hechas a la ligera. Pero aprovecharé esta ocasión para afirmar que las más altas facultades de la inteligencia reflexiva trabajan más decididamente y, con más provecho, en el modesto juego de *damas* que en la primorosa superficialidad del ajedrez. En éste, donde las piezas tienen diversos y rebuscados movimientos, con diferentes y variables valores, lo que solo es complicado se toma erróneamente por profundo. La atención trabaja aquí poderosamente; si flaquea un instante se comete una negligencia cuyo resultado es retroceso o derrota. Como los movimientos no son solamente muchos, sino intrincados, las probabilidades de descuidarse se multiplican, y en nueve casos de diez,

el que triunfa es el jugador con más capacidad de concentración y no el más perspicaz. En las damas, por el contrario, los movimientos son únicos y con poquísima variación, y como, por consiguiente, la atención queda relativamente desocupada, las ventajas obtenidas por cada una de las partes resultan de una perspicacia superior. Para ser menos abstracto, supongamos un juego de damas donde las piezas quedan reducidas a cuatro *reinas* y en el que no pueden haber distracciones. Es evidente que en este caso, estando los adversarios en completa igualdad de condiciones, la victoria solo es decidida por un movimiento *calculado*, que resulta de un esfuerzo de la inteligencia. Privado de los recursos ordinarios, el analista penetra en el espíritu de su contrincante, se identifica con él, y, con no poca frecuencia, descubre de una ojeada los únicos procedimientos, a veces absurdamente sencillos, por los cuales puede inducirlo a error o arrastrarlo a calcular equivocadamente.

El *whist*¹¹ ha sido señalado siempre por su influencia en lo que se llama facultad analítica y se han visto hombres del mayor grado de inteligencia, que han hallado en él, a primera vista, un deleite inexplicable, olvidando al ajedrez por superficial. Y no hay duda de que no existe otro juego que ejercite tanto la capacidad de análisis. El *mejor jugador de ajedrez* puede llegar a ser, con el tiempo, poco más que el mejor jugador de ajedrez. En tanto que la pericia del *whist* implica talento para el éxito en todas las empresas en que la inteligencia lucha con la inteligencia. Al hablar de pericia, me refiero a la perfección en un debate que incluye una comprensión de todas las fuentes de donde pueda derivarse una ventaja legítima. Estas fuentes son multiformes, y residen en recónditos lugares del pensamiento, completamente inaccesibles para el entendimiento vulgar. Observar atentamente es recordar distintamente, y en cuanto a esto, el jugador de ajedrez lo hará muy bien en el *whist*, ya que las reglas de Hoyle, basadas a su vez en el puro mecanismo del juego, son suficientemente comprensibles. Así, el poseer una buena memoria y proceder según el libro, son puntos comúnmente considerados como el total cumplimiento de un buen jugador. Pero es en problemas que están fuera de los límites de las reglas, donde se demuestra la agudeza del que analiza. Efectúa en silencio múltiples observaciones. Tal vez lo hacen también sus adversarios, pero la diferencia en lo extenso de la información obtenida no residirá tanto en la

ilación como en la calidad de lo observado. Nuestro jugador no se circunscribe al juego en modo alguno, y deberá rechazar ciertas deducciones que se originan en cosas exteriores a éste. Examina la fisonomía de su compañero y la compara con la de cada uno de los demás contrincantes. Considera el modo de distribuirse las cartas a cada mano, contando triunfo por triunfo y tanto por tanto, escrutando las ojeadas que dan, a cada uno de ellos, sus contendores. Nota cada variación en los rostros, a medida que el juego avanza, recogiendo gran cantidad de ideas a través de la divergencia en las expresiones, ya sean de sorpresa, de triunfo o desagrado, y por la manera de recoger una baza, juzga si la persona que la toma puede hacer otra después. Reconoce lo que se juega simuladamente por el gesto con que se echa la carta sobre la mesa. Una palabra inadvertida, la caída accidental de una carta, o el ademán de volverla casualmente, con ansiedad o descuido, para evitar que puedan verla; la duda, el entusiasmo o el temor, todo ello depara a su percepción indicaciones precisas. Una vez jugados los dos o tres primeros turnos, se halla en condiciones de tirar sus cartas con absoluta precisión, como si el resto de los jugadores tuvieran vueltas hacia él las caras de las suyas.

La facultad analítica no debe confundirse con mera ingeniosidad; no, ya que el analizador es necesariamente ingenioso, en cambio el hombre ingenioso a menudo es incapaz de análisis. La capacidad de combinación con que se manifiesta generalmente el ingenio, y a la cual los frenólogos, erróneamente en mi opinión, han asignado un órgano aparte, suponiendo que es una cualidad primordial, se ha visto con frecuencia en individuos que, por otra parte, bordeaban la idiotez. Esto ha llamado la atención en escritores especializados en dichos temas. En efecto, entre la ingeniosidad y el talento analítico, existe una diferencia mucho mayor que entre el fantasear y la imaginación, aunque de caracteres estrictamente análogos. En realidad puede comprobarse que el ingenioso es siempre fantástico, y el *verdadero* imaginativo no deja de ser nunca analítico.

La narración que sigue podrá servir, de cierta manera, al lector para ilustrarlo en una interpretación acerca de las enunciaciones que acabamos de anticipar.

Hallándome en París, durante la primavera y parte del verano de 18..., conocí a un señor llamado C. Auguste Dupin. Pertenecía este joven caballero a una excelente familia; es más, a una ilustre familia. Pero, por una

serie de malhadados acontecimientos, había quedado reducido a tal pobreza que sucumbió en ella la energía de su carácter, y renunció a sus ambiciones mundanas, así como a luchar por la restauración de su fortuna. Con el consentimiento de sus acreedores, pudo quedar todavía en posesión de un remanente de su patrimonio y con la renta de éste, logró arreglárselas, mediante una rigurosa economía, para procurarse lo más necesario para vivir. Los libros eran su único lujo, y en París los libros se obtienen fácilmente.

Nuestro primer encuentro acaeció en una oscura biblioteca de Montmartre, donde la coincidencia de andar ambos buscando un raro y notable volumen nos puso en estrecha intimidad. Nos vimos a menudo, y yo me interesé profundamente por su historia familiar, que él me contó minuciosamente, con el candor con que un francés da rienda suelta a sus confidencias cuando habla de sí mismo. Además, me admiraba la amplitud de sus lecturas y, sobre todo, mi alma se encendía con el vehemente ardor y la viva frescura de su imaginación. Dadas las investigaciones de que yo me ocupaba entonces en París, comprendía que la amistad de un hombre como aquél sería un tesoro inapreciable, y con esta idea me confié francamente en él. Por fin, convenimos que viviríamos juntos durante mi permanencia en la ciudad, y como mi situación económica era menos precaria que la suya, me fue permitido participar en los gastos del alquiler y de los muebles que se adaptaron al carácter algo fantástico y melancólico de nuestro común temperamento. La casa, vetusta y abandonada hacía ya mucho tiempo por ciertas supersticiones que no quisimos averiguar, se bamboleaba como si fuera a hundirse en un desolado rincón del Faubourg Saint-Germain.

Si la rutina de nuestra vida en aquel sitio hubiera sido conocida por la gente, nos habrían tomado por locos. Nuestra reclusión era completa. No admitíamos visitantes. En realidad, el lugar de nuestro retiro fue cuidadosamente mantenido en secreto para mis antiguos camaradas, y hacía varios años que Dupin había dejado de conocer a personas, o de ser conocido en París. Allí existíamos solo el uno y el otro.

Una rareza de mi amigo, ¿cómo podría calificarla de otro modo? Consistía en estar enamorado de la noche por ella misma, y con esta *extravagancia*, como con todas las demás que él tenía, condescendía tranquilamente. Me entregaba a sus singulares manías sin alterarme. La noche no podía habitar siempre con nosotros, pero podíamos falsificar su presencia. Al primer albor

de la mañana, cerrábamos todos los postigos de la vieja casa y encendíamos un par de velas, fuertemente perfumadas, que por eso mismo no daban más que un resplandor sumamente pálido y débil. Al amparo de aquella luz ocupábamos nuestras almas en sueños, leyendo, escribiendo o conversando, hasta que el reloj nos anunciaba el advenimiento de la verdadera oscuridad. Entonces, salíamos a pasear por las calles, vagabundeando hasta muy tarde, buscando entre las estrafalarias luces y sombras de la populosa ciudad la prodigiosa excitación mental que la serena meditación no lograba darnos.

En tales ocasiones, yo no podía menos que admirar el talento particularmente analítico de Dupin. Además, él se deleitaba en ejercitarlo y no vacilaba en confesar el placer que ello le causaba. Se jactaba conmigo, de que muchísimos hombres llevaban ventanas en sus pechos para él, y reforzaba tales afirmaciones con pruebas, directas y sorprendentes, de su íntimo conocimiento de mi persona. Sus maneras, en esos momentos, eran glaciales y abstraídas; sus ojos quedaban sin expresión; en tanto que su voz, ricamente atenorada, se elevaba hasta un tono atiplado, que hubiera sonado a petulancia, a no ser por la circumspecta claridad de su dicción. Observándolo en aquellas disposiciones de ánimo, yo *reflexionaría* acerca de la antigua filosofía del *alma doble*, y me divertía imaginando un doble Dupin: el Creador y el Analista.

No vaya a suponerse, por lo que acabo de decir, que estoy narrando algún misterio o escribiendo una novela. Lo que he escrito acerca de mi amigo no es más que el contenido de una inteligencia exaltada. Pero de la clase de sus observaciones, en esa época, un ejemplo dará mejor idea.

Una noche vagábamos por una calle larga y viejísima en las cercanías del Palais Royal. Como cada uno de nosotros, al parecer, iba enfrascado en sus propios pensamientos, hacía por lo menos quince minutos que no habíamos pronunciado ni una sílaba. De pronto, Dupin rompió el silencio:

—Mirándolo bien, ese muchacho es demasiado pequeño y estaría mejor el *Théâtre des Variétés*...

—De eso no cabe duda —repliqué yo, sin reflexionar en lo que decía, y sin observar, en el primer instante, de qué modo extraordinario mi interlocutor coincidía con mis meditaciones. Un instante después me recobré, y mi asombro fue profundo—. Dupin —dije, gravemente—, esto excede a mi comprensión... Estoy perplejo, y apenas puedo dar crédito a lo que oí. ¿Cómo es posible que usted haya podido saber lo que yo estaba pensando? —

Diciendo esto me interrumpí, para asegurarme de que realmente él sabía en quién pensaba.

—En Chantilly —contestó—. ¿Por qué se ha interrumpido? Usted pensaba que su diminuta figura lo inhabilita para la tragedia.

Ese era, precisamente, el tema de mis reflexiones. Chantilly es un ex zapatero remendón de la calle Saint Denis, que se fascina con el teatro, y ha postulado al papel de Jerjes en la tragedia de Crebillón, pero sus esfuerzos no le han hecho ganar más que las burlas de la gente.

—Dígame, por Dios —exclamé—, ¿por qué método, si lo hay, ha logrado profundizar así en mi espíritu? —En verdad yo me hallaba mucho más sorprendido de lo que hubiera querido confesar.

—Ha sido el vendedor de frutas —respondió mi amigo—. Él lo indujo a usted a esa conclusión de que Chantilly no tiene la estatura necesaria para *Jerjes et id genus omne*¹².

—¿El vendedor de frutas? ¡Me confunde usted, Dupin! Yo no conozco a ninguno...

—Sí, ese hombre con el que tropezamos hará unos quince minutos.

Entonces recordé que, en efecto, un vendedor de frutas, que llevaba en la cabeza una gran canasta de manzanas, estuvo a punto de derribarme cuando pasábamos de la calle C... al callejón donde estábamos ahora. Pero no alcanzaba a comprender qué tenía que ver aquello con Chantilly.

En Dupin no cabía ni la menor partícula de charlatanería. —Voy a explicárselo —dijo—, y para que pueda recorrerlo todo claramente, primero vamos a repasar en sentido inverso el curso de sus meditaciones; desde este momento, hasta el del *choque* con el vendedor de frutas. Los principales eslabones de la cadena se suceden así al revés: Chantilly, Orión, doctor Nichols, Epicuro, Estereotonomía, las piedras de la calle, el vendedor de frutas...

Pocas son las personas que, en algún momento de su vida no se hayan entretenido recorriendo, en sentido inverso, las etapas por las cuales han alcanzado determinadas conclusiones de su inteligencia. Es una ocupación interesante, y el que por primera vez la prueba, se queda pasmado ante la aparente distancia ilimitada y la incoherencia que dan la sensación de mediar entre el punto de partida y la meta. Puede suponerse cuál sería mi asombro al escuchar lo que decía mi amigo. Pero no pudimos reconocer que

decía la verdad. Dupin continuó de este modo:

—Si bien recuerdo, habíamos estado hablando sobre caballos en el momento en que salíamos de la calle C... Era el último tema que discutíamos. Cuando entramos en esta calle, un vendedor de frutas, con una canasta en la cabeza, pasó rápidamente, y lo empujó a usted contra un montón de adoquines en un sitio donde la calzada está en reparación. Usted puso el pie en uno de los adoquines sueltos, resbaló, se torció ligeramente un tobillo, y pareció malhumorado. Refunfuñó algunas palabras, se volvió para mirar el montón de adoquines, y luego siguió andando en silencio. No presté mucha atención a lo que usted hacía, pero la observación se ha convertido para mí, desde hace tiempo, en una especie de necesidad. Usted caminó, mirando el suelo, atendiendo con expresión de enojo a los hoyos del empedrado. Por lo que yo deducía, pensando aún en las piedras, hasta que llegamos al Pasaje Lamartine que ha sido pavimentado con tarugos sobrepuestos y remachados. Al entrar allí, su expresión se iluminó, y al mirar el movimiento de sus labios, supe que pronunciaba la palabra *estereotomía*¹³, término que tan afectadamente se aplica a esa clase de pavimento. Yo sé que usted no puede pronunciar para sí esta palabra sin pensar en los átomos, y por lo tanto en las teorías de Epicuro. Y considerando que, cuando discutíamos acerca de ese tema, le hice notar de qué singular manera las vagas conjeturas de aquel griego han hallado confirmación en la reciente cosmogonía nebular, comprendí que levantaría sus ojos hacia la gran nebulosa de Orión. En efecto, ha mirado hacia arriba, y entonces he tenido la certeza de haber seguido correctamente las etapas de su pensamiento. Ahora bien, en la diatriba que se publicó ayer en el *Musée*, aludiendo al pobre Chantilly, el crítico hizo algunas ofensivas alusiones al cambio de nombre del remendón al calzarse coturnos, y citó un verso latino del que nosotros hemos hablado a menudo: *Perdidit antiquum littera prima sonum*¹⁴. Yo le había dicho que esto se refería a la palabra Orión, que primero fue Urión y, por ciertas acaloradas discusiones que sostuvimos por esa interpretación mía, he tenido la seguridad de que no la había olvidado. Por lo tanto era lógico que no dejaría de asociar Orión con Chantilly. Que los asociaba lo he comprendido por la clase de sonrisa que ha pasado por sus labios. Usted recordó aquella *inmolación* del pobre zapatero. Hasta ese momento caminaba inclinando el cuerpo, y repentinamente lo vi erguirse.

Este gesto me ha dado la certeza de que usted meditaba en la diminuta figura de Chantilly. Y entonces fue cuando interrumpí sus pensamientos, para observar que, en efecto, por ser un sujeto demasiado bajo de estatura, Chantilly estaría mejor en el *Theâtre des Variétés*.

No mucho tiempo después de esta conversación, estábamos revisando una edición de la tarde de la *Gazette des Tribunaux*, cuando llamaron nuestra atención los siguientes párrafos:

“EXTRAÑOS ASESINATOS. Esta madrugada, alrededor de las tres, los habitantes del Quartier Saint-Roch, fueron despertados por una serie de espantosos gritos, que salían del piso cuarto de una casa en la *rue Morgue*, la cual estaba habitada únicamente por madame L’Espanaye y su hija Camille L’Espanaye. Al cabo de infructuosos intentos para poder entrar en la casa, de modo normal, hubo que forzar la puerta de entrada con una palanca de hierro, y entraron ocho o diez vecinos, acompañados de dos gendarmes. En aquel momento cesaron los gritos. Pero al llegar esas personas al rellano de la escalera, oyeron dos o más voces que parecían disputar airadamente, y procedían de la parte superior de la casa. Cuando subieron hasta el segundo piso, los rumores cesaron y todo permaneció en absoluto silencio. Las personas mencionadas recorrieron precipitadamente las habitaciones, y al entrar, por fin, en una vasta sala trasera del cuarto piso, cuya puerta también tuvieron que forzar por estar cerrada con llave por dentro, se hallaron ante un espectáculo que los sobrecogió de asombro y horror.

“La habitación estaba en violentísimo desorden, y los muebles rotos y esparcidos en diversas direcciones. No quedaba más lecho que el armazón de una cama; todo lo demás de ésta había sido arrancado y lanzado por el piso. Sobre una silla se encontró una navaja de afeitar manchada de sangre, y en la chimenea, dos o tres largas guedejas de cabellos humanos canosos, igualmente empapados de sangre, que parecían haber sido desprendidos de raíz. En el suelo se hallaron cuatro napoleones, un pendiente de topacio, tres grandes cucharas de plata, tres cucharillas de *metal d’Alger*, y dos bolsas de género que contenían aproximadamente cuatro mil francos en oro. Los cajones de una cómoda, que se hallaba en un rincón, estaban abiertos y al parecer saqueados, aunque todavía quedaban algunos objetos. Debajo de la cama descubrieron un cofrecito de hierro, abierto, con la llave aún puesta en la cerradura. No contenía más que unas cartas antiguas y otros papeles de

poca importancia.

“De madame L’Espanaye no se encontraba ningún rastro. Pero al advertir en *el hogar* una cantidad desusada de hollín, se examinó la chimenea, y.. ¡da espanto decirlo! Se extrajo de allí el cuerpo de su hija, cabeza abajo; había sido introducido en dicha posición por la estrecha abertura, hasta una altura considerable. Este cuerpo estaba todavía caliente, y mostraba numerosas excoriaciones ocasionadas, sin duda, por la violencia con que fue embutido en aquel lugar, y el esfuerzo para extraerlo. En el rostro tenía innumerables arañazos y en la garganta cárdenas magulladuras y profundas heridas causadas por uñas, como si la muerta hubiera sido estrangulada.

“Después de un completo reconocimiento de todos los lugares de la casa, sin lograr nuevos descubrimientos, los presentes se dirigieron a un patiecillo enlosado, en la parte posterior del edificio. Aquí fue hallado el cadáver de la anciana madame L’Espanaye, con la garganta rebanada de tal modo que, al intentar alzar el cuerpo, la cabeza se desprendió. El cuerpo se veía horriblemente mutilado y conserva apenas su apariencia humana.

“Hasta ahora, que sepamos, no se ha logrado el menor indicio para aclarar este escalofriante misterio.”

El diario del día siguiente daba estos pormenores adicionales.

“LA TRAGEDIA DE LA *RUE MORGUE*. Gran número de personas han sido interrogadas acerca de este espantoso y extraordinario asunto, sin que se consiga nada que arroje alguna luz. A continuación ofrecemos todas las declaraciones más importantes que se han obtenido.

“*Paulina Dubourg*, lavandera, declara haber tratado a las víctimas durante tres años, por haber lavado para ellas todo ese tiempo. Dice que la anciana y su hija vivían en buenos términos, muy cariñosas la una para la otra. Pagaban puntualmente. No sabe mucho acerca de su manera de vivir o los medios para hacerlo. Cree que la señora profetizaba la buena ventura para ganar la subsistencia, y se comentaba que mantenía dinero oculto. Jamás halló a otras personas en la casa, cuando la llamaban para recoger la ropa o cuando iba a devolverla. No tenían muchos muebles, salvo en el cuarto piso.

“*Pierre Moreau*, dueño de una tabaquería, declara que habitualmente le vendía pequeñas cantidades de tabaco y de rapé a madame L’Espanaye; durante unos cuatro años. Él nació en su vecindad y siempre ha vivido allí. La señora y su hija hacía más de seis años que habitaban en la casa donde fueron encontrados sus cadáveres. Anteriormente estuvo ocupada por un

joyero, que a su vez alquilaba las habitaciones inferiores a varias personas. La casa era de propiedad de madame L'Espanaye, quien, descontenta por los abusos de su inquilino, decidió desalojar a éste y se trasladó a vivir allí. En adelante se negó a alquilar ninguna parte de la casa. A la hija, el testigo dice haberla visto no más de cinco o seis veces en total. Las dos mujeres hacían una vida excesivamente retirada. Se decía que tenían dinero, y escuchó, entre los vecinos, que madame L'Espanaye veía la suerte, pero él no lo creía. No recuerda haber visto trasponer la puerta a ninguna persona, excepto a un mensajero una o dos veces y ocho o diez a un médico.

“Muchos otros vecinos declaran lo mismo, y no se sabe de nadie que frecuentara la casa. Se ignora si la señora y su hija tenían familiares vivos. Los postigos de los balcones de la fachada raramente se abrían. Los de la parte de atrás siempre se mantuvieron cerrados, excepto las ventanas de la gran sala trasera del cuarto piso. La casa es un edificio bien tenido y no muy viejo.

“*Isidore Musté*, gendarme. Declara que fue llamado cerca de las tres de la madrugada y halló a unas veinte o treinta personas, junto a la puerta principal, batallando por entrar. Él pudo forzar dicha puerta con una bayoneta, y no con una barra de hierro. No tuvo mayor dificultad en abrirla porque carecía de cerrojo o pasador en su parte de arriba y era de dos hojas. Los gritos fueron continuos hasta que la puerta fue abierta y luego cesaron súbitamente. Parecían ser los alaridos de una persona, o personas, en estado de gran angustia; eran muy fuertes y prolongados, no cortos y rápidos. El testigo subió escaleras arriba, y llegando al primer rellano oyó dos voces que gritaban y disputaban violentamente. Una de ellas era áspera y la otra muy aguda, una voz muy extraña. Pudo distinguir algunas palabras de la primera, que era la de un francés. Positivamente, no era voz de mujer. Las palabras eran *sacré* y *diable*. La voz aguda pertenecía a un extranjero. No puede asegurar si era de hombre o de mujer, y tampoco logró percibir lo que decía, pero cree que hablaba en español. El estado de la casa y de los cadáveres fue descrito por el testigo tal como lo describimos nosotros ayer.

“*Henri Duval*, de oficio platero. Da testimonio de que él formó parte del grupo que entró a la casa. Corroborar, en general, las declaraciones de Musté. En cuanto se abrieron paso forzando la puerta, volvieron a cerrarla para contener a la muchedumbre que se había agolpado, a pesar de ser tan tarde. El testigo piensa que la voz aguda era la de un italiano. De lo que está

convencido es que no era la de un francés. No podría asegurar que la voz era de un hombre; bien podía ser la de una mujer. No conoce la lengua italiana, así es que no logró distinguir las palabras, pero por la *entonación* le parece que se trataba de italiano. Conocía a la señora L'Espanaye. Había conversado con ella y con su hija, frecuentemente, y sostiene que la voz aguda no pertenecía a ninguna de las dos víctimas.

“*Odenheimer*, encargado de una fonda. Este testigo se ofreció voluntariamente a declarar. Como no habla francés, necesitó un intérprete. Es natural de Amsterdam. Pasaba por delante de la casa en el instante de los gritos. Se detuvo unos minutos, probablemente diez. Los gritos eran fuertes y prolongados, causaban espanto y angustia. Corroborar el testimonio anterior en todos sus detalles, excepto uno: la voz aguda era la de un francés. Aunque no pudo entender las palabras, las describe como rápidas, desiguales, dichas al parecer con una mezcla de ira y miedo. La voz no le pareció tan alta como áspera. En realidad no puede afirmar que fuera una voz verdaderamente de timbre agudo. La voz grave decía repetidamente *sacré*, *diable*, y una vez reconoció las palabras *mon Dieu*.

“*Jules Mignaud*. Banquero de la casa Mignaud et Fils, rue Deloraine. Es el mayor de los Mignaud. Manifiesta que la señora L'Espanaye poseía cierto capital, y había abierto una cuenta en su Banco ocho años atrás. Depositó con frecuencia pequeñas cantidades. No retiró nada hasta tres días antes de su muerte. Entonces sacó personalmente la suma de cuatro mil francos. Dicha cantidad le fue entregada en oro, y se encargó a un dependiente que se la llevara a su casa.

“*Adolphe le Bon*, dependiente del Banco Mignaud et Fils. Declara que, hacia el mediodía, tres días antes de que ocurrieran los hechos, acompañó a madame L'Espanaye hasta su domicilio, llevando los cuatro mil francos guardados en dos talegas. Cuando se abrió la puerta, se presentó mademoiselle L'Espanaye, quien cogió una de las talegas, mientras la anciana lo aligeraba de la otra. Él se limitó a saludar y a marcharse. No vio a ninguna persona en la calle en esos momentos. La calle es muy solitaria.

“*William Bird*, sastre. Atestigua que fue uno de los que entró en la casa. Es inglés y ha vivido en París dos años. Fue de los primeros que subieron las escaleras. Percibió las voces que disputaban. La voz gruesa era la de un francés. Pudo captar algunas palabras, aunque ahora no puede recordarlas todas. Oyó *sacré* y *mon Dieu*. Durante un momento se produjo un rumor,

como si pelearan varias personas, un ruido de riña y forcejeo. La voz aguda resonaba más que la grave. Está seguro, de que no era la de un inglés. Le pareció más bien la de un alemán. Sostiene que podría haber sido una voz de mujer. Él no entiende el idioma alemán.

“Cuatro de los testigos mencionados, al ser interrogados nuevamente, declararon que la puerta de la habitación en que hallaron el cuerpo de la señorita L’Espanaye, estaba cerrada por dentro cuando llegaron al lugar. Todo se encontraba en absoluto silencio; ni gemidos, ni ruidos de ninguna clase. Al forzar la puerta no se vio a nadie. Las ventanas, tanto de la parte posterior como de la fachada, se hallaban aseguradas por dentro con sus cerrojos. Una puerta de comunicación entre las dos salas estaba igualmente cerrada, pero no con llave. La puerta que conducía de la habitación delantera al pasillo, tenía llave por dentro. Una salita del cuarto piso se veía con la puerta entornada. En esta salita se amontonaban camas viejas, cofres, y otros objetos en desuso. Éstos fueron cuidadosamente examinados. No quedó ni una pulgada, de ningún sitio de la casa, que no fuera registrado minuciosamente. Se mandó introducir deshollinadores por la chimenea, por arriba y abajo. La casa consta de cuatro pisos con buhardillas. Una puertecita de escotilla en el techo estaba firmemente clavada, demostrando no haber sido utilizada en muchos años. En cuanto al tiempo que transcurrió, entre que se oyeron las voces que disputaban y forzar la puerta, difieren las opiniones. Algunos lo reducen a tres minutos y otros lo alargan a cinco. Costó mucho abrir dicha puerta.

“*Alfonso García*, empresario de pompas fúnebres. Declara que reside en la *rue Morgue*, y es natural de España. Formó parte del grupo que penetró en la casa, pero no subió las escaleras. Es muy nervioso, y temió los efectos de las emociones. Escuchó las voces que disputaban. La voz grave era la de un francés. No pudo distinguir lo que decía. La voz aguda pertenecía a un inglés, de eso está seguro. Aunque no entiende la lengua inglesa, reconoce el acento.

“*Alberto Montani*, confitero. Fue uno de los que primero subieron la escalera. Oyó las voces en referencia. La voz grave era de un francés. Distinguió varias palabras. Ese individuo reconvenía al otro. No consiguió entender lo que decía la voz aguda. Hablaba rápida y entrecortadamente; piensa que correspondía a un ruso, pese a que él es italiano y jamás ha conversado con un ruso.

“Otros testigos, interrogados nuevamente, certifican que las chimeneas de todas las habitaciones del cuarto piso son demasiado estrechas para permitir el paso de un ser humano. Cuando se habló de *deshollinadores*, la referencia era a las escobillas cilíndricas que utilizan los que limpian chimeneas. Estas escobillas fueron agitadas arriba y abajo por todos los cañones de la casa. En la parte trasera del edificio no hay ninguna salida por donde alguien haya podido bajar mientras el grupo subía las escaleras. El cuerpo de mademoiselle L’Espanaye estaba embutido con tanta fuerza y violencia en la chimenea, que para sacarlo fue necesaria la cooperación de cinco de los presentes.

“*Paul Dumas*, médico. Declara que, hacia el amanecer, fue llamado para examinar los cadáveres. Yacían ambos sobre el armazón de la cama, en la habitación donde fue encontrada la señorita L’Espanaye. El cuerpo de la joven estaba muy lastimado y lleno de excoriaciones. Esto se explica por haber sido empujado hacia arriba en la chimenea. Presentaba desgarrones profundos debajo de la barbilla, junto con una serie de manchas lívidas que, evidentemente, eran las impresiones de unos dedos. El rostro se encontraba decolorido y los globos de los ojos fuera de sus órbitas. La lengua había sido mordida y parcialmente seccionada. Sobre el estómago existían las huellas de lo que, al parecer y antes de profundizar la investigación, habían sido causadas por la agresión brutal de una rodilla. El médico Dumas sostiene que la señorita fue estrangulada. El cuerpo de la madre estaba horriblemente mutilado. Los huesos del brazo y de la pierna derecha se habían quebrado. La tibia izquierda fue convertida en astillas, lo mismo que las costillas del mismo lado. El cuerpo íntegro se mostraba maltratado y decolorido. No es posible aún explicar cómo fueron causadas aquellas heridas. El arma pudo ser un pesado garrote de madera, o una gruesa barra de hierro; alguna herramienta ancha, contundente y roma, debió producir semejantes resultados, al ser esgrimida por un hombre tremendamente forzado. Ninguna mujer habría sido capaz de asestar aquellos golpes con arma alguna. La cabeza de la difunta, cuando la reconoció el testigo, se hallaba enteramente separada del cuerpo y también muy destrozada. Evidentemente, la garganta había sido cortada con un instrumento muy afilado, posiblemente con una navaja de afeitar.

“*Alexandre Etienne*, cirujano. Fue llamado junto con Dumas para examinar los cadáveres. Corroboró la declaración y las opiniones de *Paul Dumas*.

“No se han obtenido pormenores más importantes, aunque se ha interrogado a muchas personas. Un crimen tan misterioso y tan intrincado, jamás se había cometido en París. La policía no tiene ningún rastro; rara circunstancia en asuntos de tal naturaleza. En realidad, no existe ni la sombra de la menor pista.”

La edición de la tarde del mismo periódico afirma que reina todavía mucha excitación en el Quartier Saint-Roch, y que las circunstancias del crimen han sido detalladamente investigadas de nuevo e interrogados otra vez los testigos; todo sin resultado. No obstante, una noticia de última hora anunció que Adolphe Le Bon se halla detenido y encarcelado, aunque no acusado de ninguno de los hechos ya expuestos.

Mi amigo Dupin parecía especialmente interesado en el curso de aquel asunto. O yo lo deducía de su conducta, porque él no emitía ningún comentario.

Solo después de que fue anunciada la encarcelación de Le Bon, me preguntó qué opinaba acerca de esos asesinatos.

Le manifesté que concordaba con todo París, al considerar que aquello era un misterio insoluble. No vislumbraba fórmula alguna para dar con el asesino.

—No podemos pensar en la manera de hallarlo a través de esos interrogatorios tan superficiales —dijo Dupin—. La Policía de París, tan alabada por su perspicacia, es apenas astuta. En sus diligencias no disponen de otro método sino del que sugieren las circunstancias. Hacen gran ostentación de buenas disposiciones, pero con frecuencia se adaptan tan mal a los fines que se han propuesto, que induce a invocar a monsieur Jourdain¹⁵ cuando exige su bata *para oír mejor la música*. Es cierto que los resultados que obtienen no dejan de ser a veces sorprendentes; sin embargo, en su mayoría, son alcanzados por mera insistencia, y cuando este método resulta ineficaz, todos sus planes fallan. Vidocq, por ejemplo, era un magnífico *adivinator*, y hombre muy perseverante, pero como no tenía educada la inteligencia a menudo se desencaminaba, por la misma intensidad de sus investigaciones. Menoscababa su visión por mirar el objeto tan de cerca. Era capaz de observar una o dos circunstancias con inusitada claridad, pero al hacerlo, invariablemente perdía el enfoque total del problema. Puede decirse que ése es el defecto de ser demasiado

profundo. Las variedades y orígenes de este error tienen un buen ejemplo en la contemplación de los cuerpos celestes. Mirar una estrella por ojeadas, examinándola de soslayo, volviendo hacia ella las partes exteriores de la retina que son más sensibles a las débiles impresiones de la luz que las interiores, equivale a contemplar la estrella distintamente y obtener la mejor apreciación de su brillo; un brillo que se va opacando a medida que volvemos de lleno nuestra mirada hacia ella. En realidad caen en los ojos mayor número de rayos en el último caso, pero en el primero se consigue una receptividad más fina. Examinando con una profundidad indebida, podemos enredar y debilitar el pensamiento y hacer que hasta Venus se desvanezca en el cielo por culpa de una mirada escrutadora demasiado sostenida, concentrada o directa. En cuanto a esos asesinatos, vamos a iniciar algunas investigaciones por nuestra cuenta, antes de formarnos una opinión con respecto a ellos. Esta indagación nos procurará un buen pasatiempo. Visitaremos el lugar del suceso. Conozco al Prefecto de Policía, y no me será difícil obtener el permiso necesario.

Conseguimos ese permiso y fuimos enseguida a la rue Morgue. Es una de esas callejuelas que cruzan por entre la calle Richelieu y la de Saint-Roch. Eran las últimas horas de la tarde cuando llegamos allí. No nos costó dar con la casa, ya que aún había muchas personas observando las ventanas cerradas, con una vana curiosidad. Era un edificio como tantos en París, con una puerta principal y a un costado una caseta de cristal con una ventanilla de bastidor corredizo para la portera. Antes de entrar subimos calle arriba, doblamos por un callejón y luego, doblando otra vez, llegamos a la parte posterior del edificio, mientras Dupin examinaba todos los alrededores y la casa con una minuciosidad cuyos fines no podía comprender.

Después nos volvimos por donde habíamos venido, hasta la fachada del edificio. Llamamos, mostramos nuestros permisos, y los agentes de guardia nos dejaron pasar sin objeciones. Nos dirigimos a la habitación donde habían encontrado el cuerpo de mademoiselle L’Espanaye, y en la que aún yacían los cadáveres de las dos mujeres. El desorden en esta sala se hallaba intacto, y Dupin lo fue escudriñando todo, sin olvidar los cuerpos de las víctimas. En seguida pasamos a las otras habitaciones y al patio. Un gendarme nos acompañó a los diferentes lugares. Aquella investigación nos ocupó hasta el anochecer.

He dicho que las rarezas de mi amigo eran diversas. Así, rehusó hablar del

asesinato hasta el siguiente mediodía. Entonces, súbitamente, me preguntó si había observado algo particular en el escenario del crimen.

La manera cómo recalcó la palabra *particular*, me hizo estremecer sin saber por qué.

—No, nada de particular —contesté—. Por lo menos no más de lo que ambos leímos en el diario...

—Me temo que *La Gazette* no ha penetrado en el horror inusitado del asunto —replicó él—. Yo pienso que si ese misterio parece insoluble es por la misma razón por la que debería ser muy fácil de resolver; me refiero al carácter desmesurado de cuanto lo rodea. La policía está confundida por la aparente falta de motivación, y no por las posibles causas de la atrocidad del asesinato; está confundida ante la imposibilidad de conciliar esas voces que se oyeron arriba, y no haber encontrado allí más que el cuerpo de Mademoiselle L'Espanaye; por no vislumbrar la forma de que alguien haya abandonado el cuarto piso, sin que lo viesan las personas que subían por las escaleras. El impresionante desorden de la habitación, el cadáver introducido con la cabeza abajo en la chimenea, la espantosa mutilación del cuerpo de la anciana, y otras consideraciones ya mencionadas, han bastado para que se paralicen sus facultades, haciendo fracasar por completo la tan pregonada perspicacia de los agentes del Gobierno. Han caído en el común y gran error de confundir lo imprevisto con lo abstruso. Pero, precisamente, por apartarse de lo común es por dónde la razón tendría que hallar su camino para investigar la verdad. En indagaciones como la que ahora estamos efectuando, no tenemos solo que preguntar qué ha ocurrido, sino qué ha ocurrido que no haya pasado jamás hasta ahora. La facilidad con que yo he llegado a la solución de este enigma, va en razón directa con su aparente insolubilidad a los ojos de la policía.

Con mucho asombro clavé la mirada en los ojos de mi interlocutor.

—Ahora espero —continuó diciendo, mientras observaba la puerta de nuestra habitación—, estoy esperando una persona que, aun cuando no haya sido quien perpetró esta carnicería, bien podría estar complicada, en cierta medida, con el hecho. De la peor parte de estos crímenes, es posible que resulte inocente. Espero no equivocarme en esta suposición, porque en ella fundo mi esperanza de descifrar la verdad. Aguardo a un hombre aquí, en esta habitación, de un momento a otro; también es posible que no venga, aunque lo más probable es que lo haga. Si viene hay que retenerlo. Tenemos

pistolas y ambos sabemos para qué sirven.

Cogí una pistola, sin entender bien lo que hacía, ni creer lo que escuchaba, mientras Dupin seguía conversando, en soliloquio. Ya he hablado de sus maneras abstraídas en semejantes momentos. Sus palabras se dirigían a mí, aunque su voz, no muy alta, ofrecía la entonación comúnmente empleada al hablar con alguien que se halla muy distante. Sus ojos, inexpresivos, miraban a la pared.

—Está completamente demostrado que en esa reyerta que escucharon los que subían por la escalera, las voces no correspondían a las de las mujeres asesinadas —dijo—. Esto descarta cualquiera duda acerca de si la anciana pudo dar muerte a su hija y suicidarse después. Hablo de este punto solo por obediencia a un método, ya que las fuerzas de madame L'Espanaye eran totalmente insuficientes para arrastrar el cadáver de la joven chimenea arriba. Y por las heridas de su propio cuerpo, queda básicamente excluida la idea de suicidio. Por lo tanto, está claro que los asesinatos fueron cometidos por terceras personas, y que son las voces de esas personas las que se oyeron discutir.

Lo observé sin encontrar objeción alguna.

—Permítame ahora —prosiguió—, hacer hincapié no en lo que se ha declarado acerca de esas voces sino en lo que hay de particular en dichas declaraciones. ¿Ha observado usted en ellas algo especial?

—Sí, noté que mientras todos los testigos coincidían en que la voz grave era la de un francés, hubo mucho desacuerdo en cuanto a la voz aguda.

—Eso es la evidencia misma —dijo Dupin—, pero no la peculiaridad de dicha evidencia. Usted no ha percibido nada característico, y, sin embargo, algo había que percibir. Los testigos, como se ha dicho, estuvieron de acuerdo en cuanto a la voz grave. Pero en lo que se refiere a la voz aguda, la particularidad consiste *no en el desacuerdo*, sino en que un italiano, un inglés, un español, un holandés y un francés han intentado describirla, y cada uno la menciona *como la voz de un extranjero*. Cada uno está seguro de que no era la voz de un compatriota suyo, y la compara con la de un individuo proveniente de alguna nación cuyo lenguaje desconoce. El francés supone que era la voz de un español; el holandés sostiene que fue la de un francés, *aunque por desconocer el idioma, el testigo fue interrogado por medio de un intérprete*; el inglés piensa que se trababa de un alemán, pese a que no entiende alemán; el español asegura que era un inglés, juzgando

únicamente por el acento, *porque no entiende la lengua inglesa*; el italiano opina que fue la voz de un ruso, pero jamás ha conversado con un ruso; un segundo francés difiere del primero, y sostiene que aquella voz era la de un italiano. ¡Qué inusitada ha de ser realmente esa voz, para que puedan darse estos testimonios tan contradictorios! Ciudadanos de las cinco grandes divisiones de Europa no reconocen nada que les sea familiar en sus inflexiones. Usted dirá que también puede ser la voz de un asiático o de un africano. A pesar de que ni los asiáticos ni los africanos abundan en París, no niego esa posibilidad, pero me interesa llamar su atención sobre tres puntos: aquella voz es descrita por uno de los testigos como *más áspera que aguda*, y otros la definen como *rápida y desigual*. No hubo palabras, no existieron sonidos que se parecieran a palabras distinguibles, como en el caso de la voz grave. Yo no sé qué impresión he causado en el entendimiento de usted –prosiguió Dupin–, pero creo que las legítimas deducciones hechas solo con esta parte de los testimonios, o sea la parte referente a las voces grave y aguda, bastan para engendrar una sospecha que puede conducirnos al avance en la investigación del misterio. He dicho *deducciones legítimas*, más exactamente, las únicas deducciones adecuadas, en las que inevitablemente se origina mi sospecha como única conclusión. En qué consiste esta sospecha, no lo diré todavía. Solo deseo que usted comprenda que, para mí, tiene la fuerza suficiente para darle un determinado giro a mis indagaciones en aquella habitación. Trasladémonos en imaginación a esa sala. ¿Qué es lo primero que buscaremos allí? Los medios de evasión utilizados por los asesinos, ¿verdad?

Me limité a asentir, y Dupin continuó:

–Ni usted ni yo creemos en acontecimientos sobrenaturales. Madame y Mademoiselle L’Espanaye no han sido asesinadas por espíritus. Los que cometieron el crimen son seres materiales y escaparon por iguales medios. ¿Cómo? Hay una sola manera de razonar sobre este punto y esa manera debe conducirnos a una solución precisa. Está claro que los asesinos se encontraban en la habitación donde fue hallado el cuerpo de Mademoiselle L’Espanaye, o en el cuarto contiguo, cuando el grupo de personas subió la escalera. De modo que basta con investigar las salidas que tienen estos dos lugares. La policía ha dejado al descubierto los pisos, los techos y la mampostería de las paredes en todas direcciones. No obstante, no he querido fiarme de sus ojos y lo he examinado todo con los míos. Por lo tanto puedo

afirmar que no existían *puertas secretas* y dos de las habitaciones que dan al pasillo, estaban cerradas con llave por dentro. Las chimeneas, aunque de ancho corriente, no podrían dar cabida ni a un gato corpulento. En consecuencia, la imposibilidad de escape por los medios ya indicados es absoluta, y no nos quedan más que las ventanas. Por la habitación que da a la fachada principal, nadie hubiera podido huir sin ser visto por la muchedumbre que había en la calle. Ello significa que los asesinos salieron por las ventanas de la habitación trasera. Llevados a esta conclusión de manera inequívoca, no podemos rechazarla tomando en cuenta *impedimentos* evidentes. Solo debemos demostrar que cualquiera de estos evidentes impedimentos, realmente no existen. Bien; hay dos ventanas de bastidor corredizo, que suben y bajan, en la habitación. Una de ellas no está obstruida por el mobiliario, y queda completamente visible. La parte inferior de la otra permanece oculta por la cabecera del pesado armazón de la cama, que está estrechamente pegado a ella. La primera de dichas ventanas se hallaba cerrada y asegurada por dentro, resistiendo a los más violentos esfuerzos de los que trataron de levantarla; en la parte izquierda de su bastidor habían barrenado un agujero y hundido allí un grueso clavo casi hasta la cabeza. Examinando la otra ventana se descubrió en ella otro clavo similar: también los intentos para subir el bastidor fracasaron. La policía quedó convencida de que la fuga no podía haberse efectuado por ahí, por consiguiente, consideró superfluo extraer esos clavos y levantar las ventanas. Mi examen fue algo más prolijo. Razoné de este modo *a posteriori*: los asesinos han escapado por una de esas ventanas y es imposible que hayan vuelto a cerrar los bastidores por dentro. Esta consideración, por su evidencia, fue la que atascó las investigaciones de la policía. Pero el hecho era que las ventanas estaban cerradas y bien aseguradas. Se hacía, entonces, *necesario* que pudieran cerrarse por sí mismas; no había manera de escapar a esta conclusión. Fui hasta la ventana libre de estorbos, extraje el clavo con cierta dificultad y probé a subir el bastidor. Como me figuraba, resistió a todas mis manipulaciones y en ese instante sospeché que había un resorte secreto. Una cuidadosa inspección me hizo descubrirlo. Lo presioné, y satisfecho con mi hallazgo, me abstuve de levantar el bastidor. Volví a colocar el clavo y lo observé atentamente. Si una persona hubiese pasado por delante de la ventana y la hubiera vuelto a cerrar, el resorte habría funcionado solo; sin embargo, no podría haber

colocado nuevamente el clavo. El campo de mis investigaciones se estrechaba aún más: los asesinos habían escapado por la otra ventana. Suponiendo que los resortes de ambos bastidores fuesen iguales, lo que era probable, debía existir alguna diferencia entre los clavos, o por lo menos entre la forma de clavarlos. Me trepé al armazón de la cama y examiné, prolijamente, por encima de su cabecera, la segunda ventana. Pasando la mano por la tabla, descubrí y apreté el resorte, que, tal como sospechaba, tenía la misma forma que su vecino. Observé bien su clavo, que era tan grueso como el otro, y aparentemente se hallaba clavado de idéntica manera: hundido casi hasta la cabeza. Si usted supone que me quedé perplejo, no ha comprendido la naturaleza de estas deducciones. He rastreado el secreto hasta su consecuencia final, y esa consecuencia es el *clavo*. Dije que tenía la apariencia de su compañero de la otra ventana, pero esto no era tan decisivo si se considera que en aquel punto se acababa toda mi pista. Debe haber un defecto en ese clavo, pensé. Lo toqué, y su cabeza, con casi un cuarto de pulgada de su espiga, se me quedó entre los dedos; el resto de la espiga seguía en el orificio barrenado. Esta espiga era muy antigua, sus bordes se encontraban impregnados de herrumbre, y era fácil comprender que el clavo había sido arreglado de un martillazo que hundió una porción de la cabeza en la superficie del bastidor. Coloqué otra vez aquella parte en el sitio de donde la había separado, y su similitud con un clavo perfecto fue completa; la fisura era invisible. Luego presioné el resorte, levanté suavemente el bastidor una pulgada, y la cabeza del clavo subió junto con éste, quedando la otra parte en su agujero. Bajé el bastidor, cerrando la ventana y la apariencia del clavo entero fue otra vez perfecta.

Lo contemplé admirado.

—El enigma, hasta aquí —continuó Dupin—, ya estaba resuelto. El asesino se fugó por la ventana que da sobre la cama. Luego de salir por allí, al bajar esta ventana por sí sola, quedó sujeta por el resorte y es la sujeción de ese resorte la que ha engañado a la policía; ésta piensa que está inmovilizada por el clavo. El problema siguiente es cómo bajó el asesino. A unos cinco pies y medio de la ventana en cuestión pasa una cadena de pararrayos. Por esa cadena resultaría absurdo que alguien llegara a la ventana. No obstante, comprobé que los postigos del cuarto piso eran de un tipo particular, llamados *ferrades* por los carpinteros franceses; un estilo raramente usado hoy, que se ve con frecuencia en las casas antiguas de Lyon y Burdeos.

Tiene la forma corriente de una puerta de una sola hoja, y la mitad superior es enrejada o trabajada a manera de celosía, por lo cual ofrece un excelente agarradero para las manos. En el presente caso, esos postigos tienen un ancho de tres pies y medio. Cuando los vimos desde la parte trasera de la casa, estaban los dos abiertos casi hasta la mitad, formando ángulo recto con la pared. Es muy posible que la policía haya examinado la parte trasera del edificio, y si lo ha hecho, al mirar aquellas *ferrades*, no ha reparado en su gran anchura; no le ha dado la debida importancia. En realidad, cuando se convencieron de que la fuga no podía efectuarse por ese lado, no le concedieron sino un examen superficial. Para mí, en cambio, era muy claro que el postigo de la ventana, en la cabecera de la cama, si se abría totalmente llegaría a unos dos pies de la cadena del pararrayos. También era evidente que con un valor y una agilidad extraordinarios era factible entrar en esa habitación, por esa ventana, utilizando la cadena. Al alcanzar esa distancia de dos pies y medio, suponiendo que el postigo estuviese completamente abierto, un ladrón podía conseguir un asidero muy firme en la celosía. Soltando, luego, su sostén en la cadena, con los pies bien apoyados en la pared y saltando atrevidamente, habría impelido al postigo, haciendo que se cerrara; y también, suponiendo que hubiera encontrado la ventana abierta, hubiese ido a parar al interior de la habitación. Tenga presente que he hablado de una agilidad extraordinaria, indispensable para el éxito de una empresa tan arriesgada y dificultosa. Si usamos el lenguaje de la ley, usted me dirá que más bien debería depreciar la agilidad requerida en el caso, que insistir en valorarla, pero eso no corresponde al oficio de la razón. Mi finalidad consiste, únicamente, en hallar la verdad, y mi propósito inmediato es inducirlo a usted a que haga un parangón entre esa sobrenatural agilidad, y la voz peculiarísima, aguda, áspera, desigual, acerca de cuya nacionalidad no hay dos personas de acuerdo, y en cuya pronunciación no es posible descubrir silabeo alguno.

Al escuchar aquellas palabras comencé a formarme una vaga idea de lo que pensaba Dupin. Me parecía estar al borde del entendimiento, sin que pudiera entender todavía. Mi amigo continuó su razonamiento:

—Usted habrá comprendido —dijo—, que he llevado el problema del modo de salida al de entrada, y sugiero que ambas fueron efectuadas de igual manera y por un mismo sitio. Volvamos ahora al interior de la habitación. Se ha dicho que los cajones de la cómoda fueron saqueados, aunque han

quedado algunas prendas de vestir. La conclusión es absurda. ¿Cómo sabemos que los objetos hallados no eran todo lo que los cajones contenían? La señora y la señorita L'Espanaye hacían una vida muy apartada y salían raramente; tenían pocos motivos para muchos cambios de ropas. Y si algún ladrón hubiera robado algo, ¿por qué no robar lo mejor? ¿Por qué no llevárselo todo? En pocas palabras: ¿un ladrón habría dejado cuantros mil francos en oro, para cargar con un atado de ropa blanca? El oro fue abandonado. La cantidad mencionada por monsieur Mignaud, el banquero, fue hallada en las dos talegas, sobre el piso. Por lo tanto, sería conveniente descartar la desatinada idea, engendrada en los cerebros de la policía, de un motivo relacionado con ese dinero. Pero, dadas las circunstancias del caso, si aceptamos que el oro no ha sido la finalidad del crimen, también debemos aceptar que quien lo cometió fue tan vacilante y tan estúpido que no solo olvidó el oro sino el objetivo del delito. Fijémonos ahora en otros detalles que nos muestran el vigor maravilloso del asesino. En la chimenea había unas espesas guedejas de canosos cabellos humanos. Habían sido arrancados con sus raíces. ¿Usted sabe qué fuerza es necesaria para arrancar de la cabeza solo veinte o treinta cabellos juntos? Ha visto aquellas guedejas tan bien como yo... ¡horrendo espectáculo! Sus raíces estaban grumosas de fragmentos de carne del cuero cabelludo, prueba de la fuerza prodigiosa que ha sido menester para arrancar tal vez un centenar de cabellos al mismo tiempo. La garganta de la anciana no solo estaba cortada, sino que la cabeza fue separada del cuerpo, y el instrumento para ello fue solo una navaja de afeitar. ¡De las heridas en el cuerpo de madame L'Espanaye no vale la pena ni hablar! Monsieur Dumas y su digno auxiliar monsieur Etienne, han declarado que fueron causadas por instrumento contundente, y en esto han acertado; el instrumento fue, sin duda alguna, el pavimento de piedra del patio, sobre el que la víctima cayó desde la ventana. Este hecho, por sencillo que ahora parezca, escapó a la policía, por la misma causa que su comprensión quedó herméticamente sellada para la posibilidad de que las ventanas hubiesen podido ser abiertas. Si por añadidura a estas cosas, ha reflexionado usted adecuadamente acerca del extraño desorden de la habitación, ya hemos podido llegar a la etapa de combinar las siguientes ideas: agilidad pasmosa, una fuerza sobrehumana, una ferocidad brutal, una carnicería sin motivo, una *grotesquería* dentro de lo horrible, absolutamente ajena a la naturaleza de un ser humano y una voz extranjera por su acento

para los oídos de hombres de varias naciones, y desprovista de todo silabeo distinguible o inteligible. ¿Qué resulta de todo esto? ¿Qué impresión le causa en su imaginación?

Sentí escalofrío cuando Dupin me hizo aquellas preguntas.

—Un loco dije—. Ese crimen lo ha cometido algún demente furioso que se ha escapado de una *Maison de Santé* vecina.

—En algunos aspectos, su idea no es desacertada —me respondió—. Pero las voces de los enajenados, hasta en sus más feroces paroxismos, no llegan a parecerse a la voz oída desde las escaleras. Los locos pertenecen a determinados países, y su lenguaje, aunque sea incoherente en sus palabras, tiene siempre la coherencia de su silabeo. Además, el cabello de un loco no se asemeja al que yo tengo en la mano. He desenredado este mechón que retenían los dedos rígidamente crispados de madame L'Espanaye. Dígame, ¿qué puede deducir de esto?.

—¡Dupin! —exclamé—. ¡Ese cabello no es humano!

—Yo no he dicho que lo sea —me contestó—. Pero antes que decidamos acerca de este punto, le ruego que examine el pequeño esbozo que he dibujado en este papel. Es un *facsímil* sacado de lo que una parte de los testigos describe como “cárdenas magulladuras y profundas heridas causadas por uñas” en el cuello de Mademoiselle L'Espanaye, y los señores Dumas y Etienne, como “serie de manchas lívidas, impresiones evidentes de unos dedos”. Usted comprenderá —continuó mi amigo, desplegando el papel sobre la mesa—, que este dibujo muestra una presión firme y poderosa. No hay aquí *deslizamiento* visible. Cada dedo ha mantenido, posiblemente hasta la muerte de la víctima, la ferocidad con que se hundió en el primer instante. Pruebe usted ahora a colocar todos sus dedos a la vez en las respectivas impresiones.

En vano lo intenté.

—El papel se halla extendido sobre una superficie plana, y la garganta es cilíndrica —argumentó Dupin—. Aquí tenemos un trozo de leña, cuya circunferencia es aproximadamente la de la garganta. Enrolle el dibujo en él y pruebe otra vez el experimento.

Así lo hice, y la dificultad fue aún más evidente.

—Tampoco éstas —dije—, son huellas de dedos humanos.

—Ahora lea —prosiguió Dupin—, este pasaje de Cuvier.

Era una descripción anatómica, minuciosa y general, del gran orangután

fulvo de las islas de la India Oriental. La estatura gigantesca, la fuerza y la actividad prodigiosa, la salvaje ferocidad y las tendencias imitadoras de estos mamíferos, son harto conocidas en todo el mundo. Inmediatamente, comprendí los horrores de aquellos asesinatos.

—La descripción de los dedos está completamente de acuerdo con este dibujo —aseguré cuando acabé de leer—. No hay otro orangután, sino el de la especie aquí mencionada, que pueda haber marcado heridas como las que usted ha dibujado. Ese mechón de pelo también es idéntico al del animal descrito por Cuvier. Pero aún no veo modo de comprender las circunstancias en que se produjo este espantoso asunto. Además, se oyeron disputar dos voces, y una de ellas era indiscutiblemente la de un francés.

—Es cierto, y usted recordará una expresión atribuida casi unánimemente, por los testigos, a esa voz. La expresión *mon Dieu* la cual, en aquellos instantes, fue definida por el testigo Montani, como expresión de reconvencción. En esa voz, yo he fundado mis esperanzas de una completa solución del enigma. Hay un francés conocedor del asesinato. Y es posible, mucho más que probable, que él sea inocente de toda participación en los hechos sangrientos que han ocurrido. El orangután puede habersele escapado, y él ha seguido el rastro hasta aquella habitación. Pero en medio de las agitadas circunstancias que se produjeron, puede que no lo haya logrado recapturar. El animal anda todavía suelto.

—¿Cree eso? —indagué.

—En realidad no me propongo continuar con estas conjeturas, porque las luces de reflexión en que se fundan, alcanzan apenas la suficiente profundidad para ser apreciables para mi propia inteligencia, y no pretendo hacerlas inteligibles para la comprensión de otra persona. Si el francés en cuestión es, como yo supongo, inocente de estas atrocidades, este anuncio, que yo dejé en las oficinas de *Le Monde*, que como usted sabe es un periódico dedicado a los asuntos marítimos, nos lo traerá a nuestro domicilio.

Me presentó el periódico, y leí lo siguiente:

“CAPTURA: En el Bois de Boulogne se ha encontrado un enorme orangután de la especie de Borneo. Su propietario, quien se sabe que es un marinero, perteneciente a un navío maltés, podrá recuperar al animal, dando la satisfactoria identificación de él y pagando algunos pequeños gastos ocasionados por su captura y manutención. Dirigirse al N°..., *rue*... Faubourg

Saint-Germain. Tercero.”

—Yo no lo conozco —añadió Dupin—. No estoy *seguro* de su existencia. Pero aquí tengo el pedacito de un lazo que, por su forma y su aspecto grasiento, ha sido usado para anudar los cabellos en forma de coletas a las que son tan aficionados los marineros. Este lazo es uno de los que muy pocas personas saben anudar y es una peculiaridad de los malteses. Recogí esta cinta al pie de la cadena del pararrayos, y no podía pertenecer a ninguna de las dos víctimas. En todo caso, si me he equivocado en mis deducciones, al pensar que el francés es un marino perteneciente a un navío maltés, no habré causado ningún daño a nadie con este anuncio. Y si he acertado, habremos ganado un punto muy importante. Aunque inocente, en autos del crimen, ese hombre vacilará en responder o no el anuncio, y entre si debe o no debe reclamar al orangután. Razonará de este modo: “Soy inocente, soy pobre, y mi orangután vale mucho dinero; un verdadero caudal para alguien que se halla en mi situación. ¿Por qué debo perderlo por vanas aprensiones? Fue encontrado en el Bois de Boulogne, a gran distancia de la casa de la *rue Morgue*... ¿Y cómo podría suponerse que un animal haya cometido semejante acción? La policía está despistada; no ha podido ofrecer el menor indicio. Hasta en el caso de que sospechen del orangután sería imposible demostrar que yo sé del crimen ni enredarme en culpabilidad alguna. Y además, me *conocen*. Quién publicó el aviso me señala como poseedor del animal. Ignoro hasta dónde se extiende este conocimiento, pero... si evito reclamar una propiedad de tanto valor, que se sabe que es mía, despertaré sospechas. Contestaré el anuncio, es lo mejor. Recuperaré mi orangután y lo mantendré encerrado hasta que se disipe este desagradable asunto.”

En aquel momento oímos unos pasos en la escalera.

—Prepárese usted —dijo Dupin—. Tome sus pistolas, pero no haga uso de ellas ni las muestre hasta que yo le haga una señal.

Habíamos dejado abierta la puerta principal de la casa y el visitante había entrado sin llamar. Sin embargo ahora parecía vacilar. Oímos que bajaba. Dupin fue rápidamente a la puerta y lo escuchamos subir otra vez. Ahora ya no se volvía atrás, sino que subía decididamente. Llamó a la puerta de nuestra habitación.

—Adelante —respondió Dupin, con voz alegre y satisfecha.

El hombre que entró era, sin lugar a dudas, un marinero. Alto, fornido, musculoso, con cierta expresión de arrogancia no del todo antipática. Su

rostro, muy bronceado, tenía más de la mitad oculta tras las patillas y el bigote. Traía un grueso garrote de roble y no parecía llevar otras armas. Saludó inclinándose desmañadamente, y nos dijo un “buenos días” con acento francés que, pese a un dejo suizo, daba a conocer su origen parisiense.

—Siéntese, amigo —invitó Dupin—. Supongo que viene a reclamar su orangután. Le doy mi palabra de que se lo envidio. ¡Hermoso animal, y de mucho precio! ¿Qué edad le atribuye?

El marinero dio un largo suspiro, como quien se quita un gran peso de encima, y luego contestó con voz segura.

—No podrá tener más de cuatro o cinco años. ¿Lo tiene usted aquí?

—¡Oh, no! Este no es lugar para guardarlo. Está en una cuadra que alquilamos en la *rue* Dubourg. Podrá recuperarlo mañana temprano. ¿Viene preparado para demostrar su propiedad?

—Sin duda alguna, señor.

—Sentiré mucho desprenderme de él —agregó Dupin.

—Yo no pretendo que se haya tomado tanto trabajo sin que tenga alguna recompensa —dijo el hombre—. Eso ni pensarlo. Y estoy dispuesto a pagar una gratificación por el hallazgo del animal; por supuesto, algo razonable.

—Bien, eso es muy correcto —respondió mi amigo—. Vamos a ver... ¿qué voy a pedir yo? ¡Ah, ya lo sé! Mi recompensa será ésta: quiero que usted me diga todo lo que sabe acerca de esos asesinatos de la *rue* Morgue.

Dupin pronunció estas últimas palabras en voz muy baja y con mucha tranquilidad. Con la misma tranquilidad fue hacia la puerta, la cerró y se guardó la llave en el bolsillo. Luego sacó la pistola y, sin mostrar la menor agitación, la dejó sobre la mesa.

El rostro del marinero se encendió sofocado. Se puso de pie y empuñó su garrote. Pero acto seguido se dejó caer en la silla, temblando violentamente, y con expresión de moribundo. No dijo ni una palabra. Lo compadecí de todo corazón.

—Amigo mío —murmuró Dupin, en tono amable—, se alarma usted innecesariamente, se lo digo de veras. No nos proponemos causarle daño alguno. Le doy mi palabra de honor, como caballero, y como francés, de que no intentamos perjudicarlo. Yo sé muy bien que usted es inocente de las atrocidades de la *rue* Morgue. No obstante, no puedo negar que, en cierto modo, se halla complicado en ellas. Por lo que acabo de decirle, podrá

comprender que he tenido medios de información acerca de este asunto. Ahora el caso se presenta de este modo: usted no ha hecho nada que pudiera evitar; nada, ciertamente, que lo haga culpable. No se le puede acusar de que haya robado, pudiendo hacerlo impunemente, y no tiene ninguna cosa que ocultar. Por otra parte, está usted obligado, por todos los principios de honor, a confesar cuanto sepa. Hay un hombre inocente encarcelado bajo la acusación de esos crímenes, a cuyo autor puede usted desenmascarar.

El marinero había recobrado mucho de su presencia de ánimo, pese a que ya no existía la arrogancia en él.

—¡Que Dios me salve! —exclamó—. Yo quiero contarle todo lo que sé, aunque no espero que me crea ni la mitad; estaría loco si lo esperase. ¡Pero soy inocente, y hablaré con total franqueza, aún cuando arriesgue la vida!

Lo que declaró, fue en sustancia esto: recientemente había regresado de un viaje al archipiélago índico. Un grupo, del cual formaba parte, desembarcó en Borneo y pasó al interior a realizar una excursión de recreo. Entre él y un compañero capturaron al orangután. Aquel compañero murió y el animal pasó a ser de su exclusiva propiedad.

Después de no pocos trabajos, ocasionados por la ferocidad del cautivo durante el viaje de regreso, logró encerrarlo en su propio domicilio en París, donde para no atraer la curiosidad de los vecinos lo mantuvo cuidadosamente recluido, hasta que pudo restablecerlo de una herida que se había hecho en un pie, con una astilla, a bordo del navío. Su resolución era venderlo.

Sin embargo, al regresar a su casa después de una parranda con otros marineros, justamente en la madrugada del día del crimen, halló al orangután en su alcoba, en la que había penetrado desde el cuarto contiguo donde estaba encerrado. Con una navaja de afeitar en la mano, se hallaba sentado delante de un espejo tratando de afeitarse; sin duda había espiado a su amo en esta operación. Aterrorizado al ver un arma tan peligrosa en poder de un animal tan feroz, el marinero se quedó sin saber qué hacer durante unos momentos. Pese a todo, había logrado apaciguar al orangután, aún en sus arranques más feroces, por medio de un látigo, y a éste recurrió también en esa oportunidad. Al ver el látigo, el orangután huyó fuera de la habitación, se precipitó escaleras abajo y luego saltó por una ventana hacia la calle.

Su dueño lo persiguió desesperado. El mono, que llevaba aún la navaja de

afeitar en la mano, se volvía de cuando en cuando para mirar y hacer muecas a su perseguidor. De este modo continuó la persecución durante un largo trecho. Las calles estaban en profundo silencio porque eran casi las tres de la madrugada. Al descender por una callejuela situada detrás de la rue Morgue, llamó la atención del animal una luz que brillaba en la ventana abierta de la habitación de madame L'Espanaye, en el cuarto piso del edificio. Se precipitó hacia allá, vio la cadena del pararrayos, trepó, con inconcebible agilidad por ella, se agarró al postigo que estaba abierto de par en par y balanceándose, suspendido de aquella manera, saltó directamente sobre la cabecera de la cama. Todo esto duró apenas un minuto. El orangután, al entrar en la habitación, empujó con las patas el postigo que volvió a quedar abierto.

Mientras tanto, el marinero estaba contento y perplejo a la vez. Tenía mucha esperanza de capturar al bruto, que difícilmente podría escapar de la trampa en que se había metido. Sin embargo, por otra parte, no le faltaban grandes motivos de temor por lo que el animal pudiera hacer dentro de esa casa. Esta última reflexión movió al hombre a seguir persiguiendo al orangután. Por una cadena de pararrayos se sube sin dificultad, especialmente para un marinero, y así lo hizo. Cuando llegó a la altura de la ventana, que se encontraba bastante apartada hacia su izquierda, debió hacer un alto. Todo lo que podía lograr era aproximarse para dar una ojeada al interior de la habitación. Pero al hacerlo, le faltó poco para caer al vacío, empujado por el horror. Fue entonces cuando se levantaron aquellos estremecedores gritos que despertaron de su sueño a los vecinos de la rue Morgue.

La señora L'Espanaye y su hija, vestidas con ropa de dormir, habían estado, según parece, ordenando unos documentos en el cofrecito de hierro que habían llevado hasta el centro de la habitación, y tenían abierto; su contenido se hallaba en el suelo, junto a ellas. Indudablemente, las víctimas estaban sentadas de espaldas a la ventana, y, por el tiempo que transcurrió entre el ingreso del animal y los gritos, parece que no lo vieron en seguida. El golpeteo del postigo debió ser atribuido al viento. Cuando el marinero miró hacia el interior, el gigantesco animal agarró a madame L'Espanaye por los cabellos, y blandió la navaja de afeitar junto a su cara, imitando los gestos de un barbero. La hija se desmayó, y quedó tendida en el piso, inmóvil. Los forcejeos y alaridos de la anciana, en medio de los cuales le

fue arrancado el cabello, tuvieron el efecto de cambiar los propósitos pacíficos del orangután, por la cólera. Con un gesto violento de su musculoso brazo, casi le separó la cabeza del cuerpo y al ver la sangre, su ira se inflamó hasta el frenesí. Rechinándole los dientes y despidiendo lumbre por los ojos se lanzó entonces sobre el cuerpo de la joven, y hundió las afiladas garras en su garganta, manteniendo la presión hasta que ella expiró. Sus miradas extraviadas y salvajes se dirigieron en aquel momento a la cabecera de la cama, sobre la cual, al otro lado de la ventana, el rostro de su amo, rígido de horror, se distinguía apenas en la oscuridad. Instantáneamente, recordando el temido látigo, la furia del animal se convirtió en miedo. Comprendiendo que merecía ser castigado, pareció deseoso de ocultar sus sangrientas acciones y comenzó a saltar por la sala, derribando y destrozando los muebles a su paso, y arrancando la cama de su armazón. Para terminar, cogió el cuerpo de la señorita L'Espanaye, y lo introdujo por la chimenea, tal como fue hallado. Luego el de la anciana madre, el que inmediatamente arrojó de cabeza por la ventana. Cuando el mono se acercó allí, llevando su mutilada carga, el marinero retrocedió despavorido. Resbalando por la cadena del pararrayos, más que agarrándose, llegó abajo y se alejó precipitadamente hacia su casa, temiendo las consecuencias de aquella carnicería y abandonando, en su terror, todo cuidado por lo que pudiera ocurrirle al mono. Las palabras escuchadas por el grupo en la escalera eran las exclamaciones de espanto del francés, mezcladas a la jerigonza del orangután.

Ya casi no me queda nada que añadir. El animal tuvo que escapar de la habitación por la cadena del pararrayos, poco antes del amanecer. Maquinalmente debió cerrar la ventana al pasar por ella.

Tiempo después fue capturado por su propio dueño, que obtuvo por él una buena cantidad de dinero en el *Jardín des Plantes*. Le Bon fue dejado en libertad rápidamente, después que nosotros contamos todo lo sucedido en el despacho del prefecto de Policía. Aquel funcionario, aunque muy bien dispuesto para con mi amigo, no pudo disimular su pesar al ver el giro que había tomado el caso y se permitió un par de frases sarcásticas acerca de la falta de corrección de las personas que se entrometían en sus funciones.

—Déjelo que hable —me dijo luego, Dupin—. Así aliviará su conciencia. Por mi parte, estoy satisfecho de haberlo vencido en su propio terreno. Sin embargo, el hecho de que le haya fallado la solución de este misterio no es

algo tan raro como él supone. En verdad, nuestro amigo el prefecto es demasiado agudo para poder pensar con profundidad. Su ciencia carece de base; es toda fuerza y no cuerpo, como las pinturas que representan a la diosa Laverna¹⁶. Más exactamente, toda cabeza y espaldas como un bacalao. Pero es buena persona, y me agrada, sobre todo por un truco de su astucia, al que le debe el haber alcanzado su fama de hombre de talento. Me refiero a su manera “*de nier ce qui est, et d’expliquer ce qui n’est pas*”.¹⁷

Eleonora

*Sub conservatione formae
specificae salva anima*¹⁸

Ramón Llull.

Pertenezco a una ilustre stirpe por su fuerza de imaginación y el ardor de la pasión. Los hombres me llaman loco, pero todavía no se ha aclarado si la locura es o no la inteligencia más alta. Los que sueñan de día conocen muchas cosas que escapan a los que solo duermen de noche. En sus confusas visiones logran vislumbrar algo de eternidad y se sobrecogen durmiendo al advertir que se han hallado al borde del gran secreto. A retazos aprenden parte de la sabiduría del bien, y más aún de la sabiduría del mal. Penetran, aunque sin timón ni brújula, en el vasto océano de la luz inefable.

Digamos que yo estoy loco. Reconozco, al menos, que se dan dos estados distintos de mi existencia mental: el de una razón lúcida, indiscutible, que atañe al recuerdo de los acontecimientos que forman la primera época de mi vida, y un estado de oscuridad y dudas que se refiere al presente y a la memoria de cuanto se relaciona con la segunda y gran etapa de ésta. Por lo tanto, pueden creer lo que yo cuente del primer período, y concederle solo el crédito que parezca justo a lo que relate de estos tiempos.

Aquella a la que amé en mi juventud, y de quien escribo ahora, serena y claramente, estos recuerdos era la única hija de la hermana de mi madre, que murió hace mucho tiempo. Siempre habíamos vivido juntos, bajo el sol tropical, en el Valle del Césped Multicolor. Sin ir acompañado de un guía, nadie entró jamás en aquel valle, ya que se extendía muy lejos, entre una

cadena de montañas gigantescas que se inclinaban sobre él, ciñéndolo y cerrando a la luz sus más maravillosos rincones. No se había hollado sendero alguno en su vecindad, y para llegar hasta nuestro hogar era necesario ir apartando, con esfuerzo, el follaje de miles de árboles silvestres y aplastar la hermosura de millones de fragantes flores. Así, mi prima, su madre y yo vivíamos completamente solos, sin conocer nada del mundo que no fuera el valle.

Desde las oscuras regiones situadas más allá de las montañas de nuestro cercado dominio venía arrastrándose un río estrecho y profundo, más brillante que todas las cosas, excepto los ojos de Eleonora. Serpenteando y trazando laberintos se perdía al fin por una sombría garganta. Le llamábamos el Río del Silencio, porque en su corriente parecía existir una influencia que todo lo silenciaba. Ningún murmullo se alzaba de su lecho, y tan calladamente seguía su curso, que los blancos guijarros que contemplábamos en su profundidad ni siquiera se movían, sino que reposaban con inmóvil deleite, cada uno en su acostumbrado lugar, brillando para siempre.

Las márgenes del río, y las de muchos riachuelos deslumbradores que avanzaban por desviados caminos hacia su cauce, así como los espacios que se extendían desde aquellas márgenes hasta la profundidad de sus corrientes, todos aquellos parajes, y la superficie del valle, estaban alfombrados por un suave y parejo césped verde, perfumado de vainilla, pero salpicado íntegramente por amarillos ranúnculos, blancas margaritas, violetas purpúreas, y asfodelos color rubí. Su extraordinaria belleza hablaba a nuestros corazones del amor y la gracia de Dios.

Y aquí y allá, en arboledas pequeñas que crecían sobre aquel césped, como mezcla de ensueños se alzaban árboles fantásticos, cuyos troncos altos y esbeltos no se mostraban erguidos, sino que se inclinaban graciosamente hacia la luz que asomaba por el mediodía en el centro del valle. Su corteza estaba jaspeada por el vívido y alternado esplendor del ébano y la plata y era más suave que todo lo existente, excepto las mejillas de Eleonora. A no ser por el verdor de las enormes hojas que se extendían desde sus copas en largas y trémulas hileras, retozando con los céfiros, se hubiera podido imaginar que eran gigantescas serpientes que rendían homenaje a su soberano el Sol.

Cogidos de la mano por aquel bosque, durante quince años vagamos

Eleonora y yo antes de que el amor penetrase en nuestros corazones. Fue una tarde, al final del tercer lustro de su vida y del cuarto de la mía, cuando nos sentamos enlazados bajo aquellos árboles, mirando las aguas del Río del Silencio para contemplar el reflejo de nuestras imágenes. No nos dijimos nada durante el resto del atardecer, y nuestras palabras, incluso al día siguiente, fueron escasas y temblorosas. Habíamos atraído al dios Eros desde aquellas ondas, y sentíamos que se encendían dentro de nosotros las ardientes almas de nuestros antepasados. Las pasiones que durante siglos distinguieron a nuestra estirpe llegaban en tropel, con todas las fantasías que las habían hecho notables, y unidas formaron un delicioso viento sobre el valle del Césped Multicolor. Todas las cosas cambiaron. Flores extrañas y brillantes, semejantes a estrellas, brotaron en árboles que hasta entonces jamás habían florecido. Los matices de la verde alfombra se hicieron mucho más intensos y cuando una a una las blancas margaritas se fueron marchitando, crecieron en su lugar, de diez en diez, los asfodelos color rubí. La vida se alzó en nuestros senderos: altos flamencos desconocidos, en compañía de otros pájaros fulgurantes, desplegaban ante nosotros su plumaje escarlata. Los peces de plata y oro llenaron el río y de su seno brotó poco a poco un murmullo que fue ampliándose en arrulladora melodía, más dulce que el arpa de Eolo, y más divina que todas las cosas, excepto la voz de Eleonora. Y entonces, también, una nube que habíamos contemplado en las regiones del Véspero, salió de allí flotando, resplandeciendo en carmesí y oro y colocándose suavemente sobre nosotros, principió a descender día a día, más cerca y más cerca, hasta que sus bordes tocaron la cima de las montañas, transformando toda su oscuridad en magnificencia, encerrándonos dentro de una prisión de grandeza y gloria.

El hechizo de Eleonora estaba sobre toda comparación, pero ella era una doncella sin artificios, tan inocente como su breve vida llevada entre las flores. Nada disfrazaba el fervor del amor que la colmaba, y examinaba conmigo sus más íntimos sentimientos, mientras paseábamos por el Valle del Césped Multicolor conversando sobre las transformaciones que habían ocurrido.

Finalmente, un día, sin poder contener las lágrimas, me habló del último y triste cambio que le sobrevendría a la humanidad. Desde entonces, solo pensó en ese doloroso tema, mezclándolo en cada uno de nuestros diálogos, igual como aparecen en los cantos del bardo de Schiraz, las mismas

imágenes repetidas en cada variación de la frase.

Eleonora veía el dedo de la muerte posado sobre su corazón, y sabía que su belleza perfecta había sido creada solo para morir. Sin embargo, los terrores de la tumba, para ella, residían únicamente en una consideración que me reveló una tarde, al anochecer, junto a las riberas del Río del Silencio. Se afligía al pensar que después de enterrarla, yo abandonaría para siempre aquellos felices lugares, concediendo el amor, que ahora le pertenecía tan apasionadamente, a otra joven de un mundo lejano y vulgar. Al escucharla, me arrojé a los pies de Eleonora, jurando por ella y por el cielo que jamás me uniría en matrimonio con ninguna hija de la tierra ni me mostraría desleal con su adorada memoria. Y apelé al Todopoderoso, ordenador del Universo como testigo de la solemnidad de mi juramento. Y la maldición que invoqué de Él, y también de ella, si yo traicionaba esa promesa, implicaba un castigo cuyos horrores no es posible describir. Los brillantes ojos de Eleonora resplandecieron más cuando oyó mis palabras, como si hubiesen retirado de su pecho un peso enorme, y aceptó ese juramento, lo que hizo más leve su lecho de muerte. No muchos días más tarde, mientras moría pacíficamente, me dijo que, por lo que yo había hecho para consolar su espíritu, velaría por mí después de su partida, y que si le fuese permitido, volvería en forma visible durante las noches; pero que si esto quedaba fuera del alcance de las almas en el Paraíso, por lo menos me daría señales frecuentes de su presencia: suspirando sobre mí con la brisa de la tarde, o llenando el aire que yo respirara con el perfume de los incensarios de los ángeles. Con estas palabras en sus labios, entregó su vida inocente, poniendo término a la primera etapa de la mía.

Hasta ahora he hablado fielmente. Sin embargo, cuando paso la barrera creada por la muerte de Eleonora en el sendero del tiempo y comienzo la segunda época de mi existencia, siento que una sombra pesa sobre mi cerebro y pongo en duda la lucidez perfecta del recuerdo. No obstante, permítanme continuar...

Los años fueron transcurriendo pesadamente y yo seguí viviendo en el Valle del Césped Multicolor. Pero se había producido una segunda transformación. Las flores parecidas a estrellas envejecieron en los troncos de los árboles y no crecieron más. Y uno por uno, los asfodelos color rubí también se marchitaron. En su lugar, brotaron, de diez en diez, oscuras violetas parecidas a ojos que se retorcían angustiosamente y se hallaban

siempre cargadas de rocío. Y la vida se fue de nuestros caminos. El alto flamenco ya no desplegó su plumaje escarlata y emprendió el vuelo tristemente, desde el valle a la montaña, en compañía de los demás pájaros maravillosos. Los peces de oro y plata partieron por la estrecha garganta hacia el extremo más bajo de nuestra heredad, y nunca más embellecieron el río con su presencia. Y la arrulladora melodía, que había sido más dulce que el arpa de Eolo y más divina que todas las cosas, excepto la voz de Eleonora, se fue extinguendo poco a poco, en murmullos que cada vez se hicieron más débiles, hasta que la corriente volvió a adoptar la solemnidad de su profundo silencio. Finalmente, la nube se alzó, abandonando la cima de las montañas hacia su antigua umbría y llevándose consigo todas las suntuosas y áureas magnificencias muy lejos del Valle del Césped Multicolor.

Aún así, Eleonora no olvidó sus promesas. Yo pude respirar el perfume de los incensarios de los ángeles; siempre flotaba sobre el Valle una oleada de ese perfume santo. Y en las horas de soledad, cuando mi corazón latía angustiosamente, los vientos, envueltos en suaves suspiros, llegaban a acariciar mi frente. Vagos murmullos henchían siempre el aire de la noche, y una vez, ¡solo una vez! desperté de un sopor que se asemejaba al adormecimiento de la muerte, al sentir la presión de unos labios sobre los míos.

*

Me encontré en una ciudad desconocida, donde todo podría servir para borrar los dulces sueños que había vivido en el Valle del Césped Multicolor. La pompa y el fausto de una corte soberbia, el estrépito de las armas, *el hechizo de la mujer*, aturdieron mi cerebro. Pero como hasta entonces mi alma se había mostrado fiel a sus juramentos, las señales de la presencia de Eleonora seguían brotando en las mudas horas de la noche.

Súbitamente cesaron todas esas manifestaciones y el mundo se oscureció ante mis ojos. Quedé abrumado ante los pensamientos que me aplastaban y las espantosas tentaciones que me acosaron. Desde un país lejano y desconocido había llegado a la corte del rey, a quien yo servía, una doncella cuya belleza rindió mi corazón desde el primer momento en que la vi, y ante quien me prosterné sin resistencia, doblegado por la adoración más servil y ardiente. ¿Qué era, en realidad, mi pasión por la niña del valle, comparada con el delirio y el éxtasis que ahora exaltaba mi espíritu que vertía lágrimas

a los pies de la divina Ermengarde? ¡Oh, qué maravillosa era Ermengarde! En aquel pensamiento no quedaba espacio para otra mujer. Cuando yo miraba lo más profundo de sus ojos, solo pensaba en ellos, y en *ella*.

Me casé, sin temor al castigo que había invocado, y éste no llegó. Una vez, solo una vez, en el silencio de la noche, penetraron por mi celosía los hondos suspiros que me tenían desamparado y que modularon en familiar y dulce voz:

—Duerme en paz. El espíritu del Amor reina y gobierna, y al entregar tu corazón a una mujer como Ermengarde, quedas absuelto, por razones que se te darán a conocer en el Cielo, de tus juramentos a Eleonora.

El cuervo

Un día, al término de una lúgubre medianoche,
en que me hallaba débil, cansado y sumido en tristes pensamientos,
inclinado sobre un raro y antiguo libro de olvidada ciencia,
cabeceando, semidormido,
oí de pronto un suave golpe,
como si silenciosamente golpearan,
golpearan a la puerta de mi habitación.
“Es –me dije–, una visita
que golpea suavemente a la puerta de mi habitación.
Eso es todo, y nada más”.
¡Ay, qué claro recuerdo
de aquel frío diciembre!
Fantasmas de mortecinas brasas
reflejadas en el suelo;
angustioso deseo de un nuevo día;
rogando en vano a mis libros
que den un descanso a mi dolor,
dolor por la pérdida de Leonora, la única,
resplandeciente virgen, llamada Leonora por los ángeles.
Ahora ya sin nombre, por la eternidad.
El escalofriante y triste crujido
de la seda de los rojos cortinajes
me llenaba de fabulosos terrores
nunca antes sentidos. Y ahora aquí, de pie,
silenciando el latir de mi corazón,
repito nuevamente:
“Hay una visita en la puerta de mi habitación
que desea entrar. Una visita
que desea entrar a mi habitación a deshoras.
Eso es todo, y nada más”.
Comencé entonces a animarme
y sin vacilaciones ya:

“Señor –dije–, o señora, le imploro que me perdone
pues cuando estando yo adormilado
viniste tan silencioso a golpear,
a golpear a la puerta de mi habitación,
apenas creí que le oía”.
Abrí entonces de par en par la puerta:
Oscuridad, y nada más.
Escrutando a fondo aquella negrura
estuve largo rato, asombrado, temeroso,
lleno de dudas, soñando sueños que ningún hombre
jamás se haya atrevido a soñar.
Pero en la insondable calma el silencio callaba
y la única palabra que allí se oía
era el balbuceo de un nombre: “¿Leonora?”
Lo musité en un susurro, y el eco
me lo devolvió en un murmullo: ¡Leonora!
Esto fue todo, y nada más.
Ya en mi habitación, mi alma entera,
mi alma entera me quemaba por dentro.
Pronto oí golpear nuevamente con más fuerza.
“Estoy seguro –me dije–, estoy seguro
que algo ocurre en la reja de mi ventana.
Permíte ver lo que allí ocurre
para que puedas penetrar en el misterio.
Permíte que tu corazón logre un instante de silencio
para que puedas penetrar en el misterio”.
¡Es solo el viento, y nada más!
Abrí la puerta de golpe
y entró, con un silencioso batir de alas,
un majestuoso cuervo
de los santos días pasados,
sin una pizca de reverencia
ni un momento de silencio,
que con aires de gran señor o de gran dama
voló a posarse en el busto de Palas¹⁹,

encima de la peana que está sobre mi puerta.
Allí se quedó, inmóvil, y nada más.
Luego, este pájaro de ébano
mudó mis dolorosas fantasías por una sonrisa
con el grave y serio decoro
con que se revestía su aspecto.
“Pese a tu mocha y mutilada cresta –le dije–,
espero que no seas un cobarde,
viejo y horrible cuervo amenazador,
fugado de la ribera nocturna.

¡Dime cuál es tu nombre en la rivera de la Noche Plutónica! [20](#)”

Y el cuervo dijo: “Jamás”.

Mucho me asombró que un pájaro de tan mala facha
pudiera hablar con tal claridad;
y aunque su respuesta significaba muy poco,
era poco oportuna. Es que no podemos
menos que recordar que ningún ser humano
ha sido derrotado por la visión de un pájaro
posado encima de la peana de su puerta
con semejante nombre: “Jamás”.

Pero el cuervo, posado solitario sobre el busto sereno
pronunció las palabras como derramando
toda su alma en aquellas palabras.

Y nada más dijo,
ni movió una sola pluma.

Entonces yo me dije en un murmullo:

“Otros amigos se han ido antes,
mañana él también me abandonará
como lo han hecho mis esperanzas”.

Y entonces el pájaro dijo: “Jamás”.

Asustado por el silencio roto
por tan diestras palabras,

“seguro, pensé, seguro que lo que dice
es todo lo que sabe, su único repertorio, aprendido
de algún amo desdichado, a quien una terrible desgracia

persiguió y acosó sin darle tregua
hasta que su estribillo tuvo solo un sentido,
hasta que los versos de sus esperanzas
expresaron solo aquel penoso contenido
de “Jamás, Jamás”.

Pero el cuervo logró arrancarme
una sonrisa, pese a mis tristes fantasías.

Coloqué una cómoda silla
frente al pájaro, al busto y a la puerta.

Y luego, acomodándome en el terciopelo,
comencé a relacionar una fantasía con otra,
diciéndome que lo que este desagradable y antiguo pájaro,
lo que este fiero, desgarrado, horripilante,
flaco, detestable y antiguo pájaro
quería decir al graznar: “Jamás”.

Me hallaba pensando, sentado, sin decir palabra,
frente al pájaro, cuyos ojos, como tizones ardientes,
me quemaban hasta lo hondo de mi pecho.

Esto y algo más, sentado, fantaseaba,
con mi cabeza apoyada
en el mullido forro del cojín,
acariciado por el resplandor de la lámpara
en el forro de terciopelo violáceo,
acariciado por el resplandor de la lámpara,
sobre el que, ¡ay!, ella no volvería a posarse ¡jamás!

Entonces sentí que la atmósfera
se hacía más densa, perfumada
por un invisible incensario mecido por ángeles
cuyas pisadas resonaban en la alfombra del suelo.

“¡Desgraciado –dije–, tu Dios te ha concedido,
mediante estos ángeles te ha dado una tregua,
una tregua de nepente^{[21](#)} de tus recuerdos de Leonora!

¡Apura, ay, apura este dulce nepente
y olvida a tu desaparecida Leonora!”

Y el cuervo dijo: “Jamás”.

“¡Profeta!, exclamé, ¡objeto demoníaco!
 ¡Sí, profeta, seas pájaro o demonio
 enviado por el Tentador, o arrojado
 por la tormenta a este refugio triste y sin temor,
 a esta desértica tierra hechizada,
 a este hogar transformado por el horror!
 Profeta, dime, te lo imploro,
 ¿existe, dime, existe algún bálsamo en Galaad? ²²
 ¡Habla, habla, te lo imploro!”
 Y el cuervo dijo: “Jamás”.
 “¡Que esa palabra sea tu señal de partida,
 pájaro o espíritu diabólico!”—le grité presumido—.
 “¡Regresa a la tormenta, a orillas de la Noche Plutónica.
 No dejes ninguna pluma negra, prenda de la mentira
 que urdió tu espíritu!
 Deja intacta mi soledad.
 Abandona el busto que está sobre la peana de mi puerta.
 Aparta tu pico de mi corazón
 y tu figura del dintel de mi puerta”.
 Y el cuervo dijo: “Jamás”.
 Y el cuervo jamás emprendió el vuelo.
 Aún sigue posado, aún sigue posado
 sobre el blanco busto de Palas,
 encima de la peana de la puerta de mi habitación.
 Y sus ojos se asemejan
 a los de un demonio soñador.
 Y la luz de la lámpara que lo ilumina
 proyecta su sombra flotando en el suelo.
 Ya no podrá liberarse. ¡Jamás!

El escarabajo de oro

*¡Hola, hola! ¡Este muchacho es un bailarín loco!
 Le ha picado la tarántula.*

Todo al revés

Hace muchos años trabé una íntima amistad con Mr. William Legrand. Era de una antigua familia de hugonotes, y en otro tiempo había sido rico; pero una serie de infortunios lo dejaron en la miseria. Para evitar la vergüenza de su precaria situación, abandonó Nueva Orleans, la ciudad de sus antepasados, e instaló su residencia en la isla de Sullivan, cerca de Charleston, en Carolina del Sur.

Esta isla es muy singular. Se compone únicamente de arena de mar, y tiene alrededor de tres millas de largo. Su ancho no excede de un cuarto de milla. Está separada del continente por una ensenada apenas perceptible, que fluye a través de un cañaveral habitado por patos silvestres. La vegetación, como puede suponerse, es pobre, o, a lo menos, diminuta. No se ven árboles de ninguna magnitud. Cerca de la punta occidental, donde se alza el fuerte Moultrie y algunas miserables casuchas habitadas durante el verano por la gente que huye del polvo y de la fiebre de Charleston, puede encontrarse, es cierto, una pequeña palmera; pero toda la isla, a excepción de ese punto occidental, y de un espacio árido y blancuzco que bordea el mar, está cubierta de una espesa maleza de mirto oloroso, tan apreciado por los horticultores ingleses. El arbusto alcanza allí una altura de quince o veinte pies, formando un matorral de impenetrable espesura, que perfuma el aire con su fragancia.

En el lugar más recóndito de esa maleza, no lejos del extremo oriental de la isla, es decir, del más distante, Legrand se había construido una pequeña cabaña, que ocupaba cuando nos conocimos casualmente por primera vez. Pronto nos convertimos en amigos, pues teníamos muchos intereses en común. Era un hombre educado, de una singular inteligencia, aunque abrumado por su misantropía y sujeto a perversos cambios de ánimo, alternando el entusiasmo con la melancolía. Tenía muchos libros, pero rara vez los utilizaba. Sus principales diversiones eran la caza y la pesca, o vagar a lo largo de la playa, entre los mirtos, en busca de conchas o de ejemplares

entomológicos; su colección de éstos hubiera podido suscitar la envidia de un Swammerdam.

En todas estas excursiones iba generalmente acompañado de un sirviente negro, llamado Júpiter, que había sido liberado de la esclavitud, pero que por su propia voluntad no había querido despegarse de los pasos de su joven señor. Quizás los parientes de Legrand, que lo consideraban un ser trastornado, contribuyeron a infundir la obstinación de Júpiter, a fin de que lo vigilase y cuidase.

Los inviernos no son muy severos en la isla de Sullivan, donde encender el fuego es considerado un verdadero acontecimiento. Sin embargo, a mediados de octubre de 18..., hubo un día de frío notable. Aquel día, antes de la puesta del sol me dirigí a la cabaña de mi amigo, a quien no visitaba hacía varias semanas, pues en aquel tiempo yo vivía en Charleston, a nueve millas de la isla y las facilidades para ir y volver eran bastante menos que las de hoy. Al llegar a la cabaña llamé, como era mi costumbre, y al no recibir respuesta busqué la llave donde sabía que estaba escondida, y entré. Un hermoso fuego llameaba en el hogar. Era una sorpresa bastante agradable. Me quité el abrigo, me senté junto al fuego y esperé pacientemente el regreso de mis anfitriones.

Poco después de la caída de la tarde llegaron y me saludaron cordialmente. Júpiter preparó unos patos silvestres para la cena. Legrand se hallaba en uno de sus ataques –¿cómo más podría llamarlos?– de entusiasmo. Había encontrado un molusco de una especie no clasificada, además había cazado un escarabajo que creía totalmente nuevo, pero respecto al cual deseaba conocer mi opinión a la mañana siguiente.

–¿Y por qué no esta noche? –pregunté, frotando mis manos ante el fuego y enviando al diablo toda la especie de los escarabajos.

–¡Ah, si hubiera sabido que estaba usted aquí! –dijo Legrand–. Pero hace tanto tiempo que no venía, ¿cómo adivinar que me visitaría precisamente esta noche? Cuando volvía a casa, me encontré con el teniente G. y le presté el escarabajo; tendrá que esperar hasta mañana para verlo. Quédese aquí esta noche, y al amanecer mandaré a Júpiter en su búsqueda. ¡Es la cosa más encantadora de la creación!

–¿Qué cosa? ¿El amanecer?

–¡Qué disparate! ¡No! ¡El escarabajo! Es de un brillante color dorado, aproximadamente del tamaño de una nuez, con dos manchas de un negro

azabache: una, cerca de la punta posterior, y la otra, algo más alargada, en la otra punta. Las antenas son...

–No hay estaño en él, se lo aseguro –interrumpió Júpiter–; todo su cuerpo es de oro macizo, menos las alas. No he visto nunca un insecto semejante.

–Bueno, supongamos que sea así –replicó Legrand–. Pero, ¿es esta una razón para dejar que se queme la cena? El color –y se volvió hacia mí– bastaría para justificar la idea de Júpiter. No habrá usted visto nunca un reflejo metálico más brillante que el que emite su caparazón, pero no podrá juzgarlo sino hasta mañana... Entre tanto, intentaré darle una idea de su forma.

Dijo esto sentándose ante una mesita sobre la cual había una pluma y tinta, pero no había papel. Buscó un momento en un cajón, sin encontrarlo.

–No importa –dijo, por último–; esto bastará.

Y sacó de su bolsillo un viejo y sucio pergamino; sobre él trazó un croquis con la pluma. Cuando terminó su dibujo me lo entregó sin levantarse. Al cogerlo, se oyó un fuerte gruñido, al que siguió un ruido de rascadura en la puerta. Júpiter abrió y el enorme Terranova de Legrand se abalanzó sobre mis hombros cargado de caricias, pues yo siempre le daba mucha atención. Cuando acabó de dar brincos miré el papel, y, a decir verdad me sentí perplejo ante el dibujo de mi amigo.

–Bueno –dije después de contemplarlo unos minutos–; esto es un extraño escarabajo, no he visto nunca nada parecido, a menos que sea un cráneo o una calavera, a lo cual se parece más que a ninguna otra cosa.

–¡Una calavera! –repitió Legrand–. ¡Oh, sí bueno; tiene ese aspecto indudablemente en el papel. Las dos manchas negras parecen unos ojos, ¿eh? Y la más larga de abajo parece una boca; además, la forma entera es ovalada.

–Quizá sea así –dije–; pero temo que usted no es un artista, Legrand. Esperaré a ver el insecto mismo antes de hacerme una idea de su aspecto.

–En fin, no sé –dijo él, un poco irritado–: dibujo regularmente o, al menos, debería dibujar, pues he tenido muy buenos maestros.

–Pero entonces, mi querido compañero, usted bromea –dije–: esto es un cráneo casi perfecto; y su escarabajo, si lo es, es el escarabajo más extraño del mundo. Pero ¿dónde están las antenas de que me habló?

–¡Las antenas! –dijo Legrand, que parecía acalorarse inexplicablemente con el tema–. Estoy seguro de que debe usted ver las antenas. Las he hecho

muy claras.

–Bien, bien –dije–; las puede haber hecho, pero yo no las veo.

Y le tendí el papel sin más observaciones, para que se convenciera de su error. Tomó el papel, muy malhumorado, y estaba a punto de arrugarlo y tirarlo al fuego cuando, de pronto, palideció. Examinó minuciosamente el dibujo por algunos minutos. Después, cogió una vela de la mesa, y siguió examinando con ansiedad el papel, dándole vueltas en todos sentidos. No dijo nada, pero su actitud me dejó muy asombrado; sin embargo, no hice ningún comentario para evitar su mal humor. Luego colocó el pergamino en una cartera y lo guardó dentro del escritorio, que cerró con llave. Recobró entonces la calma; pero su primer entusiasmo había desaparecido por completo. A medida que avanzaba la tarde, se volvía más y más abstraído. Al ver a mi amigo en aquella actitud, juzgué conveniente marcharme, sin que insistiera en que me quedase.

Pasado un mes, en el que no volví a ver a Legrand, recibí la visita de Júpiter. Nunca había visto al buen hombre tan decaído, y temí que le sucediera algo malo a mi amigo.

–Y bien, Júpiter. ¿Cómo está tu amo?

–Nada de bien, señor.

–¿Qué dices! ¿De qué se queja?

–¡Ahí está el problema! No se queja de nada; pero, de todas maneras, está muy enfermo.

–¿Enfermo, Legrad! ¿Está en la cama?

–No, no, no está en la cama. No está bien en ninguna parte.

–Júpiter, quisiera comprender algo de eso que me cuentas. Dices que tu amo está enfermo. ¿No te ha dicho qué tiene?

–Él dice que no tiene nada, pero entonces ¿por qué va de un lado para otro, con la cabeza baja y la espalda curvada, mirando al suelo, con el rostro pálido como un fantasma? Y, como si fuera poco, se pasa haciendo cifras todo el tiempo...

–¿Haciendo qué?

–Haciendo números con figuras sobre una pizarra; las figuras más raras que he visto nunca. Ya me estoy asustando. El otro día desapareció todo el día, y cuando volvió tenía un aire muy triste. ¡Se ve tan desgraciado!

–Pero, ¿tienes alguna idea qué le ha ocasionado esa enfermedad o más bien ese cambio de conducta? ¿Le ha ocurrido algo desagradable desde que no lo

veo?

–No; no ha ocurrido nada desagradable desde entonces, sino antes; sí, eso temo: el mismo día en que usted estuvo allí.

–¿Cómo! ¿Qué quiere decir?

–Estoy seguro de que el señor ha sido picado en alguna parte de la cabeza por ese escarabajo de oro.

–¿Y qué motivos tienes, Júpiter, para hacer tal suposición?

–No he visto nunca un escarabajo tan endiablado; coge y pica todo lo que se le acerca. El señor lo tomó..., pero enseguida lo soltó, se lo aseguro... Yo creo que lo ha picado. La cara y la boca de ese escarabajo no me gustan; por eso no he querido cogerlo con mis dedos; pero he buscado un trozo de papel para empaquetarlo. Lo envolví en un trozo de papel con otro pedacito en la boca; así lo hice.

–¿Y tú realmente crees que tu amo ha sido picado por el escarabajo, y que esa picadura lo ha enfermado?

–No lo creo, lo sé. ¿Por qué está siempre soñando con oro, sino porque lo ha picado el escarabajo de oro? Ya he oído hablar de esos escarabajos de oro.

–Pero, ¿cómo sabes que sueña con oro?

–¿Cómo lo sé? Porque habla de ello hasta durmiendo; por eso lo sé.

–Bueno, quizá tengas razón, pero ¿a qué se debe el honor de tu visita? ¿Me traes algún mensaje de mister Legrand?

Y Júpiter me entregó una esquela que decía lo siguiente:

“Querido amigo: ¿Por qué no lo he visto hace tanto tiempo? Espero que usted no haya cometido la tontera de haberse ofendido por mi súbita brusquedad. Desde aquel día he tenido un gran motivo de inquietud. Tengo algo que decirle; pero aún no sé cómo hacerlo. No estoy muy bien, y el pobre viejo Júpiter me aburre de un modo insoportable con sus buenas intenciones y cuidados. No he añadido nada a mi colección desde que no nos vemos. Si usted puede, venga con Júpiter. Venga. Deseo verlo esta noche para un asunto de importancia. Le aseguro que es de la más alta importancia.

Siempre suyo, William Legrand.”

Esa carta me llenó de inquietud. Legrand no solía escribir de esa manera. ¿Qué le pasaría? ¿Qué nueva locura cruzaba su mente? ¿Qué asunto de “alta importancia” tendría él que resolver? Sin vacilar, me decidí a seguir a

Júpiter.

Al llegar al muelle, noté que en el fondo del barco en que íbamos a navegar había una guadaña y tres azadones totalmente nuevos. Extrañado, interrogué a Júpiter, quien me explicó que su amo se los había encargado, y que temía que todo este capricho también fuese inspirado por el asunto del escarabajo.

El barco desplegó sus velas y una fuerte brisa nos empujó rápidamente al fuerte Moultrie. Luego de caminar dos o tres millas, llegamos a la cabaña; eran alrededor de las tres de la tarde. Legrand nos esperaba con impaciencia. Tomó mi mano con una nerviosa cordialidad que me alarmó, aumentando mis recientes sospechas. El brillo sobrenatural de sus ojos resaltaba la palidez cadavérica de su rostro. Después de preguntar por su salud, quise saber si el teniente G. le había devuelto el escarabajo.

—¡Oh, sí! —replicó, poniéndose muy colorado—. Por nada del mundo me separaría de él. ¿Sabe usted que Júpiter tenía razón al decir que era un escarabajo de oro? —Y agregó muy seriamente—: Ese escarabajo me devolverá mi fortuna, ¿es extraño, entonces, que lo aprecie tanto? Si la fortuna me hace este regalo, no tengo más que usarlo correctamente hasta llegar al oro del que es indicio. ¡Júpiter!, trae ese escarabajo.

—¡El escarabajo! ¡Jamás! No quiero tener problemas con ese insecto; ya sabrá traerlo usted mismo.

Enseguida Legrand, con solemne e imponente paso, fue en busca del escarabajo que se encontraba dentro de una campana de cristal. Efectivamente era un espécimen desconocido por los naturalistas de aquel tiempo, con un caparazón duro y brillante como el oro; no me extrañó entonces la opinión de Júpiter, pero de Legrand... me era imposible creerlo.

—Si lo he llamado —dijo mi amigo, una vez que terminé de analizar el insecto—, es para pedirle consejo y ayuda en el cumplimiento de los designios del destino y del escarabajo...

—Mi querido Legrand —repuse—, usted no está bien, váyase a la cama; yo me quedaré unos días, hasta que se restablezca. Tiene usted fiebre...

—Tómeme el pulso —dijo él.

Así lo hice y confieso que no encontré ni el menor síntoma de fiebre. No obstante, intenté convencerlo de ir a la cama, expresando mi amistad y preocupación por él.

—Estoy bien —insistió—; lo mejor que puedo estarlo dentro de la excitación

que tengo. Si usted realmente quiere aliviarme y comportarse como mi amigo, acompáñenos en la expedición que mañana iniciaremos por las colinas, es usted el único en quien puedo confiar...

—Deseo poder ayudarlo en todo lo que esté a mi alcance —contesté—; pero, ¿me va a decir usted, mi querido amigo, que esta misteriosa expedición tiene relación con el escarabajo?

—La tiene.

—Entonces, no puedo tomar parte en tan absurda empresa.

—Pues tendré que intentarlo solamente con la compañía de Júpiter.

—¡Ustedes solos! —repliqué, completamente convencido de la locura de mi amigo—. ¿Me promete, por su honor, que una vez que este capricho haya pasado, volverá usted a casa y seguirá todas mis indicaciones y las de un médico?

—Sí, lo prometo; ahora debemos partir cuanto antes, para estar de regreso al amanecer.

A eso de las cuatro, Legrand, Júpiter, el perro y yo nos pusimos en camino. Júpiter cogió la guadaña y las azadas, insistiendo en cargar con todo, más bien por miedo a poner aquellas herramientas en manos de su amo que por complacencia. Iba muy a disgusto, y la frase “condenado escarabajo” se escapó de sus labios más de una vez durante el viaje. Por mi parte, iba encargado de un par de linternas, mientras que Legrand se contentaba con el escarabajo, el cual llevaba atado al extremo de un trozo de cuerda; y lo hacía girar de un lado para otro, con un aire de hechicero, mientras caminaba. ¡Pobre amigo mío! Con lágrimas en los ojos hube de comprobar su demencia. Sin embargo, pensé que por el momento era preferible acceder a sus fantasías, hasta que pudiera tomar alguna medida más enérgica.

Entre tanto, era imposible que Legrand me explicara el objeto de la excursión y respondía a todas mis preguntas con un evasivo “ya veremos”.

Atravesamos la ensenada de la punta de la isla en una barca, y en dirección noreste trepamos los altos terrenos de la orilla del continente; anduvimos por parajes sumamente salvajes y desolados, donde no había vestigio humano. Legrand avanzaba con decisión, deteniéndose solamente algunos instantes, aquí y allá, para consultar ciertas señales que seguramente había dejado en alguna ocasión anterior.

Tras una larga caminata de aproximadamente dos horas, cuando iba a ponerse el sol, llegamos a una región aún más siniestra que las anteriores.

Era una planicie cerca de la cumbre de una colina casi inaccesible, cubierta de espesos matorrales y sembrada de enormes peñascos esparcidos en desorden sobre el suelo. Profundos barrancos, que se abrían en varias direcciones, daban un aspecto de solemnidad más lúgubre al paisaje. El lugar al cual habíamos trepado estaba tan lleno de zarzas que, sin la guadaña, hubiera sido imposible avanzar. Siguiendo las órdenes de su amo, Júpiter despejó el camino hasta llegar a un enorme tulipero que se erguía entre ocho o diez robles que sobrepasaba, dominando así la planicie. Una vez que llegamos al árbol, Legrand preguntó a Júpiter si sería capaz de treparlo. El pobre negro vaciló por un momento, se acercó al enorme tronco, lo examinó cuidadosamente y respondió simplemente:

–Sí, amo; no existe un árbol a cuya copa no pueda llegar.

–Entonces, sube lo más deprisa posible, pues pronto se acabará la luz.

–¿Hasta dónde debo llegar?

–Trepas el tronco, que yo te indicaré el camino que debes seguir. ¡Ah! Lleva el escarabajo contigo.

–¡El escarabajo de oro! –gritó el negro, retrocediendo con terror–. ¿Por qué debo llevar ese escarabajo conmigo? ¡Que me condene si lo hago!

–¡Cómo, tienes miedo! ¡Un negro grande y fuerte como tú no se atreve a tocar a un pequeño insecto muerto e inofensivo! Si prefieres, llévalo con esta cuerda; pero si no subes de alguna manera, me veré obligado a partirte la cabeza con esta azada.

–¿Miedo al escarabajo? ¿Yo? –dijo Júpiter, avergonzado–. ¡Era solo una broma!

Entonces el negro cogió al insecto y, manteniéndolo alejado de su persona, se dispuso a trepar el árbol.

En su juventud, el tulipero o *Liriodendron Tutipiferum*, tiene un tronco liso y se eleva con frecuencia a gran altura, sin producir ramas laterales; pero cuando llega a su madurez, la corteza se vuelve rugosa y comienzan a aparecer gran cantidad de ramas sobre el tronco. Por eso su ascenso es bastante más difícil de lo que parece. Abrazado al tronco, con los brazos y pies descalzos asidos a las ramas, Júpiter, luego de estar a punto de caer varias veces, llegó al fin hasta la primera rama, a unos sesenta o setenta pies de altura.

–¿Hacia qué lado debo ir ahora? –preguntó él.

–Sigue por la rama más ancha de ese lado –dijo Legrand.

El negro obedeció con prontitud, y subió, subió cada vez más alto, hasta desaparecer en la espesura del follaje.

–¿A qué altura estás? –preguntó Legrand.

–Estoy tan alto –replicó el negro–, que pareciera que la copa del árbol tocara el cielo.

–No te preocupes del cielo, y pon atención a lo que te digo: Cuenta las ramas que hay debajo de ti. ¿Cuántas has pasado?

–Una, dos, tres, cuatro, cinco. He pasado cinco ramas por ese lado, señor.

–Sube una rama más.

Entonces se oyó un nuevo grito que anunciaba que el negro se encontraba en la séptima rama.

–Ahora –ordenó Legrand, cada vez con mayor agitación–, avanza por esa rama hasta donde puedas. Si ves alguna cosa extraña, avísame.

En aquel momento las pocas dudas que me quedaban sobre la locura de mi amigo se disiparon por completo. Me preocupaba seriamente volver a casa cuanto antes; en esto reflexionaba, cuando se volvió a oír la voz de Júpiter:

–Tengo miedo de avanzar más: esta rama está totalmente seca.

–¿Una rama seca? –interrogó Legrand, con voz trémula por la emoción.

–Sí; no tiene ni pizca de vida.

–¿Qué debo hacer, en nombre del Cielo? –preguntó Legrand, sumido en una gran desesperación.

–¿Qué debe hacer? –dije, satisfecho de que aquella oportunidad me dejara manifestar mis pensamientos–. ¡Volver a casa y meterse en la cama!

–Júpiter, corta la rama con un cuchillo y dime si está muy seca –gritó Legrand, sin escucharme.

–Podrida, completamente podrida –replicó el negro después de unos momentos–. Aunque, si estuviera solo, podría avanzar un poco más sobre la rama.

–¡Si estuvieras solo! ¿Qué quieres decir?

–Hablo del escarabajo. Es tan pesado, que si no fuera por él la rama podría resistirme sin romperse.

–¡Maldito bribón! –gritó Legrand, que parecía muy reanimado–. Si dejas caer el insecto, te retuerzo el cuello.

–Esta bien, amo; pero no hay que tratar así a un pobre negro.

–Escúchame atentamente: Si te arriesgas y avanzas lo más que puedas por la rama, sin soltar el escarabajo, te regalaré un dólar de plata.

Entre la oferta y la amenaza, Júpiter comenzó a avanzar hasta el final de la rama. De pronto, se escuchó un grito de terror:

–¡Ooooh! ¡Dios mío, misericordia! ¿Qué es esto?

–¡Bien! –Gritó Legrand, muy contento–, ¿qué ves?

–¡Alguien dejó su cabeza sobre el árbol! ¡Veo un cráneo cuya carne ha sido comida por los cuervos!

–¡Una calavera! ¿Y cómo está sujeta al árbol?

–Es una cosa curiosa..., hay un grueso clavo que la retiene clavada al árbol.

–Ahora, Júpiter, escúchame bien y haz exactamente lo que voy a decirte: Busca el ojo izquierdo de la calavera.

–¡Hum! ¡Esto sí que es bueno! Este cráneo no tiene ojo izquierdo.

–¡Maldito estúpido! ¿Sabes distinguir bien tu mano izquierda de tu mano derecha?

–Sí, sí...; mi mano izquierda es con la que parto la leña.

–¡Claro, si eres zurdo! Tu ojo izquierdo está del mismo lado que tu mano izquierda. Ahora supongo podrás encontrar el ojo izquierdo de la calavera.

Luego de una larga pausa, en la cual Júpiter finalmente encontró lo que su amo ordenaba, éste le pidió que pasara el escarabajo amarrado a la cuerda por el orificio del ojo.

–Ya está hecho... Mírelo cómo baja –sentenció el negro.

Y el escarabajo comenzó a descender, brillando intensamente el dorado de su caparazón, gracias a los últimos rayos del sol poniente. Estaba pronto a caer a nuestros pies, cuando Legrand cogió la guadaña y, tomando al insecto como centro, trazó un círculo de tres o cuatro yardas de diámetro. Luego, ordenó que Júpiter soltara la cuerda y bajara del árbol.

Con gran cuidado clavó mi amigo una estaca en la tierra justo en el lugar en que el insecto había caído, y luego sacó de su bolsillo una cinta para medir. La ató por una punta al árbol que estaba más próximo a la estaca, y la desenrolló hasta una distancia de cincuenta pies; en ese nuevo lugar clavó una segunda estaca y tomándola como centro dibujó otro círculo, de aproximadamente unos cuatro pies de diámetro. Cogió entonces una de las azadas, y dándonos las otras, nos hizo cavar una fosa lo más deprisa posible.

En vista de lo avanzado de la noche y de lo fatigado que me encontraba, hubiera renunciado con agrado a aquel trabajo; sin embargo, temí perturbar la tranquilidad de mi amigo. Ya no tenía esperanzas de llevar a aquel lunático a su casa; pues para mí solo era una tarea imposible, y Júpiter le era

demasiado fiel como para ayudarme. Sin duda Legrand estaba contaminado por alguna de las infinitas supersticiones del Sur que hablan de tesoros escondidos, más el hallazgo del escarabajo, era fácil para una mentalidad predispuesta a la locura dejarse llevar por tales supersticiones. Recordé entonces el discurso que el pobre demente me hiciera referente al insecto: “el indicio de su fortuna”. Además, me sentía enojado y perplejo; pero, finalmente decidí cavar con buena voluntad para terminar lo antes posible, y así demostrar, con una prueba ocular, la falacia de las opiniones de mi camarada. Encendimos las linternas y nos entregamos a nuestra tarea con un celo digno de una causa más racional; y como la luz caía sobre nosotros, no pude evitar pensar en el pintoresco grupo que formábamos, y en que si algún intruso hubiese aparecido, por casualidad, habría creído que realizábamos una labor muy extraña y sospechosa.

Cavamos, aproximadamente, por dos horas y, a pesar de nuestros esfuerzos y de la profundidad de la fosa no había indicios del tesoro. Descansamos por algunos minutos y ante una nueva orden ahondamos en dos pies más nuestra labor. Por fin Legrand, desalentado y triste, saltó fuera de la zanja. Con una señal ordenó a Júpiter recoger las herramientas y disponerse a partir de vuelta. Caminábamos con pesadumbre, como si todos hubiésemos fracasado cuando, de súbito, a no más de cien pasos, Legrand se abalanzó sobre el cuello del negro.

–¡Bandido! ¡Bribón! ¡Tú nos has engañado! ¡Dime! ¿Cuál es tu ojo izquierdo?

–¡Amo! –clamó con pavor Júpiter, e indicando con un dedo su ojo derecho– ¿No es este acaso mi ojo izquierdo?

–¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Hurra! –gritaba con exaltación Legrand, seguido de saltos y giros de júbilo–. Debemos regresar.

Otra vez bajo el árbol, mi amigo insistió en tocar los ojos del negro preguntando cuál de ellos era el izquierdo, y el pobre hombre seguía indicando el derecho. Entonces, nuevamente, Legrand tomó su cuerda y la estaca, y, repitiendo el mismo procedimiento, esta vez hacia el lado contrario, volvió a trazar un círculo de similares dimensiones. Nuestras azadas también hubieron de repetir la acción.

A pesar de un cansancio extremo, seguí trabajando, cada vez más asombrado por la misteriosa locura de Legrand. Cavé valerosamente, con los ojos fijos en el azadón, casi esperanzado en encontrar el tesoro que había

vuelto insano a mi amigo. El Terranova que nos acompañaba aulló augurosamente; y rechazando a Júpiter que intentaba ponerle el bozal se lanzó a la fosa escarbando furiosamente con las uñas. Al segundo, vislumbramos un montón de huesos humanos que formaban dos esqueletos, varios botones de metal y restos de andrajosos uniformes. Ante la sorpresa, Júpiter no pudo disimular su alegría; mientras que su amo mostraba gran decepción. No obstante, nos urgió a que siguiéramos excavando. En eso, tras el último golpe de mi azada, noté que mi bota se enganchaba en un grueso anillo de hierro. Poco después nos encontramos desenterrando un cofre amarillo perfectamente bien conservado, lo que indicaba un proceso de mineralización, debido quizás al bicloruro de mercurio. Tenía tres pies de ancho por dos y medio de profundidad. Estaba asegurado con dos chapas metálicas cruzadas y provistas de anillos, los que facilitaban su traslado. Sin embargo, era tanto su peso que no pudimos desempotrarlo, viéndonos obligados a abrirlo, levantado la tapa, sujeta solo por dos cerrojos. Al instante, un centelleante tesoro de incalculable valor nos sorprendió, fatigándonos la vista con tal cantidad de oro y joyas.

Agotado por tanta excitación, Legrand apenas pronunció unas palabras. En cuanto a Júpiter, palideció tanto como un negro puede hacerlo. Estupefacto, se puso de rodillas en la fosa y hundió sus brazos dentro del cofre lleno de oro, al tiempo que gritaba:

—¡Y todo esto viene del escarabajo de oro! ¡Del bonito escarabajo de oro! ¡De aquel pobrecito escarabajo que yo injurié! ¡Debería darte vergüenza, negro estúpido!

La hora avanzaba y era necesario llevar nuestro botín a casa antes de que desplegara el día. Nos demoramos un buen rato en discernir la manera como trasladaríamos aquel tesoro; finalmente, vaciamos dos tercios del tesoro en fardos, y volvimos a desenterrar el cofre que también llevaríamos con nosotros. Partimos, sin siquiera tomarnos la molestia de rellenar la fosa.

Al llegar nos encontrábamos completamente destrozados, pero la intensa excitación de aquel momento nos impidió conciliar el sueño. Casi al alba nos levantamos para examinar nuestro tesoro.

El cofre estaba lleno hasta los bordes, nos tomó todo el día y parte de la noche siguiente examinar su contenido; pues todo había sido amontonado allí sin ningún orden, en absoluta confusión. Una vez que lo hubimos clasificado, calculamos que nos encontrábamos ante una fortuna que

superaba todas nuestras suposiciones. Había alrededor de cuatrocientos cincuenta mil dólares en monedas antiguas; todas de oro y de variadas procedencias: francesas, españolas y alemanas, además de algunas guineas inglesas y varias de modelos desconocidos, tan desgastados, que no pudimos descifrar. No se encontraba ni una sola moneda americana. La valoración de las joyas presentó muchas más dificultades. Había cien diamantes, algunos muy finos y de gran tamaño; dieciocho rubíes de un notable brillo, trescientas diez esmeraldas hermosísimas, veintiún zafiros y un ópalo. Todas aquellas piedras habían sido arrancadas de sus monturas y arrojadas en desorden al interior del cofre. En cuanto a las monturas mismas, que clasificamos aparte del otro oro, parecían haber sido machacadas a martillazos para evitar cualquier identificación. Además de todo esto, aún quedaba una gran cantidad de adornos de oro macizo: alrededor de doscientos anillos y pendientes, treinta cadenas de reloj, noventa y tres grandes y pesados crucifijos, cinco incensarios de oro de gran valía, una gigantesca ponchera de oro, adornada con hojas de parra y figuras de bacantes; dos empuñaduras de espada exquisitamente repujadas y otra gran cantidad de objetos pequeños que no logro recordar. Todo era de oro macizo y pesaba unas trescientas cincuenta libras. ¡Ah! Olvidaba ciento noventa y siete relojes de oro, de los cuales al menos tres valdrían cada uno quinientos dólares. Muchos eran viejísimos y no tenían valor como tales; pero estaban ricamente adornados de pedrerías las que sí valían muchísimo. Finalmente, evaluamos el contenido total en poco más de medio millón de dólares, estimación que se incrementó más tarde, luego de la tasación de las joyas; habíamos sido muy modestos...

Una vez que terminamos nuestro examen y calmamos nuestra excitación, Legrand, que me veía morir de impaciencia por conocer el secreto de dicho hallazgo, me lo explicó todo con detalle:

—Recordará usted —dijo— la noche cuando, para que se hiciera una idea del escarabajo dibujé un tosco croquis. Recordará también que me molestó mucho su insistencia en afirmar que mi dibujo parecía una calavera. Como me irritó mucho su burla, pues yo me consideraba un buen artista, me dispuse a arrojar al fuego el trozo de pergamino.

—Se refiere usted al trozo de papel —dije.

—No; aquello tenía el aspecto de papel, y al principio yo también creí que lo era; pero, cuando quise dibujar sobre él, descubrí enseguida que era un

trozo de pergamino muy viejo y bastante sucio; cuando me disponía a arrugarlo, mis ojos se fijaron en el esbozo que usted había examinado, y se podrá imaginar mi asombro al percibir realmente la figura de una calavera en el sitio mismo donde yo creía haber dibujado el insecto. Permanecí atónito por algunos segundos, y luego, cuando pude pensar con más tranquilidad, noté que existía cierta similitud en el contorno de los dibujos.

»Con la luz de una vela procedí a examinar el dibujo más cuidadosamente. Al darlo vuelta, vi el bosquejo que yo había trazado con mi propio lápiz, y sorprendido note que por una singular coincidencia los contornos de ambos dibujos se ajustaban a la perfección. Traté de comprender lo que había sucedido: Comencé a recordar de una manera clara y positiva que no había ningún dibujo sobre el pergamino cuando hice mi esbozo del escarabajo. Tuve la absoluta certeza de ello, pues me acordé de haberle dado vueltas a un lado y a otro buscando el sitio más limpio... Si la calavera hubiera estado allí, la habría visto de todas maneras. Existía, pues, un misterio que resolver. Entonces, me levanté, guardé el pergamino, y concentré todas las energías de mi cerebro y de mi voluntad para volcarlas, cuando estuviera solo, en el estudio de aquel enigma que deseaba aclarar.

»En cuanto se marchó usted, y Júpiter estuvo profundamente dormido, me dediqué a un examen más metódico de la cuestión. En primer lugar, quise comprender de qué modo aquel pergamino estaba en mi poder. Habíamos encontrado el escarabajo en la costa del continente, a una milla al este de la isla, cerca del nivel de la marea alta. Cuando lo quise tomar me mordió fuertemente por lo que lo arrojé al suelo. Júpiter, con su acostumbrada prudencia, buscó alrededor algo con qué tomarlo, cuando sus ojos tropezaron con un trozo de pergamino semienterrado en la arena. Cerca del mismo lugar, vi los restos del casco de un gran barco náutico, que ya había visto otras veces, así que suponía se encontraba hace muchos años en ese lugar.

»Júpiter recogió, pues, el pergamino, envolvió en él al insecto y me lo entregó. Luego retomamos el camino a casa y encontramos al teniente G., quien, al enseñarle el insecto, me rogó que se lo prestase para llevarlo al fuerte. Accedí a su petición, y como él no tuvo problemas para tomar al escarabajo directamente con sus manos, sin darme cuenta debí haber guardado el pergamino en mi bolsillo.

»Recordará usted que cuando pretendí hacerle el dibujo del escarabajo, no

encontré papel, y buscando en mis bolsillos alguna carta vieja, mis dedos se toparon con el trozo de pergamino. Le explicaré a continuación todos los detalles que relacionan la extraña conexión entre un barco encallado y la imagen de una calavera en un pergamino viejo, que a mí me sorprendieron con una especial fuerza.

»Sin duda alguna, usted me creyó un extravagante; pero yo había establecido ya una especie de conexión. Acababa de unir dos eslabones de una gran cadena. Allí había un barco que naufragó en la costa y no lejos de aquel barco un pergamino con una calavera pintada sobre él. Va usted, naturalmente, a preguntarme: ¿dónde está la relación? Le responderé que la calavera es el emblema más conocido de los piratas. Como le digo, era un trozo de pergamino, y no de papel. Rara vez se utiliza un pergamino para escribir cuestiones sin importancia, ya que es mucho más difícil escribir sobre él que en el papel. Generalmente, se apuntan en ellos notas que desean conservarse por mucho tiempo. Esta reflexión me indujo a pensar en algún significado, en algo que tenía relación con la calavera. Y, observando la forma del pergamino, noté que una de sus esquinas había sido destruida; sin embargo, todas las demás hacían suponer que su forma original era oblonga. Tenía en mis manos un secreto milenario.»

—Pero —le interrumpí— dice usted que la calavera no estaba sobre el pergamino cuando dibujó el insecto. ¿Cómo, entonces, establece una relación entre el barco y la calavera?

—¡Ah! Precisamente en eso gira todo el misterio. Aunque no he tenido mucha dificultad en resolverlo, mis pasos se dirigían seguros hacia una solución certera. Razoné de la siguiente manera: cuando yo trazaba mi dibujo, no había el menor rasgo de calavera en el pergamino. Una vez terminado, se lo entregue, y no lo perdí de vista hasta que usted me lo devolvió. No fue usted, por tanto, quien había dibujado la calavera ni allí había alguien que pudiera hacerlo.

»Recordé, entonces, con total exactitud todos los incidentes ocurridos en su visita. Hacía mucho frío (¡dichoso accidente!), y el fuego llameaba en la chimenea. Usted había acercado su silla al fuego y cuando se disponía a examinar el dibujo, mi Terranova entró y saltó cariñosamente a sus hombros. Mientras usted lo acariciaba, dejó en sus rodillas el pergamino, muy cerca del fuego. Hubo un instante en que creí que la llama iba a alcanzarlo, y me disponía a decírselo; cuando usted ya lo había cogido y

examinaba con atención. Una vez que consideré estos detalles, no tuve duda de que el calor había hecho surgir a la luz la calavera. Usted sabe que siempre han existido preparaciones químicas que permiten escribir mensajes que no son visibles hasta que no son sometidos al calor. Generalmente se utiliza el azufre disuelto en agua, que origina una tinta verde; o el régulo de cobalto licuado en espíritu de nitro, de cuya mezcla se obtiene una tinta rojiza. Estos colores desaparecen una vez que el material sobre el que se ha escrito se enfría, reapareciendo otra vez con el calor.

»Examiné pues la calavera con toda meticulosidad, advirtiéndole que los contornos más próximos al borde del pergamino eran más claros que los otros, por lo que supuse que la acción del calor había sido desigual. Enseguida prendí el fuego y sometí todas las partes del pergamino al calor ardiente; en un principio solo se reforzaron las débiles líneas de la calavera; pero, insistiendo en el ensayo, se hizo visible en la esquina diagonalmente opuesta a aquélla donde estaba el cráneo, una figura que supuse era una cabra. No obstante, un examen más atento, me convenció de que habían intentado representar un cabrito.»

—¡Ja, ja! —exclamé—. No tengo, sin duda, derecho a burlarme de usted (un millón y medio de dólares es algo muy serio para tomarlo a broma). Pero debe confesar que no existe ninguna relación entre los piratas y una cabra, eso es cosa de granjeros.

—Pero si acabo de decirle que la figura no era la de una cabra.

—Bueno; pero un cabrito me parece la misma cosa.

—Casi, pero no del todo —dijo Legrand—. Debe usted haber oído hablar de un tal pirata Kidd, y como *kidd* significa cabrito, consideré la figura de ese animal como una especie de firma simbólica. De esta forma, la calavera en la esquina diagonal opuesta podía ser la estampilla y el cabrito la firma. Pero me hallé dolorosamente desconcertado ante la total ausencia de texto.

—Supongo que esperaba usted encontrar una carta entre el sello y la firma.

—Algo por el estilo. El hecho es que me sentí irresistiblemente impresionado por el presentimiento de una fortuna inminente. No podría decir por qué. Sin embargo, la absurda opinión de Júpiter sobre el escarabajo de oro macizo había avivado notablemente mi imaginación. Y después de todo, ¿no era verdaderamente extraordinaria aquella sucesión de accidentes y coincidencias? ¿Se da cuenta usted de que no ha habido más que un día de frío que nos obligase a prender el fuego: sin ese fuego, o sin la

intervención del perro en ese preciso momento, no habría visto la calavera y nunca hubiera poseído este tesoro?

—Por favor, continúe... Me consume la impaciencia.

—Bien; usted habrá oído hablar de muchas historias que corren acerca de tesoros enterrados en algún lugar de la costa del Atlántico por Kidd y sus compañeros. ¡La leyenda era cierta! Kidd debía haber escondido su tesoro en alguna parte, y no lo habría podido encontrar, pues la pérdida de la nota que indicaba el lugar preciso se lo impedía. Seguramente los compañeros que lo ayudaban, extendieron el rumor universal de un tesoro perdido. ¿Ha oído usted hablar de algún tesoro importante que haya sido desenterrado a lo largo de la costa?

—Nunca.

—Pues es muy sabido que Kidd acumulaba inmensas riquezas. Suponía yo que la tierra las seguía ocultando avaramente; y guardaba grandes esperanzas de que este pergamino, encontrado de un modo tan extraño, me diera la indicación precisa del lugar en que se encontraba el fastuoso entierro.

—¿Y cómo procedió usted?

—Expuse de nuevo el pergamino al fuego, pero no apareció nada. Como estaba sucio y cubierto de manchas grasientas, atribuí mi fracaso a estas razones. Lo lavé esmerosamente con agua caliente y lo coloqué en una cacerola de cobre que puse sobre los carbones encendidos. A los pocos minutos saqué el trozo de pergamino y lleno de alegría noté que estaba cubierto con caracteres que parecían cifras alineadas. Volví a colocarlo en la cacerola y lo dejé allí otro minuto. Cuando lo saqué, estaba igual a lo que usted ve ahora.

Y Legrand, calentando de nuevo el pergamino, me lo entregó para que lo examinara. Los siguientes caracteres aparecían toscamente trazados, en color rojo, entre la calavera y el cabrito:

53++!305))6*;4826)4+.4+);806*;48!8'60))85;;!8*.;+*8!83(88)5*!;46(;88*96*?;8)*+
(;485);5*!2:*+
(;4956*2(5*@4)8'8*;4069285);6!8)4++;1(+9;48081;8:8+1;48!85;4)485!528806*81(+9;48;
(88;4(+?34;48)4+;161;188;+?;

—Pero —dijo, devolviéndole el pergamino— no entiendo nada de esto. Si todas las joyas de Golconda esperasen de mí la solución de este enigma, estoy absolutamente seguro de que sería incapaz de obtenerlas.

—Sin embargo —dijo Legrand—, la solución no resulta tan difícil como la

imagina, luego de un primer y rápido examen de los signos. Estos caracteres forman una cifra; es decir, contienen un significado, pero, por lo que sabemos de Kidd, no lo creo capaz de construir una criptografía muy compleja. Pensé, pues, que ésta era de una clase sencilla, aunque, para la tosca inteligencia del marinero, pareciese absolutamente indescifrable sin la clave.

—Y usted, ¿realmente la resolvió?

—Le juro que he resuelto criptogramas diez mil veces más complicados que éste. Las circunstancias y cierta predisposición mental me han llevado a interesarme por tales acertijos, y es, en realidad, dudoso que el genio humano pueda crear un enigma que el mismo ingenio humano no resuelva con una aplicación adecuada. Así, una vez que logré descubrir una serie de caracteres, tuve plena seguridad en que descifraría su contenido.

»En todos los casos de escritura secreta, lo primero que debe hacerse es averiguar el idioma empleado, ya que los fundamentos de la solución dependen siempre de lo particular de cada lengua. El único medio para esto es ensayar sucesivamente todos los idiomas que uno conoce, hasta encontrar el verdadero. Sin embargo, la misma palabra Kidd nos disminuía las dificultades, pues ésta solo es posible en lengua inglesa. Sin esa circunstancia hubiese comenzado mis ensayos por el español y el francés, que son las lenguas en las cuales un pirata de mares españoles hubiera redactado un secreto de ese género.

»Fíjese usted en que no hay espacios entre las palabras. Si los hubiese habido, se facilitaría grandemente el criptograma. En tal caso hubiera comenzado por separar y analizar las palabras más cortas, y de haber encontrado, cosa muy probable, una palabra de una sola letra (*a* ó *I* (yo), por ejemplo), habría estimado la solución asegurada. Pero como no había espacios, mi primera medida era averiguar las letras que más se repetían y las que menos lo hacían. Las conté todas y formé la siguiente tabla:

El carácter	8	se encuentra	34	veces
“	.	“	26	“
“	4	“	19	“
“	)	“	16	“
“	+	“	15	“
“	*	“	14	“
“	5	“	12	“
“	6	“	11	“
“	!	“	8	“
“	1	“	7	“
“	0	“	6	“
“	9 2	“	5	“
“	: 3	“	4	“
“	?	“	3	“
“	,	“	2	“
“	@ .	“	1	“

»Ahora bien: la letra que se encuentra con mayor frecuencia en inglés es la *e*; las otras se suceden en el siguiente orden: *a o y d h n r s t u y c f g l m w b k p q x z*. La *e* predomina de un modo tan notable, que es raro encontrar una sola frase de regular longitud que no haga empleo de ella.

»Tenemos, pues, una base de operaciones que es más que una simple conjetura. En este caso, el carácter dominante es el 8. Empezaremos por equipararlo a la letra *e*. Para comprobar mi hipótesis, observé si aparecía repetido, ya que en inglés la *e* se duplica con frecuencia, en palabras como, por ejemplo, *meet, speed, seen, been, agree*, etcétera. Noté entonces que, aunque el criptograma era breve, la *e* se doblaba al menos cinco veces.

»Ahora bien, de todas las palabras inglesas, *the* es la más usual; por tanto, debemos ver si está repetida la combinación de tres signos, en donde el último de ellos sea el 8. Una vez comprobado esto, encontraremos no menos

de siete de esas combinaciones, siendo los caracteres ; y 4 los que se anteponen al 8. De esta manera, podemos suponer que ; representa *t*, 4 representa *h* y ;48 significa *the*. Hemos dado ya un gran paso.

»El descubrimiento de esta sola palabra nos permite establecer otro punto más importante: varios comienzos y terminaciones de otras palabras. Veamos, por ejemplo, el penúltimo caso en que aparece la combinación ;48, casi al final del documento. Sabemos que lo que viene a continuación es el comienzo de una palabra, y de los seis caracteres que siguen a ese *the*, conocemos, por lo menos, cinco. Sustituyamos, pues, los caracteres por las letras que representan, dejando un espacio para el desconocido:

t eeth

»Descartemos, ahora, el *th*, pues no puede formar parte de la palabra que comienza con *t*, ya que al ensayar todas las letras del alfabeto, resulta imposible formar una palabra en la que ese *th* pueda formar parte. Reduzcamos, entonces, los caracteres a:

t ee

»Y, volviendo al alfabeto, la única palabra que puede formarse es *tree* (árbol). Ganamos así otra letra, la *r*, representada por (, más dos palabras yuxtapuestas *the tree* (el árbol).

»Un poco más lejos de estas palabras, a poca distancia, vemos de nuevo la combinación ;48 y la empleamos como terminación de lo que precede inmediatamente. Tenemos así la siguiente distribución:

the tree ;4+34 the

o sustituyendo con letras naturales los signos que conocemos, leeremos esto:

tre tree thr +?3 h the

»Ahora, si reemplazamos los caracteres desconocidos por espacios blancos o por puntos, leeremos:

the tree thr...h the

y, por tanto, la palabra *through* (a través) resulta evidente por sí misma. Pero este descubrimiento nos da tres nuevas letras: *o*, *u*, y *g*, representadas por +? y 3. Buscando cuidadosamente en el criptograma caracteres conocidos, hallamos el siguiente grupo:

83(88 o egree

que es, evidentemente, la terminación de la palabra *degree* (grado), la cual nos da otra letra, la *d*, representada por !.

»Cuatro letras más lejos de la palabra *degree*, observamos la combinación,

;46(;88

cuyos caracteres conocidos traducimos, representando el desconocido por puntos, como antes; y leemos:

th . rtee

»Combinación que nos sugiere la palabra *thirteen* (trece) y que nos vuelve a proporcionar dos letras nuevas, la *i* y la *n*, representadas por 6 y *.

»Volviendo ahora al principio del criptograma, encontramos la combinación:

53++!

»Traduciendo como antes, obtendremos:

.good

»Lo cual nos asegura que la primera letra es una *A*, y que las dos primeras palabras son *A good* (un bueno, una buena).

»Para evitar confusiones, dispondremos nuestra clave, según lo descubierto, en forma de tabla. Nos dará lo siguiente:

5	representa	a
!	“	d
8	“	e
3	“	g
4	“	h
6	“	i
*	“	n
+	“	o
(	“	r
;	“	t
?	“	u

»Tenemos así no menos de las diez letras más importantes representadas, y es inútil buscar la solución con esos detalles. Ya le he dicho lo suficiente para convencerlo de que estas cifras son de fácil solución, y de que no hay criptograma que se resista a una buena voluntad y metodología al servicio de la inteligencia. Pero tenga la seguridad de que la muestra que tenemos delante pertenece a uno de los tipos más sencillos. Solo me queda darle la traducción completa del documento. Hela aquí:

A good glass in the bishop's hostel in the devil's seat twenty one degrees and thirteen minutes northeast and by north main branch seventh limb east side shoot from the left eye of the death's head a bee line from the tree through the shot fifty feet out.

(“Un buen vidrio en el hostel del obispo en la silla del diablo 21 grados y 13 minutos noreste y cuarto norte principal tronco séptima rama lado este

soltar desde el ojo izquierdo de cabeza de muerto una línea de abeja del árbol por la bala cincuenta pies de largo”).»

–Pero –dije– el enigma me parece de tan mala calidad como antes. ¿Cómo es posible sacar un sentido de toda esa jerga referente a “la silla del diablo”, “la cabeza de muerto” y “el hostel del obispo”?

–Reconozco –replicó Legrand– que el asunto se presenta confuso al echarle una ojeada casual. Mi primera idea era encontrar en estas palabras las divisiones naturales que existieron en la intención del que las escribió.

–¿Y cómo le fue posible hacerlo?

–Pensé que el rasgo característico del escritor había consistido en agrupar sus palabras sin separación alguna, queriendo así aumentar la dificultad de la solución. Ahora bien, un hombre poco agudo, al perseguir tal objeto, tenderá a hacer inútil todo su trabajo anterior. Pues, cuando en el curso de su composición llegaba a una interrupción de su tema que requería, naturalmente, una pausa o un punto, se excedió en agrupar los caracteres más que de costumbre. Si observa usted ahora el manuscrito le será fácil descubrir cinco de esos casos de inusitado agrupamiento. Utilizando ese indicio hice la consiguiente división:

A good glass in the bishop's hostel in the devil's seat – twenty one degrees and thirteen minutes – northeast and by north – main branch seventh limb east side – shoot from the left eye of the death's head – a bee line from the tree through the shot fifty feet out.

(“Un buen vidrio en el hostel del obispo en la silla del diablo – 21 grados y 13 minutos – noreste y cuarto norte – principal tronco séptima rama lado este – soltar desde el ojo izquierdo de cabeza de muerto – una línea de abeja del árbol por la bala cincuenta pies de largo”).»

–Aun con esa separación –dije–, sigo sin ver nada claro.

–Igual me sucedió a mí durante algunos días –replicó Legrand–; durante los cuales realicé diligentes investigaciones en las cercanías de la isla de Sullivan, buscando alguna casa que llevase el nombre de Hostel del Obispo. Como no encontraba indicio alguno sobre la cuestión, iba a extender mis averiguaciones más lejos, cuando, de pronto, se me ocurrió que aquel “Bishop's Hostel” podía tener alguna relación con una antigua familia apellidada Bessop, la cual, desde tiempo inmemorial, era dueña de un antiguo castillo a unas cuatro millas, aproximadamente, al norte de la isla. Interrogué sobre esto a los negros más viejos del lugar; y, por último, una

mujer de más edad me dijo que ella había oído hablar de un sitio como Bessop's Castle (castillo de Bassop), y que creía poder conducirme hasta él, pero que no era un castillo ni hostel, sino una alta roca.

»Le ofrecí retribuirle bien por su molestia y después de alguna vacilación, consintió en acompañarme hasta aquel sitio. Lo descubrimos sin gran dificultad; entonces la despedí y me dediqué al examen del paraje. El castillo consistía en una agrupación irregular de peñascos y rocas, entre las cuales, una se destacaba por su notable altura y aislamiento. Trepé a la cima, y me sentí perplejo ante lo que debía hacer después.

»Mientras meditaba en ello, mis ojos descubrieron en la cara oriental de la roca un estrecho saliente que no medía más de un pie de altura; una hendidura en el risco, justamente encima, le daba una tosca semejanza con las sillas de respaldo cóncavo que usaban nuestros antepasados. No dudé que aquello fuese la “silla del diablo” que mencionaba el pergamino. ¡Había descubierto el secreto del enigma!

»El “buen vidrio” no podía referirse más que a un catalejo, pues los marineros de todo el mundo rara vez emplean la palabra “vidrio” en otro sentido. Comprendí enseguida que debía utilizarse un catalejo desde un punto de vista determinado que no admitía variación. No dudé un instante en pensar que las frases “veintiún grados y trece minutos” y “Nordeste cuarto de Norte” debían indicar la dirección en que éste debía apuntarse. Sumamente excitado por aquellos descubrimientos, marché rápidamente a mi casa, cogí un catalejo y volví a la roca.

»Me dejé caer por la saliente y descubrí que era imposible permanecer sentado allí, salvo en una posición muy particular. Este hecho confirmó mi preconcebida idea. Me dispuse a utilizar el catalejo. Naturalmente, los “veintiún grados y trece minutos” podían aludir solo a la elevación por encima del horizonte visible, puesto que la dirección horizontal estaba indicada con claridad por las palabras “Nordeste cuarto de Norte”. Establecí esta última dirección por medio de una brújula de bolsillo; luego, apuntando el catalejo con tanta exactitud como pude con un ángulo de veintiún grados de elevación, lo moví con cuidado de arriba abajo, hasta que detuvo mi atención una grieta circular u orificio en el follaje de un gran árbol que sobresalía de todos los demás. En el centro de aquel orificio divisé un punto blanco; sin distinguir al principio lo que era, hasta que, luego de graduar el foco, comprobé que era una calavera.

»Después de este descubrimiento, consideré con plena confianza el enigma resuelto, pues la frase “principal tronco, séptima rama, lado Este” no podía referirse más que a la posición de la calavera sobre el árbol, mientras lo de “soltar desde el ojo izquierdo de la cabeza de muerto” no admitía tampoco más que una interpretación con respecto a la busca de un tesoro enterrado. Comprendí que se trataba de dejar caer una bala desde el ojo izquierdo, y que una línea recta (línea de abeja), partiendo del punto más cercano al tronco por “la bala” (o por el punto donde cayese la bala), y extendiéndose desde allí a una distancia de cincuenta pies, indicaría el sitio preciso, y debajo de este sitio juzgué que era, por lo menos, posible que hubiese un valioso entierro.»

—Todo eso —dije— es harto claro, y asimismo ingenioso, sencillo y explícito. Y cuando abandonó usted el Hostal del Obispo, ¿qué hizo?

—Pues, una vez en que hube anotado escrupulosamente la orientación del árbol, me volví a casa. Sin embargo, en el momento de abandonar “la silla del diablo”, el orificio circular desapareció, y de cualquier lado que mirase era imposible divisarlo. Lo que me parece el colmo del ingenio en este asunto es el hecho (pues, al repetir la experiencia, me he convencido de que es un hecho) de que la abertura circular solo resulta visible desde la estrecha cornisa sobre la superficie de la roca.

»En esta expedición al Hostal del Obispo fui seguido por Júpiter, quien observaba, sin duda, desde hacía unas semanas, mi aire absorto, y ponía especial cuidado en no dejarme solo. Pero al día siguiente me levanté muy temprano, conseguí escaparme de él y corrí a las colinas en busca del árbol. Me costó mucho trabajo encontrarlo. En cuanto al resto de la aventura, creo que está usted tan enterado como yo.»

—Supongo —dije— que equivocó usted el sitio en las primeras excavaciones, a causa de la estupidez de Júpiter dejando caer el escarabajo por el ojo derecho de la calavera en lugar de hacerlo por el izquierdo.

—Exactamente. Esa equivocación originaba una diferencia de más o menos dos pulgadas y media con relación al punto exacto de la caída de la bala; pero, como las líneas eran divergentes, a los cincuenta pies el error había aumentado algunos metros. Sin embargo, tenía tal seguridad en mis convicciones, que tuve toda la tranquilidad necesaria para recordar que Júpiter era zurdo.

—Pero su grandilocuencia, su actitud balanceando el insecto, ¡cuán

excesivamente estrambóticas! Tenía yo la certeza de que estaba usted loco. Y ¿por qué insistió en dejar caer el escarabajo desde la calavera, en vez de una bala?

—¡Vaya! Para serle franco, me sentía algo molesto por sus claras sospechas respecto a mi sano juicio, y decidí castigarlo, a mi manera, con un poquito de solemne mixtificación. Por esa razón balanceaba yo el insecto, y por esa razón también quise dejarlo caer desde el árbol. Una observación que hizo usted acerca de su peso me sugirió esta última idea.

—Sí, lo comprendo; y ahora no queda más que un punto que me desconcierta. ¿De dónde provenían los esqueletos que encontramos en la fosa?

—Esa es una pregunta a la cual, igual que usted, no sería capaz de contestar. Pero, la única hipótesis que se me ha ocurrido al respecto es tan horrible como improbable. Seguramente Kidd (si fue verdaderamente Kidd quien escondió el tesoro, lo cual no dudo) debió de hacerse ayudar en su trabajo. Pero, una vez terminado, éste pudo juzgar conveniente suprimir a todos los que compartían su secreto. Quizás un par de certeros golpes fueron suficientes, mientras sus ayudantes estaban ocupados en el hoyo; acaso necesitó una decena. ¿Quién sabe?»

Silencio

*Las cumbres de la montaña dormitan;
Los valles, los peñascos y las cuevas están en silencio.*

Aloman

“Escúchame”, dijo el demonio, mientras apoyaba su mano sobre mi cabeza. “La región de la que hablo es una lúgubre región de Libia, ubicada a orillas del río Zaire. Allí no existen ni calma ni silencio.

“Las aguas del río son de un tinte azafrañado y enfermizo; y no corren hacia el mar, sino que se agitan eternamente bajo la roja pupila del sol, en un movimiento tumultuoso y convulsivo. A lo largo de muchas millas, en ambos lados del fangoso lecho del río se extiende un pálido desierto de gigantescos nenúfares. Suspiran entre sí en esa soledad y dirigen hacia el cielo sus largos y fantasmales cuellos inclinando a un lado y otro sus perennes cabezas. De ellos sale un rumor confuso que parece un torrente de aguas subterráneas.

“Pero este reino tiene un límite, el límite de la oscura, densa y horrible selva. Allí, al igual que las olas de las islas Hébridas, la maleza se agita incesantemente. Sin embargo, ningún viento cruza el cielo. Los enormes árboles primitivos se balacean eternamente de un lado a otro con impresionante estrépito. De sus altas copas, gota a gota, se filtra un interminable rocío. A sus pies, en una inquieta duermevela se retuercen extrañas flores venenosas. Y en lo alto, con un susurrante sonido, nubes de plomo se precipitan hacia el oeste hasta verterse en cataratas sobre el ardiente muro del horizonte. Sin embargo, ningún viento atraviesa el cielo. Y en las márgenes del río Zaire no existen la calma ni el silencio.

“Era de noche y caía la lluvia. Al caer, era lluvia; pero una vez caída, era sangre. Yo estaba en el pantano, en medio de los altos nenúfares, y la lluvia caía sobre mi cabeza, mientras los nenúfares suspiraban en la solemnidad de su desolación.

“De pronto, a través del velo de la fúnebre niebla se levantó la luna carmesí. Mis ojos se clavaron en una gran roca que se erguía a la orilla del río, iluminada por la luz de la luna. Y la roca era gris, siniestra, altísima; y sobre ella había unos caracteres grabados. Caminé a través del pantano de

nenúfares para acercarme a la orilla y leer los caracteres de la roca. Pero no pude descifrarlos. Decidí retroceder, y en eso, la luna brilló con un rojo más vivo. Me volví para mirar otra vez la roca y sus caracteres, los cuales ahora decían DESOLACIÓN.

“Miré hacia arriba y en lo alto de la roca había un hombre de pie. Me oculté entre los nenúfares para espiarlo. Era un hombre imponente y majestuoso, y desde los hombros a los pies lo envolvía una toga de la antigua Roma. Su silueta era indistinta, pero sus rasgos eran los de la divinidad; porque ni el velo de la noche ni la luna ni el rocío habían podido cubrir las facciones de su cara. Su frente era ancha y reflexiva, sus ojos mostraban preocupación y en las escasas arrugas de sus mejillas leí las fábulas de la tristeza, del cansancio, del disgusto de la humanidad y del anhelo de soledad.

“El hombre se sentó en la roca, apoyó su cabeza sobre las manos y paseó su mirada por la desolación que lo rodeaba. Contempló los inquietos arbustos y los inmensos árboles primitivos, el susurrante cielo y la luna carmesí. Yo me mantuve escondido al amparo de los nenúfares, y observé todos sus actos. De pronto, el hombre tembló en medio de la soledad; pero la noche avanzaba y él continuaba sentado en la roca.

“El hombre apartó su mirada del cielo y miró hacia el tétrico río Zaire sus amarillas y sombrías aguas y las pálidas legiones de nenúfares. Escuchó el suspirar de los nenúfares y el murmullo que se alzaba de entre ellos. Desde mi escondite seguí observando a aquel hombre que temblaba en medio de la soledad. Así, la noche avanzaba y él permanecía sentado sobre la roca.

“Luego, me abismé en las profundidades del pantano, vadeando a través de la selva de nenúfares; y llamé a los hipopótamos que viven en medio de esas profundidades. Ellos oyeron mi llamado, acudiendo con las bestias al pie de la roca; allí, bajo la luna, rugieron fuerte y espantosamente. Yo permanecía en mi escondite vigilando al tembloroso hombre. Y la noche transcurría y él continuaba sentado en la roca.

“Maldije entonces los elementos con la maldición del tumulto, y una espantosa tempestad se desató en el cielo, donde poco antes no corría el viento. Y el cielo se volvió pálido con la violencia de la tempestad, la lluvia azotó la cabeza del hombre y las olas se desbordaron del río, el cual, torturado, echaba espuma. Los nenúfares alzaban clamores y la selva se desmoronaba ante el viento; se desplomaba el trueno, centelleaba el

relámpago y la roca vacilaba en sus cimientos. Yo permanecía oculto observando al hombre que temblaba en la soledad. La noche continuaba su camino y él seguía sentado en la roca.

“Entonces, me encolericé y maldije con la maldición del silencio al río y los nenúfares, al viento y al bosque, al cielo, al trueno y al suspiro de los nenúfares. Una vez malditos, se volvieron mudos. La luna cesó su lenta ruta por el cielo, el trueno expiró y no centelleó el relámpago. Las nubes quedaron inmóviles, las aguas volvieron a su lecho, concluyeron el cabecear de los árboles y los suspiros de los nenúfares. Ya no se elevaba ni el menor murmullo ni la sombra de un sonido en aquel vasto e ilimitado desierto. Miré los caracteres de la roca y habían cambiado; ahora decían SILENCIO.

“Fijé mis ojos en el semblante del hombre y su rostro estaba pálido de miedo. Levantó rápidamente su cabeza y se puso de pie sobre la roca, aguzando el oído. Pero no se oyó ninguna voz en aquel inmenso desierto sin límites. Y los caracteres grabados en la roca seguían diciendo SILENCIO. El hombre se estremeció y volviéndose de espaldas huyó lejos, muy lejos, precipitadamente. Y ya no lo vi más”.

* * *

Se encuentran cuentos muy bellos en los libros de magia, en los melancólicos libros de los magos, aquéllos encuadernados en hierro. En ellos hay, les digo, magníficas historias del cielo, de la tierra y del fiero mar, así como de los genios que han reinado en él, en la tierra y en el encumbrado cielo. Existe también mucha sabiduría en las palabras que han sido dictadas por las Sibilas, y cosas sagradas que fueron oídas antaño por las hojas sombrías que temblaban alrededor de Dodona. Pero, tan cierto como que Alá vive, afirmo que esta fábula que me contó el demonio, cuando se sentó a mi lado en la sombra de la tumba, es la más maravillosa de todas. Y cuando el demonio hubo concluido su historia, se hundió en las profundidades del sepulcro y comenzó a reír. Yo no pude reír con él, y me maldijo por eso. El lince que habita eternamente en la tumba salió de ella, se posó a los pies del demonio y lo miró fijamente a la cara.

El entierro prematuro

Existen ciertos temas que a pesar de interesar enormemente son demasiado horribles para ser objeto de una obra de ficción; incluso, los novelistas deben evitarlos si no quieren ofender a sus lectores. Solo se los trata con propiedad cuando la verdad histórica los sostiene. Nos estremecemos cuando oímos los relatos del paso de Beresina, de la peste de Londres o del terremoto de Lisboa, de la matanza de San Bartolomé o de la muerte por asfixia de los ciento veintitrés prisioneros en el Pozo Negro de Calcuta. Pero lo conmovedor de estos hechos es su veracidad, que son históricos. Si esos relatos fueran producto de la imaginación, nos parecerían sencillamente repulsivos.

He nombrado solo algunas de las destacadas catástrofes que han azotado a la Tierra; pero en estos casos es el alcance, al igual que el carácter de la calamidad, lo que impresiona vivamente a la imaginación. No debe olvidar el lector que de la enorme lista de miserias humanas pude escoger muchos casos individuales aún más llenos de sufrimiento; sin embargo, creo que el verdadero dolor, la real desgracia, es particular y no general. ¡Demos gracias a Dios misericordioso, por permitir que las horribles desgracias sean soportadas por un solo individuo y no por una multitud!

Ser enterrado vivo es, sin duda, el mayor horror que ha caído sobre un hombre. Que esto ha sucedido con frecuencia, con mucha frecuencia, nadie sensato lo negará. Los límites entre la vida y la muerte son siempre vagos e indefinidos. ¿Quién puede decir dónde empieza una y dónde termina la otra? Se sabe de algunas enfermedades que producen una total paralización de los signos vitales, y que esa paralización es una simple suspensión, para llamarla por su nombre. Son tan solo pausas del incomprensible mecanismo. Basta unos minutos para que un principio misterioso y oculto vuelva a dar movimiento a los desconocidos engranajes. La cuerda de plata no estaba suelta ni se ha roto el vaso de oro; pero, mientras tanto, ¿dónde se encontraba el alma?

Sin embargo, además de la inevitable conclusión de que muchos de estos casos han terminado en entierros prematuros, contamos también con el testimonio de los médicos que los han tratado, para probar que existe un sin

número de estos entierros. Si fuera necesario podría hacer mención a cien casos comprobables. Entre ellos, me referiré a uno espantoso que tuvo lugar en Baltimore y cuyos detalles, interesantes y curiosos, posiblemente aún permanezcan en la memoria de mis lectores. La mujer de un respetable abogado miembro del Congreso fue atacada por una inexplicable enfermedad que burló la ciencia de los médicos. Después de un largo padecimiento, la mujer murió o se supone que murió. La verdad es que nadie tuvo motivos para sospechar lo contrario, pues presentaba todos los signos comunes de la muerte: el rostro contraído, los labios pálidos, los ojos sin brillo, el cuerpo frío, las pulsaciones detenidas. Durante tres días estuvo la mujer sin entierro, y durante esos días el cuerpo asumió una mayor rigidez. Finalmente, se llevaron a cabo los funerales, apresurados por el rápido avance de la supuesta descomposición.

La señora fue depositada en la tumba familiar, que permaneció cerrada los tres años siguientes. Una vez cumplido este plazo, fue abierta para recibir un nuevo ataúd. Mas, ¡qué terrible revelación le aguardaba al marido que abrió por sí mismo la puerta! Al empujar la pesada entrada, un objeto vestido de blanco cayó rechinando sobre sus brazos. ¡Era el esqueleto de su mujer con la mortaja todavía puesta!

Por las cuidadosas investigaciones que se hicieron con posteridad, se comprendió que la mujer revivió dos días después de ser enterrada, y que las luchas por salir del encierro provocaron la caída del ataúd desde el nicho al suelo, y al romperse pudo salir. Una lámpara que accidentalmente había quedado llena de aceite estaba vacía; aunque, sin embargo, pudo haberse consumido por evaporación. En el escalón superior de la tumba había un pedazo del ataúd con el cual la mujer intentó llamar la atención golpeando la pesada puerta de hierro. Mientras lo hacía, probablemente se desmayó o murió presa del terror; y al caer, su mortaja se enredó en un saliente y allí se pudrió, de pie.

Otro caso de inhumación prematura, ocurrido en Francia el año 1810, comprueba que muchas veces la verdad es más extraña que la ficción. La protagonista de esta historia, Victoria Lafourcade, era una joven de gran belleza y proveniente de una ilustre familia. Entre sus muchos pretendientes se encontraba el joven literato Julián Bossuet, quien con su talento y amabilidad había enamorado a la heredera. Mas ella, por orgullo y oposición familiar, decidió rechazarlo y casarse con un banquero y diplomático

llamado Monsieur Renelle. Sin embargo, al poco tiempo del matrimonio, éste olvidó a su mujer y llegó incluso a maltratarla. Luego de unos desdichados años, ella murió, o al menos su estado se parecía tanto a la muerte que todos los que la vieron así lo creyeron. Fue enterrada, pero no en una bóveda, sino que en una tumba común en el pueblo donde había nacido. Al enterarse Julián, lleno de desesperación emprende un viaje de la capital a la lejana aldea, con el romántico propósito de desenterrarla y apoderarse de las trenzas de la mujer que no había podido olvidar. A la medianoche desenterró el ataúd, y al abrirlo se encontró con los ojos de su amada que lo miraban. La mujer había sido enterrada viva y su amante llegó en el momento justo en que ella volvía de su letargo. Exaltado, el joven la tomó en sus brazos y la llevó a su alojamiento; allí logró, gracias a algunos conocimientos médicos, volverla a la vida. Una vez que ella despertó, reconoció a su salvador, con quien permaneció hasta recobrar totalmente la salud. Esta enorme lección de amor convenció al corazón de la mujer, que decidió no volver con su marido y quedarse con Julián.

Ambos ocultaron la resurrección y emprendieron viaje a América. Luego de veinte años regresaron a Francia, en donde fueron reconocidos por el banquero, quien exigió a su esposa de vuelta. Ella se negó y el caso llegó a tribunales; los jueces fallaron a favor de la dama pues dijeron que pasados veinte años y en tan extrañas circunstancias Monsieur Renelle había perdido sus derechos de esposo.

La *Revista de Cirugía de Leipzig*, publicación de gran autoridad, relata en sus páginas un horroroso caso muy parecido al anterior. Un oficial de artillería, hombre robusto y de gran estatura, cayó de un caballo hiriéndose fuertemente en la cabeza, lo que le hizo perder de inmediato el sentido. Como tenía fracturado el cráneo se le realizó con éxito una operación. Sin embargo, el enfermo quedó con una ligera insensibilidad que aumentó paulatinamente, hasta que se lo creyó muerto.

Como hacía mucho calor, se lo enterró rápidamente en el cementerio un día jueves. El domingo siguiente, según la costumbre, se llenó de visitantes. Un hombre aseguró haber sentido moverse la tierra cuando pasaba junto a la tumba del oficial. La gente creyó que se trataba de una alucinación; pero, debido a la insistencia y el terror del hombre, se mandó desenterrar el ataúd que se encontraba vergonzosamente a una superficial profundidad. A los pocos minutos de cavar, asomó la cabeza del militar que se encontraba

sentado en la tumba, rota por su furiosa lucha.

Conducido al hospital más cercano, los médicos lo declararon vivo aunque en estado de asfixia. Después de algunas horas reaccionó, reconoció a sus amigos y relató su terrible aventura. Aseguró haber conservado la conciencia durante más de una hora luego de haber sido enterrado. La tumba había sido descuidadamente tapada con tierra muy porosa, lo que había permitido la entrada del aire. Los pasos de la multitud lo despertaron e intentó hacerse oír. Dijo que una vez despierto cayó en cuenta de su espantoso estado.

El paciente presentó una positiva mejoría; sin embargo, víctima de las experimentaciones médicas, se le aplicó la batería eléctrica y murió de improviso en uno de esos ataques que este tratamiento suele ocasionar.

La batería eléctrica trae a mi memoria un caso extraordinario y bien conocido en que su aplicación hizo volver a la vida a un joven abogado de Londres que estuviera enterrado por dos días. Este hecho ocurrió en 1831, momento en que causó gran conmoción y fue tema para la opinión pública.

El paciente, Edward Stapleton, parecía haber muerto de fiebre tifoidea, acompañada de unos desconocidos síntomas que excitaron la curiosidad de los médicos, tanto que rogaron a la familia el permiso para hacer una autopsia; petición que fue denegada. Como sucede en estos casos, los médicos se decidieron a desenterrar en secreto el cuerpo y diseccionarlo a gusto. Se hicieron los arreglos con los clásicos ladrones de cementerios, y la tercera noche después de sepultarlo, el cadáver fue exhumado de la fosa y llevado a la sala de operaciones de un hospital privado.

Le hicieron una profunda incisión en la región del abdomen y su fresco e incorrupto estado los llevó a ensayar algunos experimentos de electricidad. En un principio los ejercicios no produjeron ningún cambio ni efecto en particular, salvo en dos o tres ocasiones en que hubo una apariencia mayor de vida que la acostumbrada en las convulsiones.

Como se aproximaba el amanecer, decidieron terminar y proceder a la disección. Sin embargo, uno de los estudiantes, deseoso de probar una teoría propia, pidió aplicar la electricidad en uno de los músculos pectorales. Hizo un corte en la zona y estableció rápidamente el contacto; esta vez el paciente con un movimiento rápido pero nada de convulso, se levantó y caminó hacia el centro de la habitación, miró para todos lados y habló. No se comprendió lo que dijo, pero se distinguieron algunas sílabas. Después, el cuerpo se

desplomó pesadamente sobre el suelo.

Durante algunos segundos todos quedaron paralizados del susto, pero la urgencia del caso los devolvió rápidamente a la serenidad. No había duda de que el señor Edward Stapleton estaba vivo, aunque sin sentido. Le administraron éter para sacarlo de este estado y mantuvieron su resurrección en secreto, hasta que estuvo totalmente sano para volver junto a sus familiares y amigos, quienes no podían creer la noticia.

Lo más impresionante de este caso es que el señor Stapleton aseguró haber permanecido todo el tiempo con conciencia; que de un modo borroso y confuso se enteró de todo lo que ocurría tanto en el hospital como en su entierro. “Estoy vivo”, fueron las incomprensibles palabras que pronunció al reconocerse en la sala de disección.

Sería muy fácil seguir citando ejemplos como éstos, pero no creo que sea ya necesario. Cuando se piensa en lo difícil que son estos casos y sin embargo se encuentran, debemos admitir que han ocurrido muchos otros de los que no nos hemos enterado. En realidad, cuando por cualquier razón se remueven los cadáveres de un cementerio, aparecen esqueletos en tan extrañas posiciones que no podemos sino sospechar cosas horribles, aunque no tan horribles como la realidad misma.

Podemos afirmar que no hay suplicio más espantoso que el entierro antes de la muerte, pues lleva al máximo la tortura física y moral. El insoportable peso sobre los pulmones; las emanaciones de la tierra húmeda; las adherentes vestiduras funerarias; la estrechez de la morada; la oscuridad de la noche; el silencio como un mar que abruma; la presencia invisible pero palpable del gusano destructor; todo esto más la idea del aire exterior; del recuerdo de los amigos que si conocieran nuestra situación correrían a salvarnos, y la conciencia de que nunca podrán saberlo; la seguridad de que nuestro destino es el de los muertos de verdad; todo esto llevan al corazón aún palpitante a un nivel de horror tan espeluznante, ante el cual retrocedería la imaginación más audaz. No existe sobre la Tierra un suplicio semejante, no podemos pensar siquiera que en los Infiernos haya una agonía tan horrible. Por eso, los relatos de este tipo siempre causan un profundo interés, el cual depende siempre de nuestra fe en la verdad del suceso narrado. Lo que voy a contar ahora no puede ser más cierto, pues proviene de mi propia y personal experiencia.

Durante varios años padecí de unos extraños ataques que los médicos

suelen llamar catalepsia, a falta de otro nombre más característico. Los síntomas de esta enfermedad, aunque varían su intensidad según los casos, son bastante conocidos; no así sus causas, por lo que su origen sigue siendo un misterio. Hay veces en que el paciente permanece en letargo solo un día, y en otras ocasiones, períodos más breves. En apariencia está inmóvil e inconsciente, pero las pulsaciones del corazón, aunque débiles, se perciben; así como el color en sus mejillas y un leve calor en todo el cuerpo, incluso, si acercamos un espejo a sus labios podemos detectar una débil respiración. En otros casos el trance dura semanas y hasta meses, mientras los exámenes más minuciosos no logran distinguir entre el estado de la víctima y la muerte misma. A menudo son sus amigos quienes lo salvan del entierro prematuro, ya que saben que el enfermo sufría antes de catalepsia; pero sobre todo lo salva la total ausencia de descomposición corporal. Por fortuna la enfermedad avanza gradualmente, y los ataques son cada vez más característicos y cada uno dura más que el anterior. Gracias a este avance progresivo hay menos posibilidades de inhumación. El desgraciado que tuviera su primer ataque de igual intensidad que los posteriores sería inevitablemente enterrado vivo.

Mi propia enfermedad no difería en ningún detalle de la estudiada en los libros de medicina. A veces, sin causa aparente, me hundía en un estado de letargo, como un desmayo, y no me podía mover; sin embargo, aunque perdiera incluso la facultad de pensar, mantenía una noción vaga de cuanto sucedía a mi alrededor, la cual duraba hasta que un nuevo síncope me traía de vuelta a la normalidad. Otras veces el ataque era rápido, fulminante. Me sentía mareado, enfermo y abatido por los escalofríos, que me dejaban postrado. Cuando esto sucedía, quedaba desposeído de voz y movimiento durante semanas; mi universo se convertía en la nada misma. Mi despertar de este estado era lento, totalmente contrario a lo súbito de su comienzo. Al igual que los amaneceres para un mendigo que vaga lento por las calles, sin casa ni amigos, amanecía yo de estos letargos.

Pero, aparte de la presencia de los ataques, mi salud era buena. Y no me hubiera dado cuenta de ellos de no ser por una peculiaridad en mis sueños que podría derivar de éstos. Al despertarme, no recobraba nunca de inmediato la posesión de mi intelecto y permanecía durante un tiempo extraviado, con mis facultades mentales en suspensión.

En mis padecimientos no había dolor físico sino que más bien una angustia

moral. Mi imaginación se volvió macabra: solo hablaba de gusanos, tumbas, muerte, epitafios; y no podía apartar de mi mente la idea de ser enterrado vivo. El pensamiento de este horroroso suplicio me atormentaba día y noche. Y cuando las tinieblas de la noche cubrían la tierra, temblaba, temblaba como los adornos de una carroza fúnebre agitados por el viento. Cuando al final del día me venía el cansancio, luchaba por permanecer en vigilia, temeroso de que al dormirme pudiera despertar metido en una tumba. Y cuando finalmente me sumía en el sueño, me encontraba preso en un mundo de fantasmas tenebrosos y sepulcrales.

En una de estas visiones lúgubres, soñé que caía en un estado aún más profundo de catalepsia y, de pronto, una mano helada se posó en mi frente junto a una voz impaciente que susurraba: “¡Levántate!” Me levanté en la oscuridad total y no podía ver el rostro de aquel que me llamaba. Mientras permanecía desorientado, sin atinar a ubicar en mis recuerdos ni el lugar ni el tiempo en que me encontraba, la mano me tomó firme por la muñeca y la voz volvió a decir:

—¡Levántate! ¿No te dije que te levantarás?

—¿Quién eres? —pregunté.

—No tengo nombre en las regiones donde vivo —respondió—. Fui un hombre y ahora soy un fantasma. Fui despiadado pero ahora inspiro lástima. Sientes como rechinan mis dientes al hablar; no es producto del frío, es la noche eterna. No puedo descansar con los gritos de estas agonías, el espectáculo es insoportable, ¿cómo puedes tú dormir tranquilo? ¡Levántate! ¡Ven conmigo a la noche exterior, déjame que te muestre las tumbas! ¡Mira!

Miré, y el fantasma hizo abrir todas las tumbas de la humanidad; de ellas emanaban luces fosfóricas de la putrefacción que reflejaban el triste espectáculo de los cuerpos amortajados durmiendo con los gusanos. Y entre aquellos que parecían descansar tranquilos, vi a muchos que habían cambiado la rígida e incómoda posición en que fueron enterrados. La voz volvió a hablar:

—¿No es esto un penoso espectáculo?

Pero antes de que pudiera responder, el fantasma había soltado mi muñeca, las luces fosfóricas se extinguieron y se cerraron repentinamente las tumbas, mientras de ellas emanaban unos gritos lastimosos que repetían: “¿No es esto un penoso espectáculo?”

Sueños como éste me perturbaban todas las noches, extendiendo su

terrorífica influencia hasta las horas de sol. Se apoderaron de mí frecuentes terrores; dudaba en cabalgar, en caminar o en cualquier acción que me alejara de mi casa y de aquellos que estaban al tanto de mi enfermedad, por miedo a que en uno de mis ataques me encontrara frente a gente extraña y fuera enterrado antes de lo previsto. Llegué a dudar de la fidelidad de mis amigos más queridos, creyendo que como les causaba muchas molestias aprovecharan un estado de síncope para librarse de mí. En vano me tranquilizaban con las más solemnes promesas; y no estuve medianamente tranquilo hasta que los hice jurar en forma sagrada que no me enterrarían hasta que mi estado de descomposición estuviera tan avanzado que impidiese toda conservación. Y como mis temores no aceptaban consuelos, comencé a planear una serie de excéntricas precauciones: mandé remodelar el panteón familiar, de manera que su puerta se abriera desde dentro; se dispuso la entrada de luz y aire, y de adecuados recipientes con alimentos; el ataúd fue acolchado con un material suave y provisto de una palanca a mis pies que permitiera la fácil abertura de la tumba, junto con una cuerda, conectada a mi muñeca, que accionaba una campana colgada en la bóveda del panteón. Pero, ¡ay!, ¿de qué sirven las precauciones contra el destino del hombre? ¡Ni siquiera este minucioso plan me libraba de las angustias de ser víctima de un entierro prematuro!

Un día —como a menudo me había ocurrido— sentí que volvía a la vida lentamente y con total inconsciencia. La imagen de la aurora se acerca pausada, como una tortuga. Una intranquilidad y un dolor sordo me embargaban. En una absoluta inmovilidad, sentí un zumbido en mis oídos y un hormigueo en mis piernas. Poco a poco las sensaciones luchaban por transformarse en pensamientos. Tuve una recaída en la no existencia, y luego una vuelta a la vida se manifestó con un débil parpadeo; al mismo tiempo, un miedo pavoroso enviaba sangre a mi corazón con tal rapidez, que parecía producto de un choque eléctrico. Y entonces, la memoria poco a poco recobra sus dominios y voy alcanzando conciencia de mi estado. Comprendí que no despertaba de un sueño normal y recordé haber sufrido un ataque de catalepsia. De pronto, por fin, como la embestida de un océano, el peligro escalofriante, fantasmal y siempre presente, estremece mi espíritu.

Por algunos minutos permanecí inmóvil: no podía reunir el valor para moverme. No me atrevía a hacer ningún esfuerzo que develara mi destino;

sin embargo, algo en mi corazón sabía que “era seguro”. La horrible desesperación que solo esta desdicha produce, me empujó a abrir los párpados. Estaba oscuro, todo oscuro. Supe que el ataque había terminado, que había recuperado todas mis facultades; pero todo seguía oscuro, absolutamente negro. Intenté gritar y mi lengua se movió convulsivamente pero ningún sonido salió de mis pulmones, que se encontraban oprimidos y jadeaban en el esfuerzo de cada dolorosa inspiración. Al intentar gritar sentí que mis mandíbulas se encontraban atadas, como se hace con los muertos. Sentí también la estrechez de mi aposento, que me apretaba por los costados. Finalmente, levanté mis manos que estaban cruzadas sobre el pecho y toparon con un madero. No había duda: me encontraba en un ataúd.

Y entonces, sumido en una infinita angustia, recordé mis precauciones y me invadió la esperanza. Estiré las piernas para accionar la palanca que abría el ataúd, pero mis pies no encontraron nada. Me toqué las muñecas buscando la cuerda y no la encontré. Al instante extrañé las suaves almohadas que había dispuesto, sentí luego un olor a tierra y la esperanza huyó para siempre. La conclusión era pavorosa: no estaba en mi bóveda. Había sufrido un ataque lejos de casa, frente a desconocidos y ellos me habían enterrado como a un perro, metido en un ataúd común, cerrado con clavos y arrojado bajo tierra en alguna tumba anónima.

Cuando me hube convencido de este horrible destino, intenté gritar una vez más. Exitosamente, un largo y violento grito resonó en la noche subterránea.

—¿Qué es eso? —respondió una voz áspera.

—¿Qué diablos pasa ahora? —contestó una segunda.

—¿Por qué aúlla de esa manera? —agregó un tercero.

Y entonces unos hombres muy rústicos me sujetaron y sacudieron sin piedad. No me despertaron, pues ya lo estaba cuando grité; pero me devolvieron a la plena posesión de mi memoria.

Esta aventura ocurrió en Richmond, en el estado de Virginia. Con un amigo habíamos salido de caza y nos encontrábamos a las orillas del río James cuando nos sorprendió una tormenta. Nos refugiamos en una vieja lancha cargada de tierra vegetal. Me acomodé en una pequeña litera que no tenía ropa de cama. Su ancho no superaba las dieciocho pulgadas, por lo que me resultó difícil introducirme en ella. Sin embargo, dormí profundamente y toda mi visión —que no fue sueño ni pesadilla— surgió de la naturaleza de mi posición, del giro habitual de mis pensamientos y, principalmente, de mi

dificultad para recuperar la conciencia. Los hombres que me zarandearon eran la tripulación de la lancha y el olor a tierra húmeda era producto del cargamento de ésta. En cuanto a la venda que sujetaba mi mandíbula, era un pañuelo de seda que yo mismo me había puesto a falta de mi habitual gorro de dormir.

De todos modos, las torturas sufridas eran iguales a las de una verdadera sepultura. Pero como del Mal proviene el Bien, sirvieron para mi mejoría. Mi alma adquirió vigor y confianza. Viajé al extranjero. Hice toda clase de ejercicios. Respiré el aire fresco del exterior. La muerte dejó de ser el único tema de mis pensamientos. Abandoné los libros de medicina. Quemé el macabro libro de Buchan. No leí más *Pensamientos nocturnos* ni historias sobre cementerios ni cuentos de miedo como éste. Poco a poco me convertí en un hombre nuevo y viví como un ser humano normal. Desde aquella noche abandoné mis temores sepulcrales y, junto a esto, desaparecieron los ataques catalépticos y me convencí de que eran consecuencia y no causa de mis miedos.

Hay momentos en que el mundo de nuestra triste humanidad puede tener apariencia de Infierno, pero la imaginación humana no es Caratis para explorar impunemente sus cavernas. Los tenebrosos horrores sepulcrales que les he descrito no son producto de la imaginación, pero los demonios —que acompañaron a Afrasiab en su descenso al Oxus— tienen que dormir o nos devorarán..., hay que permitirles el sueño o moriremos.

Berenice

*Dicebant mihi sodales si sepulchrum amicae visitarem, curas meas
aliquantulum fore levatas.*²³

Ebn Zaiat

La desdicha es múltiple, y la miseria de la tierra es multiforme. Más allá del ancho horizonte, como el arco iris, sus variados colores se mezclan íntimamente en diversos matices. ¡Más allá del horizonte a semejanza del arco iris! ¿Cómo es que de tanta belleza he derivado un tipo de fealdad? ¿Cómo de la alianza y la paz he descubierto un símil del dolor? Así como en la ética el Mal es una consecuencia del Bien, en la realidad, de la alegría nace la tristeza. O el recuerdo de la dicha pasada es la angustia de hoy, o las agonías que *son* se originan de los éxtasis que pudieron haber sido.

Mi nombre de pila es Egeus; no diré mi apellido. Sin embargo, baste decir que no hay en mi país torres más honorables que las de mi melancólica, sombría y lúgubre morada. Nuestro linaje ha sido llamado una raza de visionarios; y en muchos sorprendentes detalles: en el carácter de la mansión familiar, en los frescos del salón principal, en los tapices de los dormitorios, en los grabados de algunos pilares de la sala de armas, pero, especialmente, en la galería de cuadros antiguos, en el estilo de la biblioteca y, finalmente, en la peculiar naturaleza de sus libros; hay elementos más que suficientes para justificar esta creencia.

Los recuerdos de mi infancia se relacionan con este cuarto y sus libros, de los cuales ya no hablaré más. Aquí murió mi madre. Aquí nací yo. Pero debo aclarar que yo había vivido antes, que el alma tiene una existencia previa. ¿Lo niegan? No discutiremos sobre este asunto. Yo estoy convencido, pero no busco convencer a nadie. Hay, sin embargo, un recuerdo de formas etéreas, de ojos espirituales y expresivos, de sonidos musicales pero tristes, un recuerdo que no será abandonado; una memoria como una sombra, vaga, variable, indefinida, vacilante, y como una sombra también la imposibilidad de librarme de ella mientras brille la luz de mi razón.

Nací, pues, en la biblioteca. Desperté en una larga noche de lo que parecía ser, sin serlo, la no-existencia; para trasladarme al país de las hadas, al

palacio de la imaginación, a los salvajes dominios del pensamiento y del saber. No es extraño que en ese entonces mirara a mi alrededor con ojos asombrados, que malgastara mi niñez entre libros y mi juventud en ensueños; pero sí es raro que, en plena madurez, aún me encontrara viviendo en la mansión de mis padres; sí; es asombrosa la parálisis que afectó mi vida, asombroso el cambio que se produjo en mis sentimientos más comunes. Las realidades terrenales me afectaban solo como visiones, mientras que las extrañas ideas del mundo de los sueños se transformaban en la única materia e interés de mi existencia.

Berenice y yo éramos primos, y crecimos juntos en la casa de mis padres. Pero crecimos de maneras muy distintas: yo, enfermizo y envuelto en la melancolía; ella, ágil, graciosa, llena de vida; suyos eran los paseos por la colina; míos, los estudios en la soledad del claustro. Yo vivía encerrado en mí mismo, entregado en cuerpo y alma a la meditación; ella, vagaba sin preocuparse de la vida, sin pensar en las sombras del camino ni en el paso de las horas de alas negras. ¡Berenice! –invoco su nombre–, ¡Berenice! Y ante este sonido se conmueven en mí una tumultuosa cantidad de recuerdos de las grises ruinas. ¡Ah, acude ante mí la viva imagen de sus primeros días de dicha y alegría! ¡Oh, encantadora y fantástica belleza! ¡Oh, sílfide en medio del paraíso de Arnheim! ¡Oh, ninfa entre sus fuentes! Y después todo es misterio y terror, y un relato que no debiera ser contado. Una enfermedad mortal cayó sobre ella como un tornado; y mientras yo la contemplaba, el cruel espíritu de la transformación la arruinó, penetrando en su mente, en sus hábitos, en su carácter y, de una manera sutil y terrible, alterando incluso su propia identidad. ¡Ay!, el destructor iba y venía y la víctima, ¿dónde estaba? Yo ya no reconocía a la verdadera Berenice.

Entre las numerosas enfermedades que provocaron aquel primer espantoso cambio en la moral y en el físico de mi prima, la más terrible y angustiosa era una clase de epilepsia que con frecuencia terminaba en catalepsia, estado muy semejante al término de la vida, del cual ella se recuperaba, en la mayoría de los casos, de forma sorpresivamente abrupta. Al mismo tiempo, mi propia enfermedad –pues me han dicho que no debería darle otro nombre– se desenvolvía rápidamente, asumiendo un carácter monomaniaco de una nueva y extraña forma, aumentando hora tras hora su vigor y, al final, logrando sobre mí un incomprensible ascendiente. Aquella monomanía –como debo llamarla– consistía en una morbosa irritabilidad de

las propiedades de mi mente que la psicología nombra con la palabra “atención”. Es probable que no me entiendan, pero temo que me sea imposible dar al lector una idea exacta de aquella nerviosa intensidad de interés con la cual mis facultades meditativas se concentraban en la contemplación de los objetos más comunes.

Reflexionar durante largas horas con la atención fija en alguna nota trivial al margen de un libro; permanecer todo un día de verano absorto en la contemplación de una sombra extraña que caía sobre el tapiz o sobre la puerta; pasar toda una noche observando la llama de una lámpara o el crepitar de la chimenea; soñar durante semanas con el perfume de una flor, nombrar monótonamente una palabra hasta que, debido a su repetición, su sonido dejaba de ofrecer alguna idea a mi mente; perder toda noción de movimiento o de la existencia, permaneciendo un largo tiempo en reposo absoluto. Éstas eran algunas de mis extravagancias más comunes provocadas por el estado de mi mente, las cuales, aunque no carecen de precedente, desafían cualquier tipo de explicación o análisis.

Pero no me entiendan mal. La excesiva, intensa y morbosa atención que me provocaban los objetos triviales, no debe confundirse con la tendencia natural de muchos hombres a la meditación, sobre todo de aquellos que poseen una imaginación inquieta. Tampoco era, como pudo suponerse en un comienzo, una exageración de esas facultades meditativas; no; la mía era esencialmente distinta, diferente. En algunos casos, el hombre soñador, interesado en un objeto importante, pierde poco a poco su atención derivando en deducciones y sugerencias que surgen de él, hasta que al final llega a un punto en que el incitamentum o causa generadora de sus meditaciones desaparece completamente y queda olvidada. En mi caso, el punto de partida era siempre trivial y luego adquiría, a través de mi enfermiza visión, una importancia imaginaria e irreal. Hacía muy pocas deducciones, y las que elaboraba convertían al objeto original como su único centro y motivo. Mis meditaciones no eran agradables, y al final de ellas, la causa original, lejos de perderse de vista, había alcanzado un interés exagerado, que era el rasgo característico y central de mi enfermedad. En una palabra: la facultad que actuaba en mí era la atención, mientras que en el soñador suele ser la especulación.

Mis libros, aún cuando no servían para aumentar mi trastorno, sí compartían las mismas características imaginativas e irracionales del mal.

Recuerdo, entre otros, el tratado del noble italiano Coelius Secundus Curio, *La grandeza del reino santo de Dios; La gran obra de San Agustín, La ciudad de Dios*; y la de Tertuliano, *La carne de Cristo*, cuyo paradójico pasaje: *Mortuus est Dei filius: credibile est quia ineptum est; et sepultus resurrexit: certum est quia impossibile est*²⁴, me mantuvo durante largas semanas en una improductiva investigación.

De esta manera, mi razón, desequilibrada solo por cosas triviales, se parecía a aquella roca marina descrita por Ptolomeo Hefestión, que resistía firme los ataques humanos y la furia de las aguas y vientos, pero que temblaba al simple contacto con una flor llamada asfódelo. Así, parecerá sencillo pensar que la extraña y terrible enfermedad de Berenice me proporcionaba gran cantidad de temas para el ejercicio de esta meditación tan intensa y anormal, cuya naturaleza me ha sido difícil de explicar; sin embargo, no era este el caso. En los intervalos lúcidos de mi enfermedad, la desgracia de Berenice me daba pena, y, conmovido por la desaparición de su hermosura y tranquila vida, reflexionaba con frecuencia sobre los maléficos caminos por los cuales había actuado en ella tan repentina y triste transformación. Pero estas meditaciones no eran parte de la particularidad de mi mal, sino que correspondían a las que, en las mismas circunstancias, hubiesen tenido el común de los mortales. Fiel a su carácter, mi trastorno se concentraba en los cambios menos importantes pero más llamativos del físico de mi prima, sobre todo en aquellos que se relacionaban con la espantosa modificación de su indentidad.

Yo no la había amado en los días más brillantes de su incomparable belleza, pues en la extraña anomalía de mi existir, los sentimientos nunca brotaban de mi corazón y las pasiones siempre nacían de mi mente. En los brumosos amaneceres, en las sombras del bosque al mediodía y en el silencio de mi biblioteca por la noche, su imagen se había cruzado ante mis ojos y yo la había visto, no como la Berenice humana, sino como una vaporosa e intangible Berenice de un sueño; no como una mujer terrenal, sino como una abstracción; no como un ser para admirar, sino que para analizar; no como un objeto de amor, sino como el tema de una especulación inconexa y confusa. Y ahora... ahora temblaba en su presencia y palidecía si la sentía cerca; ahora, lamentando su decadencia, recuerdo que ella me amó durante mucho tiempo, y que yo, en un desdichado momento,

le propuse matrimonio.

La fecha de nuestro matrimonio se acercaba, cuando, una tarde de invierno, en uno de esos días imprevisiblemente cálidos, tranquilos y brumosos, en los cuales la atmósfera de apariencia tranquila oculta vagos misterios, yo me creía solo en la biblioteca; pero, al levantar los ojos, vi ante mí a Berenice.

¿Fue mi imaginación excitada, la influencia de la brumosa atmósfera, la incierta luz que iluminaba el cuarto, o los oscuros vestidos que envolvían su figura, los que dieron a su imagen un vacilante e indefinido contorno? No sabría decirlo. No dijo ninguna palabra, y yo por nada del mundo hubiera sido capaz de pronunciar una sola sílaba. Un escalofrío atravesó todo mi cuerpo, me oprimió una sensación de pavorosa ansiedad e invadió mi alma una curiosidad aterradora. Recostándome en el sillón, permanecí inmóvil, sin respirar, contemplando fijamente su figura. ¡Ay! Su delgadez era exagerada, no quedaba ni un vestigio de lo que anteriormente había sido.

Finalmente, mi mirada cayó en su rostro: su frente era alta, pálida y extrañamente serena; sus cabellos, que habían sido negros azabache, se rizaban ahora sobre las sienes hundidas con un reluciente color amarillo, contrastando con la melancolía de su rostro. Sus ojos carecían de brillo, como si hubieran perdido las pupilas. Sin quererlo esquivé su mirada vidriosa para observar sus labios, delgados y endurecidos. Y entonces, éstos se abrieron y, en una sonrisa, los dientes de la desconocida Berenice se revelaron ante mis ojos. ¡Oh, quisiera no haberlos visto nunca, o morir después de contemplarlos!

El golpe de una puerta al cerrarse me indicó que Berenice se había retirado. Pero ¡ay!, de mi mente no se podía apartar la horrible visión de aquellos dientes blancos. Ni una imperfección en su superficie ni una mancha en el esmalte ni un desgaste en los bordes de esos dientes que no se grabara en mi mente. Los veía con más claridad que hace un momento. ¡Los dientes! ¡Los dientes! Estaban en todos lados, sobre todas las cosas, visibles, palpables ante mí; largos, estrechos, blanquísimos, con los labios pálidos contrayéndose a su alrededor. Entonces, mi monomanía llegó a su máximo grado y hube de hacer grandes esfuerzos por mantenerme ajeno a su influencia. De todos los miles de objetos que hay en el mundo, solo pensaba en aquellos dientes. Los ansiaba furiosamente. Todas las demás preocupaciones quedaron postergadas ante esa única contemplación. Ellos

eran lo único presente en mi mente, y su exclusiva individualidad se transformó en el norte de mi vida intelectual. Los examiné en todos los sentidos, estudié su carácter y sus peculiaridades, los analicé desde todas las perspectivas, reflexioné sobre el cambio de su naturaleza; hasta les atribuí, en la imaginación un poder sensible y consciente e incluso sin compañía de los labios, una virtud de expresión moral. Se ha dicho de la señorita Sallé que todos sus pasos eran sentimientos; yo puedo asegurar de Berenice que todos sus dientes eran ideas. ¡Ideas! ¡Ese fue el pensamiento absurdo que me destruyó! ¡Ideas! ¡Por eso los deseaba locamente! Sentí que solo su posesión me devolverían la paz y la razón.

Y llegó la oscuridad de la noche; y se fue; y amaneció el nuevo día, y nuevamente las tinieblas de una segunda noche se reunieron, y yo seguía inmóvil, sentado en la misma habitación, absorto en la meditación, sintiendo la terrible presencia del fantasma de los dientes que con una espantosa claridad flotaba a través de las sombras y luces de la sala. Hasta que, finalmente, un grito de horror y espanto, seguido de un rumor de voces preocupadas, con una mezcla de pena y dolor, me arrancó de mis sueños. Me levanté y al abrir las puertas de la biblioteca me encontré con una criada deshecha en lágrimas, quien me informó que Berenice ya no existía. Durante la mañana había sufrido un ataque de epilepsia, y al llegar la noche, la tumba estaba preparada para el entierro.

Me encontré nuevamente solo en la biblioteca. Me parecía haber despertado de un agitado y confuso sueño. Dieron las doce y sabía que Berenice se encontraba enterrada desde la puesta de sol. Pero de aquel largo intervalo no conservaba ningún recuerdo. Sin embargo, mi alma se encontraba llena de horror por ese ambiguo y vago intervalo. Era una página espantosa en la historia de mi vida escrita con recuerdos borrosos, siniestros e indescifrables. Traté de comprenderlos, pero fue inútil; mientras tanto, semejante al espíritu de un sonido lejano, oía un agudo y penetrante grito de mujer. Indudablemente yo había hecho algo. ¿Qué era? Me lo pregunté en voz alta y los susurrantes ecos de la habitación respondieron: ¿Qué era?

La luz de la lámpara sobre mi mesa alumbraba una pequeña caja. No era por ningún motivo llamativa; yo la había visto antes, pues había pertenecido al médico de la familia. Pero, ¿cómo había llegado hasta allí? ¿Por qué estaba sobre mi mesa y por qué me estremecí al verla? Estas cosas no merecían ser tomadas en cuenta y, finalmente, mis ojos se fijaron en un libro

abierto con una frase subrayada: *Dicebant mihi sodales si sepulchrum amicae visitarem, curas meas aliquantulum fore levatas*²⁵. ¿Por qué al leerlas mis cabellos se pusieron de punta y la sangre se heló en mis venas?

De pronto sonó un suave golpe en la puerta de la biblioteca y, pálido como si viniera de una tumba, un criado entró en puntillas. Sus ojos reflejaban un violento terror y no pudo sino hablarme con una voz quebrada, ronca y muy baja. ¿Qué me dijo? Solo comprendí algunas de sus palabras. Me habló de un grito agudo y espantoso que se sintió en medio del silencio de la noche, y de los criados que trataron de averiguar su procedencia. Luego, susurrando apenas, se refirió a una tumba profanada, a un cadáver sin mortaja, desfigurado, que aún respiraba, vivo.

El criado dejó de hablar y señaló mis ropas, manchadas de barro y sangre. No dije nada. Luego examinó mis manos, arañadas por otras manos humanas, y señaló una pala apoyada en la pared. Con un grito corrí hacia la mesa y me apoderé de la caja pero, a causa del temblor de mis manos no pude abrirla y cayó al suelo, haciéndose pedazos. Entonces, rodaron por el suelo algunos instrumentos de cirugía dental, mezclados con treinta y dos magníficos y diminutos objetos blancos, relucientes como el marfil.

El barril de amontillado

Había soportado pacientemente y de la mejor manera posible las mil ofensas que me hacía Fortunato; pero, cuando llegó a insultarme, juré tomar venganza. Ustedes que conocen bien mi naturaleza supondrán que no pronuncié palabra alguna de mi propósito. Me vengaría en el tiempo, esto estaba definitivamente decidido y, por lo mismo, quedaba excluida toda idea de riesgo. No solo debía castigar sino castigar impunemente. Un insulto queda sin reparo cuando su castigo perjudica al vengador, o cuando no queda completamente claro para el ofendido quién es su castigador.

Tendrán que saber que Fortunato no tuvo jamás un motivo para dudar de mi persona ni sospechar de mis proyectos. Tal como lo planeé, seguía sonriendo en su presencia sin que él advirtiera que mi sonrisa se originaba en la idea de quitarle la vida.

Como todo hombre, Fortunato tenía su punto débil; aunque en otros aspectos era un hombre de respeto, incluso, temido. Se enorgullecía de ser un gran conocedor en materia de vinos. Son pocos los italianos que realmente se manejan en esta materia. La mayoría de las veces, el entusiasmo que fingen se adapta a lo que la ocasión y oportunidad requieren, con el fin de engañar a los millonarios ingleses y austríacos. Y aunque en algunos casos, sobre todo en lo que a pinturas y piedras preciosas se refiere, Fortunato era, al igual que sus compatriotas, un charlatán; en cuanto a vinos añejos, era sincero. Yo no era diferente a él en este punto; experto en vinos italianos, compraba todos los que podía.

Una noche, en plena locura del Carnaval, encontré a mi amigo. Me saludó excesivamente alegre pues había bebido bastante. Iba disfrazado de bufón, con un ceñido traje de rayas de colores y en su cabeza lucía un sombrero adornado con cascabeles en las puntas. Me sentí tan alegre al verlo, que no hubiera concluido nunca de estrecharle la mano.

—Querido Fortunato —le dije—, éste ha sido un encuentro afortunado. ¡Pero qué buen aspecto tienes hoy! Figúrate que he recibido un barril de vino; me dicen que es amontillado, pero tengo dudas acerca de su autenticidad.

—¡¿Cómo?! —exclamó triunfalmente—. ¿Amontillado? ¿Un barril de amontillado? ¿En pleno Carnaval? ¡Imposible!

–Ya te he dicho que tengo mis dudas –contesté–, e iba a cometer la tontería de pagarlo sin antes consultarte, pero no te encontraba por ninguna parte; y no quería perder la oportunidad de tan buen negocio.

–¡Amontillado!

–Tengo mis dudas.

–¡Amontillado!

–Quisiera estar seguro

–¡¡¡Amontillado!!!

–Supuse que estarías muy ocupado, por eso voy a buscar a Lucreti. Él es un excelente catador, podrá aconsejarme...

–¿Lucreti? ¡Ése es incapaz de distinguir entre el amontillado y el jerez!

–Sin embargo, hay necios que afirman que su paladar es superior al de todos.

–¡Vamos! ¡Vamos!

–¿Adónde?

–A tu bodega.

–No, mi amigo. Veo que estás muy ocupado; Lucreti es un buen conocedor, él podrá...

–Podemos ir, no tengo ningún compromiso, ¡vamos!

–No, querido amigo, no se trata de compromisos; veo que tiene mucho frío... las bodegas son muy húmedas y sus paredes están cubiertas de salitre.

–¡Vamos!, no importa el frío. ¡Podemos ir! ¡Amontillado! ¡Te han engañado! Además, Lucreti no sabe distinguir entre el jerez y el amontillado.

Y diciendo esto, Fortunato me tomó del brazo. Me puse un antifaz de seda negra y me dejé guiar, apresuradamente, hasta mi casa. En mi morada no había criados; todos habían salido para festejar el Carnaval. Yo les había dicho que no volvería hasta la mañana siguiente, dándoles la orden de que no abandonaran la casa. Esto me aseguraba que, apenas hube salido, ellos habían des poblado por completo mi casa; conozco bien a mis empleados.

Tomé dos antorchas, entregué una a Fortunato y lo guié por una angosta escalera de caracol que conducía a la bodega. Anduvimos por distintos aposentos hasta que por fin llegamos al fondo, donde nos encontramos pisando el húmedo suelo de las catacumbas de Montresors.

Mi amigo, desconocedor del terreno, caminaba vacilante e inseguro, a menudo tropezaba y los cascabeles de su gorro acompañaban este

movimiento con un alegre sonido.

–¿Y el barril de amontillado? –preguntó.

–Está más lejos –contesté–; pero mira cómo brillan en las paredes de la cueva esos blancos adornos.

Se volvió para mirarme con sus pupilas nubladas por las lágrimas de la embriaguez.

–¿Salitre? –preguntó por fin.

–Salitre –contesté–. ¿Hace mucho que tienes esa tos?

–¡Ejem!, ¡ejem!, ¡ejem!

La tos permitió que mi amigo me respondiera solo pasado unos minutos.

–No es nada.

–¡Vamos! ¡Volvámonos! –dijo seriamente–. Tu salud es muy importante. Eres rico, admirado, respetado; eres todo lo que yo fui en algún momento. No deberías descuidar tu salud, por mí no importa, pero tú... después de todo está Lucreti...

–No es nada –dijo–, continuemos. Esta tos no tiene importancia, no moriré por su causa.

–De eso estoy seguro, pero tienes que cuidarte. Toma un trago de este Medoc; nos protegerá de la humedad.

Tomé una botella de una gran hilera de las mismas y, rompiéndole el cuello en el muro, le ofrecí de beber. Mirándome de reojo, se llevó la botella a los labios. Hizo una pausa y brindó; sonaron los cascabeles.

–Brindo –dijo– por los muertos que descansan en estas tumbas.

–Y yo, brindo por tu larga vida.

Tomándome nuevamente del brazo, seguimos adelante.

–Estas cuevas son enormes –dijo después.

–Los Montresors eran una familia numerosa y muy acaudalada.

–Olvidé cuáles eran sus armas.

–Un gran pie de oro en un campo azul; el pie aplasta una serpiente, cuyos dientes se clavan en el talón.

–¿Y el lema?

–*Nemo me impune lacessit*²⁶.

El vino chispeaba en sus ojos y tintineaban los cascabeles. Sin duda el Medoc se nos había subido a la cabeza. Habíamos llegado a las últimas catacumbas, las cuales tenían sus paredes cubiertas de esqueletos apiñados,

mezclados con barriles y botellas de todas las clases. Otra vez me detuve y volví a tomar a Fortunato del brazo.

—Mira cómo va aumentando el salitre —le dije—, cómo cuelga de las bóvedas. Seguramente nos encontramos bajo el lecho del río, pues se filtra la humedad. ¡Vamos!

Volvamos antes de que sea demasiado tarde. Esa tos...

—No es nada —replicó Fortunato—. Continuemos, pero antes, otro traguito de Medoc.

Rompí el cuello de una botella de De Grave y se la alcancé. Mi amigo vació su contenido en pocos segundos, sus ojos brillaban como fuego ardiente. Luego se echó a reír y con un gesto que no comprendí, lanzó la botella al aire.

Lo miré sorprendido. Él repitió el mismo gesto grotesco.

—¿No comprendes? —preguntó.

—No.

—Entonces, no eres masón.

—¡Oh, sí! —exclamé—. Sí lo soy.

—¿Tú, masón? ¡Imposible! Haz un signo —pidió él.

—Mira —le dije, extrayendo de entre los pliegues de mi traje una pala de albañil.

—Estás bromeando —exclamó Fortunato, retrocediendo—. ¿Y el amontillado?

—Está un poco más lejos —le respondí guardando la pala bajo mi capa y ofreciéndole otra vez mi brazo.

Seguimos avanzando por debajo de una hilera de arcos, y bajamos hasta una profunda cripta en donde el aire estaba tan viciado que nuestras antorchas dejaron de brillar. Al fondo, se veía una tumba más chica cuyas paredes estaban tapizadas de esqueletos como las grandes catacumbas de París. Tres lados de esta tumba estaban adornados de igual manera, el cuarto, había sido despojado de los huesos, los cuales estaban apiñados en un gran montón. El desprendimiento de los huesos había dejado al descubierto un nicho bastante grande. Parecía no cumplir ningún fin determinado, pues solo se había formado accidentalmente al levantar los dos grandes pilares de granito que servían de apoyo a la bóveda de las catacumbas.

Fortunato intentaba en vano mirar en lo hondo del nicho. La débil luz de la

antorcha no se lo permitía.

—Adelante —le dije—. Allí está el amontillado; si aquí estuviera Lucreci...

—¡Ese es un ignorante! —exclamó mi amigo y siguió avanzando, seguido de cerca por mí.

Cuando llegó al fondo del nicho, su paso fue interrumpido por la roca; Fortunato se detuvo perplejo. Un minuto después se hallaba encadenado al granito. Había allí dos argollas de hierro; encadenarlo fue cosa sencilla... estaba demasiado sorprendido para hacer resistencia. Después de sacar la llave de las cadenas, salí del nicho.

—Pasa tu mano por la pared y sentirás el salitre —dije—. Hay mucha humedad, ¿verdad? Una vez más te suplico que volvamos. ¿No quieres? Pues entonces tendré que dejarte; pero antes te ofreceré todos mis servicios.

—¡¡El amontillado!! —exclamó, sin salir de su asombro.

—Ciertamente, el amontillado...

Diciendo esto, eché los huesos del montón hacia un lado y dejé al descubierto bloques de piedras de construcción y mortero. Con estos materiales y la ayuda de mi primera capa, pude notar que la embriaguez de mi amigo se había disipado en gran parte. El primer signo de ello fue un grito sordo y un horrible quejido. ¡Aquello no era el gemido de un borracho! Luego hubo un largo silencio. Continué con la segunda, la tercera y la cuarta capa; entonces, sentí el espantoso sonido del agitar desesperado de las cadenas. Para disfrutar más, detuve mi trabajo y me senté sobre los huesos. Cuando las cadenas cesaron, continué con la quinta, la sexta y la séptima hilera. La pared me llegaba hasta el pecho. Detuve otra vez mi labor y con la luz de la antorcha iluminé hacia el interior del hueco.

Agudos y penetrantes gritos salieron de aquella tumba, tanto que me hicieron retroceder con violencia. Dudé por un momento. Desenvainé mi espada y tanteé con ella el interior del nicho. Pero, reflexionando por un momento, me tranquilicé. Pasé la mano por la pared de piedra y respiré satisfecho. Me acerqué de nuevo a la tumba y contesté esta vez con mis alaridos a aquel que gritaba. Me convertí en su eco, lo seguí, lo repetí, hasta que lo vencí, y los gritos cesaron.

Se acercaba la medianoche y mi trabajo estaba por terminar. Había colocado la octava, la novena y décimas hilera. Faltaba tan solo una piedra por colocar. Salió entonces del nicho una carcajada que me puso los pelos de punta.

–¡Ja, ja, ja! ¡Je, je, je! ¡Qué buena broma! ¡Cómo nos reiremos de vuelta en nuestra casa! ¡Ja, ja, ja!

–¿Del amontillado? –dije.

–Sí, el amontillado. ¡Ja, ja, ja! Pero, ¿no se nos hace tarde? ¿No estarán esperando en casa mi mujer y los demás? ¡Vámonos!

–Sí –dije–, vámonos ya.

–¡Por el amor de Dios, Montresor!

–Sí –repuse–, por el amor de Dios.

No hubo respuesta; impaciente, volví a llamar.

–¡Fortunato! ¡Fortunato!

Nada. Pasé una antorcha por la abertura del nicho y la dejé caer en el interior. Me contestó tan solo un cascabeleo. Sentí un intenso escalofrío, sin duda causado por la humedad de las catacumbas. Rápidamente terminé mi trabajo; coloqué la última piedra, la aseguré con el mortero y recubrí la nueva pared con el montón de huesos. Durante medio siglo nadie los ha tocado. *¡Requiescat in pace!* [27](#).

El retrato ovalado

El castillo al cual mi criado había entrado a la fuerza antes de dejarme, malherido como estaba, pasar la noche al aire libre, tenía la grandeza y melancolía de aquellas viejas mansiones de los Apeninos, tan nombradas en las novelas de Mrs. Radcliffe. Sin lugar a dudas, el castillo había sido recién abandonado. Nos instalamos en una de las habitaciones más pequeñas y menos fastuosas, la cual se ubicaba en una apartada torre del edificio y, aunque su decorado era lujoso, se notaba antigua y deteriorada. Sus paredes estaban cubiertas de tapices y adornadas con múltiples y nobles escudos heráldicos; además de una enormidad de pinturas modernas enmarcadas en ricos marcos dorados, de estilo arabesco. Aquellas pinturas, que no solo ocupaban todo el largo de los muros, sino también diversos rincones que la arquitectura del lugar permitía, produjeron en mí gran interés, influenciado quizás por la fiebre que me atormentaba en ese momento. Deseoso de entregarme a la contemplación de los cuadros y a la lectura de un extraño y pequeño volumen que contenía la descripción de cada uno de éstos, ordené a Pedro cerrar las pesadas persianas –pues era de noche–, encender las bujías de un candelabro ubicado en la cabecera de mi cama y abrir completamente las negras cortinas de terciopelo que rodeaban el lecho.

Leí largo tiempo y contemplé intensamente las pinturas, hasta que llegó la media noche. La posición del candelabro me molestaba y quise acomodarlo; como mi sirviente se encontraba dormido y no quería interrumpirlo, alargué la mano y lo ubiqué de tal manera que su luz cayera en forma directa sobre el libro. Sin embargo, este cambio produjo un efecto totalmente inesperado. La luz de sus numerosas velas iluminaron uno de los rincones de la habitación que hasta el momento había pasado inadvertido, pues una de las columnas del catre lo cubría. Allí se encontraba la pintura de una joven pronta a ser mujer. Luego de una rápida ojeada, cerré los ojos. ¿Por qué? Mientras mis ojos permanecían cegados, comprendí el motivo que me impulsó a cerrarlos. Era un acto para ganar tiempo, para asegurar que mi vista no me había engañado y para calmar mi imaginación antes de una futura contemplación. Después de algunos minutos volví a mirar fijamente el lienzo.

Entonces ya no pude atribuir a fiebre o alucinación alguna el extraño efecto que el retrato me había causado. La luz lo iluminaba perfectamente. El cuadro representaba, como ya he dicho, a una joven; un retrato de medio cuerpo, pintado en la técnica de viñeta, muy al estilo de las mejores composiciones de Sully. Los brazos, el seno y las puntas de sus brillantes cabellos se fundían gradualmente en una sombra vaga pero profunda que formaba el fondo de la imagen. El marco era ovalado, tallado y dorado al estilo morisco. Como obra de arte, era una pintura admirable. Sin embargo, no fue esto lo que de súbito me había emocionado ni tampoco la inmortal belleza de la joven retratada. Menos podía creer que mi estado delirante, causado por la falta de sueño, hubiese confundido aquella cabeza con la de una persona viva. El inconfundible estilo de viñeta, las características del dibujo y el peculiar marco impidieron que esta idea permaneciera más de un solo instante. Absorto en estas meditaciones quedé más de una hora con los ojos fijos en el retrato; pero al fin logré dilucidar el secreto de la emoción que me causaba. Había descubierto que el encanto de la pintura residía en su expresión vital, en una rara espiritualidad oculta en la imagen. Con profundo respeto y terror coloqué el candelabro en su lugar, alejando de mi vista la causa de mi agitación. Entonces abrí el libro que contenía la explicación de todos los cuadros y leí la siguiente vaga y extraña historia:

Era una joven de singular belleza, de carácter inquieto, graciosa y alegre, que en mala hora amó al pintor y se casó con él. Él, apasionado, estudioso y austero, adoraba su arte sobre todas las cosas de la Tierra; ella, joven, bella y encantadora ponía un poco de amor en todas las cosas, menos en el arte, su rival; odiaba tan solo la paleta y los pinceles que le hurtaban el cariño de su amado. Así, le produjo gran tristeza cuando su esposo habló de sus deseos de retratarla. Humilde y obediente, posó pacientemente durante muchas horas, días, en la sombría habitación de la torre, envuelta por una pálida luz que desde el cielo raso caía sobre la tela.

En cambio, el pintor se vanagloriaba por su obra, que avanzaba hora tras hora, día tras día. Hombre apasionado, extraño y pensativo, se perdía en sus ensueños, tanto que era el único que no notaba que la escasa luz que entraba en aquella habitación consumía la salud y los encantos de su mujer a medida que el retrato avanzaba. Pero ella siempre sonreía, sin quejarse nunca, pues veía que el pintor, que gozaba de gran fama, trabajaba con enorme placer noche y día para plasmar en la tela la imagen de quien tanto amaba. Quienes

lo visitaban comentaban en voz baja el asombroso y maravilloso parecido, otra muestra más de la excelencia de aquel artista insuperable. Finalmente, cuando el trabajo se acercaba a su término, no se le permitió a nadie más subir a la torre, porque el pintor, absorto en su obra, no despegaba su mirada del lienzo, ni siquiera para observar el rostro de su esposa. No quería ver que los colores que ponía sobre las mejillas del retrato eran extraídas de las mejillas de la que estaba sentada a su lado. Y cuando pasaron muchas semanas de trabajo, y no restaba más que un detalle para terminar la obra, una pequeña pincelada en la boca y un toque sobre los ojos, el espíritu de la joven palpitó vacilante como la llama de la lámpara. Entonces, los toques fueron hechos; el pintor quedó unos instantes en éxtasis ante el trabajo terminado; pero, un minuto después, palideció y, estremecido de terror exhaló un grito terrible:

—¡Esta obra es magnífica, tiene todo el espíritu y la vida misma!

Y se volvió para besar a su amada esposa, pero... ¡estaba muerta!

La verdad en el caso del señor Valdemar

El extraordinario caso del señor Valdemar ha sido de gran asombro y discusión. Sería un milagro que no hubiera sido así, sobre todo en tales especiales circunstancias. El deseo de los interesados era mantener el caso en secreto hasta tener la oportunidad de otras investigaciones que hicieran del relato algo prolijo y documentado. Pero nuestros esfuerzos en esto solo han logrado dar paso a una explicación mutilada y exagerada que ha surgido entre la gente, desacreditando la verdad del caso. Es por esto que hoy se ha vuelto necesario exponer los hechos, tal como yo los entiendo y ocurrieron.

Desde hace tres años mi atención se ha visto atraída por el tema del mesmerismo o hipnotismo animal; y hace aproximadamente nueve meses se me ocurrió que en la multitud de experimentos realizados por esta ciencia se había omitido uno: practicar el hipnotismo in artículo mortis. Por lo tanto, faltaba averiguar si en semejante estado el paciente es sensible al magnetismo, si éste debilita o acrecienta tal sensibilidad; y más aún, si la muerte puede ser detenida o retrasada por este procedimiento. Existían otros puntos importantes a investigar, pero éstos eran los que más me interesaban, sobre todo el último, ya que de ser así nos encontraríamos ante un gran descubrimiento.

Buscando entre mis amigos alguien en quien pudiera llevar a cabo estos experimentos, pensé en el señor Ernesto Valdemar, conocido compilador de la Biblioteca Forénsica y autor –bajo el seudónimo de Issachar Marx– de las traducciones polacas de Schiller y Rabelais. Mi amigo, que residía en Harlem, Nueva York, desde el año 1839, llamaba la atención por una extrema delgadez –semejante a la de John Raudolph– y también por el blanco excesivo de sus patillas que contrastaba con la negrura de sus cabellos, los cuales eran generalmente confundidos con una peluca. Su temperamento nervioso hacía de él un sujeto ideal para la experiencia mesmérica. En otras ocasiones había conseguido dormirlo sin problemas; sin embargo, los resultados esperados, debido a su condición, no tuvieron éxito ya que su voluntad era tan fuerte que no conseguía ponerla bajo mi dominio, y tal vez por eso no pude realizar con él ningún acto de clarividencia. Siempre atribuí estos fracasos al desorden de su salud, ya que

unos meses antes los médicos le habían diagnosticado tisis. Y él acostumbraba hablar de su próxima muerte con la más absoluta normalidad y tranquilidad.

No es de extrañar, entonces, que cuando se me ocurrieron los experimentos que ya he detallado, pensara en el señor Valdemar. Conocía muy bien la firme filosofía de aquel hombre para temer algún escrúpulo de su parte; además, no tenía familiares en América, lo que evitaba cualquier oposición por parte de los parientes. Le hablé con franqueza de mis intenciones y su interés se vio notoriamente excitado, lo que me sorprendió, ya que aunque se había sometido a mis experimentos en situaciones anteriores, nunca demostró simpatía ante mis trabajos. Su enfermedad era de las que permiten calcular con exactitud la fecha del deceso, por lo que acordamos que él me llamaría veinticuatro horas antes del momento fijado por los médicos para su muerte.

Hace siete meses recibí la siguiente carta:

“Mi querido P...:

Puedes venir ahora. D... y F... están de acuerdo en que no pasaré de las doce de la noche de mañana y creo que han calculado el plazo exacto.

Valdemar.

Recibí esta nota media hora después de haber sido escrita y quince minutos más tarde me encontraba en el lecho del moribundo. No lo había visto hace días y me asombró la horrible transformación que en tan breve lapso se había producido en él. Su rostro tenía un color plomizo, su ojos carecían de brillo y su delgadez era tan extrema que sus pómulos le agrietaban la piel. Su expectoración era excesiva y su pulso apenas perceptible. Sin embargo, conservaba maravillosamente sus capacidades mentales y algo de fuerza física. Hablaba sin dificultad y tomaba sin la ayuda de nadie algunas drogas calmantes. Cuando entré a la habitación se encontraba escribiendo notas a lápiz en su cuaderno. Los doctores D... y F... lo habían acomodado con algunos almohadones y lo atendían constantemente.

Después de saludar a Valdemar, me corrí a un lado con los doctores para que me hicieran un detallado informe del estado del paciente. Hace ocho meses que el pulmón izquierdo se encontraba en un estado semióseo o cartilaginoso, lo que lo volvía completamente inútil para cualquier función vital. El derecho, en la parte superior, se hallaba casi en la misma situación; mientras que la parte inferior no era más que una masa de tubérculos

purulentos. Además, existían varias perforaciones profundas y en cierto punto una adherencia permanente de las costillas. Estos fenómenos del lóbulo derecho eran de fecha reciente. La osificación había avanzado con una rapidez no habitual. Las perforaciones solo habían sido descubiertas hace tres días y los primeros síntomas de la enfermedad hace un mes. Además de la tisis, se sospecha que el paciente sufría un aneurisma de la aorta; pero la osificación no permitía entregar un informe exacto. Según la opinión de los médicos, mi amigo moriría alrededor de la medianoche del día domingo; y en ese entonces eran las siete de la tarde del sábado.

Al separarse del enfermo para hablar conmigo, los doctores D... y F... le habían dado el último adiós. No pensaban volver, pero gracias a una petición mía aseguraron hacer una visita alrededor de las diez de la noche.

Una vez que se marcharon, hablé libremente con Valdemar de su muerte próxima y de mis intenciones de aplicarle el magnetismo. Se mostró animado y ansioso ante el experimento, y me instó a comenzar cuanto antes. Un enfermero y una sirvienta estaban allí para ayudarlo, pero yo no me atreví a comenzar mientras no hubiese unos testigos más dignos de confianza en caso de un repentino y súbito accidente. Retrasé entonces lo más que pude la operación, pero la llegada de un estudiante de Medicina amigo mío (el señor Teodoro L...), me sacó rápidamente de apuros. Aunque en un principio había decidido esperar a los médicos D... y F..., los ruegos de Valdemar y la seguridad de que no había tiempo que perder, en vista de la cercanía de la muerte, me incitaron a comenzar. El señor L... aceptó amablemente tomar notas de cuanto ocurriese, y gracias a éstas es que ahora puedo relatarles con detalle lo ocurrido.

Faltaban aproximadamente cinco minutos para las ocho, cuando tomé la mano del paciente y le rogué que le confirmara, lo más claro que pudiese, al señor L... su deseo de someterse a la experiencia mesmérica en aquel estado. El señor Valdemar contestó con voz débil pero clara:

—Sí, deseo ser hipnotizado —añadiendo— creo que usted lo ha tardado demasiado.

Mientras hablaba, comencé a efectuarle los pases que me parecían más efectivos para adormecerlo; pero por más poder que le aplicaba, no se produjo ningún efecto perceptible hasta que a eso de las diez llegaron los doctores D... y F... Les expliqué con breves palabras lo que pensaba hacer, y como no pusieron ningún obstáculo, pues dijeron que el paciente ya se

encontraba en agonía, continué sin vacilar. Sin embargo, cambié los pases laterales por otros hacia abajo, concentrando mi mirada exclusivamente en los ojos del enfermo.

Durante ese rato era imperceptible su pulso y la respiración estertorosa se oía en intervalos de medio minuto. Este estado continuó inalterable por un cuarto de hora. Pasado este período, un suspiro hondo, aunque natural, se escapó de su boca. Su respiración dejó de ser perceptible y sus extremidades estaban frías como el hielo.

Cinco para las once percibí señales inequívocas de la influencia magnética. El movimiento giratorio de los ojos se transformó en esa inconfundible expresión de mirar hacia adentro, característica del sonambulismo. Con algunos pases hice estremecerse los párpados, como en un incipiente sueño, y con otros pases más, logré cerrarlos. No estando satisfecho con esto, continué mis manipulaciones hasta conseguir la rigidez total de todos los miembros del agonizante, luego de colocarlo en una postura que me pareció cómoda: las piernas y brazos completamente estirados y la cabeza ligeramente levantada.

Una vez realizado esto dieron las doce de la noche; pedí a los médicos que revisaran el estado del paciente. Después de varias pruebas, confirmaron que se encontraba en un perfecto trance magnético. La curiosidad de ambos doctores era enorme: D... decidió permanecer toda la noche junto al cuerpo, F... prometió volver al alba, el señor L... y los enfermeros también se quedaron.

Dejamos tranquilo a Valdemar hasta las tres de la madrugada y cuando volvimos lo encontramos en idéntico estado y en la misma posición... la respiración era mínima, solo perceptible al acercarle un espejo a los labios, los ojos cerrados naturalmente y las extremidades rígidas y duras como el mármol. Su aspecto no era de ninguna manera el de la muerte.

Me aproximé al moribundo e hice un esfuerzo para obligar a su brazo a levantarse junto con el mío. En situaciones anteriores este experimento no había dado ningún resultado; sin embargo, fui sorprendido al ver que su débil brazo seguía la dirección que señalaba el mío. Ante esto, decidí intentar una conversación:

—Señor Valdemar —pregunté— ¿Está usted dormido?

No contestó, pero noté un temblor en sus labios; lo que me llevó a repetir la pregunta varias veces. A la tercera interrogación su cuerpo se estremeció

en un movimiento convulso. Sus párpados se abrieron y de sus labios brotó un débil murmullo:

–Sí, ahora duermo... ¡No me despierte!... ¡Déjeme morir así!

Toqué sus miembros y seguían rígidos. Su brazo continuaba siguiendo al mío. Volví a preguntar:

–¿Continúa su dolor en el pecho, señor Valdemar?

–No hay dolor... me estoy muriendo –respondió con rapidez pero casi sin volumen.

Consideré que no era conveniente molestarlo más por ahora y decidí dejarlo tranquilo hasta que el doctor F... llegara en la madrugada. Quien, al llegar un poco antes de la salida del sol se mostró sorprendido con el estado del paciente y me rogó que volviera a hablarle. Entonces dije:

–Señor Valdemar, ¿sigue usted dormido?

Igual que la experiencia anterior, demoró unos minutos en dar respuesta, tiempo en que parecía reunir fuerza para hablar. A la cuarta repetición de la pregunta contestó, cada vez más bajo:

–Sí, todavía duermo... me estoy muriendo.

Entonces los médicos pidieron que se le dejase descansar en aquella posición que parecía tranquila hasta que llegase su hora, la cual, según la opinión experta, no debería tardar más de algunos minutos. Sin embargo, quise hablarle una vez más y repetí la pregunta, que contestó de igual forma.

Mientras hablaba, se produjo un notable cambio en el aspecto del durmiente: los ojos giraron y se abrieron lentamente, las pupilas desaparecieron hacia arriba, la piel tomó un color cadavérico y las manchas circulares de la fiebre hética que tenía en medio de la cara desaparecieron repentinamente, tanto que recordé una vela que se apaga de un soplo. El labio superior se retorció sobre los dientes y la mandíbula inferior cayó de pronto dejando ver la lengua, hinchada y negra. Aún cuando todos los presentes estábamos familiarizados con los horrores de la muerte, el aspecto de Valdemar era tan espantoso que todos nos apartamos de la cama.

Sé que he llegado a un punto en el relato que los lectores dudarán de la veracidad de mi historia; sin embargo, es mi deber seguir adelante.

Ya se habían acabado todos los signos vitales en el señor Valdemar, por lo que convencidos de que estaba muerto lo dejamos a cargo de los criados, cuando observamos un fuerte movimiento vibratorio en su lengua, que duró alrededor de un minuto. Una vez que esto hubo acabado, salió de sus

abiertas y rígidas mandíbulas una voz que sería absurdo tratar de describir. Tal vez existen ciertas características que me ayudarían a definirla. En primer lugar, aquel sonido era áspero y hueco, pero su conjunto es indescriptible por la sencilla razón de que el oído humano jamás ha sido herido con un algo semejante. En segundo lugar, existían dos peculiaridades que podrían adjudicárseles a la entonación: la voz parecía venir desde muy lejos, como de una profunda caverna; y la sensación que producía era como la que las sustancias gelatinosas o viscosas producen al tacto.

He hablado de sonido y voz, y debo agregar que, aunque sobrehumanos y espeluznantes eran de sorprendente claridad. El señor Valdemar habló entonces, habló en respuesta a la pregunta que yo le había hecho.

–Sí, he estado durmiendo... pero ahora..., ahora... estoy muerto.

Ninguno de los asistentes intentó negar o reprimir el indescriptible horror que esas palabras tan bien pronunciadas les produjeron. El señor L... se desmayó. Los enfermeros huyeron despavoridos de la habitación. Respecto de mi propia impresión, no encuentro palabras para explicarla. Durante casi una hora nos mantuvimos en silencio, afanados en tratar de revivir al señor L...; cuando se recuperó, continuamos con el examen del señor Valdemar.

Todos los aspectos de su estado se mantenían iguales, excepto que ahora al acercar el espejo a sus labios no había señal de respiración. Una tentativa de sangría en el brazo falló y éste tampoco seguía sujeto a mi voluntad, aún cuando me esforcé en que siguiera la dirección de mis movimientos. El único signo de influencia magnética era la vibración de su lengua cada vez que yo le hacía una pregunta. Parecía hacer un esfuerzo por responder, pero su voluntad era por segundo más débil. Si cualquier otra persona le hacía una pregunta, se mantenía insensible ante ella, incluso si yo intentaba ponerlo en “relación” mesmérica con él. Cerca de las diez, conseguimos a otros enfermeros; y salí junto a los doctores y el señor L... de la casa.

Al volver por la tarde, el paciente continuaba en semejante estado. Discutimos acerca de la posibilidad de despertarlo, pero concluimos que esto no le aportaría ningún bien. Era evidente que la muerte (o lo que suele llamarse con ese nombre) había sido detenida por la influencia magnética y, por lo tanto, estaba claro que despertarlo era apresurar este proceso.

Durante un intervalo de siete meses continuamos visitando al señor Valdemar, siempre acompañados de amigos u otros médicos. En este tiempo su estado de sonambulismo permaneció exacto. Los enfermeros lo vigilaban

constantemente.

Fue un viernes cuando decidimos llevar a cabo el experimento de despertarlo; y es, seguramente, el deplorable resultado de esto lo que ha promovido tantas discusiones, las cuales no son más que producto de una injustificada credulidad popular.

Con el fin de sacar al señor Valdemar de su sonambulismo, hice unos acostumbrados pases, que en un principio parecieron ineficaces. La primera señal de vuelta a la vida fue un descenso parcial del iris, acompañado del flujo de un líquido amarillo de olor desagradable. Me sugirieron tratar de influir nuevamente en su brazo, y lo intenté sin resultado. El doctor F... entonces, me instó a hacerle una pregunta:

—Señor Valdemar —dije—, ¿puede explicarnos cuáles son ahora sus sensaciones o deseos?

Instantáneamente, los círculos de la fiebre hética retornaron a su rostro, la lengua giró violenta y rápida dentro de la boca, las mandíbulas y los labios continuaban como antes; finalmente, la misma voz indescriptible contestó:

—¡Por el amor de Dios!... Pronto... pronto... ¡Despiérteme o duérmame!... Pronto... ¡Le digo que estoy muerto!

Yo estaba completamente acobardado y por un minuto no supe qué hacer. Primero intenté calmar al paciente, pero al fallar, cambié de idea y luché por despertarlo. Sentí que esta tentativa iba a tener éxito y estoy seguro que tanto yo como los presentes en la habitación nos preparábamos para verlo despertar. Sin embargo, para presenciar lo que realmente ocurrió, ningún ser humano está preparado.

Mientras yo hacía los pases mesméricos, entre explosiones de la lengua que gritaban “¡Muerto, muerto!”, todo su cuerpo se estremeció; en menos de un minuto, se contrajo, se desmenuzó y se pudrió bajo mis manos. Sobre la cama, y ante todos los presentes, yacía una masa líquida de repugnante y detestable putrefacción.

La máscara de la muerte roja

Durante largo tiempo, la “Muerte Roja” había desolado la región. Nunca una peste había sido tan horrible y fatal. Su sello era la sangre: el rojo y el horror de la sangre. Comenzaba con agudos dolores, un repentino vértigo y luego los poros sangraban abundantemente hasta que llegaba la muerte. Las manchas púrpuras, principalmente en el rostro de la víctima, aislaban a ésta del resto de la humanidad, sin posibilidad de ayuda ni compasión. La invasión, el progreso y el fin de la enfermedad se cumplían en no más de media hora.

Sin embargo, el príncipe Próspero era feliz, audaz y astuto. Cuando sus dominios hubieron perdido gran parte de la población, llamó a mil caballeros y damas de su corte —los más fuertes y vigorosos— y se refugió con ellos en una de sus abadías fortificadas. Era una construcción amplia y magnífica que había sido decorada por el mismo príncipe, excéntrica pero grandiosa. Las puertas de las altas murallas eran de hierro; una vez adentro, los cortesanos con fraguas y martillos cerraron y soldaron los cerrojos.

Habían decidido no dejar ningún acceso a la desesperación exterior o salida al frenesí interior. La abadía estaba ampliamente abastecida. Gracias a estas precauciones, los cortesanos pensaban desafiar el contagio. Que los de afuera se las arreglaran como pudiesen. Mientras tanto, no valía la pena afligirse. El príncipe había reunido todo lo necesario para deleitar el placer: bufones, improvisadores, bailarines, músicos, vino y bellezas. Todo esto más la seguridad se encontraban adentro; afuera estaba la Muerte Roja.

Al cumplirse el quinto mes de reclusión, y cuando la peste hacía sus más terribles estragos, el príncipe decidió ofrecer a sus mil amigos un baile de máscaras de la más insólita magnificencia.

¡Qué voluptuoso cuadro era aquel baile! Pero permítanme que les describa los salones en donde se llevaba a cabo. Eran siete: una hilera imperial. En la mayoría de los palacios, la sucesión de los salones forma una larga perspectiva en línea recta cuando las puertas se abren de par en par, permitiendo ver el total de la galería. Pero aquí sucedía algo muy distinto, como era de esperarse de un príncipe con gusto tan extraño. Las habitaciones estaban dispuestas de una manera tan irregular que la visión no

podía abarcar más que una a la vez. Cada veinte o treinta metros había un brusco recodo, y en cada uno nacía algo diferente. A derecha e izquierda, en medio de cada pared, una alta y estrecha ventana gótica daba a un corredor cerrado que seguía el contorno de los salones. Cada ventana tenía un vitral cuyos colores combinaban con el tono dominante de la decoración de la habitación. La del extremo oriental, por ejemplo, estaba decorada en azul y los ventanales eran de un azul vivo. La segunda sala era de color púrpura, al igual que las vidrieras. La tercera, verde; la cuarta, totalmente anaranjada; la quinta, blanca, y la sexta, violeta. El séptimo salón había sido forrado en terciopelo negro: paredes, techo y alfombra. Sin embargo, en esta sala los vitrales no correspondían al tono de la decoración: eran escarlata, de un intenso color sangre.

Ahora bien, a pesar de la inmensidad de ornamentos de oro esparcidos por aquí y por allá, en ninguna de las siete salas había lámparas ni candelabros; ni siquiera velas. Pero en los corredores paralelos a la galería y enfrentados a cada ventanal, se levantaban pesados trípodes con un ardiente brasero que proyectaba sus rayos a través de los cristales de color, iluminando cada salón de manera deslumbrante. En la séptima sala de terciopelo negro, la luz del brasero que se colaba a través de los cristales color sangre producía un efecto terriblemente siniestro y daba un aspecto tan extraño a los rostros de quienes allí entraban, que casi nadie se atrevía a posar sus pies en ella.

En esta misma sala se erguía un enorme reloj de ébano. Su péndulo se balanceaba con un tic-tac pesado y monótono; y cuando el minuterio había completado su ciclo y la hora iba a sonar, de sus entrañas de bronce nacía un sonido claro, resonante y musical, pero de un timbre tan particular que los músicos se veían obligados a dejar sus instrumentos para escuchar la música de las horas y los bailarines cesaban sus movimientos.

Una perturbación momentánea recorría a todos los asistentes y mientras aún sonaban las campanas los más efusivos palidecían y los más sensatos y de más edad se pasaban la mano por la frente, como entregándose a una profunda meditación o ensueño. Sin embargo, una vez que los ecos del reloj cesaban, suaves risas nacían nuevamente en la asamblea; los músicos se miraban sonriendo, cómplices del mutuo nerviosismo y se prometían que el próximo tañido del reloj no les provocaría el mismo asombro. Mas, pasados los tres mil seiscientos segundos de la hora, se escuchaban otra vez las fatales campanas y volvían la turbación y el desconcierto.

Pese a lo anterior, la fiesta era alegre y magnífica. El príncipe tenía un gusto especial: de mirada sensible a los colores, despreciaba los caprichos de la moda. Sus planes eran atrevidos y salvajes y sus ideas brillaban con un fantástico esplendor. Hay quienes lo hubieran tachado de loco. Sus amigos cortesanos sabían que no era así; había que verlo, tocarlo para estar seguro de esto.

Con ocasión de esta fiesta, el príncipe se había encargado personalmente de la decoración de los muebles, y su gusto particular había dirigido el estilo de los disfraces. No cabía duda de que eran grotescos: llenos de detalles deslumbradores, brillantes, otros chocantes y fantásticos. Se distinguían figuras arabescas con formas incongruentes; otras fantásticas, dignas de quien ama la locura; había cosas bellas, extrañas, terribles, licenciosas e incluso repugnantes. En resumen, era como una multitud de sueños que se movían de un lado a otro, tomando el color de los salones y los ecos de sus pasos parecían venir de la exótica música reinante.

Y de tiempo en tiempo suenan las campanas del reloj de ébano y todo vuelve a quedar en silencio, menos la voz del reloj. Los sueños permanecen rígidos, suspendidos en el tiempo. Luego, los ecos –que no han durado más que un minuto– se desvanecen y vuelven la risa leve, la música y se reavivan los sueños. Los bailarines se mueven más alegres que nunca, reflejando el color de los cristales a través de los cuales fluyen los rayos de los braseros. Sin embargo, ninguna máscara se acerca a la sala de terciopelo, pues la noche ha avanzado y la luz se filtra cada vez más roja por los ventanales color sangre, volviendo aterradoras las colgaduras negras para quien pose un pie en este aposento, en donde el sonido del reloj brota más pesado y solemne que el que alcanzan a sentir los bailarines de las otras salas.

La fiesta continuaba con su alegre torbellino hasta que se oyeron los repiques que anunciaban la medianoche. Calló entonces la música, como ya se ha dicho, cesaron los movimientos de los danzarines y comenzó la ya conocida sensación de angustia. Pero el reloj esta vez debía dar doce campanadas y quizás porque ahora tenían más tiempo, se ampliaron las meditaciones de los pensativos asistentes, los cuales, entre campanada y campanada pudieron advertir, dentro de la multitud, una máscara que antes no había llamado la atención de nadie. Y lo que en un comienzo fue un susurro que corría con la noticia, terminó en un alzado rumor que mostraba

desaprobación, sorpresa, espanto, horror y repugnancia.

En una reunión de fantasmas como la que se ha descrito, era necesario una aparición del todo fantástica para causar tal conmoción. El desenfreno de aquel carnaval no tenía límites, pero la nueva máscara sobrepasaba la extravagancia, incluso iba más allá de lo que el liberal criterio del príncipe permitía. En el corazón de los más atrevidos hay cuerdas que no pueden tocarse sin causar emoción. Aún, entre el más depravado, para quien la vida y la muerte son solo un juego, hay cosas con las que no se puede jugar. Los invitados parecían sentir en lo más hondo de su ser el mal gusto y falta de decoro en el traje y actitud de aquel desconocido. Su figura alta y flaca estaba envuelta con una mortaja. La máscara que ocultaba el rostro era una fiel reproducción de un cadáver ya rígido, tanto que era difícil descubrir el truco. Ciertamente es que aquella concurrencia hubiese podido soportar, sin aprobar, esta horrible broma. Pero el enmascarado se había atrevido asumir nada menos que la apariencia de la Muerte Roja. Sus vestiduras estaban salpicadas de sangre y su frente y rostro aparecían manchados del horror escarlata.

Cuando la mirada del príncipe Próspero cayó sobre esta imagen espectral – la cual ahora se paseaba solemnemente entre los bailarines como para dar mayor relieve a su papel– se estremeció de terror y disgusto, pero luego su rostro se volvió rojo de rabia:

–¿Quién se atreve a insultarnos con esta broma blasfema? –preguntó con voz ronca a los cortesanos que lo rodeaban–. ¡Atrápenlo y desenmáscárenlo, para que sepamos a quién vamos a ahorcar al salir el sol!

Cuando pronunció estas palabras, el príncipe se encontraba en el salón azul. Su voz resonó clara y fuerte a través de los siete salones, pues él era un hombre temible y robusto, y la música había cesado ante una señal de su mano. Los cortesanos que se encontraban junto a él se dirigieron hacia el intruso, quien se hallaba casi al alcance de sus manos y que con paso seguro y sereno caminaba hacia el príncipe. Pero fue tanto el terror que la audacia del enmascarado produjo en todos los allí reunidos, que no hubo quien se atreviera a detenerlo; y así, siguió avanzando, siempre con paso solemne, mientras los comensales despavoridos retrocedían hasta pegarse a las paredes. De la sala azul pasó a la púrpura, de allí a la verde, luego a la anaranjada, de ésta a la blanca y siguió a la violeta sin que nadie hiciera algún movimiento para detenerlo. Entonces, preso de ira y de vergüenza por

la momentánea cobardía, el príncipe Próspero se abalanzó a través de los seis salones sin que nadie lo siguiera, porque un mortal terror se había apoderado de todos los concurrentes. Puñal en mano se acercó a tres o cuatro pasos de la fantasmal figura, la cual, al llegar al extremo de la sala de terciopelo se volvió bruscamente y enfrentó a su perseguidor. Se oyó un agudo grito, mientras el puñal cayó resplandeciente sobre la alfombra negra y el cuerpo sin vida del príncipe se desplomó en el suelo. Poseídas por el coraje de la desesperación, una multitud de máscaras se precipitó hacia el salón negro; pero, apoderándose del extraño que permanecía rígido e inmóvil a la sombra del reloj de ébano, retrocedieron aterrorizados al descubrir que tan horrible máscara y mortaja no contenían ninguna figura tangible.

Y entonces reconocieron la presencia de la Muerte Roja. Había entrado como un ladrón en la noche. Uno a uno cayeron los convidados en las salas manchadas de sangre y cada uno murió en la horrible actitud de su caída. La vida del reloj de ébano desapareció tras la última muerte de los cortesanos. Y se extinguieron las llamas de los braseros. Y las tinieblas y la ruina y la Muerte Roja tuvieron todo bajo su dominio.

El demonio de la perversidad

En el estudio de las facultades e impulsos de la *prima mobilia* del alma humana, los frenólogos han olvidado una tendencia que, aunque existe como un sentimiento radical y primitivo, también los moralistas pasaron por alto. Y así, producto de la arrogancia de la razón, es que todos la hemos pasado por alto. No hemos reconocido su existencia solo por falta de fe y creencia. Jamás se nos ha ocurrido pensar en ella, no la creímos necesaria de algún impulso ni siquiera percibimos su necesidad, menos podríamos comprender cómo era capaz de actuar en las cosas humanas.

No se puede negar que la frenología, al igual que la metafísica, han sido concebidas *a priori*, con anterioridad. El intelectual, o el lógico, más que un pensador u observador, cree comprender los designios de Dios, y luego de haber ahondado a su gusto en las intenciones de Jehová, construye sobre éstas sus nuevos sistemas mentales. En frenología, por ejemplo, se determinó que uno de los designios de Dios era que el hombre comiera; pues bien, se le ha asignado, entonces, el órgano de la *alimentación* y es a través de éste que la divinidad obliga al hombre –quiera o no– a comer. Luego, habiendo querido Dios que el hombre propagase su especie, hemos descubierto el órgano de la *amatividad*. De igual forma se hizo con la combatividad, y con todos aquellos órganos que representan una inclinación pura del pensamiento. Y es en este orden de los principios humanos que los spurzheimistas –con o sin razón– se han limitado a definir el destino preconcebido del hombre a raíz de la voluntad e intenciones de su Creador.

Hubiera sido mucho más prudente fundar nuestra clasificación en lo que el hombre hace habitualmente y en lo que hace ocasionalmente, en vez de fundarla en la hipótesis de lo que Dios quiere que él haga. Si no nos es posible comprender a Dios en sus obras visibles, ¿cómo entenderemos sus impenetrables pensamientos? Si tampoco lo comprendemos en sus creaciones objetivas, ¿cómo entenderíamos sus fases de creación?

La inducción *a posteriori* hubiera obligado a los frenólogos a admitir, como principio primitivo y radical del ser humano, lo que llamamos perversidad. Lo anterior, teniendo en cuenta que el sentido que aquí se le da es el de un móvil sin motivo o motivado. Es decir, bajo su poder actuamos

sin una finalidad comprensible o, en otras palabras, bajo su dominio actuamos por la razón de que no deberíamos hacerlo.

Teóricamente no hay razón más irrazonable; pero, sin embargo, no hay ninguna más fuerte; incluso para algunos espíritus es absolutamente irresistible. Para mí, no hay nada más seguro que esto. La seguridad del horror o del mal que un acto lleva consigo es la fuerza que nos motiva, precisamente, a ejecutarlo. Esta tendencia del mal por el mal no admite análisis alguno; es un impulso radical y primitivo. Sé que dirán que el insistir en hacer algo que sabemos que no deberíamos hacer, no es más que una modificación de lo que se deriva de la combatividad de la frenología.

Mas, una mínima observación demostrará que esto no es cierto. La combatividad frenológica tiene su esencia en la autodefensa. Su principio busca proteger nuestro bienestar. Y tanto su desarrollo como su fin se fundan en el deseo de estar bien. Ahora bien, en el caso de la perversidad el deseo de estar bien no solo no se manifiesta, sino que es justamente lo contrario.

Quien consulte a su corazón encontrará la mejor respuesta a lo anteriormente planteado. Basta con interrogar sinceramente al alma, pues ella no se atreverá a negar que esta tendencia es radical, característica e incomprensible. Por ejemplo, no existe hombre que niegue que en determinado momento ha sentido un vivo deseo de torturar por medio de ambigüedades a quien lo escucha. El que habla sabe perfectamente que esto desagrada, por lo que se esfuerza en que su discurso sea claro y comprendido, fácil y breve. Sin embargo, de repente se le ocurre que con ciertas acotaciones y paréntesis puede despertar la cólera de su oyente: este impulso crece y se transforma en deseo, el deseo en anhelo, luego en una necesidad irrefrenable, la cual es finalmente satisfecha.

Tenemos una tarea que cumplir sin demora, lo más rápido posible. Ardemos en deseos ansiosos por llevar a cabo esa labor; saboreamos con anticipación el resultado y con esto se inflama nuestro espíritu. Es necesario comenzar hoy la tarea, y sin embargo la dejamos para mañana, ¿por qué? No hay más respuesta que la de saber que aquello es perverso. Al día siguiente volvemos a arder en deseos, mas, al mismo tiempo llega un anónimo anhelo de retardar otra vez; anhelo terrible pues es incomprensible para nuestra naturaleza. Sin embargo; este deseo cobra fuerzas a medida que avanza el tiempo, y ya nos encontramos a un paso de su realización. Nos

estremece nuestro violento conflicto interior entre lo positivo y lo indefinido, entre la sombra y la sustancia. Pero si la lucha llega a tal punto, ha sido en vano pues se ha impuesto la sombra. Suena el reloj y anuncia la agonía de nuestra felicidad y al mismo tiempo desvela a la sombra que nos había atemorizado, la cual huye y somos libres. Retorna nuestra energía y estamos listos para trabajar, pero ¡ay!, es demasiado tarde.

Nos encontramos al borde de un precipicio, sentimos el vértigo y el malestar del abismo. Un impulso nos lleva a retroceder ante el peligro; sin embargo, nos quedamos. Poco a poco nuestro malestar se confunde en una nube de indefinibles sentimientos. Esta nube va tomando forma, horrible y espantosa forma. Aunque es solo un pensamiento, es un pensamiento aterrador, que hiela nuestros huesos y les impregna un delicioso horror. En pocas palabras, es esta idea: ¿Qué sensaciones tendríamos en una veloz caída desde semejante altura?

Y como esta caída recrea en nuestra mente las imágenes más espantosas de la muerte y el sufrimiento, la deseamos con mayor intensidad. Y es porque nuestra razón nos aleja con fuerza de la orilla, que nos acercamos y mantenemos en ella con mayor pasión. En la naturaleza no encontraremos impaciencia más demoníaca que la del hombre, que estremecido frente al precipicio, piensa saltar a él. Permitirse pensar –aunque sea un minuto– en ello significa la perdición; pues la reflexión nos obliga a no hacerlo y por esto, no nos es posible hacerlo. Si no hay junto a nosotros un brazo amigo que nos detenga, o somos incapaces de alejarnos, nos arrojamos, nos aniquilamos en el abismo.

Si examinamos con detención éstos y otros actos, veremos que solo derivan del espíritu de la perversidad. Las realizamos porque sentimos que no deberíamos hacerlas. En ningún caso existe una explicación inteligible, y podríamos pensar que esta perversidad nos viene directamente del demonio, si no recordamos que hay veces en que se actúa en colaboración con el bien.

Si he hablado tanto no es solo para responderles su pregunta, sino que también para explicar por qué me encuentro aquí, encadenado. De no ser por los detalles que les he relatado, me considerarían un loco. Ahora, en cambio, entenderán que soy una de las víctimas del demonio de la perversidad.

Es imposible que un acto se haya planeado con más perfección. Durante meses medité el asesinato. Rechacé mil planes porque su ejecución tenía

cierta posibilidad de ser descubierto. Al final, gracias a la lectura de unas novelas francesas, me enteré de la historia de madame Pilaf, quien murió por obra de una vela envenenada. Como sabía que mi víctima acostumbraba leer en su pequeña y mal ventilada habitación, esta historia me impresionó. Pero, no creo necesario cansarlos con detalles; no necesito describirles lo fácil que fue sustituir la vela original por la de mi propia fabricación. A la mañana siguiente fue hallado muerto y la resolución del médico forense fue “Muerto por voluntad de Dios”.

Heredé su fortuna, y por algunos años todo estuvo bien. Personalmente me encargué de hacer desaparecer la vela fatal y borré toda huella que me delatara. Me enorgullecía, satisfactoriamente, cada vez que pensaba en mi absoluta seguridad.

Durante un tiempo me acostumbré a gozar de aquel sentimiento, el cual me daba un placer aún mayor que los beneficios materiales que conseguí a través del crimen. Pero, llegó un momento en que el gozo se fue transformando, lentamente, en una idea obsesiva que no me abandonaba. Al igual que el estribillo incansable de una canción se repite en nuestro oído, esta idea se mantenía en mi mente y me descubrí en varias ocasiones repitiendo en voz baja: “estoy libre”.

Incluso un día, mientras paseaba por las calles, me sorprendí murmurando, casi en voz alta, las siguientes palabras: “Estoy libre, estoy libre siempre que no sea lo bastante estúpido como para confesar abiertamente”.

Apenas terminé de pronunciar esta frase, sentí un frío glacial que penetraba en mi corazón. Tenía ya cierta experiencia con estos arrebatos de perversidad –cuya naturaleza he tratado de explicar–, y recordaba que jamás había logrado resistir sus ataques. Y ahora, la idea de delatarme me enfrentaba como la misma sombra del asesinado y me empujaba a la muerte.

En un principio intenté ahuyentar esta pesadilla de mi espíritu. Anduve lo más aprisa que pude; terminé corriendo. Sentía un enorme deseo de gritar a viva voz. Cada minuto que avanzaba mi pensamiento me llenaba de terror, pues yo sabía que en mi situación “pensar” era perderse. Aceleré el paso, salté por las calles llenas de gente, hasta que ésta se alarmó y comenzó a perseguirme. Fue cuando sentí que mi destino se había consumado. Si hubiera podido arrancarme la lengua, lo habría hecho, pero oí una voz ruda y sentí una mano firme que me sujetaba el hombro.

Me volví y abrí la boca para respirar, y sentí durante un minuto todas las

angustias del ahogo: me quedé ciego, sordo y aturdido. De pronto, pensé, un demonio invisible me golpeó con su enorme mano la espalda, y el secreto que hube guardado tanto tiempo escapó de mi alma.

Dicen que hablé y que me expresé con claridad. Que declaré mis ideas en forma apasionada y rápida, como temiendo ser interrumpido antes de concluir las frases que me entregaban al verdugo y al infierno.

Cuando hube revelado todo lo necesario para convencer a la justicia, caí desmayado.

Pero, ¿para qué decir más? Hoy estoy aquí arrastrando estas cadenas. Mañana estaré en libertad. Pero, ¿dónde?

El pozo y el péndulo

*Impia tortorum longas hic turba furores
sanguinis innocui, non satiata, aluit,
Sospite nunc patria, fracto nunc funeris antro.
mors ubi dira fuit vita salusque patent.*

*(Aquí la turba impía de verdugos
alimentó con sangre de inocentes
su gran furor y no quedó saciada.
Salvada ya la patria, quebrantado
el antro de la muerte,
donde reinaba el crimen monstruoso
la vida y la salud ahora florecen.)*

Cuarteto compuesto para las puertas de un mercado que debió erigirse en el solar del Club de los Jacobinos, en París.

Estaba agotado, extremadamente agotado por aquella larga agonía; y cuando sentí que me desataron, perdí el conocimiento. La terrible sentencia de muerte fue la última frase que percibieron mis oídos. Luego, la voz de los inquisidores se fue apagando como el indefinible zumbido de un sueño. Aquel sonido provocaba en mí la idea de rotación, quizás porque mi imaginación lo relacionaba con la rueda de un molino. Pero esto duró muy poco, pues, de pronto, ya no sentía nada. Sin embargo, todavía veía los labios de los jueces vestidos de negro; más blancos que la hoja de un papel, grotescamente delgados, con una expresión dura e inmutable de desprecio al dolor humano. Veía cómo los decretos, que para mí eran el destino, salían de esos labios. Vi también cómo pronunciaban mi nombre junto a una frase de muerte; y me estremecí al darme cuenta que el sonido no seguía al movimiento.

Durante algún momento percibí con espanto la ondulación de las negras colgaduras que cubrían las paredes de la sala; y entonces mi vista se fijó en siete candelabros que estaban sobre la mesa, los cuales en un principio tomaron un aspecto de caridad e imaginé que eran blancos ángeles que venían a salvarme. Sin embargo, de pronto mi alma fue invadida por una sensación de asco mortal, y sentí que cada fibra de mi ser había estado en contacto con un choque eléctrico. Y fue así como los supuestos ángeles tomaron su real forma y yo comprendí que no debía esperar la ayuda de nadie. No obstante, mi imaginación insinuó el futuro y delicioso descanso

que nos espera en la tumba. Esta idea se acercó en forma suave, y necesité de un rato para apreciarla completamente; pero, justo cuando comenzaba a sentirme bien con aquella idea, la figura de los jueces, los candelabros y sus llamas desaparecieron por completo, y sobrevino la oscuridad. El universo se volvió solo tinieblas, silencio e inmovilidad.

Incluso desmayado no había abandonado totalmente la conciencia; me quedaba una parte que no intentaré definir. En fin, todo no estaba perdido. En el sueño más profundo... ¡no! En el delirio... ¡no! En el desmayo... ¡no! Ni siquiera en la tumba está todo perdido; de otro modo no habría salvación para el hombre. Cuando despertamos de un sueño profundo rompemos la telaraña de algún otro sueño; la cual es tan delicada que, segundos más tarde, olvidamos haber soñado.

Al volver a la vida luego de un desmayo hay dos etapas: el sentimiento de lo moral o espiritual y el de la existencia física. Es probable que si al llegar a la segunda etapa recordáramos los detalles de la primera, comprenderíamos el abismo transmundo. Pero, ¿cuál es ese abismo? ¿Cómo distinguiríamos sus sombras de las de la tumba? Y aunque las impresiones de la primera etapa no llegaran a nuestra mente, con el paso del tiempo vendrían de igual forma y no reconoceríamos su procedencia. Quien no se ha desmayado nunca, jamás reconocerá entre las llamas extrañas casas y palacios que les resultan familiares, ni contemplará, flotando en el aire, sensaciones melancólicas que el común de los mortales no puede visualizar; no será él quien pierda su tiempo en el perfume de una flor desconocida o en el misterio de una melodía que no había sido escuchada.

Hice enormes esfuerzos por recuperar algún vestigio de aquel estado de vacío, y hubo momentos en los cuales soñé vencer; espacios brevísimos de tiempo en que llegué a condensar algunos recuerdos de otras épocas. Entre ellos percibo formas de grandes figuras que me levantaban y me conducen hacia abajo, tan abajo que siento un vértigo espantoso ante la idea de un infinito descender.

Recuerdo también un extraño horror que experimentaba ante la calma del corazón, y una repentina inmovilidad de este cortejo de fantasmas, quienes hastiados de descender habían parado rendidos ante la interminable labor. Mi memoria recuerda, además, una sensación húmeda e insípida, y después, no es más que locura, la locura de unos recuerdos espantosos.

De pronto vuelvo a percibir un movimiento y un sonido: el agitar de mi

corazón y el rumor de sus latidos. Luego, viene una pausa y todo desaparece. Después, el movimiento y el sonido otra vez. Luego, una sensación de existencia pero sin pensamiento que duró mucho tiempo. Después, nuevamente el pensamiento, el cual se agitó bruscamente tratando de comprender mi estado. Al rato, un profundo deseo de volver a la insensibilidad. Luego, renace el alma y aparece un débil movimiento. Finalmente, el recuerdo de todo el proceso, los negros tapices, la sentencia y mi desmayo. Lo que ocurrió después, lo ignoro completamente. Solo el tiempo y mi voluntad constante me han ayudado vagamente a recordar.

Durante todo este tiempo no había abierto los ojos; sin embargo, sabía que estaba tendido de espaldas y sin ataduras. Extendí mi mano y toqué algo duro y húmedo. Permanecí algunos minutos quieto tratando de adivinar dónde me encontraba. No me atrevía a abrir los ojos por temor a una primera mirada. No temía el ver cosas horribles si no que más bien el no ver nada.

Finalmente, y con gran angustia, abrí los ojos. Mis sospechas eran ciertas: todo era oscuridad. Intenté respirar, pues las tinieblas me sofocaban y el aire estaba muy pesado. Continué en la misma posición, haciendo un esfuerzo por pensar. Y así fue que recordé los procedimientos de la Inquisición, y comencé a deducir mi situación. Me pareció que desde el dictado de la sentencia hasta ahora había pasado mucho tiempo. Aunque no imaginé en ningún momento que podría estar muerto, pues esta idea es incompatible con la real existencia, no sabía ni dónde me encontraba ni en qué estado. Sabía que los condenados a muerte generalmente morían en los Autos de Fe. La tarde de mi juicio se había celebrado uno de éstos. Posiblemente, me habían devuelto a mi calabozo para esperar el próximo sacrificio de este tipo. Comprendí que esto no podía ser, pues todas las víctimas habían sido requeridas, además de que mi celda en Toledo tenía luz y yo me encontraba en las tinieblas.

Súbitamente, una espantosa idea hizo que mi corazón se acelerara y que yo volviera algunos instantes a la insensibilidad. Al recuperarme, me paré de golpe y, con los brazos extendidos en todas las direcciones, traté de tocar las paredes de mi tumba. No obstante, no sentí nada. Sudaba incansablemente ante el horror de la verdad, y esta agonía se hizo intolerable. Avancé temerosa y lentamente; mas, al no topar con nada, respiré aliviado, pues era evidente que mi sospecha era errada.

Entonces, todos los rumores acerca de los horrores de Toledo que alguna vez había escuchado se agolparon en mi memoria. De esos calabozos se contaban cosas extrañas, yo siempre pensé que eran cuentos. ¿Moriría de hambre en aquella celda o me esperaba una muerte más horrorosa? Que el resultado fuese la muerte, yo no dudaba de eso pues conocía muy bien a mis jueces; el modo y la hora eran mis tormentos.

Por último, mis manos extendidas encontraron un obstáculo sólido. Era una pared de piedra, fría y húmeda. La fui siguiendo de cerca para poder estimar las dimensiones de mi calabozo; sin embargo, no lo logré porque la pared perfectamente igual no me ayudaba a distinguir el punto de partida y podía dar la vuelta ignorando cuándo terminaba. Con la idea de marcar el inicio, busqué mi cuchillo, pero me habían cambiado de ropa y ya no permanecía en mi bolsillo. Entonces desgarré un extremo de mi vestido y lo dispuse estirado en el suelo, formando un ángulo recto con el muro. La idea era recorrer a tientas el calabozo hasta encontrar nuevamente el trozo de tela; pero no había considerado ni las reales dimensiones de la cárcel ni mi cansancio. Así, al poco avanzar tropecé y caí. El agotamiento me obligó a permanecer tumbado hasta que finalmente me quedé dormido.

Cuando desperté, mi mano encontró a mi lado un trozo de pan y un jarro de agua. Tan cansado me encontraba que, sin pensar en la procedencia del alimento, comí y bebí ansiosamente. Al rato, continué mi paseo alrededor de la prisión hasta encontrar el trozo de tela. Antes de caer, había contado cincuenta y dos pasos, y ahora, otros cuarenta y ocho. En total hacían cien pasos, y suponiendo que dos pasos eran casi un metro, calculé que la circunferencia de mi cárcel medía aproximadamente 46 metros. Sin embargo, no podía definir su forma, ya que había tropezado varias veces con numerosos ángulos de la cueva, pues no había duda que aquello era una cueva.

Aún cuando no ponía mucho interés en estas investigaciones, seguramente por la falta de esperanza, mi curiosidad me incitaba a continuarlas. Así fue que decidí recorrer la superficie de la cueva. Lentamente comencé a andar en línea recta unos diez o doce pasos, cuando el trozo de tela se enredó en mis pies y caí de bruces.

Perturbado por mi caída no noté una circunstancia del todo extraordinaria; segundos más tarde, aún en el suelo, la descubrí. Mi mentón estaba apoyado en el suelo del calabozo, mis labios y el resto de mi cabeza, aunque parecían

estar ubicados más abajo que la barbilla, no tocaban ninguna superficie. Al mismo tiempo, llegaba a mi frente un vapor viscoso y a mi nariz un olor a hongos. Alargué mis brazos y descubrí que me encontraba en el extremo de un pozo circular. Tomé una pequeña piedra y la arrojé al abismo; después de unos segundos el rebote de ésta hizo un sonido de ruidosos ecos. Sobre mi persona percibí también el sonido de una puerta apenas abierta y un débil rayo de luz sulfurosa que atravesaba la oscuridad y se apagaba casi al mismo tiempo.

Ahora comprendía con claridad el destino que me esperaba y me alegré del accidente que me impidió caer al abismo. Este incidente tenía el mismo carácter fantástico y absurdo de todos los cuentos de la Inquisición que yo había oído. Mis nervios estaban exaltados y temblaba ante mi propia voz; sin duda yo era la víctima perfecta para la tortura que me esperaba.

Temblando retrocedí hasta la pared, decidido a esperar la muerte en aquel lugar antes que enfrentarme al horror del pozo. Quizás en otra ocasión lo habría hecho lanzándome valientemente al abismo; mas, ahora era un perfecto cobarde. Además, no podía olvidar haber leído que el creador de este tipo de infernales pozos excluía toda posibilidad de muerte súbita.

Me costó un buen rato conciliar el sueño, pero finalmente me quedé dormido. Al despertar, encontré otra vez un pedazo de pan y un jarro de agua. Bebí este último de un solo trago, pues tenía una sed abrasadora. Seguramente el agua estaba envenenada, ya que me dormí a los pocos segundos. No supe cuánto tiempo dormí, pero al abrir los ojos, gracias a una claridad que no supe de dónde provenía, pude ver y comprobar la magnitud de mi cárcel.

Me había equivocado en mis suposiciones: las paredes no tenían más de 23 metros. Al principio esta nueva información turbó mi pensamiento; mas, en las circunstancias que me encontraba, ¿podía haber otra cosa menos importante que las dimensiones de la cárcel? No obstante, mi espíritu insistía en concentrarse en pequeñeces, y así reconocí que en los pasos que había dado para calcular el tamaño de la cueva había errado enormemente pues, luego de caer la primera vez, había retomado el camino pero volviendo sobre los pasos ya avanzados.

También me había equivocado en la forma del recinto, que era, a pesar de las pequeñas deformaciones de la pared, cuadrado. La construcción era de hierro y estaba tapizada por horribles figuras demoníacas, emblemas

horrorosos y dibujos de esqueletos. Los colores de estos terribles decorados se hallaban en gran deterioro, producto de la humedad del recinto. El suelo era de piedra y en el centro había un pozo del cual ya me había salvado.

Todo lo vi de forma confusa y con mucho esfuerzo, ya que durante el sueño mi posición había cambiado: ahora me encontraba acostado de espaldas sobre una armadura de madera y atado a ella con tiras de cuero. Todos los miembros de mi cuerpo estaban enlazados, salvo mi cabeza y mi brazo izquierdo, y solo con mucho esfuerzo lograba alcanzar el alimento que se encontraba en un plato de barro a mi izquierda. Noté con terror que se habían llevado el jarro, digo con terror, pues tenía una sed espantosa. Comprendí entonces que el plan de mis verdugos era desesperarme de sed, ya que en el plato se encontraba una carne en extremo salada.

Al levantar la vista para examinar el techo, distinguí una pintura del Tiempo. Era una representación ordinaria pero, en vez de la acostumbrada guadaña, había un enorme péndulo, parecido a los de los relojes antiguos. Al mirar aquella máquina con más detención descubrí que el péndulo se movía en un lento y corto balanceo. Me mantuve observándolo con cierta desconfianza hasta que mi vista se fatigó y dirigí la mirada hacia otros objetos de la celda.

De pronto, un ruido llamó mi atención: enormes ratas atravesaban el suelo. Habían salido del pozo atraídas por el olor de la carne. Me costó gran esfuerzo espantarlas.

Al paso de media hora, volví a mirar el techo y con horrible sorpresa comprobé que el péndulo había avanzado casi un metro y su velocidad era mucho mayor. Con horror percibí también que su extremo tenía la forma de una media luna de brillante acero. Su filo se asemejaba a una navaja barbera.

No existía duda ya del terrible destino que me habían preparado. Los inquisidores notaron que yo había descubierto el pozo y su tortura gracias a una accidental caída. Como no estaba previsto arrojarme directamente al abismo, idearon pues una muerte aún más especial y dulce para un hereje como yo. ¡Más dulce! En mi aflicción casi sonreí al notar el uso que hice de esta palabra.

¿De qué sirve explicar las largas horas de agonía que pasé contando las aterradoras oscilaciones del acero? Centímetro a centímetro descendía lentamente, cada vez más abajo, ¡cada vez más abajo!

Pasaron tal vez varios días antes de que pudiera sentir el aire acre del péndulo que se balanceaba sobre mí. Rogué al cielo que lo hiciera descender lo más rápido posible, pues me estaba volviendo loco, frenético. Al final, caí en una gran calma, sonriendo ante esta muerte como si fuera un juguete maravilloso. Me mantuve un momento en la insensibilidad, y luego, al recobrarme pude ver que el péndulo no había avanzado mayormente; lo que me hizo comprobar que había seres demoníacos que controlaban la vibración según mi propia ansiedad.

Saqué fuerza de mi agonía y estiré mi brazo izquierdo para alcanzar el resto de carne que las ratas me habían dejado. Mientras me lo llevaba a la boca, un pensamiento de alegría y esperanza cruzó mi mente. Se mantuvo muy poco tiempo en mi cabeza, pues mi espíritu estaba tan debilitado que yo no era más que un idiota; sin embargo, con gran esfuerzo, intenté mantener esta idea.

El péndulo había sido dispuesto en ángulo recto con mi cuerpo, de manera que su filo atravesara directamente mi corazón. Primero rasgaría la tela de mi vestido, una y otra vez, lentamente, hasta llegar a su verdadera meta; pero, durante algunos minutos, lo único que podría hacer era rasgar mi traje. Detuve mi pensamiento unos instantes. No me atrevía a ir más lejos con mi reflexión. Me concentré en ella como si de esta manera pudiera detener el cuchillo. Mi fantasía me llevó a imaginar el sonido que produciría su contacto con mi vestido y luego con mis nervios... Aterrado, me detuve.

Cada vez más abajo, más abajo, más abajo. Me producía un extraño placer calcular el tiempo que el péndulo demoraba en bajar, en comparación con la demora de la oscilación lateral. Hacia la izquierda, hacia la derecha, izquierda, derecha, con un silbido aterrador. Yo reía y aullaba según lo que sintiera en cada momento.

Más abajo, inexorablemente más abajo. Solo unos pocos centímetros separaban mi pecho del acero. Intenté, con furia, liberar mi brazo izquierdo, el cual no tenía más libertad de movimiento que desde el plato de comida hasta mi boca. Si pudiera liberarlo trataría de frenar el péndulo; lo que no distaría del intento de parar una avalancha.

Seguía bajando y mi respiración se volvía cada vez más dolorosa. Mis ojos seguían con desesperación los movimientos laterales, pero se cerraban con los descendentes. Aún cuando la muerte hubiera sido el mayor alivio, temblaba y me estremecía ante la imagen del cuchillo atravesando mi pecho.

Era la esperanza la que me hacía temblar, la horrible esperanza que nos hace creer, incluso en los horrores de la Inquisición, una salvación.

Comprobé entonces que en diez o doce vibraciones más, mi vestido entraría en contacto con la cuchilla de media luna; esta observación me produjo una gran calma: por primera vez, desde hace muchos días, pensaba. Descubrí que las cintas que me ataban eran una sola atadura continua, por lo que el primer corte de la cuchilla, en cualquier parte de la cinta, me libraría de ésta. En todo caso, su proximidad era aterradora. Cualquier movimiento mal hecho sería mi pérdida. Además, ¿habrían previsto mis verdugos esta posibilidad? Desilusionado al ver acabada mis esperanzas, levanté la cabeza para observar mejor la posición de las ataduras. Efectivamente, éstas atravesaban estrechamente todo mi cuerpo, menos en el sector por donde atravesaría la cuchilla del péndulo.

Cuando mi cabeza retomó su antigua posición, brilló nuevamente una idea de esperanza. Aquella idea que no había sido capaz de completar cuando llevaba la carne a mi boca, encontraba ahora su otra mitad. La idea estaba ahora completa y comencé con toda mi energía a ejecutarla.

Las ratas que pululaban a mi alrededor hambrientas esperando quién sabe si su alimento en mi deceso, habían consumido casi por completo la porción de carne. Logré salvar un pedazo; sin embargo, no pude escabullirme de aquellos voraces animales, quienes dejaron señales de sus dientes en mis dedos. Con el resto aceitoso de carne froté lo más que pude las ataduras de cuero; luego me quedé inmóvil y esperé.

Mi repentina quietud asustó en un principio a los ratones y volvieron al pozo. Luego, viéndome inmóvil los más atrevidos se encaramaron encima de mí y comenzaron a oler las ataduras. Al rato, un tropel de estos animalillos hizo lo mismo, y juntos trabajaban sobre la cinta. Nada los detenía, ni siquiera el vaivén del péndulo. Recorrían mi garganta y buscaban mi boca. Me vi invadido por el asco más tremendo que un hombre ha podido sentir. No obstante, debía aguantar, pues un minuto más y las ataduras estarían sueltas.

Mis cálculos no habían fallado. El sufrimiento y las náuseas no habían sido en vano porque ¡estaba libre! El movimiento del péndulo continuaba; había rasgado ya mis vestiduras y comenzaba a sentir dolor en mis nervios. Rápidamente despedí a las ratas con mis manos y, en forma lenta y prudente, me deslicé fuera del banquillo. Por ahora, ¡estaba libre! ¡Y en las

garras de la Inquisición!

Apenas di unos pasos por el suelo de mi calabozo, cuando percibí que la máquina dejó de funcionar y el péndulo subió hacia el techo atraído por una fuerza invisible. Comprendí entonces que todos mis movimientos eran vigilados. Había escapado de la muerte solo para entregarme a una agonía todavía peor. De pronto, al fijar mi mirada en las paredes de hierro que me rodeaban, noté algo que antes no había llamado mi atención. Me perdí en vanas conjeturas y alucinaciones; finalmente descubrí de dónde venía aquella luz sulfurosa que iluminaba pobremente la celda. Provenía de una grieta de aproximadamente un centímetro, que se extendía alrededor de la base de las paredes, las cuales se encontraban completamente separadas del suelo. En vano traté de mirar por aquella abertura.

Al levantarme del suelo, desanimado, descubrí el cambio que se había producido en la sala: los dibujos y grabados de las paredes tomaban ahora un brillo intenso, volviendo sus caricaturas cada vez más diabólicas. Mil ojos feroces me observaban, desde lugares que jamás sospeché, y no eran producto de mi imaginación. ¡Podía sentir el vapor del hierro caliente! ¡Un olor sofocante se esparcía por la celda! ¡Las pinturas adquirían un color rojo sangriento! Respiraba con esfuerzo, jadeante. No cabía duda de que mis verdugos eran hombres demoníacos. Me alejé del metal ardiente y caminé hacia el centro de la habitación. Durante algunos minutos me negué a aceptar lo que veía. Finalmente, la espantosa realidad penetró en mi alma. ¡Horror! ¡Todos los espantos menos éste! Con un grito me alejé del brocal y, cubriéndome el rostro, lloré amargamente.

Levanté la vista y reconocí un segundo cambio en la sala: la celda que en un principio había sido cuadrada, tenía ahora dos de sus ángulos de hierro agudos, y los otros dos, por lo tanto, obtusos. Este contraste aumentaba rápidamente convirtiendo a la cámara en un rombo. No obstante, la transformación no se detuvo. Hubiera preferido aplicar yo mismo mi pecho contra las rojas y calientes paredes, ¡la muerte! ¡Cualquier muerte menos la del pozo! Cómo no había comprendido que el pozo era necesario para mi ejecución. ¿Aguantaría el calor? ¿Resistiría la presión de las paredes?

El rombo se aplastaba, se aplastaba incesantemente, sin dejarme tiempo para pensar. Intenté retroceder, mas los muros me empujaban con una violenta fuerza. Finalmente, llegó el momento en que mi cuerpo, quemado y contorsionado, apenas encontraba espacio dentro de esa prisión. Mi lucha

había cesado; sin embargo, la agonía de mi alma se liberó a través de un largo y desesperado grito. Me di cuenta de que vacilaba en el borde y volví la mirada...

He aquí un ruido de voces humanas, una explosión de trompetas, un rugido potente como un trueno. Y de pronto, ¡los muros retrocedieron! Un brazo tomó el mío en el momento justo en que me precipitaba al abismo. Era el brazo del general Lasalle. El ejército francés había entrado en Toledo. La Inquisición se hallaba en poder de sus enemigos.

La carta robada

Nil sapientae odiosius acumine nimio.

Séneca²⁸

Una noche, después de una ventosa tormenta del otoño de 18..., me encontraba en París en compañía de mi amigo C. Auguste Dupin, en su biblioteca ubicada en el número 33 de la calle Dunôt, en el barrio de Saint-Germain. Disfrutábamos del placer de la meditación y de una pipa de espuma de mar. Absortos en la contemplación de los remolinos de humo, nos dedicábamos a repasar los casos del doble asesinato de la calle Morgue y de la desaparición de Marie Rogêt, cuando apareció, casi por coincidencia, el Prefecto de la policía de París, monsieur G.

Le dimos una sincera bienvenida, pues el hombre era tan despreciable como divertido, y hacía un buen tiempo que no le veíamos. Estábamos a oscuras cuando entró, por lo que Dupin se levantó para encender una lámpara, pero se volvió sin hacerlo, porque G. dijo que venía a consultarnos, o, mejor dicho, a pedir la opinión de mi amigo acerca de un asunto oficial que le había dado mucho trabajo.

—Si se trata de un caso que requiere reflexión —observó Dupin, sin encender la mecha de la lámpara— es mejor examinarlo en la oscuridad.

—He aquí una de sus raras ideas —dijo el Prefecto, para quien era raro todo aquello que no comprendía, viviendo por consiguiente en un mundo lleno de “rarezas”.

—Es muy cierto —respondió Dupin, ofreciéndole una silla y una pipa de agua.

—Y bien, ¿cuál es la dificultad? —pregunté—. Espero que nada tenga que ver con asesinatos.

—Nada de eso. El asunto en realidad es muy sencillo, y no dudo que con mis agentes podremos solucionarlo; de todas formas pensé que a Dupin podría interesarle, ya que es un caso muy extraño.

—Extraño y sencillo —acotó Dupin.

—Sí, es cierto, el problema es sencillo, pero de todos modos nos desconcierta.

—Quizás es la simplicidad del asunto lo que los conduce al error.

–¡Qué absurdos dice usted! –exclamó entre risas el Prefecto.
–Quizás el misterio sea demasiado sencillo –agregó Dupin.
–¡Oh, Dios mío! ¿Cómo se le pueden ocurrir esas ideas?
–Quizás sea demasiado evidente.
–¡Oh, ja, ja, ja, ja! ¡Dupin, quiere usted hacerme morir de risa! ¡Demasiado evidente! ¡Ja, ja!
–Por fin, ¿cuál es el misterio? –insistí.
–Pues voy a decírselo –replicó el Prefecto, al tiempo que lanzaba una gran bocanada de humo y se acomodaba en el sillón–. Puedo explicarlo brevemente, pero antes debo advertirles que el asunto requiere el máximo secreto; es más, si se supiera que lo he contado a terceros, perdería mi puesto.
–Continúe –dije.
–O no lo haga –agregó Dupin.
–Un alto funcionario me ha comunicado del robo de un documento de infinita importancia. Se sabe quién lo ha robado, pues lo han visto; y se sabe también que esta persona aún lo mantiene en su poder.
–¿Cómo lo saben? –preguntó Dupin.
–Lo sabemos por el carácter del documento, y porque ciertos hechos que éste mandaba no se han efectuado, es decir, que continúa en manos del ladrón.
–Sea un poco más claro –dije.
–Pues bien, dicho documento confiere a su poseedor cierto poder en cierto lugar, poder que es inmensamente valioso –explicaba el Prefecto, orgulloso de su jerga diplomática.
–Sigo sin entender –dijo Dupin.
–Trataré de ser más claro. La exhibición de este documento a una tercera persona, de la cual no puedo revelar el nombre, afectará el honor de alguien de muy alto rango; así, el honor y tranquilidad de esta última quedan a merced del ladrón.
–Para ese chantaje –observé– es necesario que el dueño conozca el nombre del ladrón. ¿Quién se atrevería...?
–El ladrón –dijo G.– es el ministro D., que se atreve a todo, lo mismo si es digno o indigno al hombre. El robo fue menos ingenioso que audaz. El documento, una carta para ser franco, fue recibido por la persona robada mientras se encontraba sola en la habitación real. Mientras la leía, fue

visitada por una persona a quien deseaba principalmente ocultar la carta. En un intento apresurado por esconderla, hubo de dejarla abierta, como estaba, sobre la mesa. En ese preciso momento, entra también el ministro D., quien percibe la letra, la dirección, observa la confusión de la persona a quien iba dirigida y descubre el secreto. Luego de tratar algunos temas, saca una carta parecida a la otra, finge leerla y la deja en la mesa, encima de la primera. Mantiene la conversación de negocios por otro cuarto de hora más. Al marcharse, toma la carta equivocada de la mesa. El dueño lo vio pero no se atrevió a hacer ni a decir nada en presencia de la tercera persona. Finalmente, el ministro D. se va dejando su propia carta, una carta sin importancia.

–Pues bien –me dijo Dupin–, he aquí lo que usted requería: el ladrón sabe que el dueño de la carta conoce al ladrón.

–Ciertamente –agregó el Prefecto–, el ladrón ha abusado de ese poder durante todos estos meses para fines políticos, llegando a límites en extremo peligrosos. El dueño está convencido de la necesidad de recobrar la carta. Como comprenderán, un trabajo así no puede hacerse abiertamente, es por eso que ha reclamado mis servicios.

–Sería imposible, supongo –me dijo Dupin, lanzando una bocanada de humo– elegir un agente más sagaz.

–Usted me halaga –replicó G.–, pero es probable que hayan pensado eso.

–Es evidente –dije– que la carta está aún en posesión del ladrón, pues ahí radica su poder; una vez vendida la carta, se acaba el poder.

–Es cierto –afirmó el Prefecto–, y de acuerdo a esa suposición he obrado. Primero organicé una exhaustiva búsqueda en la casa del Ministro. Puse mucho cuidado en que él no se enterara, pues me advirtieron que cualquier sospecha podría ser peligrosa.

–Pero –dije– usted es especialista en ese tipo de tareas; no es la primera vez que la policía de París debe llevarlas a cabo.

–Así es, y por eso no desespero. Las costumbres del Ministro me han proporcionado gran ventaja. Con frecuencia se ausenta de su casa por las noches. Tiene pocos sirvientes y éstos duermen alejados de la habitación de su amo y, como son napolitanos, siempre están dispuestos a emborracharse. Como usted sabe, poseo llaves con las cuales puedo abrir todos los departamentos de París. Durante tres meses no ha habido ninguna noche en que no me dedique particularmente a registrar la casa del Ministro. Mi

honor está en juego, además ofrecen una gran recompensa. Por esto no he abandonado la búsqueda, por lo menos hasta comprobar que ese hombre es más astuto que yo.

Creo haber registrado cada escondite o lugar en donde se pudiera esconder un papel.

—Pero —pregunté— ¿existe la posibilidad de que el Ministro guarde la carta en alguna otra parte?

—Eso no es posible —aseguró Dupin—. La situación actual de los asuntos de la corte y en especial en los que anda envuelto D. hacen necesario que el documento esté a la mano y que pueda ser exhibido en cualquier momento; siendo esto igual de importante que su posesión.

—¿Que la carta pueda ser mostrada? —pregunté.

—O que pueda ser destruida —rectificó Dupin.

—Pues bien —convine—, ciertamente el documento debe estar en la casa, pues doy por descartado que el Ministro lo lleve con él.

—En efecto —afirmó el Prefecto—. Lo he mandado asaltar dos veces por unos maleantes y ha sido perfectamente registrado sin resultados.

—Se podría haber ahorrado ese trabajo —dijo Dupin—. Presumo que D., no es un loco y, por lo tanto, debe haber previsto esos asaltos.

—No será un loco —dijo el Prefecto—, pero es un poeta, por lo que, según mi opinión, se encuentra muy cerca de la locura.

—Cierto —afirmó Dupin, aspirando pensativo su pipa— aunque me confieso autor de un par de malas rimas.

—Refiéranos —propuse— detalles precisos de su búsqueda.

—Pues bien, como teníamos tiempo, revisamos por todas partes. Buscamos en toda la mansión, habitación por habitación, dedicamos todas las noches de cada semana a un aposento. Abrimos todos los cajones, ya que, como ustedes saben, no existe para los agentes de policía un cajón secreto que pueda escapárseles. Quién no vea un cajón secreto no es más que un imbécil. El asunto es simple: cada escritorio tiene cierta cantidad de volumen que es fácil calcular. Tenemos para eso reglas exactas. No se nos escapa ningún detalle. Luego revisamos las sillas. Los almohadones fueron sondeados con esas largas agujas que ustedes me han visto utilizar. Después, quitamos todos los tablones de las mesas.

—¿Para qué?

—Hay veces en que la persona que desea ocultar algo levanta uno de los

tablones, hace una cavidad en una de las patas, deposita el objeto adentro y vuelve a colocar el tablón. Hacen lo mismo con las cabeceras de las camas.

—¿No es posible detectar esa cavidad a través del sonido? —pregunté.

—No es posible si se ha llenado la cavidad con algodón. Además, no queríamos hacer ruido.

—Pero ustedes no pueden haber desarmado todos los muebles para buscar un objeto de esas características; además, si la carta se hubiera enrollado de forma muy fina, parecida a sus agujas, y luego escondida dentro del palo de una silla, por ejemplo... ¿Han ustedes desarmado y revisado las patas de todas las sillas de la casa?

—Ciertamente que no, hemos hecho algo mejor que eso.

Examinamos todas las sillas y junturas de muebles de la casa con la ayuda de un microscopio. Cualquier indicio de una alteración reciente lo hubiéramos detectado. Un simple grano de polvo, por ejemplo, sería tan visible como una manzana. Cualquier cambio en alguna juntura lo habríamos notado de inmediato.

—Supongo que revisaron cada espejo, entre el cristal y el marco y las camas y las ropas de cama, además de las cortinas y las alfombras.

—Naturalmente. Y cuando acabamos con los muebles, registramos todo el edificio. Dividimos toda la superficie en partes numeradas, para evitar confusiones. Una vez que terminamos con el terreno, continuamos con las dos casas contiguas, siempre acompañados por el microscopio.

—¡Las dos casas contiguas! Ustedes han trabajado muchísimo.

—Por cierto, pero la recompensa que se ofrece es prodigiosa.

—¿Revisaron, también, los terrenos aledaños a las casas?

—Esos terrenos están cubiertos con ladrillos y nos dieron poco trabajo. Constatamos que las junturas de los ladrillos, cubiertas de musgo, estaban intactas.

—Supongo que miraron ustedes en los papeles del Ministro D. y en todos los libros de su biblioteca.

—Por supuesto, abrimos cada paquete, cada bulto, y eso no fue todo: revisamos cada uno de los libros de la biblioteca hoja por hoja; no nos contentamos con una simple sacudida como suelen hacerlo algunos de nuestros oficiales. Medimos también el espesor de cada encuadernación, siempre con la meticulosidad del microscopio. Si cualquiera encuadernación hubiera sido alterada para guardar la carta, lo habríamos notado en el acto.

—¿Miraron en el suelo, bajo las alfombras?

—Sí.

—¿En el papel mural?

—Sí.

—¿Registraron los sótanos?

—Sí.

—Entonces —dije—, ustedes se han equivocado y la carta no está en la casa del Ministro.

—Temo que tenga usted razón —dijo el Prefecto—. Pues bien, Dupin, ¿qué me aconseja?

—Revisar completamente la casa otra vez.

—Eso es absolutamente innecesario —respondió G.— Estoy seguro de que la carta no está en la casa.

—Pues no tengo un consejo mejor que darle —agregó Dupin—. Supongo que tiene usted una perfecta descripción de la carta.

—Claro que sí.

Luego de extraer la libreta, el Prefecto nos leyó sus apuntes que hacían una perfecta descripción de la carta, tanto en sus aspectos internos como externos. Al terminar la lectura, con el ánimo por el suelo, se despidió de nosotros y se fue.

Al paso de un mes, nos hizo otra visita. Se encontraba prácticamente en la misma ocupación anterior. Tomó una silla, sacó su propia pipa, empezó a fumar e inició una conversación informal. Por último, le dije:

—¿Qué hay de la carta robada? Supongo que finalmente se habrá convencido de la astucia del ministro.

—¡Oh, que el diablo se lo lleve! Seguí el consejo de Dupin, revisé otra vez la casa, pero todo fue inútil.

—¿A cuánto asciende la recompensa? —preguntó de pronto Dupin.

—Pues, es bastante la cantidad... una recompensa muy generosa... no sé cuál es la cantidad exacta. Pero, estaría yo dispuesto a hacer ahora mismo un cheque de cincuenta mil francos a quien me consiguiese esa carta. El asunto adquiere cada día mayor importancia, incluso, recientemente la recompensa ha sido doblada. Sin embargo, así la triplicaran, no podría hacer yo más de lo que he hecho.

—Pues sí —dijo Dupin entre bocanada y bocanada de su pipa—, podría usted haber hecho algo más, un pequeño último esfuerzo... ¿no?

—¿Cómo? ¿A qué se refiere?

—Podría usted... haber pedido consejos en este asunto... ¿Recuerda la historia de Abernethy?

—¡No! ¡Maldito Abernethy!

—Existió cierta vez un avaro que queriendo conseguir gratis el consejo de un médico, aprovechó una reunión y una conversación común y corriente para hacer sus preguntas, como si fuesen para otra persona. “Supongamos que un individuo tiene cuáles y tales síntomas, ¿qué le recomendaría usted?” “Pues, le recomendaría que visitase al médico” —repuso vivamente el doctor Abernethy.

—Pero —respondió el Prefecto, desconcertado—, yo realmente estaría dispuesto a pagar por el consejo.

—En tal caso —dijo Dupin— hágame un cheque por la cantidad indicada; una vez que me lo entregue, yo le daré la carta.

Quedé completamente atónito. El Prefecto estaba fulminado. Permaneció unos minutos en silencio, mirando con los ojos muy abiertos a Dupin; luego, tomó la pluma, vaciló un par de veces y al fin firmó un cheque por cincuenta mil francos a nombre de Dupin.

Cuando se hubo marchado, Dupin consintió en darme algunas explicaciones.

—La policía de París —dijo Dupin— es muy eficaz. Es perseverante, ingeniosa, astuta y se manejan muy bien en sus conocimientos. Por eso cuando G. dijo todo lo que habían hecho no dudé que así había sido su investigación: perfecta dentro de sus limitaciones.

—¿Dentro de sus limitaciones? —pregunté.

—Bueno, la policía es muy seria en su trabajo. Si la carta hubiera sido escondida en el perímetro que ellos manejaban, no dudo que la habrían encontrado a la brevedad.

Reí por la seriedad con que Dupin decía todo esto, mas él continuó.

—Las medidas tomadas eran perfectas, sin lugar a dudas, pero no eran aplicables ni al caso ni al hombre en cuestión. Hay una serie de recursos muy ingeniosos a los cuales el Prefecto adapta todos sus planes. Pero se equivoca pues por un exceso de profundidad o de superficialidad en el análisis. Hay muchos escolares que razonarían mejor que él. Conozco a uno de ocho años que se ha vuelto el campeón indiscutido del juego de los pares e impares. Es un juego muy sencillo en el que se usan bolitas. Uno de los

participantes esconde un número de bolitas en su mano y el otro debe adivinar si ese número es par o impar. Si adivina gana, si no, pierde una bolita. El niño del que hablo ganaba todas las bolitas del colegio. Tenía para ello un procedimiento fundado en la observación de la astucia o falta de ésta en sus competidores. Sin ir más lejos, si el contrario era un imbécil levantaba la mano y preguntaba por el número de bolitas que en ella había. El niño dice impar y pierde; pero gana la segunda vez, porque razona: en la primera jugada este tonto puso par en su mano, su limitada astucia solo le alcanza para poner impares en la segunda; diré impar. Apuesta y gana. Si su competidor es un poco más astuto, el procedimiento será diferente: para la segunda vuelta éste variará de par a impar, pero pensará que su propuesta es demasiado evidente y, finalmente, pondrá par; diré par. Apuesta y gana. Pues bien, ¿en qué consiste el sistema de razonamiento de este colegial?

—Consiste —respondí— en identificar la inteligencia de su contrario.

—Exacto. Cuando le pregunté al muchacho de qué manera ganaba todas las bolitas, respondió: “Si quiero saber si mi oponente es inteligente o no, adopto lo más que puedo mi cara a las expresiones de la suya, y luego espero que me llegue algún pensamiento que coincida justamente con esa cara”. La respuesta de este niño contiene toda la sabiduría de Rochefoucauld, La Bruyère, Maquiavelo y Campanella.

—Y la identificación —deduje— de ese sentimiento se relaciona íntimamente con el intelecto de su contrincante.

—En efecto —replicó Dupin—, y es justamente aquí donde el Prefecto G. y sus hombres fallan, pues nunca toman en cuenta el intelecto de su contrincante. Se guían por su propia inteligencia y astucia; si buscan un objeto lo hacen en los lugares en donde ellos lo hubieran escondido. Generalmente no se equivocan porque su inteligencia es la misma del pueblo. Pero cuando la astucia del adversario es diferente a la de ellos, éste los derrota. Esto mismo sucede si la astucia es inferior o superior a la de ellos. Los principios de sus investigaciones son siempre los mismos, y si les ofrecen una gran recompensa, solo exageran las prácticas, pero no cambian los principios. Sin ir más lejos, en el caso del Ministro, ensayaron una serie de escrutinios clasificados, numerados y microscópicos, pero éstos no son más que una exageración de los métodos que el Prefecto siempre usa. Ha supuesto que todo hombre que busca esconder una carta lo hiciere en algún orificio, con la ayuda del taladro o sin ella. Ahora bien, este tipo de

escondites corresponde a ocasiones comunes y típicas de las inteligencias comunes, ya que, en todos los casos de ocultación de un objeto se presume que ha de ser hecho de esta manera, por lo que su búsqueda y descubrimiento no dependen de la astucia sino que de la paciencia y perseverancia con que se busca. Y, cuando el caso es grande (o la recompensa es considerable), siempre se descubre el objeto. Es por eso que digo que si la carta hubiera sido escondida según los principios del Prefecto, habría sido hallada. Sin embargo, el Prefecto ha sido burlado, y su error radica en que él ha considerado al Ministro un imbécil, porque también es poeta. Para el Prefecto todos los imbéciles son poetas; su problema es haber confundido el orden del principio y deducir que todos los poetas son imbéciles.

—Pero, ¿es realmente poeta? Tengo entendido que el Ministro tiene un hermano y que ambos se mueven en el mundo literario. Sin embargo, el Ministro escribió un libro sobre cálculo diferencial, lo que lo hace matemático y no poeta.

—Se equivoca usted. Es ambas cosas. Como matemático y poeta ha razonado bien y se ha salido con la suya. Si hubiese razonado solo como matemático estaría a merced del Prefecto.

—Su opinión me desconcierta. No estaría usted en desacuerdo con una de las máximas aceptadas por todo el mundo, que plantea a la razón matemática como la razón por excelencia.

—*Il y a à parier*²⁹ —dijo Dupin, citando a Chamfort—. “Puede apostarse que toda idea pública, toda convención admitida, es una necedad, porque ha convenido a la mayoría”. Los matemáticos se han encargado de divulgar este error por todo el mundo. Sin ir más lejos, nos han acostumbrado a ocupar el término ‘análisis’ para el álgebra. En este caso en particular, los culpables hemos sido los franceses; pero si se reconoce que las palabras cobran su valor en su aplicación, concedo que análisis significa álgebra, al mismo tiempo, que en latín *ambitus* significa ambición; *religio* religión, y *homines honesti* un conjunto de hombres honestos.

—Usted va a crear una gran polémica con todos los algebristas de París —acoté—, pero continúe.

—Niego cualquier resultado que no se consiga a través de la razón que se cultiva por la lógica abstracta. Niego, en especial, el razonamiento que es

sacado de las matemáticas. Éstas son la ciencia de la forma y de la cantidad; y su razonamiento no es otro que la lógica aplicada a la forma y la cantidad. El error está en considerar que las verdades del álgebra pura son verdades abstractas. ¡Y este error es tan evidente, que no comprendo cómo se ha aceptado! Los axiomas matemáticos no son axiomas de validez general. Lo que resulta ser cierto en una relación de forma o de cantidad, suele ser equivocado en una relación de la ética, por ejemplo. En ética es equivocado que la suma de sus partes sea igual al todo; y en química este supuesto también falla. Hay una cantidad de verdades matemáticas que no son más que verdad dentro de su propio campo. Pero el matemático insiste en aplicar sus leyes a todos los acontecimientos, como si sus verdades fueran de una aplicabilidad infinita y general. Bryant, en su notable Mitología, comete un error parecido cuando dice que aunque nadie cree en las fábulas paganas, lo olvidamos de tal modo que constantemente sacamos conclusiones de ellas. Los algebristas, en extremo equivocados, creen en sus fábulas paganas e insisten en sacar conclusiones de ellas, y no porque las olviden sino que producto de una enorme confusión mental. En resumen, no he conocido jamás un algebrista que pudiera alejarse de sus ecuaciones, o que negara su famoso artículo de fe que $x^2 + px$ es absoluta e incondicionalmente igual a q . Intente usted acercarse a uno de estos hombres y dígame que hay veces en que $x^2 + px$ no es exclusivamente igual a q , y luego arranque del lugar pues sin duda intentarán acogerlo.

—Lo que quiero decir —continuó Dupin— es que si el Ministro hubiese sido un simple matemático, G. no hubiera tenido la necesidad de hacerme este cheque. Sin embargo, yo sabía que era matemático y poeta y actué de acuerdo a esa dualidad. Sabía, además, que era un hombre de corte y un osado intrigante. Pensé que un hombre así debía estar al tanto de los movimientos policíacos. Tenía que haber previsto tanto los asaltos como las rigurosas búsquedas en su casa. Comprendí, entonces, que sus habituales ausencias eran premeditadas, quería dejar a la policía hacer su labor para que se convenciera de que la carta no se encontraba en su casa. Descubrí que él compartía mis pensamientos sobre el quehacer evidente e invariable de la policía. Este razonamiento lo habría llevado a desechar todos los escondites posibles; no podía olvidar que todos los rincones serían auscultados incluso con microscopio. Comprendí que la necesidad y la reflexión lo llevarían a actuar de una manera mucho más simple.

—Existe un juego de adivinación —agregó Dupin— que se juega con un gran mapa. Un jugador pide a otro que adivine la palabra escogida, puede ser un río, una ciudad, un estado, etc.; generalmente, un novato en el juego tratará de confundir a su adversario escogiendo la palabra más pequeña y escondida del mapa. Sin embargo, los expertos eligen las palabras más grandes, pues son tan evidentes, que resultan imperceptibles. Esto mismo es lo que le ocurrió al Prefecto, jamás imaginó que la carta estaba a la vista de todo el mundo, como los grandes nombres del mapa.

”Cuando más reflexionaba en el audaz carácter e ingenio del Ministro D., y en la necesidad de que el documento, para que sirviera, debía hallarse siempre a la mano, además de que él sabía exactamente en qué lugares buscaría la policía, fue que se me ocurrió que su decisión para ocultar la carta había sido justamente la contraria: no ocultarla.

”Seguro con mis ideas, fue que un día me puse mis anteojos verdes y me presenté en la casa del Ministro. Lo encontré bostezando, haraganeando, este hombre es quizás el más enérgico de París, pero solo cuando lo ven.

”Me quejé de un problema a la vista; de esa manera pude permanecer con los anteojos puestos y examinar a gusto todo lo que había en su escritorio: papeles, cartas, documentos, libros, etc.; nada que llamara mi atención.

”Luego examiné todo el cuarto y, cuando terminaba de dar la vuelta entera, mis ojos dieron con una miserable tarjetera de cartón, colgada de la chimenea con una cinta azul y sucia. Tenía tres compartimentos que estaban ocupados por unas tres o cuatro tarjetas de visitas y una sola carta arrugada y manchada. Esta última había sido casi partida por la mitad, como si alguien hubiera tenido ese primer impulso y luego se hubiese arrepentido. Tenía un gran sello negro con el membrete de D. muy visible, y estaba dirigida al mismo D. con una pequeña letra de mujer. La carta había sido puesta con descuido, casi arrojada en el tarjetero.

”Apenas vi esa carta supe que era la que buscaba. Sin embargo, su apariencia difería totalmente de la descripción del Prefecto: el sello en este caso era grande y negro, con el monograma de D., en la original era pequeño y rojo y con las armas de la familia; el sobre estaba dirigido al Ministro con una diminuta letra de mujer, en el otro, la letra era firme y decidida y estaba dirigido a alguien de la casa real; solo coincidía el tamaño del sobre. Pero la simetría de estas diferencias y lo manchado y sucio del sobre, tan poco del carácter metódico del Ministro y las sugestivas con la

idea de insinuar que era una carta de poco valor, me llevaron a reconocerla. Era evidente que la carta, al igual que un guante, había sido dada vuelta a fin de ponerle un nuevo sello y una nueva dirección. Luego de mi descubrimiento, me despedí del Ministro y me fui dejando una tabacalera de oro sobre la mesa.

”A la mañana siguiente volví en busca de la tabacalera. Saludé al Ministro y continuamos con nuestra conversación de ayer. De pronto, sonó un disparo en la calle seguido de gritos de terror. D. se precipitó a la ventana, abriéndola para ver qué sucedía; fue el preciso instante en que aproveché para cambiar la carta del tarjetero por otra en que yo había imitado el sello de D. con una miga de pan.

“El alboroto callejero se había provocado por un hombre con un fusil, que acababa de disparar en plena calle. Se comprobó, no obstante, que el arma no estaba cargada, y dejaron libre al individuo considerándolo un loco, un borracho. Al rato me despedí. ¡Ah!, debo agregar que el lunático había sido pagado por mí”.

—Pero —pregunté—, ¿cuáles eran sus intenciones al reemplazar la carta por otra? ¿No hubiera sido más fácil apoderarse de ella en la primera visita?

—El Ministro D. —contestó Dupin— es un hombre resuelto, inescrupuloso y valiente. Cuenta con muchos seguidores. Un acto como el que usted sugiere me habría costado la vida. Pero además, llevaba una segunda intención. Usted conoce muy bien mis afinidades políticas. En este asunto había actuado como partidario de la dama comprometida. Fue durante dieciocho meses que el Ministro la tuvo a su merced; es ahora ella quien lo tiene a él, pues ignorando que ya no posee la carta continuará chantajeándola a su antojo; esto lo llevará, sin duda, a la ruina definitiva. Su caída, además, será abrupta y ridícula. Es cierto lo que dicen: que es mucho más fácil bajar que subir, pero en materia de canto, como decía la Catalani, es mucho más fácil subir que bajar. En este caso no tengo simpatía por el que baja ni menos compasión; el Ministro D. es un ser monstruoso y carente de principios. Sin embargo, debo confesar, que me encantaría conocer sus pensamientos el día en que se vea forzado a abrir la carta y corroborar que no es la suya.

—¿Por qué? ¿Escribió algo en ella?

—No me pareció bien dejar el sobre vacío. Hubiera sido un insulto. Y recordé que una vez en Viena, D. me jugó una mala pasada, y sin perder mi humor dije que algún día me la pagaría. Pensé, entonces, que le gustaría

saber quién demostró tener más ingenio que él, y decidí dejarle una pista. D. conoce mi letra, por lo que me limité a escribirle al medio de la página la siguiente frase:

Un dessein si funeste,

S'il n'est digne d'Atrée, est digne de Thyeste. [30](#)

—Lo encontrará usted en el Atrée de Crébillon.

La caída de la casa Usher

*Su corazón es un laúd colgado;
no bien lo tocan, resuena.*

De Béranger

En un día de otoño, sombrío, triste, silencioso, con las nubes bajas y amenazadoras sobre el cielo, crucé yo solo una de las regiones más lúgubres de mi país, y por fin, cuando se acercaba la noche, me encontré frente a la melancólica casa Usher. Fue muy extraño, pero a la primera mirada que hice sobre la casa me invadió una insoportable tristeza. Sí, insoportable, pues en ella nada había de aquellos sentimientos poéticos con que uno acoge los parajes desolados y tristes. El paisaje que estaba frente a mí consistía en la mansión, las paredes heladas y desnudas, las ventanas como ojos vacíos, un par de siniestros juncos y escasos troncos de árboles pelados; todo ello se develó ante mí como la imagen horrible de lo cotidiano, seguida de una frialdad, un abatimiento, una náusea al corazón, una tristeza en el pensamiento que ni siquiera la imaginación podía elevar hasta lo sublime. ¿Qué era lo que aquella visión provocaba? Era un misterio indescifrable; solo pude concluir que existen combinaciones de objetos del todo naturales y cotidianos que tienen el poder de afectarnos tremendamente. Y hubiera sido necesario quizás una simple modificación en la posición de los objetos para acabar con aquel poder de impresión asombroso. Pensando en esto, guíé mi caballo hacia la orilla de un negro estanque y miré fijamente su superficie, pero las imágenes invertidas del paisaje me provocaron aún mayor estremecimiento.

No obstante lo anterior, yo me disponía pasar algunas semanas en aquella lúgubre mansión. Su propietario, Roderik Usher, fue uno de mis más íntimos compañeros de infancia; sin embargo, había pasado mucho tiempo desde nuestro último encuentro. Recibí una carta suya hace unos días, que solicitaba con urgencia mi presencia. En ella me contaba de una tremenda dolencia, tanto física como mental, que lo afectaba. Me reclamaba como su único y mejor amigo, y que junto a mí esperaba encontrar alivio y descanso para sus males. Pese a que esta solicitud me pareció muy extraña, no pude negarme; Roderik me abría su alma y aquello no me permitía vacilar.

Aun cuando en la infancia habíamos sido amigos, yo sabía muy poco de mi compañero. Siempre fue en extremo reservado. Pertenecía a una tradicional y antigua familia que se había destacado siempre por una gran sensibilidad, reflejada por años en muchas obras de arte, en distintos actos de caridad y en una insólita devoción por las dificultades. Sabía también que la estirpe Usher no contaba ni había tenido nunca una rama duradera; su descendencia se daba siempre en línea directa, salvo contadas excepciones. Pensando en esto y notando la semejanza entre la casa y sus moradores, comprendí que la denominación de la “Casa Usher” se debía precisamente a su escasa descendencia y al consiguiente traspaso de padre a hijo tanto del patrimonio como del nombre. Incluso, para los campesinos y vecinos de la mansión, la casa y el nombre de la familia eran la misma cosa.

Ya he dicho que mi experimento infantil –mirar la mansión invertida en el reflejo del estanque– me produjo un mayor espanto. Y producto de esta superstición, todas mis sensaciones se vieron aceleradas. Fue así como me pareció percibir alrededor de la casa una visión tan ridícula, posible solo como producto de mis pueriles alucinaciones: un vapor pestilente, misterioso, opaco, apenas perceptible, emanaba de los árboles, de los muros y del estanque, envolviendo la casa con una peculiar atmósfera.

Expulsé de mi espíritu aquellas fantasías y me obligué a mirarla en su real y verdadera apariencia. Dominaba en ella la antigüedad: sus colores estaban desteñidos por el paso del tiempo y los hongos se extendían por toda la superficie; sin embargo, no había rasgo alguno de destrucción. No se había desprendido nada de la mampostería y existía una extraña contradicción entre el perfecto estado de las partes y el desmenuzamiento de cada piedra. Lo anterior me recordaba el deterioro que sufren algunas maderas que se han podrido durante años en criptas abandonadas sin contacto con el aire exterior. El estado general se veía estable, quizás solo un ojo experto hubiera notado una pequeña fisura que bajaba en zigzag desde el techo hasta perderse en el estanque.

Mientras contemplaba estas cosas, cabalgué hacia la casa. Un criado tomó mi caballo y otro me dirigió, en silencio y a través de varios pasadizos, hacia la pieza de su señor. Muchos de los objetos que observé en el camino avivaron mi sentimiento anterior; aún cuando muchos de éstos –los tapices, las molduras de los techos, los trofeos de armas– parecerían normales, la fantasía se apoderaba de mi imaginación provocando imágenes poco

habituales en mí. En una escalera encontré al médico de la familia, su semblante reflejaba una mezcla de baja astucia y perplejidad. Entonces, el criado abrió la puerta de la habitación y me encontré frente a mi amigo.

La sala era amplia y alta; sus ventanas largas y estrechas se encontraban a gran distancia del suelo; unos débiles rayos de luz rojizos se abrían paso entre los cristales enrejados; oscuros tapices colgaban en las paredes; el amoblado era antiguo e incómodo; había libros e instrumentos musicales esparcidos en desorden, los cuales no lograban dar ninguna vitalidad al ambiente. Se respiraba una atmósfera de dolor. Un aire de profunda melancolía lo cubría todo.

Apenas hube entrado, Usher se levantó del sofá sobre el que se hallaba tendido por completo, y me saludó calurosamente; a mí me pareció una cordialidad excesiva y fingida. Sin embargo, con una primera mirada a su rostro pude comprender que todo en él era sinceridad. Nos sentamos y mientras permanecemos en silencio lo miré con un sentimiento de piedad y al mismo tiempo de pavor. ¡Nunca vi a un hombre que cambiara tanto en un período tan corto como Roderik Usher! Apenas lograba yo reconocer en él a mi antiguo compañero de colegio. Sin embargo, el carácter de su rostro seguía siendo el mismo: la piel cadavérica; los ojos grandes, luminosos y líquidos; los labios finos y pálidos, pero de una forma muy bella; la nariz de delicado tipo hebreo pero más ancha de lo normal; una barbilla moldeada finamente que revelaba, por su poca prominencia, falta de energía; los cabellos suaves y en extremo delgados; estos aspectos más su amplia frente constituían un semblante difícil de olvidar. Y ahora la simple exageración en el brillo de los ojos y en la palidez del rostro me sobresaltaron y asustaron tanto que dudé que aquel fuera realmente Usher. Además, su sedoso cabello había crecido y caía desordenado como una telaraña alrededor de su rostro; era imposible relacionar esa imagen con alguna idea de humanidad.

Me sorprendió una cierta incoherencia e inconsistencia en las maneras de mi amigo, pero luego comprendí que aquello se debía a un esfuerzo por controlar una excesiva agitación nerviosa. No obstante, yo estaba preparado para esto, y no solo por las características de la carta sino también por los recuerdos que de él tenía y por las conclusiones que se podían sacar de su aspecto físico. Sus gestos eran de pronto vivos y después lentos. Su voz pasaba de una indecisión temblorosa a una concisión enérgica; esa manera de hablar lenta, pesada y hueca a una pronunciación densa, equilibrada y

modulada, que puede observarse en un borracho perdido o en un fumador de opio en sus períodos de máxima excitación.

De esta manera se refirió a mi visita, a las ganas que tenía de verme y a la alegría que esperaba encontrar en mí. Me explicó largamente la naturaleza de su enfermedad. Era un mal de familia –dijo– una simple afección nerviosa que acabaría pronto. Se manifestaba en una multitud de sensaciones anormales, las cuales, a medida que las iba detallando, me impresionaron y desconcertaron, aunque principalmente por el tono del relato y los gestos de mi amigo. Sufría de una agudeza de los sentidos: no podía comer otra cosa que alimentos insípidos, usar ropa de determinadas texturas, los perfumes de las flores lo molestaban horriblemente, la luz más débil dañaba sus ojos, y soportaba solo algunos sonidos, entre ellos, los instrumentos de cuerda eran los únicos que no le producían terror.

Noté que era un esclavo sometido a un especial pavor. “Moriré –dijo de pronto–, tengo que morir de esta espantosa locura. Así y no de otra manera debo morir. Me sobrecojo al pensar en el futuro, en sus consecuencias. Tiemblo al pensar en cualquier situación que pueda interferir en mi estado. Aborrezco totalmente el peligro, salvo su efecto absoluto: el terror. En esta lamentable condición creo que llegará el momento en que la vida y la razón me abandonen al mismo tiempo, en alguna lucha con mi fantasma: el miedo”.

Reconocí también, por medio de insinuaciones, otro rasgo de su particular situación mental. Estaba rodeado de supersticiones relacionadas con la morada donde vivía, de la cual no se había atrevido a salir en años. Supersticiones de alguna oscura energía que provenía del aspecto físico de la casa, de los muros, de las torres y del estanque, que influía en su espíritu, en la moral de su existencia.

Admitía, no obstante, y con especial tristeza, que el origen de su dolencia podía deberse a una razón mucho más palpable y natural: la cruel y cercana muerte de su querida hermana, su única compañera durante largos años. “Su muerte –dijo– me convertirá a mí en el último sobreviviente de la antigua raza de los Usher”.

Mientras decía esto, Lady Madeline –que así se llamaba la hermana– pasó a través de la habitación sin siquiera notar mi presencia. La miré con enorme asombro y no desprovisto de pavor seguí sus pasos con la mirada. Cuando desapareció tras la puerta, busqué instintivamente el rostro de su hermano,

pero éste había hundido la cara entre las manos y solo pude percibir una palidez mayor que la habitual en sus dedos, por entre los cuales se escapaban unas tristes lágrimas.

La enfermedad de Lady Madeline había burlado durante mucho tiempo la ciencia de los médicos. Su diagnóstico consistía en un agotamiento y apatía hacia la vida y de vez en cuando, algunos ataques de carácter epiléptico. Hasta la tarde de mi llegada había soportado con valentía su dolencia negándose a guardar reposo; mas, luego de su breve aparición, sucumbió y supe que probablemente no la vería nunca más, por lo menos en esta vida.

En los días que siguieron ni Usher ni yo mencionamos su nombre. Durante este período me entregué con esfuerzo a aliviar la melancolía de mi amigo. Pintábamos y leíamos juntos, o yo escuchaba sus extrañas improvisaciones en laúd. De esta manera se fue estrechando nuestra intimidad, lo que me permitió introducirme en los lugares más recónditos de su alma y llegar a descubrir que cualquier esfuerzo por alegrar a aquel sujeto era totalmente inútil; pues él, con su oscuro espíritu, esparcía tinieblas por todos los objetos, tanto físicos como morales.

Creo que siempre recordaré las interminables horas que pasamos juntos. Sus cantos fúnebres resonarán eternamente en mis oídos. En especial, mi memoria guarda una singular y extraña ampliación del último vals de Von Weber. De sus pinturas, ¡qué puedo decir de sus pinturas! Es imposible describir lo que mi amigo creaba con su imaginación. Me llamaban la atención la sencillez y desnudez de los diseños; en otras palabras, si un ser humano pintó alguna vez una idea, ése fue Roderik Usher. La menos abstracta de sus representaciones era un pequeño cuadro que recreaba el interior de una cueva o largo túnel, cuyas paredes eran lisas, sin ningún tipo de adorno. Ciertos elementos ayudaban a comprender que esta cueva se encontraba a mucha profundidad bajo la tierra, y aun cuando había ausencia de antorchas, una ola de intensos rayos de luz bañaba el lugar con un espectral e inadecuado esplendor.

Ya mencioné que en el estado del paciente su nerviosismo soportaba solo la música de algunos instrumentos de cuerdas. Y quizás fueron los estrechos límites que él mismo le había entregado a la guitarra los resultados fantásticos de su obra. Pero no es posible explicar la férvida facilidad de sus *impromptus*. Debían ser tanto las notas como las extrañas fantasías de sus palabras, pues no pocas veces él acompañaba sus improvisaciones con

versos intercalados, y también ese sentimiento intenso de recogimiento mental y su consiguiente excitación, que ya he explicado antes. Recuerdo una rapsodia en particular, ya que a través de esta interpretación pude percibir que Usher tomaba conciencia de que su razón vacilaba sobre su trono. Los versos, que él mismo tituló *El palacio encantado*, decían más o menos así:

I

*En el más verde de nuestros valles,
habitado por ángeles buenos,
se erguía un hermoso y majestuoso palacio.
En los dominios del rey Pensamiento,
¡allí se elevaba!
Jamás un serafín desplegó el ala
sobre cosa tan bella.*

II

*Banderas amarillas, gloriosas y doradas
flotaban y ondeaban sobre su techo
(todo esto fue hace mucho,
muchísimo tiempo)
y a cada brisa que retozaba
en aquellos gratos días,
a lo largo de los muros pálidos,
se elevaba un aroma alado.*

III

*Los que vagaban por ese alegre valle,
a través de dos ventanas iluminadas, veían
espíritus moviéndose musicalmente
y al ritmo de un laúd bien templado,
en torno al trono donde, sentado
(¡Porfirogénito!)
con una fausta pompa digna de su gloria,
aparecía el señor del reino.*

IV

*De refulgentes perlas y rubíes
eran la puerta de tan hermoso palacio,
por la que salía a oleadas, a oleadas,*

*y centelleaba sin cesar,
una turba de Ecos cuya grata misión
era solo cantar,
con voces de magnífica belleza,
el talento y el genio de su rey.*

V

*Pero seres malignos, vestidos de luto,
invadieron los dominios del monarca.
(¡Ah, duelo y luto! ¡Nunca más
nacerá el sol sobre él!)
Y alrededor de su mansión, la belleza
que antaño florecía entre rubores
es solo una olvidada historia
sepultada en viejos tiempos.*

VI

*Y ahora los viajeros, desde el valle,
a través de las ventanas rojizas,
ven amplias formas que se mueven
en una fantasmal y desacorde melodía;
mientras, como un rápido y horrible río,
por la pálida puerta
sale una horrenda multitud que ríe...
riendo, pero sin sonreír nunca más.*

Recuerdo bien que a raíz de las sugerencias nacidas de esta balada conversamos acerca de nuestros pensamientos y Usher manifestó una opinión que me parece interesante rescatar, no por su novedad, pues antes otros lo han pensado, sino por la obstinación con que la defendía. Afirmaba la sensibilidad propia de todos los seres naturales, pero en su fantasía llegó a incorporar, dentro de la misma categoría, el reino de lo inorgánico. Esta idea se relacionaba con las piedras grises de la mansión de sus antepasados. La sensibilidad de éstas estaba cumplida, según él creía, por la colocación de las piedras, por el orden en que se habían dispuesto, por los hongos que la cubrían y, principalmente, por su inmutabilidad y desdoblamiento en las quietas aguas del estanque. La prueba de aquella sensibilidad se daba en la leve pero evidente condensación de una atmósfera especial en torno a las aguas y los muros. El resultado se descubría, para Usher, en la influencia

terrible que durante años había modelado los destinos de la familia, y que lo volvían a él precisamente en aquello que él era. Dichas opiniones no requieren comentarios.

Los libros que leímos durante este período estaban en estricta relación con el carácter espectral del enfermo. Algunas de las obras que estudiamos son: el *Verver et Chartreuse*, de Gresset; el *Belfegor*, de Maquiavelo; *Del Cielo y del Infierno*, de Swedenborg; *El viaje submarino* de Nicolás Klim, de Holberg; la *Quiromancia*, de Robert Flud, Jean d'Indaginé y De la Chambre; el *Viaje a la distancia azul*, de Tieck, y la *Ciudad del Sol*, de Campanella. Nuestro libro favorito era un pequeño volumen del *Directorium Inquisitorium*, del dominico Eymeric de Gironne, que contenía algunos pasajes de Pomponius Mela sobre viejos sátiros africanos y egipcios, con los cuales Usher soñaba horas enteras. Sin embargo, lo que más deleitaba a mi amigo era la lectura de un rarísimo libro gótico, un manual de una olvidada iglesia, llamado *Vigilae Mortuorum Secundum Chorum Ecclesiae Maguntinae*.

No podía dejar de pensar en el ritual de la lectura de aquel libro y su influencia en el hipocondríaco, cuando una noche, tras informarme que Lady Madeline había muerto, me manifestó su intención de mantener el cuerpo unos quince días en una cripta familiar, antes del entierro definitivo. El motivo de esta decisión no daba lugar a discusiones. Usher había decidido esto debido al carácter extraño de la enfermedad de su hermana, a ciertas investigaciones de los médicos y a la alejada y expuesta situación del panteón familiar. No puedo negar que al recordar el semblante del hombre con quien me encontré en la escalera el día de mi llegada, evité oponerme a lo que me pareció una decisión inofensiva y natural.

Ayudé a mi amigo en los preparativos de la tumba momentánea. Juntos transportamos el cuerpo de la difunta a su lugar de descanso. La cripta era pequeña, húmeda y sin luz; llevaba cerrada tanto tiempo que las antorchas casi se apagaron en aquella atmósfera sofocante. Se ubicaba a gran profundidad justo bajo de mi dormitorio. Al parecer había sido ocupada en la época feudal como calabozo, y más tarde como depósito de pólvora, pues el suelo y las paredes estaban cuidadosamente recubiertas de cobre. La inmensa puerta de hierro que cubría la entrada producía un chirrido agudo y singular cada vez que se movía.

Una vez depositada la fúnebre carga sobre unos caballetes, descendimos

levemente la tapa del ataúd para mirar la cara de su ocupante. Lo primero que llamó mi atención fue el inmenso parecido entre los hermanos, y Usher, al suponer mis pensamientos, me explicó que eran mellizos y me habló de unas simpatías inexplicables que siempre habían existido entre ellos. Sin embargo, nuestros ojos no se detuvieron mucho rato sobre la muerta, pues no podíamos contemplarla sin horror. El mal de Lady Madeline le había dejado, como es frecuente en las enfermedades de carácter epiléptico, un irónico rubor en el pecho y mejillas, y esa sonrisa equívoca que es tan terrible en la muerte. Colocamos otra vez la tapa, la atornillamos, aseguramos la puerta de hierro y volvimos a nuestros aposentos no menos lúgubres.

Luego de varios días, en que mi amigo vivió su pena, se produjeron en él algunos cambios que llamaron mi atención. Sus maneras corrientes desaparecieron. Descuidaba y olvidaba todas sus preocupaciones. Vagaba de habitación en habitación con paso precipitado y desigual. Su piel se había vuelto más pálida y el brillo de sus ojos había desaparecido por completo. Su tono de voz áspero ya no se oía, ahora se percibía una vacilación temblorosa antes de cada frase pronunciada. Por momentos, pensé que algún secreto dominaba su mente enferma y que él buscaba el momento preciso para divulgarlo. Otras veces, en cambio, reducía todos aquellos síntomas a la locura, pues se lo pasaba horas enteras mirando con la vista perdida en la nada, con actitud de concentración, como si escuchara algún sonido imaginario. No es extraño, entonces, que me asustara y que de alguna manera su locura me contagiara, ya que a veces sentía que dentro de mí avanzaba lentamente toda clase de supersticiones fantasmales.

Fue así como una noche, al octavo o séptimo día de la muerte de Lady Madeline, experimenté fuertemente todas estas sensaciones. Durante horas no logré conciliar el sueño. Traté de identificar el motivo del nerviosismo que me embargaba. Intenté convencerme de que lo que sentía no era más que producto de la influencia y compañía del dueño de casa, de los oscuros y tenebrosos tapices de la habitación, del viento que soplaba avisando una tempestad y de los lúgubres adornos. Todo esto fue en vano. Un repentino temblor invadió mi cuerpo y una horrenda pesadilla se apoderó de mi corazón. Respiré fuerte, hice un intento por sacudirla, me senté, y, mientras miraba fijamente en la oscuridad, creí distinguir unos ruidos apagados e indefinidos que llegaban a mí en las pausas de la tormenta. Dominado por el

terror, me vestí de prisa, pues sabía que no lograría dormir, e intenté salir de mi condición a través de una rápida caminata por la habitación.

En eso estaba, cuando sentí unos pasos en las escaleras y supe que era Usher. Un minuto después, llamaba con un suave golpe a mi puerta y entraba con una lámpara. Su semblante, como de costumbre, tenía una palidez cadavérica, pero ahora sus ojos revelaban una especie de hilaridad, una histeria evidentemente contenida. Aunque su aspecto me aterró, preferí esa compañía a seguir en la soledad espantosa en que me encontraba.

—¿No lo has visto? —preguntó violentamente, luego de echar una mirada alrededor—. ¿No lo has visto? Pues espera, ¡lo verás!

Terminada la frase se abalanzó sobre las ventanas y las abrió de par en par a la tormenta. Una ráfaga de viento entró con tanta fuerza que estuvo a punto de levantarnos del suelo. Era una noche tempestuosa, pero bella, espantosamente bella, extraña en su terror y belleza. Un torbellino daba vueltas en nuestra vecindad, ya que el viento cambiaba de dirección constantemente; y las nubes negras se encontraban tan bajas, que parecían posarse sobre las torres de la casa; sin embargo, no nos impedían mirar el cielo; pero, de todas formas, no pudimos encontrar ni la luna ni las estrellas ni el origen de los relámpagos. Extrañamente, todos los objetos terrestres que nos rodeaban, entre ellos la casa y la sepultura, resplandecían con una claridad sobrenatural y gaseosa.

—¡No debes mirar esto! —dije, estremecido, mientras apartaba a Usher de la ventana—. Estas imágenes que te confunden no son más que producto de la tormenta o algún fenómeno producido por las emanaciones del estanque. Cerremos la ventana, el aire frío le hará mal a tu salud. Toma, siéntate, aquí tienes una de tus novelas favoritas. Te leeré, y así pasaremos juntos esta noche terrible.

El volumen que había escogido era *Mad Trist*, de sir Launcelot Canning; lo había llamado el favorito de Usher más como una triste broma que por el real interés que pudiera provocarle al elevado espíritu de mi amigo. Pero era el único que tenía a mano, y, esperanzado, quise que pudiera hallar alivio en la exageración de la locura, tema que esta novela contaba. A juzgar por el interés y concentración con que Roderik escuchaba el relato, pude comprender que mi idea había tenido éxito.

De pronto llegué a la parte del libro en que el joven Ethelredo, el héroe del *Trist*, después de haber intentado en vano introducirse a la morada del

ermitaño, decide entrar por la fuerza. Como recordarán, la narración dice lo siguiente:

“Y Ethelredo, que era por naturaleza de valeroso corazón, y que ahora sentíase, además, fortalecido, gracias al poder del vino que había bebido, no esperó más tiempo para hablar con el ermitaño, quien, en realidad, era de ánimo obstinado y maligno; pero, sintiendo la lluvia sobre sus hombros y temiendo el estallido de la tempestad, alzó su mazo y a golpes abrió un camino en las tablas de la puerta a su mano con guante de hierro; y entonces, tirando con fuerza hacia sí, hizo crujir, romper y saltar todo en pedazos, de tal modo que el ruido de la madera retumbó por todo el bosque.”

Al terminar la frase me sobresalté y me detuve, pues me pareció percibir que desde alguna parte remota de la mansión llegaba a mis oídos una réplica del mismo sonido de la puerta que había destrozado Ethelredo, pero supuse que no era más que producto de mi alucinada imaginación y que el ruido provenía de la tormenta y del crujir de las ventanas abatidas por el viento. Fue, sin duda, la coincidencia de los sonidos lo que me distrajo; luego, continué:

“Pero el buen campeón Ethelredo pasó la puerta y quedó muy furioso y sorprendido al no percibir rasgo alguno del maligno ermitaño y encontrar, en cambio, un dragón prodigioso, cubierto de escamas, con una lengua de fuego, y que estaba sentado en guardia delante de un palacio de oro con piso de plata, y sobre el muro colgaba un escudo de bronce con la siguiente leyenda:

Quien entre aquí, vencedor será;

Quien mate al dragón, el escudo ganará.

Y Ethelredo levantó su mazo y golpeó sobre la cabeza del dragón, que cayó a sus pies y exhaló un aliento pestilente con un ruido tan horrendo, ronco y penetrante, que Ethelredo tuvo que taparse los oídos con las manos para no escuchar el horrible ruido que jamás había sentido antes.”

Aquí tuve que hacer otra pausa, y esta vez con más asombro, pues no cabía duda de que yo había oído un ruido débil y lejano, pero agudo, penetrante y prolongado; la réplica exacta del que en mi imaginación había yo atribuido al dragón de la novela.

Espantado con esta segunda coincidencia, intenté ocultar mi asombro y terror para no sobreexcitar la sensibilidad nerviosa de mi amigo. No era

seguro que él hubiese percibido los sonidos, pero hace un rato que su semblante se había alterado. Había girado la silla y, en vez de mirarme a mí, quedó orientado hacia la puerta. Tenía la cabeza sobre el pecho, pero no dormía, pues pude ver de reojo que tenía los ojos muy abiertos, además que sus labios temblaban en un constante murmullo, y su cuerpo se balanceaba en un débil pero constante vaivén. Luego de observarlo detenidamente, continué con la novela de sir Launcelot:

“Y entonces el campeón, habiendo escapado de la terrible furia del dragón, se acordó del escudo de bronce y del encantamiento roto, apartó el cuerpo muerto de su camino y avanzó valientemente por el piso de plata hacia el muro donde colgaba el escudo; el cual no esperó su llegada, sino que cayó a sus pies con un pesado y terrible ruido”.

Apenas terminé esta frase sentí un ruido seco, metálico y resonante, como si realmente el escudo hubiera caído sobre el suelo de plata. Aterrado me puse de pie, pero el balanceo de mi amigo no se interrumpió. Sus ojos permanecían fijos y su cuerpo estaba totalmente contraído. Sin embargo, cuando posé mi mano sobre su hombro, un escalofrío recorrió su cuerpo y una débil sonrisa apareció en su rostro. Noté que hablaba en un murmullo bajo, apresurado e incomprensible, como si no sintiera mi presencia en la habitación. Me acerqué hacia él, y solo así pude comprender el significado de sus palabras:

—¿No lo oyes? Sí, lo oigo y lo he oído. Durante muchos minutos, horas y días lo he oído, pero no me atrevía... ¡Ah, ten piedad de mí! ¡No me atrevía a hablar! ¡La hemos metido viva a la tumba! ¿No dije que mis sentidos eran agudos? Ahora te digo que sentí sus primeros movimientos en el ataúd. Los oí hace días y no me atreví a hablar. Y ahora, esta noche, Ethelredo, ¡ja, ja! La puerta rota y el escudo en el suelo. ¡Di mejor, el ruido del ataúd al romperse, el chirrido de los goznes de hierro de su prisión, sus luchas dentro de la cripta revestida de cobre! ¡Oh! ¿Adónde huir? ¿No vendrá a buscarme enseguida? ¿No reprochará mi prisa? ¿No he oído sus pasos en la escalera? ¿No distingo el pesado latido de su corazón? ¡Insensato! —y se alzó de pronto y gritó furioso estas palabras—: ¡Insensato! ¡Te digo que está al otro lado de la puerta!

En ese mismo instante, como si la energía de su voz fuera un hechizo, la enorme y antigua puerta que Usher señalaba se abrió de par en par. Aunque ello era obra de una violenta ráfaga de viento, del otro lado de la puerta

estaba la alta y amortajada figura de Lady Madeline. Sus blancas ropas estaban manchadas de sangre, y había huellas de lucha en todo su cuerpo. Se mantuvo temblando por unos minutos en el umbral; luego, con un lamento, cayó pesadamente sobre el cuerpo de su hermano, y en su agonía final lo arrastró con ella al suelo, muerto, víctima de los terrores que él había anticipado.

Huí aterrado de aquella habitacion, de aquella mansión.

Afuera la tempestad se desencadenaba en toda su furia. De pronto una intensa luz se proyectó en el camino, y me volví para ver su procedencia, pues lo único que había tras de mí era la oscura mansión. El resplandor venía de la luna llena, roja como la sangre, que ahora brillaba a través de aquella grieta en zigzag que atravesaba toda la estructura de la casa, desde el techo hasta el estanque. Mientras la observaba, la fisura se agrandó con rapidez, hubo de nuevo una violenta ráfaga y todo el disco de la luna estalló frente a mi vista. Mi espíritu vaciló al ver los pesados muros desmoronarse y partirse en dos; un horrible y profundo clamor estalló como la voz de mil torrentes y el estanque se cerró tétrica y silenciosamente sobre los restos de la casa Usher.

Ligeia

Y en ello yacía la voluntad, la cual no muere. ¿Quién conoce los misterios de la voluntad y su vigor? Pues Dios no es sino una gran voluntad que penetra todas las cosas por la naturaleza de su intensidad. El hombre no se rinde ante los ángeles, ni por entero a la muerte, a no ser por medio de la flaqueza de su débil voluntad.

Joseph Glanvill

No puedo, lo juro por mi alma, recordar exactamente cómo, cuándo, ni incluso dónde, fue que conocí a Lady Ligeia. Ya han transcurrido muchos años y mi memoria se ha vuelto débil a causa de tanto sufrimiento. O, quizás, sea que ahora mismo no puedo traer esos detalles a mi mente, puesto que, en verdad, el carácter de mi amada, su conocimiento poco común, su singular –y al mismo tiempo– plácida belleza, y la elocuencia excitante y cautivadora de su tono de voz profundo y musical, se abrieron paso en mi corazón en una forma tan constante y furtivamente progresiva, que pasaron desapercibidos e ignorados. No obstante, creo habérmela encontrado con mayor frecuencia en alguna vasta, antigua y decadente ciudad cerca del Rin. De su familia, de la cual con seguridad ella me hablaba, no puede ponerse en duda que datase de una fecha remotamente antigua. ¡Ligeia! Sumido en estudios de una naturaleza, por sobre todo, adaptada a las impresiones insensibles del mundo exterior, es únicamente a causa de esa dulce palabra, Ligeia, que aparece ante mis ojos la imagen de aquella que ya no existe. Y ahora, mientras escribo, me llega el recuerdo fugaz de no haberme enterado nunca del apellido paterno de quien fue mi amiga y prometida, que llegó a ser mi compañera de estudios y, eventualmente, la esposa de mi alma. ¿Se había tratado acaso de una orden caprichosa por parte de mi Ligeia? ¿Fue, acaso, una prueba de la fuerza de mi afecto el que no se me permitiese indagar acerca de este punto? ¿O fue, más bien, un capricho mío, una ofrenda locamente romántica en el altar de la devoción más apasionada? Recuerdo confusamente el hecho en sí mismo. ¿Es sorprendente, acaso, el que haya olvidado por completo las circunstancias que lo originaron o lo acompañaron? Y ciertamente, si alguna vez ese espíritu al cual denominan Romance, si alguna vez la pálida, alada y tenebrosa Ashtophet del idólatra Egipto, ha presidido, como suele decirse, los matrimonios fatídicamente adversos, entonces, lo más seguro es que él presidía el mío.

Hay un asunto muy querido, sin embargo, sobre el cual la memoria no me falla. Es la persona de Ligeia. Ella era alta de estatura, algo delgada y, en sus últimos días, incluso escuálida. En vano podría yo intentar describir su aspecto majestuoso, la tranquila soltura de su porte o la incomprensible ligereza y elasticidad de su caminar. Entraba y salía como una sombra. Nunca lograba darme cuenta cuando entraba a mi estudio cerrado, salvo por la amada música de su voz profunda y dulce, mientras posaba su delicada mano sobre mi hombro. En lo que respecta a la belleza de su rostro, ninguna doncella la ha igualado jamás. Era el resplandor de un sueño de opio, una visión etérea, que levantaba el espíritu, más delirantemente divina que las fantasías que revoloteaban en el aire sobre las almas dormidas de las hijas de Delos. Sin embargo, sus facciones no se asemejaban a las del modelo que nos han enseñado a alabar en las obras clásicas del paganismo. “No existe una belleza exquisita”, dice Bacon, Lord Verulam, refiriéndose con justicia a todas las formas y géneros de la belleza, “sin algo extraño en las proporciones”. Mas, pese a ver que las facciones de Ligeia no eran de una proporción clásica, pese a percibir que su hermosura era, en verdad, “exquisita” y a sentir que había mucho de “extraño” en ella, traté en vano de detectar su desproporción y de rastrear el origen de mi propia percepción de lo “extraño”. Examiné el contorno de su alta y pálida frente: era perfecta. ¡Y cuán fría, en verdad, resulta esa palabra cuando se aplica a una majestad tan divina! Su piel, que rivalizaba con el más puro marfil, la imponente amplitud y la serenidad, la suave prominencia de las regiones superciliares; y luego los cabellos negros como el cuervo, brillantes, abundantes y naturalmente rizados, que demostraban la increíble fuerza del epíteto homérico: “¡jacintina!”. Observé el delicado contorno de su nariz y en ningún arte, excepto en los medallones llenos de gracia de los hebreos, he contemplado semejante perfección. Tenía la misma lujosa suavidad de superficie, la misma tendencia apenas perceptible a ser aguileña, las mismas aletas armoniosamente curvas, que revelaban un espíritu libre. Contemplé su dulce boca. Ahí se encontraba, en verdad, el triunfo de todas las cosas celestiales: la magnífica curva de su corto labio superior, el aire suave y voluptuosamente calmo del inferior, los hoyuelos que lucía y el color con que hablaban; los dientes, que reflejaban con un brillo casi enceguedor cada rayo de la bendita luz que caía sobre ellos en sus serenas y plácidas sonrisas, mas, a su vez, las más triunfales y radiantes de todas. Analizaba la

forma de su mentón, y en él también encontré la delicadeza de la amplitud, la suavidad y la majestad, la plenitud y la espiritualidad de los griegos, el contorno que el dios Apolo reveló únicamente en un sueño a Cleomenes, el hijo del ateniense. Y luego miraba con detención los grandes ojos de Ligeia.

En lo que respecta a ojos, no tenemos modelos que provengan de la remota antigüedad. Asimismo, puede haber sido que en los ojos de mi amada yaciera el secreto al cual alude el señor Verulam. Eran, así lo creo, mucho más grandes que los ojos comunes de nuestra raza. Incluso, eran más llenos que los ojos más llenos de las gacelas de la tribu del valle de Nourjahad. Pero solamente a intervalos, en momentos de intenso entusiasmo, se hacía más notable este detalle en Ligeia. Y en momentos así, era su belleza —o así me lo parecía, quizás a causa de mi ferviente imaginación—, la belleza de seres que habitan sobre o fuera de la Tierra, la belleza de la fabulosa hurí de los turcos. El color de sus ojos era del negro más brillante y en ellos, por encima, colgaban larguísimas pestañas azabache. Sus cejas, de contorno levemente irregular, tenían el mismo tono. Sin embargo, lo que encontraba de “extraño” en sus ojos no tenía que ver con una naturaleza distinta en cuanto a su forma, ni al color o brillantez de sus características, por lo cual debía ser atribuido a su expresión. ¡Ah, palabra sin sentido, detrás de cuya vasta latitud de simple sonido se atrinchera nuestra ignorancia de lo espiritual! ¡La expresión de los ojos de Ligeia! ¡Cuántas largas horas he meditado en ella! ¡Cuántas veces, durante una noche entera de pleno verano, he luchado por descifrarla! ¿Qué era aquello, aún más hondo que el pozo de Demócrito, que se encontraba en lo profundo de las pupilas de mi amada? ¿Qué era eso? Me encontraba poseído por una pasión por descubrirlo. ¡Aquellos ojos! ¡Aquellos grandes, aquellos brillantes, aquellos divinos ojos! Llegaron a ser para mí las estrellas gemelas de Leda, y yo el más devoto de los astrólogos para ellos. En ningún momento se encontraba ausente de mi alma el insondable misterio de su mirada, ya fuere de día o de noche.

No existe ningún punto, entre las muchas anomalías incomprensibles de la ciencia de la mente, más excitante que el hecho —el cual, según creo, nunca ha sido mencionado en las escuelas— de que en nuestros esfuerzos por traer a la memoria algo olvidado hace mucho tiempo, muchas veces nos encontramos al borde mismo del recuerdo, sin ser capaces, al fin, de recordarlo. Y así, con cuánta frecuencia, en mi intenso análisis de los ojos

de Ligeia, sentí que me acercaba al conocimiento absoluto del secreto de su expresión; sentía cómo se acercaba, aun cuando no era del todo mío, y para luego ver cómo desaparecía. Y (¡ah, qué extraño, el misterio más extraño de todos!) encontré, en los objetos más comunes del universo, un círculo de analogías a esa expresión. Lo que quiero decir es que, luego del período en que la belleza de Ligeia penetró en mi espíritu, donde moraba como en un altar, llegué a obtener, a partir de varios seres que existen en este mundo material, un sentimiento tal como el que siempre sentí surgir dentro de mí a causa de sus grandes y luminosos ojos. Sin embargo, no por ello podía definir mejor ese sentimiento, ni analizarlo, ni tampoco sentirlo en forma constante. Lo he reconocido a veces, repito, en los objetos más comunes del universo. Ha centelleado sobre mí al observar una viña que crece a gran velocidad, en la contemplación de una polilla, de una mariposa, de una crisálida, de un arroyo de agua corriente. Lo he sentido en el océano, en la caída de un meteoro. Lo he sentido en las miradas de gente muy anciana. Y existen una o dos estrellas en el cielo (especialmente una estrella de sexta magnitud, doble y variable, que se encuentra cerca de la gran estrella de Lyra) que, miradas a través de un telescopio, han provocado que sea consciente de dicho sentimiento. Me ha invadido al escuchar ciertos sonidos de instrumentos de cuerda y, con bastante frecuencia, al leer algunos pasajes de libros. Entre otras innumerables instancias, recuerdo bien algo en un volumen de Joseph Glanvill que (quizás meramente desde su singularidad, ¿quién podría decirlo?) nunca dejó de inspirarme con aquel sentimiento: “Y en ello yacía la voluntad, la cual no muere. ¿Quién conoce los misterios de la voluntad y su vigor? Pues Dios no es sino una gran voluntad que penetra todas las cosas por la naturaleza de su intensidad. El hombre no se rinde ante los ángeles, ni por entero a la muerte, a no ser por medio de la flaqueza de su débil voluntad”.

El paso de los años, y una reflexión posterior, me han permitido establecer cierta remota conexión entre este pasaje del antiguo moralista inglés y una parte del carácter de Ligeia. En ella, la intensidad de pensamiento, de acción y de palabra, se debía posiblemente, o por lo menos era un indicador, a aquella gigantesca voluntad que, durante nuestra larga relación, no logró dar una evidencia más inmediata de su existencia. De todas las mujeres que he conocido, ella, serena en su apariencia exterior, la siempre plácida Ligeia, era, con la mayor violencia, presa de los turbulentos buitres de las pasiones

más profundas. Y no podía yo medir aquella pasión, salvo por la milagrosa dilatación de esas pupilas, que me deleitaban y me consternaban, a la vez; por la melodía casi mágica, por la modulación, la claridad y la placidez de su voz tan profunda, y por la fiera energía (energía que era doblemente efectiva por contraste con su manera de pronunciar) de las palabras que profería.

Ya he hablado del saber de Ligeia: era inmenso, como jamás lo he podido encontrar en mujer alguna. Era profundamente competente en las lenguas clásicas y, en la medida de mi propio conocimiento en cuanto a los dialectos modernos de Europa, nunca la sorprendí en falta alguna. A decir verdad, en lo tocante a cualquier tema de los más admirados, o simplemente aquellos más difíciles de comprender, de entre la arrogante erudición de la academia, ¿he descubierto, acaso, alguna vez a Ligeia en falta alguna? ¡Con cuánta singularidad, y con cuánta emoción, se ha impuesto a sí mismo este punto de la naturaleza de mi esposa, sobre mi atención durante este último tiempo! Dije que sus conocimientos eran tales como jamás encontré en mujer alguna; pero, ¿dónde se encuentra el hombre que, como ella, haya atravesado, y con éxito, todas las amplias áreas de las ciencias morales, naturales y matemáticas? No veía en ese entonces lo que ahora percibo con claridad: que las ventajas de Ligeia eran gigantescas, eran increíbles; sin embargo, tenía suficiente conciencia de su infinita superioridad como para resignarme, con la confianza de un niño, a su guía a través del caótico mundo de la investigación metafísica, al cual me encontraba dedicado muy afanosamente durante los primeros años de nuestro matrimonio. ¡Con qué vasto triunfo, con qué vivo deleite, con qué absoluta y etérea esperanza me sentía lleno, cuando ella se inclinaba sobre mí en medio de estudios tan poco investigados, tan poco conocidos, y aquella deliciosa vista, que se expandía lenta pero perceptiblemente ante mí, por cuyo camino largo, maravilloso y totalmente virgen, podía al fin llegar a la meta de una sabiduría demasiado divina y preciosa como para no ser prohibida!

¡Cuán dolorosa, entonces, debe haber sido la profunda tristeza con la que, luego de algunos años, contemplé cómo a mis bien fundadas esperanzas les crecían alas y huían! Sin Ligeia yo era nada más que un niño buscando a tientas en la oscuridad de la noche. Solo su presencia, sus lecturas, podían volver vívidos y luminosos los muchos misterios del transcendentalismo en los que estábamos inmersos. Las letras, titilantes y doradas, se tornaron más

opacas que el plomo saturnino, aguardando el radiante brillo de sus ojos. Y ahora aquellos ojos brillaban cada vez con menos frecuencia sobre las páginas que yo estudiaba con mucho esmero. Ligeia cayó enferma. Aquellos ojos salvajes ardieron con un brillo demasiado, demasiado glorioso; los pálidos dedos adquirieron la transparencia cerúlea de una tumba y las venas azules de su amplia frente se hincharon para luego hundirse impetuosamente en las mareas de la más dulce emoción. Vi que iba a morir y luché desesperadamente en espíritu con el funesto Azrael. Empero, las luchas de mi apasionada esposa eran, para mi asombro, aún más enérgicas que las mías. Había mucho en su firme naturaleza que me hacía creer que, para ella, la muerte habría de llegar sin sus terrores, pero no fue así. Las palabras no pueden expresar ninguna idea que haga justicia a la feroz resistencia con que ella luchaba contra la oscura sombra. En cuanto a mí, gemía yo de angustia ante el lamentable espectáculo. Hubiese querido calmarme, haber razonado; pero en la intensidad de su salvaje deseo por vivir, vivir, nada más que vivir, tanto el consuelo como la razón parecían ser el colmo de la locura. Sin embargo, ni siquiera por un instante, en medio de las contorsiones de dolor más violentas de su fiero espíritu, se agitaba la placidez exterior de su conducta. Su voz se tornó más suave, más profunda, pero no era mi deseo pensar demasiado en el extraño sentido de aquellas palabras pronunciadas con serenidad. Mi cerebro daba vueltas mientras escuchaba, en trance, una melodía sobrehumana, una de suposiciones y aspiraciones que los mortales jamás habían conocido hasta ese momento.

El que ella me amaba es un hecho que nunca puse en duda, y fácilmente podía darme cuenta que, en un pecho como el suyo, el amor reinaba como una pasión poco común. Pero fue solo en su muerte que me impresionó por completo la fuerza total de su afecto. Durante largas horas, reteniendo mi mano, derramaba ante mí los excesos de un corazón cuya devoción, más que apasionada, llegaba hasta la idolatría. ¿Cómo me había hecho merecedor de ser tan bendecido por tales confesiones? ¿Cómo me había hecho merecedor de ser tan maldecido, como para que me hayan arrancado a mi amada en la hora en que ella me las hacía? Pero no puedo soportar explayarme sobre este tema. Solo diré que en el abandono más que femenino de Ligeia a un amor, ¡ay!, sin existir mérito alguno de mi parte, otorgado en forma absoluta sin yo ser digno, al fin reconocí la medida de su anhelo lleno de un deseo ardientemente honesto por aquella vida que ahora huía con tanta rapidez. Es

este anhelo salvaje, esta entusiasta vehemencia de deseo por vivir, solo vivir, el cual no tengo el poder de describir, puesto que no hay palabras capaces de expresarlo. Creo que contemplé una vez más las espantosas luchas de su noble y casi idealizada naturaleza contra el poder, el terror y la majestad de la gran Sombra. Pero ella murió. Aquella gigantesca voluntad sucumbió ante un poder más fuerte. Y entonces pensé, mientras contemplaba absorto su cadáver, en ese extraño pasaje de Joseph Glanvill: “Y en ello yacía la voluntad, la cual no muere. ¿Quién conoce los misterios de la voluntad y su vigor? Pues Dios no es sino una gran voluntad que penetra todas las cosas por la naturaleza de su intensidad. El hombre no se rinde ante los ángeles, ni por entero a la muerte, a no ser por medio de la flaqueza de su débil voluntad”.

Ella murió, y yo, triturado por el dolor, ya no podía soportar más la solitaria desolación de habitar en esa sombría y decadente ciudad junto al Rin. No carecía de aquello que el mundo llama riqueza: Ligeia me había dejado muchísimo más (mucho, muchísimo más) de lo que llega normalmente a manos del común de los mortales. De este modo, habiendo transcurrido unos pocos meses y luego de vagar con cansancio y sin rumbo fijo, compré una abadía a la que le efectué algunas reparaciones, y cuyo nombre no revelaré, en una de las zonas más salvajes y menos concurridas de la hermosa Inglaterra. La lúgubre y deprimente grandiosidad del edificio, el aspecto casi feroz del dominio, los numerosos recuerdos, melancólicos y venerables, relacionados con ambos, tenían mucho en común con los sentimientos de completo abandono que me habían llevado a esa remota y huraña región del campo. No obstante, aunque el exterior de la abadía, con su verdosa decadencia colgando por todas partes, sufrió solo unas pocas modificaciones, en su interior me aboqué, con una perversidad infantil, y quizás con una mísera esperanza de que lograra así aliviar mis pesares, a desplegar magnificencias más que monárquicas. Aún en la infancia me había empapado de un gusto adquirido por tales caprichos, aún en la infancia, y ahora volvían a mí como si fueran la compensación de mi profunda pena. ¡Ay, puedo sentir cuánto de la incluso más incipiente locura debe haber sido descubierta en aquellas maravillosas y fantásticas cortinas drapeadas, en los solemnes tallados de Egipto, en las extrañas cornisas, en el extravagante mobiliario y en los desquiciados patrones de las alfombras recamadas de oro! Me había convertido en un esclavo atado a las cadenas

del opio, y mis trabajos y planes se habían teñido de un color que provenía de mis sueños. Pero no me detendré a detallar estos absurdos. Hablaré únicamente de aquella recámara, maldita por la eternidad, donde en un momento de enajenación mental, conduje al altar para así tomar por esposa, con sus rubios cabellos y azules ojos, como sucesora de la inolvidable Ligeia, a Lady Rowena Trevanion de Tremaine.

No existe un solo rincón de la arquitectura y decoración de aquella cámara nupcial que no se presente ante mí en este momento. ¿En qué estaban los miembros de la altiva familia de la novia, cuando movidos por su sed de riqueza, permitieron que una doncella, e hija tan amada, pasara el umbral de un departamento tan engalanado? Ya he mencionado que recuerdo minuciosamente los detalles de la recámara, aun cuando me olvido de modo lamentable de cosas de profunda importancia relacionadas con ese período. Sin embargo, no había aquí sistema alguno, cuidado ni registro de aquel fantástico despliegue que pudiera imponerse a mi memoria. La habitación estaba situada en una de las altas torres de la abadía fortificada, tenía forma de pentágono y era de un tamaño muy espacioso. La única ventana, que ocupaba toda la cara sur del pentágono, era una inmensa hoja, de una pieza, de cristal de Venecia; una única hoja de vidrio teñida en un tono plomizo, provocando que los rayos, tanto del sol como de la luna, al pasar a través de ella, cayesen con un brillo espantoso sobre los objetos que había dentro. Sobre la porción superior de esta enorme ventana se extendía el enrejado de una añosa vid que trepaba por los macizos muros de la torre. El techo, hecho de un roble lúgubre, era excesivamente amplio, abovedado y decorado elaboradamente con los motivos más extraños y más grotescos de un estilo semigótico y semi-druídico. Del descanso central de este abovedado melancólico pendía, de una única cadena con largos eslabones de oro, un enorme incensario del mismo metal, de estilo morisco, pródigo en artificiosas perforaciones que se retorcían por dentro y fuera de ellas, como si estuvieran dotadas de la vitalidad de una serpiente, en una sucesión continua de llamas policromáticas. Había unas cuantas otomanas y candelabros de oro traídos de Oriente, repartidos por varios lugares, y también estaba el lecho, el lecho nupcial, de modelo indio y bajo, esculpido en ébano macizo, coronado por un dosel. En cada uno de los ángulos de la habitación había un gigantesco sarcófago de granito negro de las tumbas de los reyes erigidas frente a Luxor, con sus antiguas cubiertas llenas de

esculpidos relieves inmemoriales. Pero era en la tapicería de la recámara donde se desplegaba, ¡ay!, la mayor fantasía de todas. Aquellas majestuosas murallas, de altura tan gigantesca, que incluso se veían desproporcionadas, estaban revestidas de arriba abajo, en vastos pliegues, con un tapiz que parecía pesado y enorme; un tapiz de un material parecido a una alfombra, a modo de cobertura para las otomanas y el lecho de ébano, del dosel para el lecho y como los suntuosos pliegues de los cortinajes que ensombrecían parcialmente la ventana. Este material era el más lujoso tejido de oro. Estaba moteado en todas partes, a intervalos irregulares, por arabescos de aproximadamente un pie de diámetro, tramados sobre la tela en diseños del negro más azabache. Pero estas figuras solo participaban del verdadero carácter de lo arabesco cuando se las consideraba desde cierto ángulo en particular. Gracias a un artilugio muy común hoy en día, y que en verdad puede ser rastreado hasta un período de una antigüedad muy remota, eran capaces de cambiar de aspecto. Para cualquiera que entrara en la habitación, estas parecían ofrecer la apariencia de simples monstruosidades; pero, luego de avanzar un poco, dicha apariencia se desvanecía repentinamente y, paso a paso, a medida que el visitante cambiaba de posición en la recámara, se veía a sí mismo rodeado de una infinita sucesión de horrendas figuras, pertenecientes a la superstición de los normandos o surgidas de entre los sueños culpables de los monjes. El efecto fantasmagórico aumentaba en gran manera, gracias a la introducción artificial de una fuerte y continua corriente de aire, llegada desde atrás de las cortinas drapeadas, la cual otorgaba un movimiento horroroso e incómodo a todo el conjunto.

Fue en salones como estos, en un lecho nupcial de este tipo, en los que transcurrieron, junto a Lady de Tremaine, las impías horas del primer mes de nuestro matrimonio, todas las cuales pasé con una leve inquietud. El hecho de que mi esposa temiese mis feroces cambios de temperamento, que me rehuyese, y que no me amara sino solo un poco, no podía yo evitar percibirlo; sin embargo, me causaba más placer que otra cosa. Yo la detestaba, con un odio que pertenece más al demonio que al hombre. Mis pensamientos volaban hacia el pasado (¡ah, con qué nostalgia tan intensa!), hacia Ligeia, la amada, la bella, la que yacía en la tumba. Me deleitaba en los recuerdos de su pureza, de su sabiduría, de su naturaleza noble y etérea, de su amor apasionado e idólatra. Ahora bien, en ese entonces, mi espíritu ardía plena y libremente con un fuego más ardiente que el que era propio de

ella. En medio de la excitación de mis sueños de opio (pues habitualmente me encontraba encadenado por los grilletes de hierro de esa droga) gritaba en voz alta su nombre durante el silencio de la noche, o durante el día, entre los sombreados retiros de las cañadas, como si por medio de aquel salvaje entusiasmo, de esa solemne pasión, del fuego consumidor de mi anhelo por la difunta Ligeia, pudiese yo volverla al camino que había abandonado mientras habitaba la tierra.

Alrededor del comienzo de nuestro segundo mes de matrimonio, Lady Rowena fue atacada por una repentina enfermedad, de la cual se repuso con mucha lentitud. La fiebre que la consumía hizo que sus noches fuesen penosas y, en su perturbado estado de semiinconciencia, hablaba de sonidos y de movimientos en la habitación de la torre, lo cual solo podía ser atribuido a los trastornos de su imaginación, o quizás a las influencias fantásticas de la recámara misma. Al fin pasó a un estado de convalecencia y luego se recuperó. Sin embargo, transcurrió solo un breve período antes de que un segundo y más violento ataque la arrojase nuevamente a su lecho de sufrimiento; y de este ataque, su constitución, que en todo momento había sido débil, nunca se recuperó por completo. Después de todo esto, sus enfermedades pasaron a ser de un carácter alarmante y con una recurrencia que lo era aún más, desafiando tanto el conocimiento como los grandes esfuerzos de sus médicos de cabecera. Con la intensificación de la enfermedad crónica que había entonces, a todas luces, invadido de una manera demasiado terminante su constitución, como para ser erradicada por medios humanos, no pude evitar observar un aumento similar en la irritación nerviosa de su temperamento y en su excitabilidad, debido a los motivos más triviales del miedo. Por cierto, la razón parecía estar rápidamente abandonando su trono. Nuevamente pudo hablar, y ahora con mayor frecuencia y obstinación, acerca de los sonidos, los tenues sonidos, así como de los insólitos movimientos en la tapicería, a los cuales había aludido con anterioridad.

Una noche, hacia fines de septiembre, ella insistió en este angustiante asunto, con un énfasis mayor a lo habitual para lograr mi atención. Se había despertado recién de un sueño inquieto y yo había estado observando, con sentimientos en parte de ansiedad, en parte de un vago terror, los gestos de su escuálido semblante. Me senté junto a su lecho de ébano, sobre una de las otomanas de la India. Se incorporó a medias y me habló en un susurro

profundo y honesto acerca de los sonidos que estaba oyendo en ese instante, pero que yo no podía oír; de los movimientos que estaba viendo en ese instante, pero que yo no podía percibir. El viento soplaba velozmente detrás de los tapices y quise mostrarle (algo que, debo confesar, no podía yo creer del todo) que aquellas leves y suaves variaciones, esos respiros casi inarticulados, de las figuras de la pared, eran tan solo efectos naturales de la habitual corriente de aire, pero una palidez de muerte, extendiéndose sobre su rostro, me convenció de que mis esfuerzos por tranquilizarla serían infructuosos. Parecía estarse desmayando y no había criados cerca a quienes yo pudiese llamar. Recordé el lugar donde estaba el decantador de un vino ligero, que había sido prescrito por sus médicos, y crucé a toda prisa la habitación para alcanzarlo. Sin embargo, mientras pasaba por debajo de la luz del incensario, dos circunstancias de una naturaleza asombrosa atrajeron mi atención. Sentí que un objeto palpable rozó ligeramente mi cuerpo; y vi que ahí, sobre la alfombra dorada, yacía una sombra débil e indefinida, justo en medio del rico resplandor que arrojaba el incensario. Pero en ese momento me encontraba muy agitado, debido al entusiasmo provocado por una dosis desmedida de opio, por lo que no hice mucho caso a estas cosas, ni hablé de ellas con Rowena. Encontré el vino, volví a cruzar la recámara y serví una copa llena, la cual llevé a los labios de la dama que estaba por desmayarse. No obstante, para entonces ya se había recuperado en parte, y ella misma tomó en sus manos la copa, mientras yo me hundía en la otomana que estaba más cerca, con mis ojos absortos en su persona. Fue en ese instante cuando tuve plena conciencia de una suave pisada sobre la alfombra, cerca del lecho, y un segundo después, mientras Rowena llevaba el vino a sus labios, pude ver, o quizás soñé que lo vi, cómo tres o cuatro grandes gotas de un fluido brillante y de color rubí caían dentro de la copa, como si cayeran desde una fuente invisible en la atmósfera de la habitación. Si fue esto lo que vi, Rowena no lo vio. Bebió el vino sin vacilar y yo me abstuve de hablarle acerca de una circunstancia que debía, después de todo, en mi opinión, haber sido nada más que una sugestión de mi vívida imaginación, activada en forma morbosa a causa del terror de mi esposa, del opio y de la hora.

Sin embargo, no pude dejar de percibir que, luego de este episodio, el mal de mi esposa aumentó rápidamente y para peor; de forma que, durante la tercera noche, las manos de sus doncellas figuraban preparándole su tumba,

y en la cuarta, me senté solitariamente, junto a su cuerpo amortajado, en aquella fantástica recámara en que la había recibido como mi esposa. Extrañas visiones engendradas por el opio revoloteaban cual sombras ante mí. Observé con la vista inquieta los sarcófagos en los ángulos de la habitación, las cambiantes figuras de las cortinas drapeadas y las contorsiones de aquellas llamas policromáticas en el incensario. Luego mis ojos se posaron, mientras recordaba las circunstancias de cierta noche anterior, sobre una mancha debajo del resplandor del incensario, donde había yo contemplado las débiles huellas de la sombra. Pero ya no estaba allí, y respirando con gran libertad, volví mi mirada hacia la pálida y rígida figura sobre el lecho. Entonces acudieron sobre mi mente miles de recuerdos de Ligeia, y volvió a caer sobre mi corazón, con la violencia turbulenta de un diluvio, todo ese indecible dolor y aflicción con el que yo había contemplado su cuerpo amortajado. La noche pasó y, con el pecho todavía lleno de amargos pensamientos de mi única y gran amada, me quedé con la mirada absorta en el cuerpo de Rowena.

Puede que haya sido medianoche, o quizás un poco más temprano, o más tarde, pues no había reparado en el tiempo, cuando un sollozo profundo y suave, pero muy claro, me sacó con brusquedad de mi ensueño. Sentí que venía desde el lecho de ébano: el lecho de muerte. Escuché atentamente, sumido en una agonía de terror supersticioso, pero el sonido no se repitió. Esforcé mi vista para detectar cualquier movimiento del cadáver, pero no pude percibir nada. Sin embargo, no podía haberme equivocado. Había escuchado el sonido, por débil que fuese, y toda mi alma se despertó dentro de mí mientras mantuve mi atención fija, de forma decidida y constante, sobre el cuerpo. Transcurrieron muchos minutos antes de que ocurriese cualquier hecho que arrojase alguna luz sobre este misterio. Al fin se hizo evidente que un color ligero, tenue, muy débil y apenas perceptible, había sonrojado sus mejillas, así como también toda la longitud de las pequeñas venas hundidas de sus párpados. Con una especie de horror y de espanto indecibles, para la cual el lenguaje de los mortales no tiene una expresión suficientemente enérgica, sentí que mi cerebro daba vueltas, que mi corazón cesaba de latir y que mis miembros se tornaban rígidos en el lugar donde me encontraba sentado. Mas un sentido del deber operó finalmente y restauró el dominio sobre mí mismo. Ya no podía dudar de que nos habíamos adelantado en los preparativos para el entierro y de que Rowena aún estaba

viva. Había que esforzarse por hacer algo de inmediato, pero la torre estaba completamente separada de las dependencias de la abadía en que residía la servidumbre. Ningún criado se encontraba cerca y no tenía modo alguno de llamarlos para que viniesen a ayudarme, sin tener que abandonar la habitación por varios minutos, y esto era algo que no me atrevía a hacer. Por lo tanto, luché solo, sumido en mis esfuerzos por llamar de vuelta al espíritu que aún permanecía en suspenso. No obstante, transcurrido un breve lapso, hubo una evidente recaída. El color desapareció por completo, tanto de sus párpados como de sus mejillas, adquiriendo una palidez mayor que la del mármol; sus labios se volvieron doblemente resecos y se contrajeron con la macabra expresión de la muerte; una viscosidad y un frío repulsivos se extendieron rápidamente sobre la superficie de su cuerpo, y el rigor mortis habitual sobrevino de inmediato. Con un estremecimiento, me desplomé sobre la otomana de la cual había sido arrancado tan de golpe y volví a entregarme a las apasionadas visiones de Ligeia, que despertaban en mí.

Transcurrió una hora cuando (¿podía ser posible?) noté, por segunda vez, un sonido vago que venía desde la zona del lecho. Escuché, en el colmo del horror, y el sonido volvió a presentarse: era un suspiro. Precipitándome hacia el cadáver, vi, vi con absoluta claridad, un temblor sobre los labios. Después de un minuto estos se entreabrieron, revelando una brillante línea de dientes perlados. Un intenso asombro luchó con el profundo sobrecogimiento que había reinado en mi pecho a solas hasta ese momento. Sentí que mi visión se tornaba borrosa, que mi razón vagaba, y fue solo gracias a un violento esfuerzo que al fin logré armarme del valor suficiente para la tarea que el deber, una vez más, así me había indicado. Pero ahora, un brillo parcial cubría su frente, sus mejillas y su garganta. Una tibieza perceptible invadía todo el cuerpo e incluso se percibía un leve latido en el corazón. La dama estaba viva, y con redoblado ardor me entregué a la tarea de resucitarla. Froté y moje sus sienes y sus manos, y usé todo el esfuerzo que la experiencia, y bastantes lecturas médicas, me podían sugerir. Pero fue en vano. Repentinamente, el color huyó, las pulsaciones cesaron, los labios volvieron a recobrar la expresión de la muerte y, luego de un instante, todo el cuerpo adquirió el gélido frío, el tono lívido, la intensa rigidez, el contorno hundido, y todos y cada uno de los aborrecibles detalles de aquellos que han permanecido, ya por muchos días, en la tumba.

Y me sumí otra vez en las visiones de Ligeia, y otra vez (¿quién podría

asombrarse de que me estremezca mientras lo escribo?), otra vez llegó a mis oídos un profundo sollozo proveniente de la zona del lecho de ébano. Pero, ¿para qué voy a detallar minuciosamente los indescriptibles horrores de aquella noche? ¿Por qué he de detenerme para relatar cómo, una y otra vez, y casi hasta que despuntó el alba, este espantoso drama de resucitación se repitió, y cómo cada horrorosa recaída llevaba solamente hacia una muerte más rígida y aparentemente aún más irredimible? Permítaseme apresurarme a llegar a una conclusión.

La mayor parte de aquella noche terrorífica había pasado cuando, de pronto, el cadáver de Rowena se agitó nuevamente, con más vigor que nunca, despertándose de una disolución más aterradora que ninguna en cuanto a su absoluta falta de esperanza. Hacía ya mucho rato que yo había cesado de luchar o de moverme, y permanecía rígidamente sentado sobre la otomana, presa indefensa de un torbellino de emociones violentas, de las cuales el pavor era quizás la menos terrible y la que menos me consumía. El cadáver, repito, se agitó, y ahora con mayor vigor que antes. Los colores de la vida sonrojaron su semblante con una energía inusitada, los miembros se relajaron y, de no ser por sus párpados cerrados con pesadez, y por las vendas y los paños que le daban un aspecto sepulcral a su figura, podría haber soñado que Rowena verdaderamente se había sacudido en forma total y absoluta de las cadenas de la Muerte. Pero si aún entonces no llegué a aceptar aquella idea del todo, finalmente no pude seguir dudando cuando, levantándose del lecho, vacilante, con débiles pasos, con los ojos cerrados y con los modos de alguien desconcertado en medio de un sueño, Lady de Tremaine avanzó en forma física y palpable hacia el centro de la habitación.

No me estremecí ni me moví, pues una multitud de indescriptibles fantasías relacionadas con el aire, la estatura y el porte de aquella figura, precipitándose con rapidez en mi cerebro, me habían paralizado y congelado hasta volverme de piedra. No me moví, sino que contemplé aquella aparición. Un loco desorden reinaba en mis pensamientos, un tumulto implacable. ¿Podía ser, en verdad, la Rowena viva quien estaba delante de mí? ¿Por qué, por qué había yo de dudarlo? El vendaje apretaba mucho su boca, pero era entonces la boca de Lady de Tremaine la que respiraba. Y sus mejillas, cual rosas en la plenitud de su vida, sí, estas eran definitivamente las hermosas mejillas de Lady de Tremaine, viva otra vez. Y el mentón, con esos hoyuelos llenos de salud, ¿podía acaso no ser el suyo? Pero entonces,

¿había crecido ella desde su enfermedad? ¿Qué inexpresable locura me invadía ante aquel pensamiento? ¡De un solo salto alcancé sus pies! Huyendo de mi contacto, dejó caer de su cabeza, desatadas, aquellas horrendas vendas que la confinaban, y entonces se desbordaron por el aire agitado de la recámara unas masas inmensas de cabello largo y despeinado. ¡Un cabello más negro que las alas del cuervo de la medianoche! Y entonces se abrieron los ojos de la figura que estaba ante mí. “¡He aquí! ¡Al menos en esto –grité a viva voz–, no puedo, no podré nunca estar equivocado! ¡Estos son los grandes, los negros, los salvajes ojos de Lady... de Lady Ligeia!”

La caja oblonga

Hace algunos años, reservé un pasaje desde Charleston, en Carolina del Sur, hacia la ciudad de Nueva York, en el magnífico paquebote Independence, al mando del capitán Hardy. Debíamos zarpar el décimoquinto día de aquel mes (junio), siempre y cuando el clima así lo permitiese, por lo que me embarqué el día anterior, para preparar algunas cosas en mi camarote.

Descubrí así que íbamos a ser muchos los pasajeros, incluyendo una cantidad de damas mayor a la acostumbrada. En la lista figuraban varios de mis conocidos, y entre otros nombres, me resultó muy grato ver el del señor Cornelius Wyatt, un joven artista, por quien sentía una cálida amistad. Él había sido mi compañero de curso en la Universidad C., donde pasamos mucho tiempo juntos. Su temperamento era aquel común al genio: una mezcla de misantropía, sensibilidad y entusiasmo. A estas cualidades se agregaba el corazón más cálido y verdadero que jamás haya latido en un pecho humano.

Observé que su nombre figuraba en las puertas de tres camarotes y, cuando volví a revisar la lista de pasajeros, descubrí que había reservado pasajes para él mismo, su esposa y sus dos hermanas. Los camarotes eran bastante espaciosos, y cada uno tenía dos literas, una sobre la otra. Estas literas eran tan angostas, que no había espacio para más de una persona; pero aún así, no podía comprender por qué había tres camarotes para cuatro personas. Me encontraba, justo en esa época, en uno de esos estados de ánimo melancólicos, que hacen que un hombre se vuelva anormalmente inquisitivo en cuanto a nimiedades: y confieso, con vergüenza, que me entregué a las más variadas, superficiales y absurdas conjeturas con respecto a este asunto del camarote que sobraba. Por cierto, no era un asunto de mi incumbencia, pero igualmente me dediqué a pensar cuál era la respuesta a este enigma. Al fin llegué a una conclusión, que me causó un gran asombro, precisamente por no haber llegado antes a ella. “Se trata de un sirviente, por supuesto”, me dije, “qué estupidez la mía, ¡no haber pensado antes en una solución tan obvia!” Y entonces, al mirar la lista nuevamente, vi con claridad que ningún sirviente vendría con el grupo, pese a que, de hecho, en el plan original

había estado la intención de traer uno, puesto que las palabras “y sirviente” habían sido escritas en un principio para luego ser tachadas. “Ah, ciertamente debe tratarse de equipaje extra”, me dije ahora, “de algo que no quiere dejar en la bodega, algo que desea guardar donde él pueda verlo... Ah, ya sé: un cuadro o algo semejante; esto es lo que ha estado negociando con Nicolino, el judío italiano”. Esta idea me satisfizo e hizo que, por el momento, dejara de lado mi curiosidad.

Conocía muy bien a las dos hermanas de Wyatt, eran niñas muy amables e inteligentes. Se había casado hacía poco, y yo aún no conocía a su esposa. No obstante, muchas veces había hablado acerca de ella en mi presencia, con su habitual estilo y lleno de entusiasmo. La describía como alguien llena de insuperable belleza, ingenio y talento. Por ello, yo estaba bastante ansioso por conocerla.

El día en que visité el barco (el catorce) el capitán me informó que Wyatt y los suyos también lo visitarían, así que esperé a bordo una hora más de lo que había planeado, con la esperanza de ser presentado a la esposa. Pero entonces me avisaron, disculpándose, que “la señora W. se encontraba un poco indispuesta, por lo que no subiría a bordo hasta mañana, a la hora del zarpe”.

Al día siguiente, estaba yendo desde mi hotel hacia el muelle, cuando el capitán Hardy se acercó a mí y me dijo que, debido a las circunstancias (una frase estúpida pero conveniente), el Independence no zarparía hasta uno o dos días más, y que cuando todo estuviese listo, él enviaría a alguien y me lo haría saber. Esto me pareció extraño, ya que había una fuerte brisa del sur, pero como “las circunstancias” no me habían sido explicadas, pese a que traté de sonsacar la información con bastante insistencia, no me quedó otra alternativa que volver a mi casa y digerir mi impaciencia a solas.

No recibí el esperado mensaje del capitán por casi una semana. Sin embargo, al fin me llegó e inmediatamente me embarqué. El barco estaba repleto de pasajeros, y todo estaba envuelto en el típico ajetreo que ocurre al izar las velas. El grupo de Wyatt arribó como diez minutos después que yo. Estaban las dos hermanas, la esposa y el artista; este último en uno de sus acostumbrados accesos de misantropía melancólica. No obstante, estaba demasiado acostumbrado a ellos como para prestarle una atención especial. Ni siquiera me presentó a su esposa, recayendo por fuerza esta cortesía sobre su hermana Marian, una joven muy dulce e inteligente, quien nos

presentó en pocas y apresuradas palabras.

La señora Wyatt iba cubierta por un tupido velo y, cuando lo levantó para corresponder a mi saludo, confieso que me quedé profundamente desconcertado. Sin embargo, me hubiese asombrado aún más, si mi larga experiencia no me hubiese llevado a no confiar, con una confianza demasiado ingenua, en las entusiastas descripciones de mi amigo, el artista, cada vez que se refería a la belleza de la mujer. Cuando el tema era la belleza, yo sabía bien con cuánta facilidad se remontaba él a las regiones de lo puramente ideal.

La verdad es que no podía evitar considerar a la señora Wyatt una mujer decididamente común y corriente. No estaba, pienso yo, muy lejos de ser realmente fea. No obstante, estaba vestida con exquisito gusto, y entonces no tuve duda alguna de que había cautivado el corazón de mi amigo por medio de las imperecederas gracias del intelecto y del alma. Articuló muy pocas palabras, y pasó de inmediato a su camarote con el señor W.

Mi curiosidad previa volvió a hacérseme presente. No había ningún sirviente: esto era un punto sin discusión. Por ende, miré por si efectivamente habían traído algún equipaje extra. Luego de algún retraso, un carro arribó al muelle portando una caja oblonga de pino, la cual parecía ser lo único que estábamos esperando, pues inmediatamente después de la llegada de dicha caja, zarpamos, y prontamente cruzamos sin novedad la barra enfrentándonos así al mar abierto.

Tal como lo he mencionado, la caja en cuestión era oblonga. Medía aproximadamente seis pies de largo por dos y medio de ancho; la había observado con detención y, por lo demás, me gusta ser preciso. Ahora bien, su forma era peculiar. Apenas la terminé de contemplar, me felicité por la exactitud de mi suposición. Había llegado a la conclusión, tal como recordarán, de que el equipaje extra de mi amigo, el artista, debía consistir en cuadros, o por lo menos un cuadro. Esto, debido a que estaba al tanto de que Wyatt había sostenido conversaciones con Nicolino por varias semanas, y resultaba que ahora había aquí una caja que, dada su forma, únicamente podía contener una copia de La Última Cena de Leonardo. Es más, yo ya me había enterado de que, durante algún tiempo, Nicolino había estado en posesión de una copia de la mismísima Última Cena pintada en Florencia por Rubini el joven. Por consiguiente, yo consideraba que este punto no era debatible. Me reí con demasiado entusiasmo pensando en mi perspicacia.

Era la primera vez que, hasta donde yo sabía, Wyatt me ocultaba alguno de sus secretos artísticos; pero evidentemente, en este caso, él intentaba ganar ventaja sobre mí y pasar de contrabando una magnífica pintura a Nueva York bajo mis narices, confiando en que yo no me enteraría en absoluto del asunto. Resolví ponerlo a prueba de aquí en adelante.

Sin embargo, una cosa me molestó en gran manera. La caja no fue depositada en el camarote extra. Fue depositada en el de Wyatt, donde ocupaba casi toda la superficie del piso. Esto, sin duda alguna, en desmedro de la comodidad del artista y de su esposa, acentuado aún más, debido a que la brea o pintura con la cual estaba marcada en grandes letras mayúsculas, emitía un olor fuerte, desagradable y, según mi parecer, distintivamente repugnante. Sobre la tapa estaban escritas las palabras: Sra. Adelaide Curtis, Albany, Nueva York. De parte del Sr. Don Cornelius Wyatt. Este lado hacia arriba. Frágil.

Ahora bien, yo sabía que la señora Adelaide Curtis, de Albany, era la madre de la esposa del artista, pero muy pronto concluí que la dirección estampada en la caja había sido puesta allí con el único fin de engañarme. Me convencí, por supuesto, de que la caja y su contenido nunca llegarían sino al estudio de mi misantrópico amigo, en la calle Chambers, Nueva York.

Durante los primeros tres o cuatro días disfrutamos de buen tiempo, pese a que el viento estaba a filo de roda, habiendo virado en dirección norte inmediatamente luego de perder de vista la costa. Como resultado de esto, los pasajeros estaban de muy buen ánimo y dispuestos a socializar. Pero tengo que exceptuar a Wyatt y sus hermanas, quienes se comportaban de manera bastante fría, e incluso, no pude evitar pensarlo, en forma descortés con el resto de los pasajeros. En todo caso, no tenía mucho en consideración la conducta de Wyatt. Éste se encontraba en un estado lúgubre, aún más allá de lo acostumbrado; de hecho se podría decir que estaba taciturno, pero en lo que a él respecta, yo estaba preparado y acostumbrado a esperar un comportamiento excéntrico. Sin embargo, me resultaba imposible concebir excusa alguna para sus hermanas, quienes se recluyeron en sus camarotes durante la mayor parte del viaje, e incluso rechazaban absolutamente, pese a mi insistencia, el socializar con cualquier persona de a bordo.

La señora Wyatt, por su parte, era mucho más agradable. Con esto quiero decir que era sociable, y ser así es muy importante en un viaje por mar.

Rápidamente se mostró en forma excesiva familiar con la mayoría de las damas y, para mi profundo asombro, manifestó una tendencia marcada a coquetear con los hombres. Nos divertía mucho a todos. Digo “divertía”, aunque apenas sé cómo explicarme. La verdad es que pronto descubrí que, a menudo, los pasajeros se reían de la señora W. más que con ella. Los caballeros no hablaban mucho acerca de ella, pero las damas no tardaron en declararla “una persona de buen corazón, pero más bien de aspecto corriente, sin la menor educación y decididamente vulgar”. Lo que resultaba muy desconcertante era el hecho de cómo Wyatt había podido caer en la trampa de semejante matrimonio. Fortuna era lo primero que venía a la mente, pero yo sabía que este no era el caso, puesto que Wyatt me había confesado que ella no le aportaba ni un dólar, ni tenía esperanza alguna de heredar. Él se había casado, según lo que me había dicho, por amor y solo por amor, y su esposa era mucho más que digna de su amor. Cuando pensé en estas frases de mi amigo, confieso que me sentí indescriptiblemente perplejo. ¿Sería posible que estuviese perdiendo el juicio? ¿Qué otra cosa podía yo pensar? Él, tan refinado, tan intelectual, tan meticuloso, con un sentido tan puntilloso de lo imperfecto, ¡y con una apreciación tan aguda de lo bello! Por cierto, la dama parecía sentir muchísimo cariño por él, particularmente en su ausencia, cuando se ponía en ridículo citando con frecuencia lo que había dicho su “amado esposo, el señor Wyatt”. La palabra “esposo” parecía estar siempre, para hacer uso de una de sus delicadas expresiones, “en la punta de su lengua”. En el intertanto, todos a bordo observaban, que él evitaba a ella de la manera más deliberada y que, la mayor parte del tiempo, se encerraba a solas en su camarote, donde incluso podía decirse que vivía, dejando a su esposa en plena libertad de entretenerse como ella estimase apropiado en las reuniones del salón principal.

Mi conclusión, derivada de todo lo que había visto y oído, era que el artista, por causa de algún inexplicable fenómeno del destino, o quizás en algún arranque de pasión entusiasta y extravagante, había sido inducido a unirse a una persona completamente inferior a él, y que la consecuencia natural de este hecho, es decir, un absoluto repudio por ella, pronto le había sucedido. Yo lo compadecía desde lo más profundo de mi corazón, pero no podía, a causa de ello, perdonar por completo el que me hubiese escondido el asunto de La Última Cena. Fue debido a esto que decidí vengarme de él.

Un día Wyatt subió a cubierta y, tomándolo del brazo como solía hacerlo, paseamos de aquí para allá. No obstante, su melancolía (la cual yo consideraba bastante natural dadas las circunstancias) parecía no haber disminuido en absoluto. Habló muy poco, y todo de mala gana y con evidente esfuerzo. Me aventuré a hacer una o dos bromas, tras lo cual hizo un patético intento por sonreír. ¡Pobre tipo! Cuando pensaba en su esposa, me preguntaba cómo podía llegar a tener el aplomo suficiente para aparentar regocijo. Finalmente, me aventuré a ir más allá. Decidí comenzar una serie de veladas insinuaciones o indirectas acerca de la caja oblonga, con el único fin de permitirle percibir, gradualmente, que yo no era el blanco ni la víctima de aquel engaño que le causaba placer. Hice mi primera observación a modo de artillería oculta. Mencione algo acerca de la “peculiar forma de aquella caja” y, a medida que enunciaba las palabras, sonreí de manera cómplice, le guiñé el ojo y lo toqué suavemente en las costillas con mi índice.

La manera en la cual Wyatt recibió este inocente comentario me convenció, inmediatamente, de que había perdido el juicio. Primero me miró fijamente, como si le fuese imposible comprender la agudeza de mi observación, pero mientras parecía que mis palabras entraban lentamente en su cerebro, sus ojos, al mismo ritmo, parecían querer salir de sus cuencas. Entonces se puso muy rojo y luego palideció espantosamente. Al instante siguiente, como si lo que yo había insinuado lo hubiese divertido en gran manera, comenzó a reír fuerte y escandalosamente; una risa que, para mi sorpresa, fue en aumento, con un vigor que iba creciendo de a poco, y que duró por diez o más minutos. Por fin, se desplomó con pesadez sobre la cubierta. Cuando corrí para levantarlo, parecía estar completamente muerto.

Pedí auxilio y, con mucha dificultad, lo volvimos en sí. Al revivir, por algunos instantes, solo habló incoherencias. Luego le practicamos una sangría y lo llevamos a su cama. Al otro día, por la mañana, ya se encontraba bastante recuperado, al menos en lo tocante a su salud física. Respecto a su mente, por supuesto, prefiero no pronunciarme. Evité a Wyatt durante el resto del viaje por consejo del capitán, quien parecía coincidir plenamente conmigo en cuanto a mi opinión acerca de su demencia, pero advirtiéndome que no comentara nada de esto con el resto de los pasajeros.

Inmediatamente después de este ataque de Wyatt, ocurrieron varios hechos que contribuyeron a aumentar la curiosidad que me poseía. Entre otras

cosas, la siguiente: había estado nervioso (bebí demasiado de un té verde bastante fuerte, lo que provocó que no durmiese bien en la noche; de hecho, podría decirse que durante dos noches no dormí en forma apropiada). Ahora bien, mi camarote daba al salón principal o comedor, según su uso, así como lo hacían todos los camarotes de los hombres que se encontraban solos a bordo. Las tres habitaciones de Wyatt se encontraban junto al salón posterior, que estaba separado del principal por una liviana puerta corrediza que nunca se dejaba cerrada, ni siquiera durante la noche. Como constantemente nos encontrábamos navegando con el viento en contra y la brisa era fuerte, el barco escoraba marcadamente hacia sotavento y, cada vez que su lado estribor se inclinaba en dicho sentido, la puerta corrediza que separaba el salón de las cabinas se deslizaba hasta abrirse y permanecía así, ya que nadie se daba el trabajo de levantarse y cerrarla. Pero mi camarote estaba situado de tal forma, que cuando tenía la puerta abierta al mismo tiempo que la puerta corrediza en cuestión (y mantenía mi propia puerta siempre abierta debido al calor), podía ver con claridad el salón posterior, e incluso también aquella zona donde se ubicaban los camarotes del señor Wyatt. Pues bien, durante dos noches (no consecutivas), mientras yacía despierto, vi como la señora W., alrededor de las once de cada noche, salía con precaución del camarote del señor W. y entraba al camarote extra, donde permanecía hasta el alba, momento en que su esposo la iba a buscar para traerla de vuelta. Que estaban virtualmente separados era algo evidente. Ocupaban habitaciones separadas, sin duda, esperando un divorcio más permanente; y en este hecho, luego de todo lo que había pasado por mi mente, residía el misterio del camarote extra.

Había otra circunstancia, asimismo, que acaparaba mi interés. Durante las dos noches en vela que ya he mencionado, e inmediatamente después de que la señora Wyatt entrara al camarote extra, mi atención fue atraída por ciertos ruidos apenas perceptibles, ruidos singulares y ahogados que provenían de la habitación de su esposo. Luego de escucharlos con detención por algún tiempo, al fin logré interpretar su significado perfectamente. Eran sonidos ocasionados por el artista al hacer palanca para abrir la caja oblonga, usando un escoplo y un mazo. Este último, aparentemente amortiguado por alguna cosa suave de lana o algodón que envolvía su parte superior.

De esta manera creí distinguir el momento exacto en que él conseguía levantar la tapa y, a su vez, también pude determinar cuándo la removía por

completo, a fin de depositarla sobre la litera inferior de su habitación. Logré darme cuenta de esto último, por ejemplo, gracias a ciertos golpes ligeros de la tapa al dar contra los bordes de madera que tenía la litera, esto mientras Wyatt intentaba por todos los medios dejarla caer muy suavemente, puesto que no había espacio en el piso. Tras esto seguía un hondo silencio, sin que escuchara nada más, en ninguna de las dos ocasiones, hasta casi el amanecer. Solo puedo mencionar un leve sollozo o un murmullo, contenido a tal punto, que era apenas audible, a menos que, en verdad, este último sonido no haya sido más bien producido por mi propia imaginación. Digo que parecía asemejarse a un sollozo o suspiro; pero, por supuesto, no podría haber sido ninguno de los dos. Más bien pienso que se trataba de un zumbido en mis propios oídos. No cabe duda que el señor Wyatt, como tenía por costumbre, estaba meramente dando rienda suelta a una de sus aficiones, dejándose llevar por uno de sus arrebatos de entusiasmo artístico. Así, abría su caja oblonga para festinar sus ojos con el tesoro pictórico que contenía. No obstante, en todo esto no había nada que pudiera llegar a hacerlo sollozar. Repito, por ende, que debe haber sido producto de mi imaginación, excitada por el té verde del buen capitán Hardy. Justo antes del amanecer, en cada una de las dos noches de que hablo, escuché con claridad cómo el señor Wyatt volvía a poner la tapa sobre la caja oblonga, y forzaba los clavos de regreso a sus antiguos agujeros por medio del mazo envuelto. Habiendo hecho esto, salía de su camarote, completamente vestido, y se dirigía hacia el otro camarote para ir a buscar a la señora W.

Llevábamos siete días en el mar y habíamos pasado el cabo Hatteras, cuando apareció un viento tremendamente fuerte del sudoeste. En alguna medida, estábamos preparados para ello, debido a que el clima había estado amenazante por algún tiempo. Todo estaba bien aparejado, navegábamos a toda vela y, a medida que el viento se hacía más intenso, nos dejamos llevar con dos rizos de la mesana cangreja y el trinquete.

En estas condiciones navegamos bastante seguros por cuarenta y ocho horas; el barco resultó estar excelentemente acondicionado para viajar por mar abierto y no hacía agua. No obstante, transcurridos estos dos días, el fuerte viento se transformó en huracán y nuestra vela de popa quedó hecha trizas. La magna tempestad trajo consigo tal cantidad de agua, que parecía como si navegásemos una multitud de mares prodigiosos, cada uno inmediatamente después del otro. Este accidente causó la pérdida de tres

hombres, que cayeron por la borda junto con la galera y casi todo el amurado a babor. Apenas habíamos recobrado nuestros sentidos, cuando el trinquete se hizo añicos, forzándonos a izar una vela de estay, con la cual pudimos resistir bastante bien por algunas horas, debido a que el barco lograba capear el mar con una estabilidad mucho mayor que antes.

Sin embargo, el vendaval continuaba y no daba señales de amainar. Se descubrió que la jarcia estaba mal puesta y demasiado tensa; y al tercer día de la tempestad, alrededor de las cinco de la tarde, un fuertísimo bandazo a barlovento hizo que nuestro palo de mesana cayera sobre la borda. Por una hora o quizás más, tratamos en vano de terminar de desprenderlo a causa del portentoso rido del barco; y, antes que lo lográsemos, el carpintero se apareció por la popa y anunció que había cuatro pies de agua en la sentina. Para hacer aún peor nuestro dilema, descubrimos que las bombas estaban ahogadas y casi inutilizables.

Todo era confusión y desesperación, pero se hizo un esfuerzo por aligerar el barco echando por la borda la mayor parte de la carga que podíamos sacar y cortando los dos mástiles que quedaban. Finalmente, logramos llevar todo esto a cabo, pero aún no podíamos hacer nada para reparar las bombas y, en el intertanto, el agua seguía aumentando con mucha rapidez.

Al atardecer, el vendaval había amainado bastante en cuanto a su violencia y, a medida que el mar también se calmaba, seguíamos manteniendo una leve esperanza de salvarnos gracias a los botes. A las ocho de la noche, las nubes se abrieron a barlovento y tuvimos la ventaja de que hubiese luna llena, lo cual fue un poco de buena suerte, que sirvió en gran manera para alegrar nuestros abatidos espíritus.

Finalmente, y luego de un arduo trabajo, pudimos botar al agua la chalupa a remos sin problemas y en ella embarcamos a toda la tripulación y a la mayoría de los pasajeros. Este grupo partió de inmediato y, después de sufrir muchísimo, arribó finalmente, a salvo, a la isla de Ocracoke, tres días después del naufragio.

A bordo quedábamos catorce pasajeros, contando al capitán, decididos a confiar nuestra suerte al botecito de popa. Lo bajamos sin dificultad, aunque únicamente debido a un milagro fue que impedimos que volcara al tocar el agua. Una vez a flote, nos embarcamos en él el capitán y su esposa, el señor Wyatt y su familia, un oficial mexicano con su esposa y sus cuatro hijos, y yo junto a mi criado negro.

De más está decir que no teníamos espacio para nada más que unos pocos instrumentos muy necesarios, algunas provisiones y la ropa que teníamos puesta. Nadie había siquiera pensado en intentar salvar alguna otra cosa. ¡Cuál no sería el asombro de todos, cuando, luego de habernos alejado unas pocas brazas del barco, el señor Wyatt se puso de pie en la popa y exigía descaradamente al capitán Hardy que el bote debía volver para que él pudiese embarcar su caja oblonga!

—Siéntese, señor Wyatt —contestó el capitán, algo severamente—, hará que el bote dé una vuelta de campana si no se sienta bien quieto. Nuestra borda se encuentra ahora casi a ras del agua.

—¡La caja! —vociferó el señor Wyatt, todavía en pie—. ¡La caja, le digo! Capitán Hardy, usted no puede, usted no va a negarse. No pesa casi nada, apenas nada. Por la madre que lo dio a luz, por amor al cielo, por su esperanza de salvación, ¡le imploro que vuelva a buscar la caja!

Por un momento, el capitán pareció conmovirse por las súplicas del artista, pero no demoró en recobrar su severa compostura.

—Señor Wyatt, usted está loco —respondió, sencillamente—. No voy a escucharlo. Le digo que se siente, o hará que el bote zozobre. Quédese ahí. ¡Sujétenlo, agárrenlo! ¡Está a punto de saltar al agua! Ah, ahí está. Lo venía venir. ¡Saltó al agua!

En efecto, mientras el capitán decía estas palabras, el señor Wyatt saltó del bote y, como todavía nos encontrábamos al amparo del barco naufragado, logró, gracias a un esfuerzo sobrehumano, agarrar una cuerda de las cadenas que colgaban a proa. Luego de un instante aparecía en la cubierta, corriendo frenéticamente hacia el camarote.

En el intertanto, habíamos sido arrastrados hacia la popa del barco, y encontrándonos sin la protección de su casco, quedamos a merced del impresionante y continuo oleaje. Hicimos un decidido esfuerzo por acercarnos nuevamente, pero nuestro pequeño bote era como una pluma en el soplo de la tempestad. Fue suficiente una mirada para comprobar que la condena de este desdichado artista estaba sellada.

A medida que nuestra distancia respecto del barco naufragado aumentaba con rapidez, vimos emerger al loco (porque solo así podíamos considerarlo), quien con una fuerza digna de un gigante, arrastró, haciendo uso únicamente de su físico, la caja oblonga. Mientras lo contemplábamos con un estupor extremo, dio rápidamente varias vueltas con una cuerda de tres pulgadas,

primero alrededor de la caja y luego alrededor de su cuerpo. Al instante siguiente, tanto el cuerpo como la caja caían al mar, desapareciendo repentinamente, de una vez y para siempre.

Por unos momentos, nos quedamos tristes, con nuestros remos inmóviles y con los ojos clavados en el aquel sitio. Finalmente, retomamos nuestros esfuerzos. Nadie habló durante una hora. Recién entonces, me aventuré a hacer un comentario:

—Capitán, ¿observó cuán repentinamente se hundieron? ¿No fue acaso algo bastante peculiar? Debo confesar que no perdí cierta débil esperanza de que se salvara al final, cuando vi que se ataba a la caja y se confiaba de este modo al mar.

—Por supuesto que se hundieron —contestó el capitán— y con la rapidez de un disparo. No obstante, volverán a subir a la superficie... Aunque no antes que la sal se disuelva.

—¡La sal! —exclamé.

—¡Shhh! —dijo el capitán, apuntando a la esposa y a las hermanas del difunto—. Ya hablaremos de estas cosas en algún momento más apropiado.

Sufrimos en demasía y escapamos por muy poco, pero la fortuna estuvo de nuestro lado, así como del lado de nuestros compañeros que se habían embarcado en la chalupa a remos. Desembarcamos a salvo, aunque más muertos que vivos, en la playa que está al frente de la isla Roanoke, luego de cuatro días de intensa aflicción. Nos quedamos ahí por una semana, pues no fuimos tratados mal por los raqueros, hasta que, finalmente, conseguimos viajar a Nueva York.

Aproximadamente un mes después del naufragio del Independence, me encontré con el capitán Hardy en Broadway. Naturalmente, nuestra conversación giró alrededor del desastre, en especial en lo tocante al triste destino del pobre Wyatt. De este modo, me enteré de los siguientes detalles:

El artista había reservado pasajes para sí mismo, su esposa, sus dos hermanas y una sirvienta. Su esposa era, en verdad, tal como él la había descrito: una mujer muy hermosa y muy talentosa. En la mañana del catorce de junio (el día en que visité el barco por primera vez), la dama enfermó repentinamente y murió. El joven esposo estaba desesperado y con una profunda pena, pero había circunstancias que le impedían imperativamente aplazar su viaje a Nueva York. Era necesario llevarle a su madre el cuerpo de su adorada esposa, y a su vez, no podía ignorar el muy conocido

prejuicio universal que no le permitiría hacerlo abiertamente. Nueve de cada diez pasajeros hubiesen abandonado el barco antes de verse en la situación de viajar junto al cuerpo de un muerto.

Frente a este dilema, el capitán Hardy consintió en que el cuerpo, previamente embalsamado en forma parcial y puesto en una abundante cantidad de sal dentro de una caja de dimensiones acordes, fuese transportado a bordo como mercancía. Nada sería dicho acerca de la muerte de la dama; pero, como se entendía que el señor Wyatt también había comprado un pasaje para su esposa, fue necesario que alguien hiciera las veces de ella durante el viaje. La criada de la difunta dama fue con facilidad convencida para desempeñar este papel. El camarote extra, originalmente contratado para esta joven, mientras su ama aún se encontraba con vida, solo se había conservado tal cual. En efecto, en este camarote dormía la pseudo-esposa cada noche. Durante el día ella asumía, en la medida de sus posibilidades, el papel de su ama, cuya persona, tal como había sido cuidadosamente corroborado, era desconocida para todos los pasajeros de a bordo.

Naturalmente, mi error nació a causa de un temperamento demasiado poco cuidadoso, demasiado curioso y demasiado impulsivo. Pero, desde entonces, es bastante raro que duerma profundamente por la noche. Hay un rostro que me asedia, no importa hacia dónde me vuelva. Y una risa histérica resonará para siempre en mis oídos.

Metzengerstein

*Pestis eram vivus moriens tua mors ero*³¹
Martín Lutero

El horror y la fatalidad han estado al acecho en todas las edades. ¿Para qué, entonces, atribuir una fecha a la historia que voy a contar? Basta con decir que durante el período al cual me refiero existía dentro de Hungría una creencia arraigada, aunque oculta, en las doctrinas de la metempsicosis. Nada diré acerca de las doctrinas mismas, esto es, de su falsedad o de su probabilidad. Sin embargo, afirmo que mucha de nuestra incredulidad, como lo señala La Bruyère al referirse a toda nuestra infelicidad, *vient de ne pouvoir être seuls*³².

Sin embargo, en algunos puntos, dicha superstición húngara rayaba en lo absurdo. Ellos, los húngaros, diferían absolutamente de sus autoridades orientales. Por ejemplo, “el alma”, afirmaban (cito aquí las palabras de un parisino agudo e inteligente) *ne demeure qu’un seul fois dans un corps sensible: au reste, un cheval, un chien, un homme même, n’est que la ressemblance peu tangible de ces animaux*³³.

Las familias Berlifitzing y Metzengerstein se hallaban enemistadas desde hacía siglos. Nunca antes dos casas tan ilustres habían estado enconadas a causa de una hostilidad tan mortal. De hecho, en la época en que transcurrió esta historia, todo esto había sido advertido por una vieja bruja de apariencia demacrada y siniestra, quien había señalado que “el fuego y el agua podrían llegar a mezclarse antes que un Berlifitzing estrechara la mano de un Metzengerstein”. El origen de esta enemistad parecía residir en las palabras de una antigua profecía: “Un augusto nombre caerá de manera aterradora cuando, cual jinete montado en su caballo, la mortalidad de Metzengerstein triunfe sobre la inmortalidad de Berlifitzing”.

Palabras que, seguramente, en sí mismas significaban poco o nada. Pero causas aún más triviales habían acarreado, y esto no hace mucho tiempo, consecuencias igualmente memorables. Además, las propiedades de ambas casas eran contiguas y habían ejercido una influencia rival por largo tiempo en lo que respecta a los asuntos de un atareado gobierno. Es más, los vecinos inmediatos pocas veces resultan ser amigos, y los habitantes del

castillo de Berlifitzing podían ver, desde sus elevados contrafuertes, las ventanas del palacio de Metzengerstein. La magnificencia más que feudal de este último no ayudaba a disipar los irritables sentimientos de los Berlifitzings, menos antiguos y menos adinerados. ¿De qué habíamos de asombrarnos, entonces, cuando las palabras, no importa cuán tontas, de aquella profecía, lograran poner y mantener en desacuerdo a dos familias que ya se encontraban predispuestas a pelear debido a todas las instigaciones de un celo heredado? La profecía parecía insinuar, si es que alguna cosa insinuaba, el triunfo final de la casa más poderosa, y, por supuesto, esta era recordada con la más amarga animosidad por los más débiles y menos influyentes.

Wilhelm, el conde de Berlifitzing, pese a que descendía de la nobleza, era, en la época en que transcurre la presente narración, un hombre anciano enfermizo y adorable, que solamente se hacía notar por una antipatía personal, excesiva e inveterada, hacia la familia de su rival, y por un amor muy apasionado por los caballos y la caza, a cuyos peligros ni sus achaques corporales, ni su avanzada edad, ni su incapacidad mental, le impedían dedicarse a diario.

Frederick, el barón de Metzengerstein, por otra parte, aún no era mayor de edad. Su padre, el ministro G., había muerto joven. Su madre, lady Mary, le había seguido muy pronto. En aquel tiempo, Frederick tenía quince años. En una ciudad, quince años no es mucha edad; un niño aún puede ser niño en su tercer lustro: pero en las tierras salvajes, en una tierra salvaje tan magnífica como la de aquel antiguo principado, quince años significan algo mucho más profundo.

¡La hermosa lady Mary! ¿Cómo podía haber muerto? ¡Y de tuberculosis! Mas debo decir que es un camino que he orado para yo pudiese seguir. Desearía que todos aquéllos a quienes amo murieran a causa de esta discreta enfermedad. ¡Cuán glorioso partir en medio del apogeo de la sangre joven, de la imaginación a todo fuego, en medio de recuerdos de días aún más felices durante el otoño, y así ser enterrado para siempre en las maravillosas hojas otoñales!

Así murió lady Mary. El joven barón Frederick se hallaba de pie junto al ataúd de su madre muerta sin estar acompañado por ningún pariente vivo. Posó la mano sobre su plácida frente. Ningún temblor estremeció su delicada figura, ningún suspiro surgió de su pecho ya rígido. Habiendo sido,

desde su infancia, un muchacho sin corazón, voluntarioso e impetuoso, había alcanzado la edad de la cual hablo en medio de una apresurada carrera de disipación sin sentimientos, licenciosa e imprudente; y una barrera había surgido hace ya bastante tiempo en el cauce de todos sus pensamientos respetables y sus dulces recuerdos.

Debido a algunas peculiares circunstancias que rodeaban la administración de su padre, luego de su muerte, el joven barón heredó sus vastas posesiones inmediatamente. Muy pocas veces un noble húngaro había sido dueño de tal cantidad de propiedades. Sus castillos no podían ser enumerados. El más grande, en cuanto a esplendor y extensión, era el castillo de Metzengerstein. El límite de sus dominios nunca había sido trazado con claridad, pero su parque principal comprendía un circuito de cincuenta millas.

Luego que el joven propietario, dueño de un carácter muy bien conocido, heredara una fortuna sin precedentes, fue muy fácil adivinar el probable curso de su conducta. Y, de hecho, por espacio de tres días, el comportamiento del heredero fue más herodista que el de Herodes, sobrepasando con creces las expectativas de sus admiradores más entusiastas. Su disipada manera de vivir, libertina y vergonzosa, traiciones flagrantes, atrocidades inauditas, hicieron comprender con rapidez a sus temblorosos vasallos, que ninguna sumisión servil de su parte ni ningún resto de conciencia por parte de su amo proporcionarían, de ahora en adelante, garantía alguna contra los despiadados colmillos de aquel mezquino Calígula. En la noche del cuarto día, se descubrió que las caballerizas del castillo de Berlifitzing se estaban incendiando, y la opinión unánime de los vecinos añadía la acusación de incendiario a la ya espantosa lista de las fechorías y enormidades del barón.

Mas durante el tumulto ocasionado por lo acontecido, el joven noble se hallaba, aparentemente meditando, en una amplia y desolada habitación superior del palacio familiar de Metzengerstein. Las ricas, aunque desteñidas, colgaduras de tapicería que cubrían lúgubramente las murallas, representaban imágenes sombrías y majestuosas de mil ancestros ilustres. Aquí, sacerdotes de manto de armiño y dignatarios pontificios, familiarmente sentados junto al autócrata y al soberano, vetaban los deseos de un rey temporal, o contenían el cetro rebelde del archienemigo con el edicto de la supremacía papal. Allí, las altas y oscuras estatuas de los príncipes de Metzengerstein, montados en sus fornidos caballos de guerra,

precipitándose sobre los cadáveres de los enemigos caídos, sobresaltaban incluso a aquellos dueños de nervios de acero con su expresión vigorosa; y aquí, una vez más, las figuras voluptuosas, y semejantes a cisnes, de aquellas damas de antaño, flotaban en los laberintos de una danza irreal, al compás de una melodía imaginaria.

Pero mientras el barón escuchaba, o fingía escuchar, el alboroto que paulatinamente aumentaba en las caballerizas de Berlifitzing, o quizás mientras reflexionaba en un acto más nuevo, un acto de mayor audacia, inconscientemente sus ojos quedaban absortos en la figura de un caballo enorme y de color poco natural, representado en la tapicería como perteneciente a un ancestro sarraceno de la familia de su rival. El caballo mismo, en el primer plano del diseño, permanecía sin movimiento y semejante a una estatua, mientras que más atrás su desconcertado jinete moría a merced de la daga de un Metzengerstein.

Se dibujó en los labios de Frederick una expresión diabólica, al darse cuenta de lo que sus ojos contemplaban, no teniendo conciencia de aquello. Sin embargo, no cambió su vista de lugar. Por el contrario, no podía explicar de modo alguno la abrumadora ansiedad que surgió en él, cayendo como un paño mortuorio sobre sus sentidos. Tuvo dificultad en conciliar sus sentimientos soñadores e incoherentes con la certeza de que estaba despierto. Mientras más miraba fija y largamente, más absorbente se tornaba aquel encantamiento y más imposible parecía que alguna vez pudiera quitar su mirada de la fascinación de aquella tapicería. Pero como afuera el tumulto se comportaba progresivamente en forma cada vez más violenta, logró con un penoso esfuerzo desviar su atención del resplandor rojizo de una luz proyectada de lleno por las caballerizas en llamas sobre las ventanas de la habitación.

No obstante, aquello fue momentáneo y su vista retornó mecánicamente a la muralla. Para su indescriptible horror y asombro, en el intertanto, la cabeza del gigantesco corcel había cambiado de posición. El cuello del animal, que previamente se encontraba arqueado como en un gesto de compasión sobre el cuerpo postrado de su amo, ahora estaba extendido por completo en dirección al barón. Los ojos, antes invisibles, tenían una expresión enérgica y humana, brillando con un rojo ardiente y poco común; y los labios distendidos, del aparentemente enfurecido caballo, dejaban a la vista sus gigantescos y desagradables dientes.

Estupefacto de terror, el joven aristócrata se dirigió a los tumbos hacia la puerta. Mientras la abría con rapidez, un destello de luz roja, inundando la habitación, proyectó con claridad su sombra contra la temblorosa tapicería, y el barón se estremeció al advertir que la sombra, mientras él se tambaleaba por un momento en el umbral, asumía la posición exacta y llenaba con precisión el contorno del triunfante asesino del sarraceno Berlifitzing.

Para aliviar la depresión de su espíritu, el barón corrió rumbo al aire libre. En la puerta principal del palacio se encontró con tres escuderos. Con mucha dificultad, y ante el inminente peligro que corrían sus vidas, estaban tratando de contener los convulsivos saltos de un gigantesco caballo del color del fuego.

—¿De quién es este caballo? ¿De dónde lo sacaron? —exigió saber el joven, en un tono de voz quejumbroso y ronco, dándose cuenta de inmediato que el misterioso corcel de la tapicería de la habitación era la réplica exacta del furioso animal que se encontraba ante sus ojos.

—Le pertenece a usted, señor —respondió uno de los escuderos—, puesto que no ha sido reclamado por ninguna otra persona. Lo atrapamos cuando huía, echando humo y espuma en forma rabiosa por la boca, desde las caballerizas en llamas del castillo de Berlifitzing. Suponiendo que pertenecía al criadero de caballos extranjeros del viejo conde, lo llevamos de vuelta a aquel lugar. Pero allí los mozos nos aseguraron que no habían visto nunca antes a la criatura, lo cual es extraño, puesto que tiene marcas evidentes de haber escapado apenas de las llamas.

—Asimismo, las letras W. V. B. están claramente marcadas en su frente —interrumpió otro de los escuderos— y, por supuesto, supuse que eran las iniciales de Wilhelm Von Berlifitzing. Pero todos en el castillo insistían en estar seguros negando cualquier relación con el caballo.

—¡Esto es muy raro! —dijo el joven barón, con aire pensativo y aparentemente sin estar consciente del sentido de sus palabras—. Tal como ustedes lo señalan, es un caballo extraordinario. ¡Un caballo prodigioso! Aunque, como observan ustedes con justicia, es dueño de un carácter suspicaz y obstinado; no obstante, déjenmelo —y luego, después de una pausa, añadió—, quizás un jinete de la talla de Frederick de Metzengerstein llegue a domar incluso al diablo de las caballerizas de Berlifitzing.

—Usted está equivocado, mi señor. El caballo, tal como creo que ya le hemos dicho, no pertenece a las caballerizas del conde. Si ese hubiera sido

el caso, conocemos nuestro deber demasiado bien como para traerlo a la presencia de un noble de su familia.

—¡Es verdad! —observó secamente el barón.

En ese mismo instante, un paje de la antecámara llegó desde el palacio con el rostro lleno de agitación y a paso precipitado. Se acercó al oído de su amo para susurrarle acerca de la repentina desaparición de una pequeña porción de la tapicería de cierta habitación, entrando, al mismo tiempo, en detalles precisos y circunstanciales. Pero debido al bajo tono de voz en que hablaba, la agitada curiosidad de los escuderos no pudo ser satisfecha.

Durante el relato, el joven Frederick parecía agitado por emociones varias. Sin embargo, pronto recobró la compostura, y una expresión resuelta de malignidad se fijó sobre su semblante, dando órdenes perentorias para que la habitación en cuestión fuese cerrada de inmediato y para que luego le trajesen la llave a él.

—¿Ha escuchado usted la noticia de la infeliz muerte del viejo cazador Berlifitzing? —le preguntó uno de sus vasallos al barón, quien, luego de la partida del paje, había adoptado como suyo al enorme corcel. Y este, mientras lo llevaban por la larga avenida que se extendía desde el castillo hasta las caballerizas de los Metzengerstein, saltaba y corcoveaba con redoblada furia.

—¡No! —dijo el barón, dándose vuelta en forma abrupta hacia quien le hablaba—. ¡Muerto! ¿Eso dices?

—Así es, mi señor. Me imagino que, para un noble que ostenta su nombre, esto no debe ser una mala noticia.

Una sonrisa rápida cruzó el rostro de quien oía.

—¿Cómo murió?

—Murió miserablemente entre las llamas, en sus desesperados esfuerzos por rescatar parte de sus sementales de cacería favoritos.

—¡Y-a l-o c-r-e-o! —exclamó el barón, como si la verdad de una idea apasionante lo hubiera impactado lenta y deliberadamente.

—Ya lo creo —repitió el vasallo.

—¡Qué espanto! —dijo el joven, con calma, y se volvió en silencio hacia el castillo.

A partir de este día, hubo un cambio marcado en la conducta exterior del disoluto y joven barón Frederick Von Metzengerstein. Ciertamente, su comportamiento echó por tierra todas las expectativas, y se mostró en

desacuerdo con las esperanzas de muchas madres de hijas en edad de casarse; mientras que, a la vez, sus hábitos y su manera de ser, incluso menos que antes, no congeniaban en absoluto con los de la aristocracia circundante. Nunca se le veía más allá de los límites de su propio dominio, y, en este mundo vasto y social, permanecía sin ningún acompañante, con excepción, a decir verdad, de aquel extraño caballo, impetuoso y de color ígneo, que montaba continuamente, y que tenía algún misterioso derecho de ser llamado su amigo.

No obstante, de vez en cuando, y por un largo tiempo, le llegaron al barón numerosas invitaciones por parte de sus vecinos: “¿Honraré el barón nuestros festivales con su presencia?” “¿Nos acompañará el barón a cazar un jabalí?” Pero las altaneras y lacónicas respuestas siempre eran: “Metzengerstein no caza” o “Metzengerstein no asistirá”.

Aquellos repetidos insultos no podían ser tolerados por una imperiosa nobleza. Tales invitaciones se hicieron menos cordiales y menos frecuentes, hasta que, con el paso del tiempo, cesaron por completo. Incluso se le escuchó a la viuda del desafortunado conde Berlitzing expresar la esperanza de que “puede que el barón se quede en su casa aún cuando no quiere estar en ella, puesto que desdeña la compañía de sus pares, y que monte a caballo cuando no quiere montar, debido a que prefiere la compañía de un caballo”. Esto, por cierto, se trataba de un estallido muy tonto de despecho heredado, y solamente probaba cuán inapropiados son nuestros dichos cuando deseamos que sean especialmente enérgicos.

Sin embargo, los más caritativos atribuían el cambio en la conducta del joven noble a la profunda pena natural de un hijo que pierde prematuramente a sus padres, olvidando, eso sí, su conducta atroz e imprudente durante el breve período que siguió inmediatamente a dichas muertes. De hecho, había algunos que sugerían que poseía una idea demasiado altanera de su propia dignidad. Incluso otros (entre ellos cabe mencionar al médico de la familia) no vacilaban en hablar de una melancolía morbosa y de mala salud hereditaria. A su vez, entre la multitud, eran comunes las insinuaciones oscuras y de una naturaleza aún más equívoca.

Ciertamente, el perverso apego del barón a su recién adquirido caballo, un apego que parecía renovar su fuerza con cada nueva prueba que daba el animal de sus tendencias feroces y casi demoníacas, terminó volviéndose un

fervor horroroso y antinatural a la vista de todos los hombres sensatos. Bajo el resplandor del mediodía y en la oscuridad de la noche, enfermo o en buena salud, con buen tiempo o tormenta, el joven Metzengerstein parecía estar clavado en la montura de aquel colosal caballo, cuyas inextricables audacias coincidían tan bien con su propio espíritu.

Además, había circunstancias que, asociadas a los últimos sucesos, le daban un carácter sobrenatural y portentoso a la manía del jinete y a las aptitudes del corcel. Se había medido con exactitud la longitud de uno de sus únicos saltos, y se había descubierto que excedía de modo asombroso las más descabelladas conjeturas imaginables. El barón, además, no le había dado ningún nombre al animal, a pesar de que en su colección todo el resto se distinguía por apelativos característicos. Asimismo, su caballeriza fue erigida lejos de las demás; y con respecto a su cepillado y otras tareas necesarias, solamente el dueño en persona osaba realizarlas, e incluso entrar en el recinto de esa caballeriza en particular. También se podía observar que, pese a que los tres mozos de cuadra, quienes habían atrapado al corcel mientras este huía del incendio en la casa de los Berlitzing, habían logrado contenerlo y detener su curso por medio de una cadena y un lazo; ninguno de los tres podía afirmar con certeza alguna que, durante esa peligrosa lucha o en ningún momento después de ella, hubiera podido en verdad posar su mano sobre el cuerpo de la bestia. Aun si hay instancias de peculiar inteligencia en la conducta de un caballo noble y brioso, estas no pueden ser consideradas como capaces de despertar una atención más allá de lo razonable, especialmente entre hombres que se entrenaban a diario en todo lo relativo a la caza. Puede que parecieran estar familiarizados con la sagacidad de un caballo, pero ciertas circunstancias se imponían por la fuerza aun sobre aquéllos más escépticos y flemáticos; y se dice que hubo momentos en que el animal causó que la boquiabierta muchedumbre, que se encontraba alrededor, retrocediera horrorizada ante el profundo y admirable significado de su terrible coqueo, momentos en que el joven Metzengerstein empalidecía y huía de la mirada rápida e inquisitiva de aquellos fervientes ojos casi humanos.

No obstante, en toda la comitiva del barón, no se encontró a nadie que dudara de la pasión de aquel extraordinario afecto que el joven noble sentía por las fogosas cualidades de su caballo; nadie, excepto un pequeño paje insignificante y deforme, cuyas deformidades molestaban a todo el mundo y

cuyas opiniones carecían de toda importancia. Aquel paje, si sus ideas merecen ser mencionadas, tenía la desfachatez de afirmar que su amo nunca subía a la montura sin un estremecimiento inexplicable y casi imperceptible, y que al volver de cada una de sus largas y acostumbradas cabalgatas, una expresión de malignidad triunfal deformaba cada músculo de su semblante.

Una noche tempestuosa, Metzengerstein, habiéndose despertado de un pesado sueño, bajó como un maníaco desde su habitación y, montando en su caballo con muchísima prisa, se lanzó hacia los laberintos del bosque. Una conducta tan común en el barón no atrajo ninguna atención particular, pero sus empleados esperaban su regreso con intensa ansiedad, cuando, luego de algunas horas de ausencia, se descubrió que las estupendas y magníficas almenas del castillo de Metzengerstein estaban crujiendo y meciéndose hasta sus mismos cimientos, bajo la influencia de una masa densa y furiosa de fuego ingobernable.

Cuando notaron las llamas por primera vez, estas ya habían avanzado de una manera tan espantosa, que todos los esfuerzos por salvar cualquier porción del edificio eran evidentemente inútiles. Con rapidez, los perplejos vecinos se concentraron alrededor en silencioso y patético asombro. Pero un nuevo y aterrador hecho acaparó la atención de la multitud de forma repentina, demostrando cuánto más intensa es la excitación que provoca en los sentimientos de una muchedumbre el contemplar la agonía humana, que aquel que proporcionan los espectáculos más horrorosos de la materia inanimada.

Subiendo por la larga avenida de antiguos robles que llevaba desde el bosque a la entrada principal del castillo de Metzengerstein, se vio venir un corcel, montado por un jinete desaliñado y sin sombrero, dando saltos con una impetuosidad que llegaba a aventajar al mismísimo Demonio de la Tempestad, provocando que todos aquellos que miraban estupefactos exclamaran:

—¡Qué horroroso!

La carrera del jinete, sin lugar a dudas, no dependía en forma alguna de su control. La agonía de su semblante y la convulsiva lucha de su cuerpo, mostraban su esfuerzo sobrehumano; pero ningún sonido, salvo un alarido solitario, escapó de sus lacerados labios, los cuales había mordido hasta lo más profundo en medio de la intensidad de su terror. Luego de un instante, el traqueteo de los cascos del corcel retumbó brusca y estridentemente sobre

el rugir de las llamas y el aullido de los vientos; transcurrió otro instante y, con un solo salto, el animal franqueó la puerta y el foso. Entonces, el corcel subió a lo alto de las escaleras del palacio, que estaban a punto de desplomarse y, junto a su jinete, desapareció en medio del torbellino de aquel fuego caótico.

La furia de la tempestad cesó de inmediato, y una calma hosca y profunda vino a continuación. Una llama blanca aún envolvía al edificio como una mortaja, brillando con un resplandor de luz sobrenatural, que llegaba hasta muy lejos en la quieta atmósfera; al tiempo que una nube de humo se asentaba sobre las almenas, formando la nítida y colosal figura de... un caballo.

Morella

Existe eterna y absolutamente por sí misma y en sí misma.

Platón, *El banquete*.

Fue un sentimiento de profundo y del más singular afecto el que guardaba por mi amiga Morella. Habiendo sido, muchos años atrás, arrojado por accidente a su mundo, desde nuestro primer encuentro mi alma ardió con fuegos que nunca había experimentado antes; pero los fuegos no eran los de Eros, y amarga y tortuosa a mi espíritu era la convicción gradual de que no podría, de ninguna manera, definir su significado insólito ni regular su vaga intensidad. Así y todo nos encontramos; el destino nos juntó en el altar, pero nunca hablé de pasión ni pensé en amor. Ella, sin embargo, huyó de la sociedad y apegándose únicamente a mí, me hizo feliz. Es una felicidad maravillarse, es una felicidad soñar.

La erudición de Morella era profunda. Mientras viva podré decir que su talento no pertenecía al orden común; el poder de su mente era gigantesco. Estuve consciente de esto y, en muchos asuntos, me volví su discípulo. No obstante, pronto descubrí que, quizás debido a su educación en Presburgo, exponía ante mí un número de esos escritos místicos que son a menudo considerados como la mera escoria de la literatura alemana temprana. Estos, por alguna razón que no puedo imaginar, eran sus favoritos y, además, objeto constante de su estudio, y que en el transcurso del tiempo también se volvieran los míos, debe atribuirse a la simple pero eficaz influencia del hábito y el ejemplo.

En todo ello, si no me equivoco, mi razón tenía poco que ver. Mis convicciones, a menos que caiga en un error, no se basaban de manera alguna en el ideal, y ningún tinte del misticismo de mis lecturas podía ser descubierto, a menos que me equivoque enormemente, ni en mis acciones ni en mis pensamientos. Persuadido de esto, me abandoné sin reservas a la guía de mi esposa y me sumergí con el corazón inquebrantable en las complejidades de sus estudios. Entre ellos, aunque entonces, mientras estudiaba minuciosamente páginas prohibidas, sentía un espíritu prohibido levantándose dentro de mí, Morella posaba su mano fría sobre la mía, y hacía surgir desde las cenizas de una filosofía muerta algunas palabras

profundas, singulares, cuyo extraño significado se grababa a fuego en mi memoria. Y así, hora tras hora, permanecía a su lado sumido en la música de su voz, hasta que finalmente su melodía se contaminaba con terror, y una sombra caía sobre mi alma, y empalidecía y me estremecía por dentro ante aquellos tonos tan sobrenaturales. Y de este modo, el gozo se desvanecía súbitamente en el horror, y lo más bello se volvía lo más monstruoso, así como el Hinón se volvió la Gehena³⁴.

No es necesario establecer el carácter exacto de aquellas disquisiciones que, surgidas a partir de los volúmenes que he mencionado, constituyeron por largo tiempo casi el único tema de conversación entre Morella y yo. Para los eruditos, en lo que podría calificarse como moral teológica, estas les resultarán rápidamente familiares, mientras los no entendidos, con seguridad, comprenderán muy poco. El panteísmo salvaje de Fichte, la palingenesia modificada de los pitagóricos y, sobre todo, las doctrinas de la identidad impulsadas por Schelling, eran generalmente los puntos de discusión que ofrecían la mayor belleza para la imaginativa Morella. Según mi parecer, esta identidad denominada personal, ha sido definida con precisión por el Locke, estableciendo que consiste en la cordura del ser racional. Y puesto que por persona entendemos una esencia inteligente dotada de razón, y debido a que hay una conciencia que siempre acompaña al pensamiento, ella es la que nos hace a todos ser lo que llamamos nosotros mismos, distinguiéndonos así de los otros seres que piensan y otorgándonos nuestra identidad personal. Pero el *principium individuationis*, la noción de aquella identidad que al momento de la muerte se pierde o no para siempre, fue para mí, en todo momento, un tema del más intenso interés, causado tanto por la naturaleza desconcertante y excitante de sus consecuencias, como por la manera notoria y agitada con que Morella se refería a ellas.

Mas en verdad llegó un momento en que el misterio del carácter de mi esposa me oprimió como un maleficio. Ya no podía soportar el contacto de sus pálidos dedos, ni el tono profundo de su lenguaje melodioso, ni el brillo de sus ojos melancólicos. Ella se dio cuenta de todo esto, pero no me fustigaba; parecía consciente de mi debilidad o de mi locura, y, sonriendo, lo denominó destino. Parecía también consciente de un motivo, desconocido para mí, de la alienación gradual de mi afecto, pero no me dio ninguna pista ni señal de su índole. Sin embargo, ella era mujer y languidecía de añoranza

día tras día. Con el tiempo, la mancha carmesí se fijó definitivamente en su mejilla y las venas azules de su pálida frente se volvieron prominentes; y en un instante mi naturaleza se deshacía en compasión, pero tan pronto encontraba yo la mirada de sus ojos pensativos, mi alma enfermaba y se llenaba de vértigo, como el vértigo de alguien que mira largamente hacia el fondo de algún abismo lúgubre e insondable.

¿Debiera decir, entonces, que anhelé con un deseo fervoroso y consumidor el momento de la muerte de Morella? Así fue; pero su espíritu frágil se aferró a su envoltura de arcilla por muchos días, durante muchas semanas y meses tediosos, hasta que mis torturados nervios dominaron mi mente y me enfurecí por la demora; y así, con el corazón de un demonio, maldije los días, las horas y los amargos momentos que parecían prolongarse y prolongarse, mientras su delicada vida declinaba como las sombras al ocaso del día.

Pero una noche de otoño, cuando los vientos permanecían quietos en el cielo, Morella me llamó a su cabecera. Había una tenue bruma cubriendo la tierra y un cálido resplandor sobre las aguas, y entre las abundantes hojas de octubre del bosque, un arco iris había bajado ciertamente del firmamento.

—Este es el día de los días —dijo mientras me aproximaba—, un día entre todos los días para vivir o para morir. Es un hermoso día para los hijos de la tierra y de la vida... ¡Ah, más hermoso para las hijas del cielo y de la muerte!

La besé en la frente, y ella continuó:

—Me estoy muriendo, pero he aquí que viviré.

—¡Morella!

—Nunca existieron los días en que pudieses amarme; pero a aquella a quien en vida aborreciste, vas a adorar en la muerte.

—¡Morella!

—Repito que me estoy muriendo. Pero dentro de mí está la promesa de aquel afecto (¡ah, cuán poco fue!) que tú sentiste por mí, Morella. Y cuando mi espíritu parta, el niño vivirá, hijo tuyo y mío, de Morella. Pero tus días serán días de dolor, aquel dolor que es la más imperecedera de las impresiones, así como el ciprés es el más perdurable de los árboles. Porque las horas de tu felicidad han terminado, y el gozo no se cosecha dos veces en la vida, como las rosas de Paestum dos veces en un año. Entonces, ya no jugarás con el tiempo como el poeta de Teos, sino que, siendo ignorante del

mirto y de la vid, cargarás contigo tu mortaja en la Tierra, tal como lo hacen los musulmanes en La Meca.

—¡Morella! —grité— ¡Morella! ¿Cómo supiste esto? —Pero ella volvió su cara sobre la almohada y un ligero temblor recorrió sus miembros y murió, y no oí nunca más su voz.

No obstante, tal como ella lo había predicho, su bebé, a quien había dado a luz mientras moría, y quien no respiró sino hasta que su madre dejó de hacerlo, su bebé, una hija, vivió. Y ella creció extrañamente en estatura e intelecto, y era la semblanza perfecta de aquella que había partido, y la amé con un amor más ferviente del que creí haber podido sentir por cualquier habitante de la tierra.

Pero, en poco tiempo, se oscureció el cielo de este afecto puro y fue cubierto por nubes de penumbras, horror y pesar. Ya he dicho que la niña crecía extrañamente en estatura e intelecto. Extraño, ciertamente, era el rápido desarrollo de su talla corporal, pero terribles, ¡ah!, terribles eran los tumultuosos pensamientos que me abrumaban mientras observaba el desarrollo de su mente. ¿Podría haber sido distinto, cuando diariamente descubría en las nociones de la niña los poderes adultos y las facultades de la mujer; cuando las lecciones de la experiencia brotaban de los labios de la infancia; y cuando a toda hora encontraba la sabiduría o las pasiones de la madurez centelleando en sus ojos grandes y reflexivos? Cuando todo esto llegó a ser evidente para mis consternados sentidos, cuando ya no pude escondérselo a mi alma, ni alejarla de aquellas evidencias que la estremecían, ¿es de asombrarse que tales sospechas, de naturaleza aterradora y alborotada, se deslizaran en mi espíritu, o que mis pensamientos retrocedieran horrorizados ante las descabelladas historias y las teorías sobrecogedoras de Morella, quien yacía en la tumba? Así, pues, arranqué del escrutinio del mundo a un ser a quien el destino me había obligado a adorar, y en la estricta reclusión de mi casa, cuidé con una ansiedad agonizante todo aquello que tenía que ver con la amada.

Pasaron los años y mientras contemplaba, día tras día, su rostro sagrado, suave y elocuente, e iba vertiéndose en él su forma madura, descubrí, día tras día, nuevos puntos de semejanza entre la niña y su madre: la melancólica y la muerta. Y a cada hora se hacían más oscuras estas sombras de similitud, más plenas, más ciertas, más desconcertantes y más odiosamente terribles en su aspecto. Porque podía soportar que su sonrisa

fuera como la de su madre, pero luego me estremecía ante una identidad demasiado perfecta; podía soportar que sus ojos fueran como los de Morella, pero luego ellos también, a menudo, penetraban en las profundidades de mi alma con la impresionante intensidad desconcertante de la propia Morella. Fue así, en el contorno de su frente amplia, y en los rizos de su cabello sedoso, y en los pálidos dedos que se hundían en él, en el triste tono musical de su hablar, y sobre todo –ah, sobre todo– en las frases y expresiones de la muerta en los labios de la amada, que vivía, como encontré alimento para pensamientos consumidores y el horror, para un gusano que no moriría.

De este modo pasaron dos lustros de su vida, y hasta entonces mi hija permaneció sin nombre sobre la tierra. “Hija mía” y “amor mío” eran los apelativos usualmente motivados por el afecto de un padre, y la rígida reclusión de sus días impidió toda otra relación. El nombre de Morella había muerto con ella. Nunca hablé de la madre con la hija, era algo imposible de hablar. A decir verdad, durante el breve período de su existencia, esta última no había recibido impresiones del mundo exterior, salvo aquellas que pudieran haber sido adquiridas en los estrechos límites de su privacidad. Pero al fin vino a mi mente, en su condición nerviosa y turbada, la ceremonia del bautismo, como una liberación presente de los terrores de mi destino. Y en la pila bautismal titubeé buscando un nombre. Y muchos nombres de los sabios y hermosos, de tiempos antiguos y modernos, de tierras lejanas y de la mía propia, acudieron como una multitud a mis labios, con muchos, muchos nombres perfectos de los gentiles, los felices y los bondadosos. ¿Qué me llevó entonces a perturbar la memoria de los muertos y sepultados? ¿Qué demonio me instó a emitir aquel sonido, cuya sola mención acostumbraba hacer fluir en torrentes la sangre purpúrea desde las sienas al corazón? ¿Qué espíritu maligno habló desde lo más recóndito de mi alma, cuando entre aquellos pasillos oscuros, y en el silencio de la noche, susurré en los oídos de aquel santo varón las sílabas Mo-re-lla? Y comenzando con ese sonido apenas audible, algo peor que un demonio convulsionó las facciones de mi niña y las cubrió con tonos de muerte, y entonces ella volvió sus ojos vidriosos desde la tierra al cielo, y cayendo postrada en las losas negras de nuestra cripta familiar, respondió:

–¡Heme aquí!

Nítidos, con frialdad, decididos y calmados, cayeron estos simples sonidos

a mis oídos, y desde allí rodaron como plomo líquido dentro de mi cerebro. Los años, los años pueden pasar, pero el recuerdo de aquel momento nunca pasará. Ciertamente no era ignorante de las flores y la vid, pero la cicuta y el ciprés me eclipsaron de noche y de día. Así, no guardé registro del tiempo ni del espacio, y en el cielo las estrellas de mi destino se apagaron, y entonces la tierra se volvió oscura, y sus siluetas pasaron a mi lado como sombras revoloteando, y entre ellas solo contemplé una: Morella. Los vientos del firmamento no soplaron sino un sonido a mis oídos, y las olas del mar murmuraban eternamente: Morella. Pero ella murió, y con mis propias manos la cargué a la tumba; y lancé una carcajada larga y amarga al no encontrar rastros de la primera en la fosa donde deposité a la segunda.

El *cottage* de Landor

Durante una excursión a pie que hice el verano pasado, por uno o dos de los condados fluviales de Nueva York, me encontré, hacia el final del día, algo desorientado con respecto al camino que debía seguir. La tierra se ondulaba de un modo verdaderamente sorprendente; y mi sendero, durante el transcurso de la última hora, había dado tantas y tantas vueltas, y de una manera tan confusa, en su esfuerzo por mantenerse en los valles, que perdí toda noción acerca de la dirección en que se encontraba la dulce aldea de B..., donde había decidido pasar la noche. El sol apenas había brillado, en el más estricto sentido de la palabra, durante el día, aunque había estado desagradablemente caluroso. Una neblina humeante, parecida a la del verano indio, envolvía todas las cosas, lo cual, por supuesto, provocaba que mi incertidumbre aumentara. No es que este asunto me preocupara mucho. Si no llegaba a la aldea antes del atardecer, o incluso antes de que se hiciera de noche, era casi seguro que pronto aparecería una pequeña casa rural holandesa o algo por el estilo; aunque, de hecho, la zona (quizás por ser más pintoresca que fértil) contaba con muy pocos habitantes. En cualquier caso, con mi mochila como almohada y mi sabueso como centinela, acampar al aire libre era exactamente el tipo de cosa que me entretendría. Por lo tanto, seguí paseando a mis anchas, mientras Ponto se hacía cargo de mi escopeta, hasta que al fin, justo cuando había comenzado a considerar si los numerosos y pequeños claros que se abrían aquí y allá eran auténticos senderos o no, fui conducido por uno de ellos hasta llegar a un innegable camino carretero. No podía estar equivocado. Las huellas de ruedas ligeras eran evidentes, y pese a que había arbustos altos y llenos de maleza, que se entrecruzaban más arriba, no había obstáculos de ningún tipo bajo ellos, ni siquiera para el paso de un carro montañés de Virginia, el vehículo más ambicioso de su clase, en mi opinión. Sin embargo, el camino, salvo por el hecho de que se abría paso a través del bosque –si la palabra bosque no es demasiado exagerada para referirse a un grupo tan pequeño de árboles frágiles y livianos– y excepto por los detalles de las evidentes huellas de ruedas, no guardaba semejanza alguna con cualquier camino que yo hubiese visto hasta entonces. Las huellas de las cuales hablo eran apenas

perceptibles, habiendo sido estas impresas sobre la superficie firme, pero agradablemente húmeda, de aquello que se parecía más a un terciopelo genovés que a ninguna otra cosa. Evidentemente, se trataba de pasto, pero pasto como el que rara vez vemos fuera de Inglaterra, tan corto, tan denso, tan parejo y de un color muy vívido. No había ni un solo obstáculo en la vía de las ruedas, ni siquiera una astilla o una ramita muerta. Las piedras que alguna vez obstruyeran el camino habían sido puestas con cuidado, no arrojadas simplemente a cada orilla del camino, con el propósito de demarcar bien sus límites, con una definición que era en parte precisa y en parte negligente, pero absolutamente pintoresca. Había grupos de flores silvestres creciendo por todas partes, exuberantes, en los intervalos.

Por supuesto, no sabía qué concluir acerca de todo esto. Sin duda alguna que allí había arte, lo cual no me sorprendía, pues todos los caminos, en el sentido común y corriente, son obras de arte. Tampoco puedo decir que hubiera mucho de lo cual maravillarse en el simple exceso de arte manifestado. Todo lo que parecía haber sido hecho, había sido llevado a cabo aquí –con tal profusión de “recursos” naturales (como dicen los libros acerca de jardinería paisajística)– mediante muy poco trabajo y gasto. No, no era la cantidad, sino el carácter del arte lo que provocó que me sentara en una de las piedras floridas y contemplara absorto, con admiración, de arriba abajo y durante media hora, o quizás más, esta avenida, que parecía como de hadas. Una cosa se me hizo más y más evidente a medida que la contemplaba: un artista, uno con un escrupuloso sentido de la forma, había dirigido y dispuesto todos estos arreglos. A su vez, había tomado el mayor cuidado para lograr conservar un debido equilibrio entre lo prolijo y lo gracioso, por una parte, y lo *pittoresque*, en el verdadero sentido italiano del término, por la otra. Había pocas líneas rectas y ninguna larga y continua. El mismo efecto de curvatura o de color aparecía dos veces, por lo general, aunque no a menudo, en cada mirador. Por todas partes había variedad en la uniformidad. Era una pieza de “composición”, a la que el gusto del crítico más exigente apenas hubiese podido sugerir una enmienda.

Había doblado hacia la derecha al tomar aquel camino, y ahora, al salir de él, continué en la misma dirección. El sendero era tan sinuoso, que en ningún momento podía yo anticipar su curso más allá de dos o tres pasos. Su aspecto no sufría ningún cambio material.

En ese momento, llegaba suavemente hasta mis oídos el murmullo del

agua y, pocos instantes después, mientras caminaba por la curva más abrupta del camino al que había llegado, noté que un edificio de alguna especie se encontraba justo delante de mí, a los pies de un suave declive. No podía ver nada con claridad, pues una niebla llenaba todo el pequeño valle que estaba abajo. Sin embargo, una suave brisa se levantó al mismo tiempo que el sol descendía y, mientras permanecía de pie en la cima de la cuesta, la niebla gradualmente comenzó a disiparse en espirales y flotó de este modo sobre el paisaje.

A medida que todo se hacía visible, aunque de forma gradual, tal como lo describo, parte por parte, un árbol por aquí, un resplandor de agua por allá, y luego, por aquí nuevamente, la punta de una chimenea, apenas podía evitar imaginarme que todo esto se trataba de una de esas ingeniosas ilusiones que a veces se exhiben bajo el nombre de “imágenes fugitivas”.

Sin embargo, para cuando la niebla hubo desaparecido por completo, el sol ya había descendido detrás de las suaves colinas y, desde allí, por medio de un sutil paso hacia el sur, se había presentado nuevamente ante la vista, resplandeciendo con un brillo púrpura a través de un barranco, que se abría al valle desde el oeste. Por lo tanto, de repente y como por arte de magia, el valle entero, y lo que había en él, se hizo brillantemente visible.

Lo primero que pude vislumbrar, a medida que el sol se deslizaba hacia la posición descrita, me impresionó muchísimo, tal como en ocasiones lo había hecho, cuando era un niño, la escena final de algún espectáculo de teatro o melodrama bien llevado a cabo. Ni siquiera la monstruosidad de color se echaba en falta, dado que la luz del sol salía desde el abismo y teñía todo de naranja y púrpura, mientras el vívido verde del pasto en los prados del valle se reflejaba, en mayor o menor grado, sobre todos los objetos desde la cortina de vapor, que aún se encontraba suspendida sobre mi cabeza, como si se resistiese a abandonar por completo una escena tan encantadoramente bella.

Así, el pequeño valle que lograba entrever por debajo del dosel de niebla no podía haber medido más de cuatrocientas yardas de largo, mientras que su ancho variaba desde cincuenta a ciento cincuenta, o quizás doscientas. Éste era más angosto en su extremo norte, abriéndose a medida que avanzaba hacia el sur, pero sin una regularidad precisa. La porción más ancha se encontraba a ochenta yardas del extremo sur. Las cuestas que rodeaban el valle no podían, en rigor, ser llamadas colinas, salvo en su cara

norte. Allí una escarpada saliente de granito se elevaba a una altura de unos noventa pies; y, tal como ya lo he mencionado, en este punto el valle no tenía más de cincuenta pies de ancho; pero a medida que el visitante avanzaba hacia el sur desde el acantilado, encontraba a su mano derecha y a su izquierda, declives que eran, a la vez, menos altos, menos escarpados y menos rocosos. En una palabra, todo se inclinaba y se suavizaba hacia el sur; pero, aun así, el valle entero estaba rodeado de cumbres, más o menos altas, excepto en dos puntos. Ya me he referido a uno de ellos. Este quedaba considerablemente al noroeste y era donde el sol poniente se abría camino en el anfiteatro, tal como lo he descrito anteriormente, por una grieta cortada de manera natural en el terraplén de granito; esta fisura mediría unas diez yardas en su punto más ancho, hasta donde la vista era capaz de llegar. Parecía dirigirse hacia arriba, como una calzada natural en altura, hacia lugares recónditos, de montañas y bosques vírgenes. La otra abertura estaba ubicada directamente en el extremo sur del valle. Allí, por lo general, las pendientes no eran sino suaves inclinaciones, extendiéndose desde el este al oeste en alrededor de ciento cincuenta yardas. En el centro de esta extensión había una depresión a nivel con el resto del valle. En cuanto a la vegetación, como en lo que respecta a toda otra cosa, el paisaje también se suavizaba y se inclinaba hacia el sur. Hacia el norte, en el escarpado precipicio, a unos pocos pasos del borde, brotaban los espléndidos troncos de numerosos nogales americanos, nogales negros y castaños, intercalados con algunos robles ocasionales, y las fuertes ramas laterales, en especial, aquellas de los nogales, sobresalían mucho más allá del borde del acantilado. Continuando hacia el sur, el explorador veía, de buenas a primeras, los mismos tipos de árboles, pero cada vez menos majestuosos y menos parecidos al estilo de Salvator Rosa; luego veía el olmo, más amable, seguido por el sasafrás y el algarrobo, y, en seguida, nuevamente los más suaves: el tilo, el ciclamor, la catalpa y el arce, para luego, a su vez, seguir con variedades aún más gráciles y más modestas. Toda la cara del declive del sur estaba cubierta únicamente por arbustos silvestres, con excepción de algún sauce plateado o algún álamo blanco. En el fondo del valle mismo (pues debe tenerse presente que la vegetación, que hasta el momento se ha mencionado, crecía únicamente en los acantilados o en las laderas de las colinas) podían verse tres árboles aislados. Uno era un olmo de espléndido porte y de exquisita forma: montaba guardia en la puerta sur del valle. Otro era un nogal

americano, mucho más grande que el olmo y, en su conjunto, un árbol mucho más hermoso, pese a que ambos eran sumamente bellos, el cual parecía haberse hecho cargo de la entrada noroeste, brotando de un grupo de rocas en la boca misma de la quebrada y lanzando su cuerpo lleno de gracia en un ángulo de aproximadamente cuarenta y cinco grados, a lo lejos, hacia el soleado anfiteatro. Alrededor de treinta yardas al este de este árbol se encontraba, sin embargo, el orgullo del valle, y, sin duda alguna, el árbol más magnífico que jamás hubiese visto, salvo, quizás, entre los cipreses del Itchiatuckanee. Era un tulipero de tres troncos, el *Liriodendron Tulipiferum*, de la familia de las magnoliáceas. Sus tres troncos, separados del principal a unos tres pies del suelo y divergiendo de manera muy sutil y gradual, no estaban a más de cuatro pies del punto donde el tronco más grande desplegaba su follaje, el cual se encontraba a una elevación de aproximadamente ochenta pies. La altura total del tronco principal era de ciento veinte pies. Nada podía sobrepasar al tulipero en cuanto se refiere a belleza, forma, brillo y lo vívido del verde de sus hojas. Las de este ejemplar, en particular, medían ocho pulgadas de ancho, pero su gloria se veía totalmente eclipsada por el hermoso esplendor de sus abundantes flores. ¡Imagínense, todos tupidamente reunidos, un millón de los mayores y más resplandecientes tulipanes! Solamente así puede el lector tener alguna idea de la imagen que quiero transmitir. Y luego la gracia majestuosa de aquellos limpios y delicados troncos, delicadamente granulados, llegando los mayores a medir cuatro pies de diámetro y estando a veinte pies del suelo. Las innumerables flores, mezclándose con aquellas de otros árboles, apenas un poco menos bellos, a pesar de ser infinitamente menos majestuosos, llenaban el valle con perfumes más exquisitos que los de Arabia.

Por lo general, el suelo del anfiteatro estaba cubierto de un césped del mismo tipo que aquel que había encontrado en el camino; y, de ser posible, aún más deliciosamente suave, denso, aterciopelado y milagroso verde. Era difícil imaginar cómo se había logrado toda esta belleza.

He hablado antes acerca de las dos aberturas que tenía el valle. Desde la que estaba ubicada al noroeste salía un riachuelo, que bajaba por la quebrada murmurando con suavidad, formando una ligera espuma, hasta que rompía contra un grupo de rocas, de las cuales brotaba el solitario nogal americano. Allí, luego de rodear el árbol, seguía un poco hacia el noroeste,

dejando al tulipero unos veinte pies al sur, y esto sin hacer ninguna modificación marcada en su curso, hasta llegar cerca de un lugar a mitad de camino entre los límites este y oeste del valle. En este punto, luego de una serie de vueltas, doblaba en ángulo recto y continuaba, por lo general, serpenteando hacia el sur hasta perderse en un pequeño lago de forma irregular (aunque casi parecía ser ovalado), que brillaba cerca del extremo inferior del valle. Este pequeño lago medía quizás cien yardas de diámetro en su parte más ancha. No existe cristal alguno que pudiese ser más claro que sus aguas. Su fondo, el cual podía ser visto con nitidez, consistía en un conjunto de guijarros blancos y brillantes. Sus orillas, de aquel césped esmeralda ya descrito, redondeadas más que en pendiente, se hundían en el claro cielo inferior. Tan claro era este cielo, y tan perfectamente, a veces, reflejaba todos los objetos sobre él, que el lugar donde terminaba la verdadera orilla y donde comenzaba aquella, que era su reflejo, era un punto difícil de determinar. La trucha y algunas otras variedades de peces, con las cuales esta laguna parecía estar casi inconvenientemente repleta, tenían toda la apariencia de auténticos peces voladores. Era casi imposible aceptar que no estuviesen suspendidos por completo en el aire. Una ligera canoa de abedul, que flotaba plácidamente sobre el agua, veía hasta sus más mínimas fibras reflejadas, con una fidelidad que no podía ser superada ni aún por el espejo más exquisitamente pulido. Una pequeña isla, que reía bella con sus flores en pleno apogeo y que ofrecía apenas un poco más del espacio necesario para que cupiese un pequeño edificio pintoresco, como, por ejemplo, una casa de aves de corral, surgía no lejos de la orilla norte del lago, a la cual estaba conectada por medio de un puente de apariencia inconcebiblemente ligera y muy primitiva. Estaba compuesto por una sola tabla ancha y gruesa de madera de tulipero. Medía cuarenta pies de largo y abarcaba el espacio entre una y otra orilla con un arco sutil, pero muy perceptible, que no permitía oscilación alguna. Desde el extremo sur del lago surgía una continuación del riachuelo, que, luego de serpentear por unas treinta yardas, finalmente pasaba a través de la “depresión” (ya descrita) en el centro del declive sur y, cayendo a un escarpado precipicio de cien pies de alto, seguía su sinuoso y desapercibido camino hacia el Hudson.

El lago era hondo (en algunos puntos alcanzaba los treinta metros), pero rara vez el riachuelo excedía los tres metros, mientras que su anchura mayor era de alrededor de ocho. Su fondo y orillas eran como los de una laguna: si

se les hubiera podido atribuir un defecto, en cuanto a lo pintoresco, era el de su excesiva pulcritud.

La extensión de aquellos verdes prados estaba suavizada, aquí y allá, por alguno que otro arbusto extravagante, como la hortensia, la bola de nieve corriente o la aromática lila; o, con mayor frecuencia, por un conjunto de geranios floreciendo magníficamente en numerosas variedades. Estos últimos crecían en macetas enterradas con mucho cuidado en la tierra, como para darle a las plantas la apariencia de ser autóctonas. Además de todo esto, aquel césped, que parecía un paño de terciopelo, estaba exquisitamente moteado por ovejas, de las cuales un rebaño considerable deambulaba por el valle en compañía de tres ciervos domesticados y un gran número de patos de brillantes plumas. Un formidable mastín parecía estar constantemente vigilando a todos y a cada uno de aquellos animales.

A lo largo de los acantilados del este y oeste, donde, hacia la parte superior del anfiteatro, los límites eran más o menos escarpados, crecía la hiedra de forma muy abundante, de tal modo que solo por aquí y allá podía entreverse un poco de la roca al descubierto. De manera similar, el precipicio norte se encontraba revestido casi por completo de viñas de una exuberancia poco común; algunas brotando de la tierra en la base del acantilado y otras desde los bordes de su pared.

La leve elevación que constituía el límite inferior de este pequeño dominio estaba coronada por un prolijo muro de piedras, de una altura suficiente como para evitar que los ciervos se escapasen. No se observaba nada parecido a una tapia, pues en ningún otro lugar existía necesidad alguna de cercado artificial: cualquier oveja extraviada, por ejemplo, que hubiese intentado salir del valle por la quebrada, se hubiera encontrado sin poder continuar, luego de haber avanzado unas pocas yardas, por la escarpada saliente de roca sobre la cual caía la cascada que había atraído mi atención cuando recién me acercaba a estos dominios. En resumen, la única entrada o salida era a través de un portón, yendo por un rocoso pasaje del camino, unos pocos pasos por debajo del punto en el cual me detuve para contemplar el paisaje.

Ya he descrito el arroyo que serpenteaba de una manera muy irregular a lo largo de todo su curso. Sus dos direcciones generales, como he señalado, iban primero desde el oeste al este y luego desde el norte al sur. Luego del cambio de dirección, la corriente retrocedía en su marcha, formando de este

modo una curva casi circular, y constituyendo una península, cuya superficie era de un décimosexto de acre. En esta península había una vivienda, y cuando digo que esta casa, tal como la infernal terraza vista por Vathek, *était d'une architecture inconnue dans les annales de la terre*³⁵, simplemente quiero decir, que su *tout ensemble* ³⁶me impresionó con el más agudo sentido de novedad y decoro combinados, o, en una palabra, de poesía (debido a que, en las palabras que acabo de emplear, apenas podría dar una definición más rigurosa de la poesía en abstracto), y con esto no quiero decir que solo un outré³⁷ fuera perceptible en algún sentido.

De hecho, no podía haber nada más simple, más absolutamente sin pretensiones, que este *cottage*. Su maravilloso efecto residía única y exclusivamente en su disposición artística, semejante a la de un cuadro. Hubiese sido posible imaginar, al contemplarlo, que algún eminente pintor paisajista lo había creado con su pincel.

El mirador desde donde vi el valle por primera vez no era completamente, aun cuando casi lo era, el mejor punto desde el cual observar la casa. Por lo tanto, la describiré tal como la vi después, estando sobre el muro de piedra, en el extremo sur del anfiteatro.

La construcción principal medía aproximadamente veinticuatro pies de largo y dieciséis de ancho, por cierto, no más que eso. Su altura total, desde el suelo a la cúspide del tejado, no excedía los dieciocho pies. Hacia el extremo oeste de esta estructura se encontraba adjunta otra, que era alrededor de un tercio más pequeña en todas sus proporciones: la línea de su fachada estaba aproximadamente dos yardas más atrás en relación a la casa más grande, y la línea de su tejado, por supuesto, era considerablemente más baja que aquella del tejado a su lado. En ángulo recto, estos edificios, y desde la parte posterior del principal, aunque no exactamente en el medio, se extendía un tercer compartimento muy pequeño, siendo, en general, un tercio menos que el del ala oeste. Los techos de los dos más grandes eran muy empinados, descendiendo desde la cumbrera en una larga curva cóncava y extendiéndose, al menos, cuatro pies más allá de los muros de la fachada, hasta formar los techos de dos *piazzas*.

Desde luego, dichos techos no necesitaban soporte alguno, pero como tenían la apariencia de necesitarlo, se habían insertado pilares ligeros, y perfectamente planos, solo en las esquinas. El tejado del ala norte era una

mera extensión de una parte del techo principal. Entre el edificio principal y el ala oeste se alzaba una chimenea cuadrada muy alta, y más bien esbelta, de sólidos ladrillos holandeses, alternando el negro y el rojo, con una leve cornisa de ladrillos, que se proyectaba en su parte superior. Los tejados también se proyectaban mucho sobre los caballetes: en el edificio principal, aproximadamente cuatro pies hacia el este y dos hacia el oeste. A su vez, la puerta principal no se encontraba exactamente en el medio del edificio principal, sino que estaba un poco hacia el este, mientras que las dos ventanas quedaban hacia el oeste. Estas últimas no llegaban hasta el suelo, pero eran mucho más largas y angostas que lo acostumbrado; tenían, además, postigos simples, como las puertas y cristales en forma de rombos, pero muy grandes. La mitad superior de la puerta misma era de vidrio, también con cristales en rombos y con un postigo movable que la resguardaba durante la noche. La puerta que daba hacia el ala oeste se hallaba en su gablete y era bastante simple, con una sola ventana que miraba hacia el sur. El ala norte no tenía ninguna puerta exterior y en la este solo había una ventana.

El muro liso del gablete oriental estaba realzado por unas escaleras (con una balaustrada) que lo cruzaban en forma diagonal, ascendiendo desde el sur. Bajo la cubierta del alero proyectado, estas escaleras permitían el acceso a una puerta que daba a la buhardilla, o más bien altillo, pues solo estaba iluminada por una única ventana, que miraba hacia el norte y que parecía haber sido diseñada con el fin de ser usada como pieza para almacenaje.

Las *piazas* del edificio principal y el ala oeste no tenían suelo, como hubiera sido lo habitual; pero en las puertas, y en cada una de las ventanas, había bloques planos e irregulares de granito incrustados en el delicioso césped, ofreciendo una cómoda superficie para caminar en todo tipo de clima. Unas excelentes sendas del mismo material, no perfectamente adaptadas, pero con un césped aterciopelado llenando los frecuentes intervalos entre las piedras, llevaban desde la casa, por aquí y allá, a un manantial cristalino, que estaba como aproximadamente a cinco pasos, hacia el camino, o hacia una o dos letrinas, que estaban al norte, más allá del arroyo, y que se encontraban muy bien ocultas por unos pocos algarrobos y algunas catalpas.

A no más de seis pasos de la puerta principal del *cottage* se hallaba el tronco muerto de un fantástico peral, tan recubierto, de la cabeza a los pies,

por las magníficas flores de la bignonia, que se necesitaba mucha atención para determinar qué cosa tan encantadora podía ser aquello. De varias ramas de este árbol colgaban jaulas de diferentes clases. En una de ellas, un gran cilindro de mimbre, con un aro en su parte superior, se deleitaba un sinsonte; en otra, una oropéndola; en una tercera, el insolente tordo arrocero, mientras tres o cuatro delicadas prisiones resonaban con los potentes cantos de los canarios.

En los pilares de la *piazza* se entrelazaban jazmines junto con dulces madreselvas, mientras desde el ángulo formado por la estructura principal y su ala oeste, en el frente, brotaba una viña de una exuberancia incomparable. Desafiando toda prudencia, había trepado primero al tejado más bajo y luego al más alto; y, a lo largo de la cumbrera de este último, continuaba retorciéndose, lanzando zarcillos a la derecha y a la izquierda, hasta alcanzar por fin el gablete del este, para luego caer arrastrándose sobre las escaleras.

Toda la casa, incluidas sus alas, estaba construida con tejamaniles a la antigua usanza holandesa, es decir, anchos y con sus bordes sin redondear. Una peculiaridad de este material es que otorga a las casas que se construyen con él, la apariencia de ser más anchas en la parte inferior que en la superior, a la manera de la arquitectura egipcia. En este caso puntual, este pintoresquísimo efecto se encontraba acentuado por las numerosas macetas, llenas de flores majestuosas, que abarcaban casi la totalidad de la base de los edificios.

Los tejamaniles estaban pintados de gris oscuro, y la certeza con la que este matiz neutro se fundía en el verde vívido de las hojas del tulipero, que eclipsaban parcialmente el cottage, puede ser concebida con facilidad por un artista.

Desde la ubicación cercana al muro de piedra, tal como la he descrito, los edificios se veían con gran facilidad. Esto debido a que el ángulo sudeste avanzaba hacia adelante, de tal forma que la vista podía abarcar de una vez las dos fachadas por completo, junto con el pintoresco gablete del este y, al mismo tiempo, se tenía una vista suficientemente amplia del ala norte, de partes del hermoso techo del invernadero y de casi la mitad de un ligero puente, que cruzaba el arroyo en las cercanías de los edificios principales.

No permanecí por mucho tiempo en la cima de la colina, aunque sí el suficiente como para hacer un análisis a conciencia del paisaje que tenía a mis pies. Era evidente que me había desviado del camino a la aldea, y de

esta forma contaba, ante todo evento, con una buena excusa de viajero para abrir la puerta que se encontraba ante mí y preguntar por dónde seguía el camino; de tal modo que, sin más preámbulos, avancé.

Luego de pasar por el portón, el camino parecía continuar sobre un reborde natural, descendiendo gradualmente por la cara de los acantilados del noreste. Me llevó a los pies del precipicio norte y desde allí, sobre el puente, rodeando el gablete del este, hasta la puerta principal. En el intertanto me fijé que no se podía ver ninguna de las letrinas.

Al dar la vuelta en la esquina del gablete, un mastín saltó hacia mí en profundo silencio, aunque con la mirada, y todo el aire, de un tigre. Sin embargo, le tendí mi mano en señal de amistad, pues, hasta el momento, nunca he conocido un perro que se resista ante tal apelación a su cortesía. No solo cerró el hocico y movió su cola, sino que me ofreció sin reservas su pata, para luego extender sus educadas gentilezas a Ponto.

Como no se veía ninguna campanilla para llamar, golpeé mi vara contra la puerta, la cual estaba semiabierta. Al instante, una figura avanzó hacia el umbral: era una joven mujer de alrededor de veintiocho años de edad, esbelta, o más bien ligera, y un tanto por sobre el promedio de altura. A medida que se acercaba, con cierta humilde decisión en su paso, totalmente indescriptible, me dije a mí mismo: “De seguro aquí he encontrado la perfección de lo natural, en contraposición a la gracia artificial”. La segunda impresión que me causó, por lejos la más vívida de las dos, fue la de entusiasmo. Nunca antes había penetrado hasta lo más profundo de mi corazón una expresión de romanticismo, como quizás deba llamarla, o aún una como de no pertenencia a este mundo, tan intensa como aquella que brillaba en sus ojos profundos. No sé cómo se produce esto, pero aquella expresión peculiar de la mirada, que ocasionalmente se refleja en los labios, es el más poderoso, sino el único encanto, que despierta mi interés por las mujeres. “El romanticismo”, y espero que mis lectores comprendan a cabalidad lo que quiero decir con esta palabra, el “romanticismo” y la “femineidad” me parecen a mí términos intercambiables; y, después de todo, lo que el hombre ama de verdad en la mujer es, simplemente, su femineidad. Los ojos de Annie (pues escuché que alguien, desde el interior, la llamaba: “¡Annie, querida!”) eran de un “gris espiritual”; su pelo, de un color castaño claro. Esto es todo lo que tuve tiempo de observar en ella.

Atendiendo a su cortés invitación, entré, pasando primero a un vestíbulo

bastante espacioso. Habiendo ido principalmente a observar, me fijé que a mi derecha, al ir entrando, había una ventana, tal como aquellas de la fachada de la casa; a la izquierda había una puerta que llevaba a la habitación principal, mientras que, frente a mí, una puerta abierta me permitía ver una pequeña habitación, justo del tamaño del vestíbulo, dispuesta como estudio y con una gran ventana saliente que daba hacia el norte.

Al pasar al salón, me encontré con el señor Landor, pues, como supe después, este era su nombre. Era un hombre educado, incluso cordial en su trato; pero, en ese preciso momento, me encontraba más preocupado de observar la disposición de la casa, que tanto me había interesado, que la apariencia personal de su ocupante.

El ala norte, me fijé ahora, era un dormitorio y su puerta daba al salón. Al oeste de esta puerta había una sola ventana, que miraba hacia el arroyo. En el extremo oeste del salón, había una chimenea y una puerta que daba al ala oeste, probablemente a una cocina.

Nada hubiese podido ser más rigurosamente sencillo que el mobiliario del salón. En el piso había una alfombra teñida, de excelente textura, con un fondo blanco y pequeñas figuras circulares verdes. En las ventanas había unas cortinas de muselina de algodón, blancas como la nieve, de anchura aceptable y que colgaban resueltamente, o más bien formando pliegues rectos y paralelos, hasta el suelo, lo que se dice hasta el suelo mismo. Las murallas estaban cubiertas con un papel francés de gran delicadeza, de fondo plateado y con una línea de color verde tenue en zigzag, que lo recorría a lo largo. Su extensión se encontraba realzada sencillamente por tres exquisitas *litografías à trois crayons*³⁸ de Julien, colgadas sin marcos en la pared. Uno de estos dibujos representaba una lujosa escena oriental lujosa, o, mejor dicho, voluptuosa; otro era de una “escena de carnaval”, de una vivacidad incomparable; el tercero era de la cabeza de una mujer griega, un rostro tan divinamente hermoso y, sin embargo, de una expresión tan provocadoramente vaga, como nunca antes otro hubo atraído mi atención.

El mobiliario más sustancial consistía en una mesa redonda, unas pocas sillas (incluyendo una gran silla mecedora) y un sofá o, más bien, un canapé de madera lisa de arce, pintado de color blanco crema, levemente ribeteado de verde y con un asiento de mimbre. Las sillas y mesa “hacían juego”, pero

todas las formas habían sido evidentemente diseñadas por el mismo cerebro que había planeado “los terrenos”; de otro modo sería imposible concebir algo con mayor gracia.

En la mesa había unos pocos libros, una botella de cristal, grande y cuadrada, de algún perfume nuevo, una sencilla lámpara astral de cristal esmerilado (no solar) con una pantalla italiana, y un gran jarrón con flores esplendorosamente abiertas. En realidad, estas flores de maravillosos colores y de delicado aroma constituían la única decoración del departamento. La chimenea se encontraba casi completamente ocupada por un florero de brillantes geranios. Asimismo, en una repisa triangular, en cada ángulo de la habitación, había un florero similar, que solo variaba en cuanto a sus preciosos contenidos. Uno o dos bouquets más pequeños adornaban el mantel y unas violetas tardías se agrupaban en ramilletes en las ventanas abiertas.

No es otro el propósito de esta obra sino el dar una descripción en detalle de la residencia del señor Landor, tal como la encontré. El cómo la convirtió en lo que era, y el porqué, junto con algunos de los pormenores del mismísimo señor Landor, podrán posiblemente ser tema para otro artículo.

Uno entre leones

*...todos caminaban, maravillados en extremo,
sobre los diez dedos de sus pies.
(Sátiras del obispo Hall).*

Soy, o más bien quiero decir, era, un gran hombre, pero no soy ni el autor de Junius ni del *Hombre de la máscara de hierro*. Mi nombre, según creo, es Robert Jones y nací en algún lugar de la ciudad de Fum-Fudge.

El primer acto que llevé a cabo en mi vida fue tomarme la nariz con ambas manos. Mi madre vio esto y me llamó genio, mi padre lloró de alegría y me regaló un tratado de Nasología. Éste lo dominé antes de que llegara a usar pantalones.

Comencé a adentrarme en el camino de la ciencia y pronto llegué a comprender que, si un hombre era dueño de una nariz lo bastante notable podría, simplemente siguiéndola, llegar a ser un hombre célebre. Sin embargo, mi atención no se encontraba confinada tan solo a las teorías. Cada mañana le daba a mi nariz un par de tirones y me bebía una media docena de copitas de licor.

Un día, cuando llegué a la mayoría de edad, mi padre me pidió que lo acompañase a su despacho.

—Hijo mío —dijo cuando tomamos asiento—, ¿cuál es el fin principal de tu existencia?

—Padre mío —respondí—, es el estudio de la Nasología.

—¿Y qué es, Robert, la Nasología? —inquirió él.

—Señor —dije yo—, es la ciencia de las narices.

—Y me puedes decir —exigió él—, ¿qué significa una nariz?

—Padre mío, una nariz —le respondí, con mucha calma—, ha sido definida de muchísimas maneras por alrededor de mil autores diferentes. (En ese momento saqué mi reloj para mirar la hora). Ya es más o menos mediodía, así que tendremos tiempo suficiente como para terminar de revisarlos todos antes de la medianoche. Entonces, para comenzar: la nariz, de acuerdo a Bartolinus, es aquella protuberancia, aquel bulto, aquella excrescencia, aquel...

—Con eso ya es suficiente, Robert —interrumpió el bondadoso y viejo

caballero-. Estoy atónito ante la extensión de tu conocimiento; te juro por mi alma que me asombras. (En aquel instante, cerró sus ojos y posó la mano sobre su corazón). ¡Ven aquí! (Con esto, me tomó del brazo). Se puede considerar que tu educación ha concluido y que ya es hora que te las arregles por ti mismo. No hay nada mejor que puedas hacer que simplemente seguir la dirección de tu nariz, así que... así que... así que... (En este instante, me dio de puntapiés, forzándome a bajar por las escaleras, hasta echarme por la puerta) así que ¡vete de mi casa, y que Dios te bendiga!

Sintiendo dentro de mí la inspiración divina, consideré que este accidente era más afortunado que otra cosa. Me decidí a dejarme guiar por el consejo de mi padre. Resolví seguir a mi nariz. En el acto, le di uno o dos tirones e inmediatamente escribí un librito sobre Nasología.

Causó un gran alboroto en todo Fum-Fudge.

–¡Genio maravilloso! –dijo el Quarterly.

–¡Fisiólogo magnífico! –dijo el Westminster.

–¡Un sujeto inteligente! –dijo el Foreign.

–¡Excelente escritor! –dijo el Edinburgh.

–¡Pensador profundo! –dijo el Dublin.

–¡Gran hombre! –dijo el Bentley.

–¡Alma divina! –dijo el Fraser.

–¡Uno de los nuestros! –dijo el Blackwood.

–¿Quién podrá ser? –dijo la señora Cultalatiniparla.

–¿Qué podrá ser? –dijo la gran señorita Cultalatiniparla.

–¿Dónde se encontrará él? –dijo la pequeña señorita Cultalatiniparla.

Sin embargo, no le presté ninguna atención a estas personas y simplemente entré en el taller de un artista.

La duquesa de Bendita Sea Mi Alma posaba sentada mientras pintaban su retrato, el marqués de Fulanito y Menganito se ocupaba del caniche de la duquesa, el conde de Esto y Aquello estaba jugueteando con sus frasquitos de sales y Su Alteza Real de No Me Toques estaba inclinado sobre el respaldo de la silla de la duquesa.

Me acerqué al artista y le presenté mi nariz.

–¡Oh, qué belleza! –suspiró su Gracia.

–¡Oh, vaya! –murmuró el marqués.

–¡Oh, qué escandalosa! –refunfuñó el conde.

–¡Oh, cuán abominable! –gruñó Su Alteza Real.

–¿Cuánto quiere usted por ella? –preguntó el artista.

–¡Por su nariz! –gritó su Gracia.

–Mil libras –dije yo, al tiempo que tomaba asiento.

–¿Mil libras? –inquirió el artista, pensativo.

–Mil libras –dije yo.

–¡Hermosa! –dijo él, extasiado.

–Mil libras –dije yo.

–¿La garantiza usted? –preguntó él, poniendo la nariz a la luz.

–Sí –dije yo–, soplando bien por ella.

–¿Es completamente original? –interrogó él, mientras la tocaba con reverencia.

–¡Hum! –dije yo, retorciéndola hacia un lado.

–¿No le ha sido sacada ninguna copia? –exigió saber, analizándola a través de un microscopio.

–Ninguna –dije yo, volviéndola hacia arriba.

–¡Admirable! –exclamó él, absolutamente tomado por sorpresa debido a la belleza de la maniobra.

–Mil libras –dije yo.

–¿Mil libras? –dijo él.

–Exactamente –dije yo.

–¿Mil libras? –dijo él.

–Así es –dije yo.

–Las tendrá usted –dijo él–. ¡Qué pieza de belleza absoluta!

Así, pues, me extendió en el acto un cheque e hizo un bosquejo de mi nariz. Por mi parte, alquilé habitaciones en la calle Jermyn y le envié a Su Majestad la nonagésima novena edición de Nasología, junto con un retrato de la nariz. Entonces, aquel triste y mísero vividor, el Príncipe de Gales, me invitó a cenar.

Todos éramos célebres y muy solicitados.

Había un platónico moderno. Citaba a Porfirio, a Jámblico, a Plotino, a Proclo, a Hierocles, a Máximo Tirio y a Siriano.

Había un defensor de la perfectibilidad humana. Él citaba a Turgot, a Price, a Priestly, a Condorcet, a De Stael y al “Ambicioso Estudiante con Mala Salud”.

Estaba Sir Paradoja Positiva. Él señaló que todos los locos eran filósofos, y que todos los filósofos eran locos.

Estaba Estético Ético. Él habló del fuego, la unidad y los átomos, del alma bipartita y del alma preexistente, de la afinidad y la discordia, y de la inteligencia primitiva y la homeomería.

Estaba Teólogo Teología. Él habló de Eusebio y de Arriano, de la herejía y el Concilio de Nicea, del puseyismo y el consustancialismo, y del homousios y el homouioisios.

Estaba Fricassée del Rocher de Cancale. Él mencionó el muritón de lengua roja, la coliflor con salsa velouté, la ternera à la St. Meneshoult, la marinada à la St. Florentin y las jaleas de naranja en mosaïques.

Estaba Beodus O'Mucho. Hizo referencia al Latour y al Markbrünnen, al Mousseux y al Chambertin, al Richbourg y al St. George, al Haubron, al Leonville y al Medoc, al Barac y al Preignac, al Grâve, al Sauterne, al Lafitte y al St. Peray. Meneó la cabeza al hablar acerca del Clos de Vougeot, y con los ojos cerrados, nos señaló la diferencia entre el jerez y el amontillado.

Estaba el signor Tintontintino de Florencia. Dio discursos acerca de Cimabué, Arpino, Carpaccio y Argostino, de lo lúgubre de Caravaggio, de la amenidad de Albano, de los colores de Tiziano, de las damas holandesas de Rubens y de las extravagancias de Jan Steen.

Estaba el Presidente de la Universidad de Fum-Fudge. Él era de la opinión que la luna se llamaba Bendis en Tracia, Bubastis en Egipto, Diana en Roma y Artemisa en Grecia.

Había un Gran Turco de Estambul. Él no podía sino pensar que los ángeles eran caballos, gallos y toros, que alguien en el sexto cielo tenía setenta mil cabezas y que la tierra estaba sostenida por una vaca de color azul cielo con un número incalculable de cuernos verdes.

Había un Delfino Políglota. Él nos habló sobre qué había sucedido con las ochenta y tres tragedias de Esquilo, con las cincuenta y cuatro oraciones de Iseo, con los trescientos noventa y un discursos de Lisias, con los ciento ochenta tratados de Teofrasto, con el octavo libro del tratado de las secciones cónicas de Apolonio, con los himnos y ditirambos de Píndaro, y con las cuarenta y cinco tragedias de Homero el Joven.

Estaba Ferdinando Fitz-Fósil Feldespato. Él nos informó acerca de todo lo que tiene que ver con los fuegos internos y las formaciones terciarias; acerca de aeriformes, fluidiformes y solidiformes; acerca del cuarzo y de la marga; acerca del esquistos y la turmalina; acerca del yeso y de la roca trapeana;

acerca del talco y la cal; acerca de la blenda y la hornablenda; acerca de la pizarra de mica y la pudinga; acerca de la cianita y la lepidolita; acerca de la hematita y la tremolita; acerca del antimonio y la calcedonia; y acerca del manganeso y todo lo que se les plazca.

Estaba yo. Hablé de mí mismo, de mí mismo, de mí mismo, de mí mismo, de la Nasología, de mi librito y de mí mismo. Presenté mi nariz y hablé de mí mismo.

—¡Qué hombre más maravilloso e inteligente! —dijo el Príncipe.

—¡Soberbio! —dijeron sus invitados.

Y a la mañana siguiente, su Gracia de Bendita Sea Mi Alma vino a visitarme.

—¿Acudirá usted a los Salones de Almack, adorable creatura? —dijo ella, dándome un golpecito bajo el mentón.

—Le doy mi palabra de honor —le dije.

—¿Con nariz y todo? —preguntó ella.

—Tan cierto como que me encuentro vivo —respondí.

—Entonces, aquí está mi tarjeta, vida mía. ¿Puedo decir que estará usted ahí?

—Querida duquesa, con todo mi corazón.

—Eso no interesa... pero, ¿irá con toda su nariz?

—Con cada pedacito de ella, amor mío —dije yo.

Entonces, luego de retorcer mi nariz una o dos veces, me encontré en los Salones de Almack. Las salas estaban tan atestadas, que era sofocante permanecer en ellas.

—¡Ahí viene! —dijo alguien en la escalera.

—¡Ahí viene! —dijo alguien más arriba.

—¡Ahí viene! —dijo alguien aún más arriba.

—¡Ha llegado! —exclamó la duquesa—. ¡Ha llegado el pequeño amor!

Y tomándome con firmeza por ambas manos, me besó tres veces en la nariz. De inmediato, a aquel acto le siguió una gran conmoción.

—¡Diavolo! —gritó el conde Capricornutti.

—¡Dios nos guarde! —rezongó don Stiletto.

—¡Mille tonnerres! —exclamó el príncipe de Grenouille.

—¡Tausend Teufels! —gruñó el elector de Bludennuff.

No podía soportar más esta situación. Me enfurecí y me volví para enfrentarme a Bludennuff.

—¡Caballero! —le dije— Es usted un simio.
—Caballero —me respondió, luego de una pausa—, ¡Donner und Blitzen!
Esto era más que suficiente. Intercambiamos nuestras tarjetas. A la mañana siguiente, en Chalk-Farm, le volé la nariz de un disparo. Luego, fui a visitar a mis amigos.

—¡Bête! —dijo el primero.
—¡Necio! —dijo el segundo.
—¡Imbécil! —dijo el tercero.
—¡Asno! —dijo el cuarto.
—¡Estúpido! —dijo el quinto.
—¡Mentecato! —dijo el sexto.
—¡Largo de aquí! —dijo el séptimo.

En vista de todo esto, me sentí mortificado y, entonces, fui a visitar a mi padre.

—Padre —le pregunté—, ¿cuál es el fin principal de mi existencia?

—Hijo mío —me respondió—, sigue siendo el estudio de la Nasología. Sin embargo, al dispararle al elector en la nariz, te has pasado de la raya. Tienes una nariz excelente, es cierto, pero ahora Bluddennuff no tiene ninguna. Tú has caído en desgracia y él ha pasado a ser el héroe del día. Te concedo que en Fum-Fudge la grandeza de un “león” se mide en proporción al tamaño de su nariz. Pero, ¡santo cielo!, no se puede competir con un león que no tiene nariz en absoluto.

Los dominios de Arnheim

*El jardín parecía adornado como una hermosa dama,
que yacía como si durmiese en deleite,
y a cielos abiertos sus ojos cerraba.
Los campos de azur del cielo se reunían
en un amplio círculo, dispuesto con las flores de la luz.
Los iris y las redondas chispas del rocío,
que colgaban sobre sus hojas azules, lucían
como estrellas centelleantes
que brillan en el azul del atardecer.*

Giles Fletcher.

Desde la cuna hasta su tumba, un viento de prosperidad acompañó a mi amigo Ellison. Y no empleo la palabra prosperidad en un sentido meramente mundano. La uso como sinónimo de felicidad. La persona de la cual estoy hablando parecía haber nacido con el propósito de simbolizar las doctrinas de Turgot, Price, Priestley y Condorcet; de ejemplificar en un caso individual lo que ha sido considerado la quimera de los perfeccionistas. Creo que en la breve existencia de Ellison, he visto refutado el dogma de que algún principio oculto, antagonista de la dicha, yace en la mismísima naturaleza del hombre. Un acucioso examen de su carrera me ha permitido comprender que, en general, la miseria del hombre nace de la violación de unas pocas y simples leyes de humanidad —que, como especie, poseemos elementos de contentamiento aún no aprovechados— y que, incluso hoy, en medio de la presente oscuridad y locura de todo pensamiento acerca de la gran problemática de la condición social, no es imposible que el hombre, el individuo, bajo ciertas condiciones poco comunes y altamente fortuitas, pueda ser feliz.

Asimismo, mi joven amigo estaba completamente imbuido de opiniones tales como las que he mencionado, y, por tanto, vale la pena observar que el gozo ininterrumpido que distinguía su vida era, en gran medida, el resultado de algo preconcebido. Es evidente que con menos de esa filosofía instintiva que, de vez en cuando, sustituye tan bien a la experiencia, Ellison se hubiera visto precipitado, debido al extraordinario éxito de su vida, hacia la vorágine de la infelicidad que se abre ante aquellos hombres extraordinariamente dotados. Pero mi objetivo no es en ningún caso escribir un ensayo acerca de

la felicidad. Las ideas de mi amigo pueden ser resumidas en unas pocas palabras. Él admitía tan solo cuatro principios elementales, o más estrictamente, condiciones de felicidad. La que él consideraba principal era (¡resulta extraño decirlo!) la simple y puramente física del ejercicio al aire libre. “La salud”, decía él, “que se alcanza a través de otros medios apenas merece ese nombre”. A modo de ejemplo, citaba el éxtasis de un cazador de zorros, y señalaba a aquéllos quienes cultivan la tierra, como las únicas personas que, en cuanto a su clase, podían ser consideradas más felices que otras. Su segunda condición era el amor de la mujer. La tercera, y más difícil de realizar, era el desprecio de la ambición. La cuarta era perseguir incesantemente un objeto; y él sostenía que, siendo iguales las otras condiciones, la vastedad de la felicidad alcanzable iba en proporción a la espiritualidad de este objeto.

Ellison se destacaba por la continua profusión de dones que la fortuna prodigó sobre él. En cuanto a gracia y belleza personal, sobrepasaba a todos los hombres. Su intelecto era del orden de aquellos para los cuales la adquisición de conocimientos es menos un trabajo que una intuición y una necesidad. Su familia era una de las más ilustres del imperio. Su esposa era la más encantadora y abnegada de las mujeres. Sus posesiones siempre habían sido vastas; pero al alcanzar la mayoría de edad, se descubrió que uno de esos extraordinarios caprichos del destino había jugado a su favor, aquellos que sorprenden a todo el mundo social en el que ocurren y que rara vez dejan de alterar radicalmente la constitución moral de quienes son objetos de ellos.

Parece que, aproximadamente cien años antes de que Ellison alcanzara la mayoría de edad, había muerto, en una remota provincia, un tal Seabright Ellison. Este caballero había amasado una fortuna principesca, y, no contando con parientes inmediatos, se le antojó dejar que se acumulara su riqueza durante un siglo luego de ocurrido su deceso. Dispuso minuciosa y sagazmente los varios modos de invertirla, y legó el total de la fortuna al pariente consanguíneo más cercano que llevara el apellido Ellison y que se encontrara vivo cuando los cien años hubiesen transcurrido. Se habían hecho muchos intentos para anular este singular legado, pero fracasaron debido a su carácter *ex post facto*. No obstante, despertó la atención de un gobierno celoso, y finalmente se promulgó un decreto legislativo que prohibía toda acumulación de dinero similar a esta. Sin embargo este

decreto no impidió que el joven Ellison entrara en posesión el día en que cumplió veintiún años, como el heredero de su antepasado Seabright, de una fortuna de cuatrocientos cincuenta millones de dólares.

Cuando el monto de la enorme fortuna que había sido heredada se supo, surgieron, por supuesto, muchas especulaciones acerca de los usos que se le daría. La magnitud y la disponibilidad inmediata de la suma dejaron perplejos a todos quienes pensaban en el tópico. Era fácil imaginar al poseedor de cualquier suma apreciable de dinero llevando a cabo cualquiera de mil cosas posibles. Con riquezas que sobrepasaban a las de cualquier ciudadano, hubiese sido fácil imaginarlo entregado hasta el exceso mismo a las extravagancias de la moda del momento; o dedicándose a las intrigas políticas; o aspirando al poder ministerial; o persiguiendo un título superior de nobleza; o coleccionando grandes obras maestras; o haciendo de generoso mecenas de las letras, la ciencia y el arte; o dotando, y confiriendo su nombre, a grandes instituciones de caridad. Pero, debido a la inconcebible riqueza efectivamente en posesión del heredero, estos fines, así como todos los fines corrientes, parecían ofrecer un campo demasiado limitado. Se recurrió a los números, pero estos no lograron sino aumentar la confusión. Se vio que, incluso al tres por ciento, la renta anual de la herencia ascendía a no menos de trece millones quinientos mil dólares, lo cual equivalía a un millón ciento veinticinco mil por mes, o treinta y seis mil novecientos ochenta y seis por día, o mil quinientos cuarenta y uno por hora, o veintiséis dólares por cada minuto que pasara. Así, pues, el camino habitual de las suposiciones quedó absolutamente interrumpido. Los hombres no sabían qué imaginar. Incluso algunos habían llegado a suponer que Ellison se despojaría de al menos la mitad de su fortuna, siendo una opulencia completamente superflua, enriqueciendo, a su vez, a toda la multitud de parientes mediante la división de su superabundancia. De hecho, a aquellos más cercanos hizo entrega de la fortuna realmente inusual que ya poseía antes de la herencia.

No me sorprendió, sin embargo, darme cuenta de que hacía un largo tiempo que él ya se había decidido en cuanto a un punto que había ocasionado tanta discusión entre sus amigos. Ni tampoco me asombró mucho la naturaleza de su decisión. Con respecto a caridades individuales, él ya había satisfecho su conciencia. En lo que respecta a la posibilidad de cualquier mejora propiamente dicha, efectuada por el hombre mismo, en la

condición general de ser humano, él tenía (lamento tener que confesarlo) poca fe. En general, para su felicidad o su desgracia, se replegaba sobre sí mismo en gran medida.

Era un poeta en el sentido más amplio y más noble de la palabra. Además, poseía el verdadero carácter, los augustos propósitos, la suprema majestad y dignidad del sentimiento poético. Instintivamente, sentía que no solo la más absoluta, sino que la única satisfacción apropiada de este sentimiento radicaba en la creación de nuevas formas de belleza. Algunas peculiaridades, ya sea en su educación temprana, o en la naturaleza de su intelecto, habían teñido todas sus especulaciones éticas con lo que se denomina materialismo; y era esta predisposición, quizás, la que lo llevó a creer que el más ventajoso, si no el único campo legítimo para el ejercicio poético, radicaba en la creación de nuevos modos de una belleza puramente física. Así es como no llegó a ser ni músico ni poeta, si usamos este último término en su acepción común. O puede que no hiciese nada para convertirse en cualquiera de los dos, simplemente por mostrarse consecuente con su idea de que en el desprecio a la ambición se puede encontrar uno de los principios esenciales de la felicidad en la tierra. ¿No es posible, en verdad, que mientras un genio de elevada categoría es necesariamente ambicioso, aquel que es superior se encuentre por encima de lo que se llama ambición? ¿Y no puede así ocurrir que muchos genios más grandes que Milton han permanecido por decisión propia “mudos y sin gloria alguna”? Creo que el mundo nunca ha visto y no verá jamás, a menos que una serie de accidentes acosara a un espíritu de los más nobles a un penoso esfuerzo, aquella absoluta plenitud de triunfal ejecución, en los más ricos dominios del arte, del cual la naturaleza humana es absolutamente capaz.

Ellison no llegó a ser ni músico ni poeta, pese a que no existió hombre alguno que viviera más profundamente enamorado de la música y de la poesía. Bajo otras circunstancias, distintas de las que lo rodearon, es posible que hubiese llegado a ser pintor. La escultura, aunque por naturaleza es rigurosamente poética, era demasiado limitada en cuanto a su extensión y consecuencias, como para haber ocupado, en algún momento, parte de su atención. Con esto ya he mencionado todos los campos dentro de los cuales la común comprensión del sentimiento poético lo declara capaz de explayarse. Pero Ellison sostenía que el terreno más rico, el más verdadero y

el más natural, si no el más extenso de todos, había sido tratado con inexplicable negligencia. No se había hecho ninguna definición del jardinero–paisajista como la del poeta; no obstante, a mi amigo le parecía que la creación del jardín–paisaje ofrecía a la Musa correspondiente la más magnífica de las oportunidades. De hecho, allí se encontraba el campo más hermoso para el despliegue de la imaginación en la infinita combinación de formas de una belleza nueva; dado que los elementos que entran en la combinación son, por una amplia superioridad, los más gloriosos que la tierra pueda ofrecer. En las múltiples formas y múltiples colores de las flores y los árboles, él reconocía los esfuerzos más directos y enérgicos de la Naturaleza hacia la belleza física. Y en la dirección o concentración de este esfuerzo –o, más propiamente, en su adaptación a los ojos que lo contemplarían en la tierra–, él se daba cuenta de que debía emplearlos en el hombre, trabajando para aprovechar las más grandes ventajas en el cumplimiento no solo de su propio destino como poeta, sino de los augustos propósitos para los cuales Dios había implantado el sentimiento poético.

“Su adaptación a los ojos que lo contemplarían en la tierra”. Con su explicación de esta frase, Ellison me ayudó mucho a resolver lo que para mí siempre había parecido un enigma: Me refiero al hecho (que nadie, salvo un ignorante, discute) de que no existe en la naturaleza una combinación decorativa alguna como la que el pintor de genio puede producir. En la realidad, nunca se encontrarán paraísos tales como aquellos que resplandecen en las telas de Claude. En el más encantador de los paisajes naturales, siempre se hallará un defecto o un exceso, muchos excesos y muchos defectos. Mientras que las partes que lo componen pueden desafiar, individualmente, la más alta destreza del artista, la disposición de estas partes siempre será susceptible de ser mejorada. En suma, no hay ninguna posición sobre la vasta superficie de la tierra natural, desde la cual el ojo artístico, mirando detenidamente, no encuentre motivo de ofensa en lo que se denomina la “composición” del paisaje. ¡Y, sin embargo, cuán ininteligible es esto! En todas las demás materias hemos sido justamente instruidos para considerar soberana a la naturaleza. En cuanto a sus detalles, vacilamos ante la idea de competir con ella. ¿Quién puede tener la presunción de imitar los colores del tulipán, o de mejorar las proporciones del lirio del valle? La crítica que dice, acerca de la escultura o del retrato, que la naturaleza debe ser exaltada o idealizada más que imitada, está

equivocada. No existe combinación pictórica o escultórica de elementos de belleza humana que pueda hacer más que solo acercarse a la belleza que vive y respira. Únicamente en el paisaje se encuentra el verdadero principio del crítico; y, habiendo hallado su verdad en él, no es sino el espíritu precipitado de la generalización lo que lo lleva a considerarlo verdad en todos los dominios del arte. He dicho que sentí aquí su verdad, puesto que el sentimiento no es ninguna afectación ni quimera. Las matemáticas no ofrecen demostraciones más absolutas que aquellas que el sentimiento de su arte brinda al artista. No solo cree, sino que sabe positivamente que estas y aquellas composiciones de elementos en apariencia arbitrarios constituyen – y solo ellas la constituyen– la belleza verdadera. Sus razonamientos, no obstante, todavía no han madurado hasta llegar a su expresión. Aún resta llevar a cabo un análisis más profundo del que el mundo ha visto hasta el momento, para así alcanzar una investigación a fondo y la expresión de tales razonamientos. Sin embargo, sus opiniones intuitivas son confirmadas por la voz de todos sus hermanos. Permítase que una “composición” sea defectuosa; permítase que una enmienda sirva para corregir un mero arreglo de forma; permítase que esta enmienda se someta a todos los artistas del mundo: cada uno de ellos admitirá su necesidad. Y lo que es más: para remediar la composición defectuosa, cada miembro aislado de la fraternidad habría sugerido una enmienda idéntica.

Repito que es exclusivamente en el arreglo del paisaje donde es susceptible de exaltación la naturaleza física, y que, por lo tanto, su susceptibilidad de mejorar en lo que respecta a este aspecto era un misterio que yo había sido incapaz de resolver. Mis propios pensamientos respecto al tema descansaban en la idea de que la intención primitiva de la naturaleza había sido disponer la superficie de la tierra de tal modo como para haber colmado en todo punto el sentido humano de perfección en lo bello, lo sublime o lo pintoresco; pero que esa intención primitiva había sido frustrada por las conocidas perturbaciones geológicas, perturbaciones de formas y colores agrupados, en cuya corrección o acomodamiento reside el alma del arte. No obstante, la fuerza de esta idea quedaba seriamente debilitada por la necesidad que involucra el considerar las perturbaciones como anormales y desadaptadas para cualquier propósito. Era Ellison quien sugirió que eran pronósticos de muerte. Así lo explicó: “Admitamos que la inmortalidad terrena del hombre fue la primera intención. Luego tenemos la disposición

primitiva de la superficie de la tierra habiendo sido adaptada a su dichoso y bendito estado, uno que no existe, pero que fue diseñado. Las perturbaciones fueron los preparativos para su condición mortal concebida posteriormente”.

–Ahora bien –dijo mi amigo–, puede que aquello que consideramos la exaltación del paisaje realmente lo sea, pero solo desde el punto de vista moral o humano. Cada alteración del escenario natural puede, en efecto, producir una mancha en el cuadro, si es que suponemos que este es visto de forma panorámica, en su conjunto, desde algún punto distante de la superficie de la tierra, aunque no más allá de los límites de su atmósfera. Puede comprenderse fácilmente que aquello que podría mejorar un detalle escudriñado de cerca puede, al mismo tiempo, perjudicar un efecto general u observado desde una distancia mayor. Pudiera ser que exista una clase de seres, alguna vez humanos, pero ahora invisibles para la humanidad, para quienes, desde lejos, nuestro desorden pueda parecerles orden y lo que consideramos no pintoresco, pintoresco. En pocas palabras, ángeles terrenos bajo cuyo escrutinio, más especializado que el nuestro, y para cuya apreciación de la belleza, refinada por la muerte, pueden haber sido dispuestos por Dios los vastos jardines–paisajes en los hemisferios.

En el curso de la discusión, mi amigo citó algunos pasajes de un escritor de jardinería paisajística, quien supuestamente ha tratado el tema con autoridad:

“Hablando con propiedad, existen no más de dos estilos en la jardinería paisajística: el natural y el artificial. El primero busca recordar la belleza original del campo, adaptando sus medios al escenario que lo rodea, cultivando árboles en armonía con las colinas o las llanuras de la tierra vecina; descubriendo y poniendo en práctica aquellas delicadas relaciones de tamaño, proporción y color que, si bien ocultas al observador común, se revelan por todas partes al experimentado estudiante de la naturaleza. El resultado del estilo natural de jardinería se aprecia más bien en la ausencia de defectos e incongruencias, en el predominio de una sana armonía y de un orden, que en la creación de cualquier maravilla o milagro especial. Por su parte, el estilo artificial cuenta con un sinfín de variedades, de hecho tantas como sean los distintos gustos a satisfacer. Guarda una cierta relación general con los variados estilos de construcción. Existen así las regias avenidas y rincones de Versalles, las terrazas italianas y un estilo antiguo

inglés diverso y mezclado, que tiene cierta relación con el gótico civil o la arquitectura isabelina. Pese a lo que pueda ser dicho contra los abusos del jardín-paisaje artificial, una mezcla de arte puro en la escena de un jardín le añade una gran belleza. Esta es, en parte, agradable a la vista, debido al despliegue de orden y diseño y, en parte, moral. Una terraza, con una vieja balaustrada cubierta de musgo, evoca instantáneamente a la vista las hermosas figuras que pasaron por ahí en otros tiempos. Aún la más ligera exhibición de arte es una evidencia de cuidado e interés humano”.

—De acuerdo a lo que acabo de leer —dijo Ellison—, comprenderás que rechazo la idea, expresada aquí, de rememorar la belleza original del campo. La belleza original nunca es tan grande como aquella que puede ser creada. Por supuesto, todo depende de elegir un lugar con posibilidades. Lo que se dice acerca de descubrir y llevar a la práctica relaciones bellas en lo que respecta a tamaño, proporción y color, es una de esas meras vaguedades de lenguaje que sirven para encubrir la falta de exactitud del pensamiento. La frase citada puede significar cualquier cosa, o nada, y no nos guía en absoluto. Que el verdadero resultado del estilo natural de jardinería se vea más bien en la ausencia de todo defecto e incongruencia, antes que en la creación de maravilla o milagro alguno, es una proposición que se adapta mejor a la comprensión servil del rebaño que a los fervorosos sueños del hombre de genio. El mérito negativo sugerido tiene relación con esa crítica mediocre que en las letras elevaría a Addison hasta el *súmmum*. En verdad, mientras esa virtud que consiste simplemente en evitar el vicio apela directamente al entendimiento, y puede, por tanto, ser circunscrita por la regla, la virtud superior que flamea en la creación, solamente puede ser aprehendida en sus resultados. La regla se aplica de modo único a los méritos de la negación, a las excelencias refrenadas. Más allá de estas, el arte crítico no puede sino sugerir. Se nos puede enseñar a construir un “Catón”, pero será en vano que se nos diga cómo concebir un Partenón o un “Infierno”. No obstante, hecha la cosa y lograda la maravilla, la capacidad para aprehender se torna universal. Los sofistas de la escuela negativa, quienes, a través de la incapacidad para crear, se han burlado de la creación, ahora se encuentran entre quienes aplauden con mayor fervor. Aquello que, en su condición de crisálida, ofendía su recatada razón, nunca deja, en la madurez del logro, de arrancar la admiración de su instinto de belleza.

—Las observaciones del autor sobre el estilo artificial —continuó Ellison—,

son menos objetables. Una mezcla de arte puro en la decoración de un jardín le añade a este una gran belleza. Esto es justo, así como también lo es la referencia al sentido del interés humano. El principio expresado es indisputable, pero puede que exista algo más allá de él. Puede que exista un objeto que permanece fiel al principio, un objeto inalcanzable por los medios que comúnmente poseen los individuos, y que, si se lograra alcanzar, le concedería al jardín-paisaje un encanto que sobrepasaría con creces aquello que podría otorgarle un sentimiento de mero interés humano. Un poeta que dispusiera de recursos económicos poco usuales podría, conservando la necesaria idea del arte o la cultura, o, como lo expresa el autor, de interés, imbuir sus diseños con tal vastedad y, a la vez, novedad de belleza, como para lograr así expresar el sentimiento de una intromisión espiritual. Se vería que, para alcanzar tal resultado, él asegura todas las ventajas del interés o del diseño, a la vez que alivia su trabajo de la rigurosidad o la tecnicidad del arte terrenal. En el más árido de los desiertos, en la más salvaje de las escenas de la naturaleza en su estado puro, se hace evidente el arte de un Creador; pero este arte solamente puede ser apreciado tras la reflexión y de ningún modo tiene la fuerza indiscutible de un sentimiento. Supongamos, ahora, que este sentido del diseño del Todopoderoso se rebajase un grado, de modo que llegase a tener algo parecido a una armonía o una consistencia con el sentido del arte humano, hasta actuar como un agente intermedio entre los dos. Imaginemos, por ejemplo, un paisaje cuya vastedad y carácter definitivo combinados; cuya belleza, magnificencia y extrañeza unidas, expresasen la idea de un cuidado, cultura o supervisión por parte de seres superiores, pero análogos a la humanidad. Entonces el sentimiento de interés se mantendría, mientras el arte entremezclado asumiría un aire de naturaleza intermedia o secundaria, una naturaleza que no es ni Dios ni una emanación de Dios, sino que todavía es naturaleza en el sentido de obra de los ángeles que se ciernen entre el hombre y Dios.

En la consagración de su enorme fortuna a la encarnación de una visión tal, en el ejercicio al aire libre garantizado por la supervisión personal de sus planes, en el incesante objeto que ofrecían dichos planes, en la alta espiritualidad del objeto, en aquel desprecio de la ambición que le permitía sentir de verdad... en los manantiales perennes con los que gratificaba (sin posibilidad de saciarse) la pasión dominante de su alma, la sed de belleza,

sobre todas las cosas... era en la simpatía de una mujer auténticamente femenina, una cuya belleza y amor envolvían su existencia en la atmósfera purpúrea del Paraíso; aquel que Ellison pensó haber encontrado, y encontró, es decir, la exención de las preocupaciones comunes de la humanidad, con una gran cantidad de felicidad positiva, mucho mayor de la que nunca brilló en los extáticos ensueños de Madame de Staël.

Me abrumo por expresarle al lector cualquier idea acabada de las maravillas que mi amigo en verdad logró. Anhelo describirlas, pero me descorazono ante la dificultad de su descripción, y titubeo entre el detalle y la generalidad. Quizás lo mejor sea unir ambas cosas en sus extremos.

El primer paso de Ellison consideraba, por supuesto, el acto de escoger un lugar, y apenas si había él comenzado a pensar sobre este punto, cuando la exuberante naturaleza de las islas del Pacífico atrajo su atención. De hecho, ya había decidido efectuar un viaje a los Mares del Sur, cuando una noche de reflexión lo indujo a abandonar la idea. “Si yo fuese misántropo –dijo–, tal escenario me vendría bien. Su aislamiento y reclusión totales, junto a la dificultad para entrar y salir, serían en tal caso el encanto de los encantos; pero aún no soy un Timón. Deseo la calma, pero no la depresión de la soledad. Debe quedarme cierto control sobre la extensión y la duración de mi reposo. Serán frecuentes las horas en las que necesitaré, también, la simpatía de lo poético hacia aquello que habré llevado a cabo. Permítaseme buscar, entonces, un lugar que no se encuentre lejos de una ciudad populosa y cuyos alrededores, asimismo, puedan permitirme ejecutar mejor mis planes.

En busca de un lugar apropiado, Ellison viajó durante varios años, y me fue permitido acompañarlo. Rechazó, sin vacilar, mil sitios que me encantaron, por razones que me satisficieron, admitiendo finalmente que él estaba en lo correcto. Llegamos por fin a una elevada meseta de maravillosa fertilidad y belleza, que ofrecía una perspectiva panorámica muy poco menor en extensión a la del Etna, y que, tanto en la opinión de Ellison como en la mía, superaba a la afamadísima vista de aquella montaña con respecto a todos los elementos verdaderos de lo pintoresco.

–Me doy cuenta –dijo el viajero, mientras suspiraba con profundo placer, luego de mirar larga y fijamente por casi una hora, extasiado, esta escena–, que aquí, en mis circunstancias, nueve de cada diez de los hombres más exigentes se darían por satisfechos. Este panorama es verdaderamente

glorioso y me regocijaría en él si no fuese por el exceso de su gloria. El gusto de todos los arquitectos que he conocido los lleva, por causa de la “perspectiva”, a levantar edificios en las cimas de las colinas. El error es obvio. La magnitud, en cualquiera de sus aspectos, pero especialmente en cuanto a la extensión, primero sorprende y entusiasma, para luego fatigar y deprimir. Para la escena ocasional nada puede ser mejor, pero para la vista constante, nada peor. Y, en la vista constante, la fase más objetable de magnitud es aquella de la extensión; la peor fase de la extensión, aquella de la distancia. Está en guerra con el sentimiento y con el sentido de reclusión, sentimiento y sentido que intentamos satisfacer cuando nos ‘retiramos al campo’. Al mirar desde la cima de una montaña no podemos más que sentirnos perdidos en el mundo. Los enfermos del corazón evitan las perspectivas distantes, como si se tratase de la peste.

No fue sino hacia el final del cuarto año de nuestra búsqueda que encontramos un lugar con el cual Ellison se declaró satisfecho. No hace falta decir, por supuesto, dónde se encontraba ubicado este lugar. La reciente muerte de mi amigo, causante de que fueran abiertas las puertas de sus dominios a cierta clase de visitantes, le ha otorgado a Arnheim una especie de celebridad secreta y sumisa, sino solemne, similar en cierta forma, pese a ser infinitamente superior en grado, a aquella que distinguió a Fonthill durante tanto tiempo.

La manera habitual de llegar a Arnheim era a través del río. El visitante abandonaba la ciudad temprano en la mañana. Durante la mañana, pasaba entre orillas de una belleza tranquila y doméstica, en la cual pastaban innumerables ovejas, cuyos blancos vellones manchaban el vívido verdor de las praderas ondeantes. Poco a poco, la idea del cultivo daba paso a aquella de un cuidado meramente pastoril. Lentamente, esta se fundía en una sensación de retiro, y ésta a su vez, en una conciencia de soledad. A medida que se acercaba la tarde, el canal se hacía más estrecho y las riberas más y más escarpadas; y estas últimas estaban revestidas de un follaje más rico, más abundante y más sombrío. El agua aumentaba en transparencia. La corriente daba mil vueltas, de modo que en ningún momento su brillante superficie podía ser vista desde una distancia mayor a un estadio. A cada instante el barco parecía encontrarse preso en medio de un círculo encantado, rodeado de insuperables e impenetrables muros de follaje; un techo de raso azul ultramar, y sin piso alguno, la quilla balanceándose con

admirable suavidad como sobre una barca fantasmal que, encontrándose invertida por algún accidente, flotaba en constante compañía de la real, con el único propósito de sostenerla. El canal, entonces, se transformaba en un desfiladero, pese a que el término no es el más apropiado, mas lo empleo meramente debido a que el lenguaje no tiene otra palabra que represente mejor la faceta más asombrosa, aunque no la más característica, de la escena. El aspecto de desfiladero se mantenía solamente en la altura y el paralelismo de las riberas, pero se perdía por completo en sus otros rasgos. Las paredes de la quebrada (a través de la cual fluía en calma el agua cristalina) se elevaban hasta una altura de cien y, ocasionalmente, de ciento cincuenta pies, y se inclinaban de tal forma la una hacia la otra que, en gran medida, no dejaban pasar la luz del día, mientras los musgos semejantes a largas plumas, que colgaban densamente desde los arbustos entrelazados en lo alto, le otorgaban a todo el abismo un aire de penumbra fúnebre. Las sinuosidades se iban haciendo más frecuentes e intrincadas, y a menudo parecía como si se volvieran sobre sí mismas, de modo que el viajero había perdido hacia ya tiempo todo sentido de orientación. Se encontraba, además, envuelto por un sentido exquisito de extrañeza. La idea de naturaleza aún permanecía, mas su carácter parecía haber sufrido una modificación: había una misteriosa simetría, una uniformidad excitante, un mágico decoro en estas obras suyas. Ni una rama seca, ni una hoja marchita, ni un guijarro perdido, ni un pedazo de tierra marrón, se veían en sitio alguno. El agua cristalina manaba sobre el granito limpio o sobre el musgo inmaculado, con una agudeza de contorno que, a la vez, deleitaba y deslumbraba a la vista.

Habiendo recorrido los laberintos de este canal por algunas horas, y haciéndose la oscuridad se hacía más profunda a cada momento; un viraje muy marcado e inesperado de la nave la llevaba repentinamente, como si hubiera caído desde el cielo, a una cuenca circular de gran extensión, si se la comparaba al ancho del desfiladero. Tenía aproximadamente doscientas yardas de diámetro, y estaba rodeada por todas partes, excepto aquella que enfrentaba la nave al entrar, por colinas que, en general, eran igual de altas que los muros del abismo, aunque de un carácter absolutamente distinto. Sus lados se inclinaban desde la orilla del agua en un ángulo de unos cuarenta y cinco grados y estaban revestidas, desde la base hasta la cima, sin que pudiera percibirse ningún punto que escapase a ello, por un manto de las más espléndidas flores, donde apenas podía verse alguna hoja verde entre el

mar de color perfumado y ondulante. Esta cuenca era de gran profundidad, pero el agua era tan transparente, que el fondo, el cual parecía consistir de una gruesa masa de pequeños guijarros redondos de alabastro, podía, por momentos, ser visto con claridad; es decir, cuando la mirada podía permitirse no ver, en lo profundo del cielo invertido, la réplica florida de las colinas. En estas últimas no había árboles ni arbustos de ningún tamaño. Las impresiones causadas al observador eran de riqueza, tibieza, color, quietud, uniformidad, suavidad, delicadeza, elegancia, voluptuosidad y de un milagroso refinamiento de cultura, que sugería sueños de una nueva raza de hadas laboriosas, de buen gusto, magníficas y meticulosas; pero a medida que la vista subía por la pendiente multicolor, desde su marcada unión con el agua hasta su vaga terminación en medio de los pliegues de una nube suspendida, resultaba ciertamente difícil no imaginar una panorámica catarata de rubíes, zafiros, ópalo y ónixes dorados, cayendo silenciosamente desde el cielo.

El visitante, dando de repente con esta bahía al salir de la penumbra de la quebrada, queda deleitado, aunque atónito, por la esfera llena del sol que declina, que él hubiese supuesto estando ya muy por debajo del horizonte, pero que ahora lo enfrenta, formando el único límite de una perspectiva, de otro modo infinita, por medio de otro abismo, abierto como una grieta en las colinas.

Pero una vez aquí, el viajero deja la nave que lo ha llevado hasta tan lejos y aborda una ligera canoa de marfil, adornada con arabescos en un vívido rojo escarlata, tanto por dentro como por fuera. La popa y la proa de este barco se elevan bastante más arriba del agua, en afiladas puntas, siendo entonces su forma general como la de una irregular luna en cuarto creciente. Reposa en la superficie de la bahía con la orgullosa gracia de un cisne. En su piso de armiño descansa un solo remo, liviano, de palo de áloe, pero no se divisa ningún remero ni sirviente. Se le ruega al invitado que no pierda el ánimo alegre, ya que los hados cuidarán de él. La nave más grande desaparece y entonces queda solo en la canoa, la cual yace aparentemente inmóvil en medio del lago. Mientras considera qué curso tomar, advierte un sutil movimiento en la barca encantada. Lentamente gira sobre sí misma, hasta que su proa apunta hacia el sol. Avanza con una velocidad suave, pero que gradualmente se va acelerando, mientras los ligeros rizos que crea rompen sobre los costados de marfil en la más divina melodía y parecen

ofrecer la única explicación posible de la música calmante pero melancólica, cuyo origen oculto busca en vano el perplejo viajero mirando a su alrededor.

La canoa procede a un ritmo constante y se acerca a la barrera rocosa del paisaje, de tal modo que sus profundidades pueden ser vistas con mayor claridad. A la derecha se alza una cadena de colinas elevadas, revestidas de bosques salvajes y profusos. Sin embargo, puede observarse que la exquisita limpieza, donde la ribera se hunde en el agua, sigue prevaleciendo. No hay ni un solo rastro de aquellos típicos desechos de los ríos. A la izquierda, el carácter de la escena es más suave y más evidentemente artificial. Allí las pendientes de la ribera suben desde la superficie de la corriente en un suave ascenso, formando una amplia pradera de césped, de textura no muy distinta a la del terciopelo y de un verde tan brillante, que podría soportar ser comparado con el tinte de la más pura esmeralda. Esta meseta varía en ancho desde diez a trescientas yardas, alcanzando, desde la ribera del río, un muro de cincuenta pies de alto, que se extiende en un infinito de curvas, que sigue la dirección general del río, hasta perderse en la distancia hacia el oeste. Este muro es de una roca uniforme y ha sido formada por medio del corte perpendicular de lo que solía ser el escarpado precipicio de la ribera sur de la corriente, sin que exista huella alguna del trabajo realizado. La piedra tallada tiene el tono de las edades y está abundantemente cubierta y sembrada de hiedra, madreSelva coral, eglantina y clemátida. La uniformidad de las líneas superior e inferior del muro se encuentran totalmente suavizadas por algunos árboles de altitud gigantesca, que crecen solos o en grupos pequeños, tanto a lo largo de la meseta como en los dominios detrás de este, pero muy cerca de él, de tal modo que numerosas ramas (especialmente de nogal negro) pasan por encima y sumergen sus extremos colgantes en el agua. Más allá, adentrándose en los dominios, la visión es interrumpida por una impenetrable cortina de follaje.

Estas cosas se observan durante el acercamiento gradual de la canoa a lo que yo he llamado la puerta de la panorámica. Aunque al irse acercando a ésta, su apariencia semejante a un abismo desaparece y una nueva salida desde la bahía se descubre a la izquierda, en cuya dirección puede verse cómo se extiende el muro, aún siguiendo el curso general de la corriente. La vista no puede penetrar muy lejos, bajando por esta nueva apertura, dado que la corriente, acompañada por el muro, todavía dobla hacia la izquierda, hasta que ambos son engullidos por el follaje.

Sin embargo, el bote se desliza mágicamente por el canal sinuoso y, en este lugar, la ribera opuesta al muro encuéntrase semejando a la que estaba frente al muro que había delante. Unas colinas majestuosas, que ocasionalmente llegan a ser montañas, y cubiertas de vegetación en exuberancia silvestre, aún ocultan la escena.

Flotando suavemente mientras avanza, aun si con una velocidad apenas aumentada, el viajero, luego de numerosas vueltas breves, encuentra su curso aparentemente obstruido por una puerta gigante o, más bien, una barrera de oro bruñido, tallada y pulida en forma elaborada, que refleja los rayos directos del sol, que ahora se hunde rápidamente con un resplandor que parece envolver todo el bosque circundante en llamas. Esta barrera se encuentra inserta en este muro de gran altura, que aquí parece cruzar el río en ángulo recto. Sin embargo, en breves instantes, se ve que el cauce principal del agua todavía fluye en una suave y amplia curva hacia la izquierda, junto al muro, como antes, mientras una corriente de considerable volumen, divergiendo de la principal, se abre camino, con un ligero rizo, bajo la puerta, y de este modo se esconde de la vista. La canoa cae al canal menor y se acerca a la entrada. Sus pesadas hojas se abren lenta y musicalmente. El bote se desliza entre ellas y comienza un rápido descenso hacia un vasto anfiteatro, enteramente rodeado por montañas de color púrpura, cuyas bases son lavadas por un río resplandeciente en toda la extensión de su circuito. Mientras tanto, todo el Paraíso de Arnheim irrumpe ante la vista. Una melodía fascinante mana a raudales y se siente la opresiva presencia de un olor dulce y extraño. Es como un sueño, en que se entremezclan ante la mirada los altos y esbeltos árboles orientales, los arbustos frondosos, las bandadas de pájaros dorados y carmesíes, los lagos rodeados de lirios, los prados de violetas, tulipanes, amapolas, jacintos y nardos, las largas y entrelazadas líneas de arroyuelos plateados y, surgiendo confusamente en medio de todo esto, una masa arquitectónica medio-gótica y medio-árabe, que se sostiene en el aire como por milagro, resplandeciendo en la rojiza luz del sol con sus cien miradores, minaretes y pináculos, como si se tratase de la obra fantasmal y conjunta de las sílfides, de las hadas, de los genios y de los gnomos.

La cita

*¡Espérame allá! Ciertamente iré a
encontrarme contigo en aquel profundo valle.*

Henry King, obispo de Chichester, Exequias en la muerte de su esposa.

¡Hombre misterioso y de fatal destino! ¡Deslumbrado por el brillo de tu propia imaginación y ardiendo en las llamas de tu propia juventud! ¡Nuevamente te contemplo en mi imaginación! ¡Una vez más tu figura se alza ante mí! Pero no, no como estás ahora, en el frío valle y en la sombra, sino como debieses estar, derrochando una vida de magnífica meditación en aquella ciudad de visiones difusas, tu Venecia, la cual es una amada estrella; Elíseo del mar, allí donde los amplios ventanales de aquellos palacios de Palladio miran hacia abajo, con un conocimiento profundo y amargo, los secretos de sus aguas silenciosas. ¡Sí! Lo repito: como tú debieses ser. No cabe duda que existen otros mundos aparte de este, pensamientos que no son los mismos pensamientos de la multitud, otras especulaciones que no son aquellas especulaciones del sofista. ¿Quién, entonces, podría cuestionar tu conducta? ¿Quién podría recriminarte por tus horas visionarias, o denunciar aquellas ocupaciones como un despilfarro de vida, cuando no eran sino el desbordamiento de tu energía sin límites?

Fue en Venecia, bajo el arco cubierto del Puente de los Suspiros, donde me encontré por tercera o cuarta vez con la persona de la cual hablo. Las circunstancias de dicho encuentro las rememoro confusamente. No obstante, recuerdo (¡ah! ¿cómo podría olvidarlo?) la profunda medianoche, el Puente de los Suspiros, la belleza femenina, y el genio del romance que deambulaba de arriba abajo por aquel angosto canal.

Era una noche de extraordinaria oscuridad. El gran reloj de la Piazza había dado la quinta hora de la noche italiana. La plaza del Campanile se hallaba silenciosa y desierta, y las luces del antiguo Palacio Ducal se extinguían con rapidez. Estaba volviendo a casa desde la Piazzetta, por la vía del Gran Canal, pero, al tiempo que mi góndola arribaba al otro lado de la desembocadura del canal San Marco, una voz de mujer estalló repentinamente desde sus profundidades, en medio de la noche, en un grito salvaje, histérico y prolongado. Sobresaltado al oírlo, me incorporé y me

puse en pie, mientras el gondolero había dejado resbalar su único remo y este se perdía en la profunda oscuridad, sin posibilidad alguna de recuperarlo. En consecuencia, quedamos a merced de la corriente, la cual, en este lugar, va desde el canal más grande en dirección al más pequeño. Como si se tratase de un enorme cóndor de plumas negras, estábamos siendo empujados por la corriente lentamente hacia abajo, rumbo al Puente de los Suspiros, cuando mil antorchas flameando en las ventanas, y descendiendo por las escalinatas del Palacio Ducal, convirtieron de pronto aquella profunda oscuridad en un lívido día sobrenatural.

Un niño, resbalando de los brazos de su propia madre, había caído desde una de las ventanas superiores de la majestuosa estructura al profundo y oscuro canal. Las silenciosas aguas se habían cerrado plácidamente sobre su víctima; y aunque mi góndola era la única a la vista, muchos intrépidos nadadores ya se habían lanzado a la corriente, intentando buscar en la superficie, en vano, el tesoro que, ¡ay!, solo podría encontrarse en el abismo. Sobre las negras y anchas losas de mármol de la entrada del palacio, y unos cuantos escalones por encima del agua, se erguía una figura, a la que nadie de cuantos la vieron en ese momento puede haber olvidado desde entonces. Era la marquesa Afrodita, la adoración de toda Venecia, la más alegre de las alegres y la más hermosa en aquella ciudad, en que todas son bellas; pero, no obstante, joven esposa del viejo e intrigante Mentoni y madre de aquel hermoso niño, su primogénito y único hijo que, ahora en las profundidades, bajo aquella agua turbia, estaría evocando, con amargura en su corazón, las dulces caricias de su madre y agotando su pequeña vida luchando por lograr llamarla.

Ella estaba de pie, sola. Sus pies diminutos, descalzos y plateados, brillaban en el negro espejo de mármol que tenían debajo. Su cabello, suelto solo a medias, luego de su peinado de salón para aquella noche, se agrupaba en medio de una lluvia de diamantes, alrededor de su cabeza clásica, en rizos semejantes a los del jacinto joven. Una túnica como de gasa, blanca como la nieve, parecía estar casi tocando la planta de sus pies y cubría su delicada forma; pero el aire estival de aquella medianoche era cálido, pesado y estático, y aquella silueta, que se asemejaba a una estatua, no efectuaba movimiento alguno; ni siquiera se agitaban los pliegues de aquella vestidura como de vapor que la envolvía, como el pesado mármol que cae sobre el Niobe. Sin embargo (¡resulta extraño decirlo!) sus grandes y luminosos ojos

no miraban hacia abajo, en dirección a la tumba en la cual su esperanza más brillante yacía enterrada, ¡sino que estaban absortos en una dirección totalmente diferente! La prisión de la antigua república es, en mi opinión, el edificio más majestuoso de toda Venecia, pero, ¿cómo podía aquella dama fijar su vista a tal punto en ese lugar, mientras debajo de ella estaba ahogándose su único hijo? Además, aquel nicho oscuro y lúgubre estaba situado justo frente a la ventana de su aposento. Por lo tanto, ¿podía haber algo en sus sombras, en su arquitectura o en sus solemnes cornisas cubiertas de hiedra, de lo cual la marquesa de Mentoni no se hubiese maravillado miles de veces antes? ¡No tenía sentido! ¿Quién no se acuerda que, en momentos así, la vista, como si fuera un espejo hecho pedazos, multiplica las imágenes de su pesar y ve en lugares lejanos e innumerables la aflicción que se encuentra al alcance de la mano?

Varios escalones más arriba que la marquesa, y dentro del arco de la compuerta, se encontraba de pie, completamente vestida, la figura de sátiro del mismísimo Mentoni. Se ocupaba, por momentos, en rasguear una guitarra y parecía emocionalmente agotado, hasta el punto de la mismísima muerte, mientras, cada tanto, daba instrucciones para el rescate de su hijo. Estupefacto y horrorizado, yo no tenía fuerzas para moverme de la posición que había adoptado cuando escuché por primera vez el grito; y debo haber parecido, a los ojos del agitado grupo, algo semejante a una aparición espectral y ominosa, flotando entre ellos en aquella góndola fúnebre, con un semblante pálido y los miembros rígidos.

Todos los esfuerzos fueron en vano. Muchos de los más enérgicos en la búsqueda veían cómo su brío se debilitaba e iban cediendo ante una profunda pena. Parecía haber muy poca esperanza para el niño (¡y cuánta menos para la madre!). Mas entonces, desde el interior de aquel oscuro nicho que he mencionado, el cual formaba parte de la prisión de la antigua república, frente al entramado de las ventanas de la marquesa, pudo verse, a la luz, una figura envuelta en una capa que, luego de hacer una pausa sobre el borde del vertiginoso abismo, se zambulló de cabeza en el canal. Cuando, luego de un instante, emergió y se paró, con el niño aún vivo y respirando, sobre las losas de mármol junto a la marquesa, su capa, pesada por estar empapada de agua, se soltó y, cayendo en pliegues sobre sus pies, dejó al descubierto ante los estupefactos espectadores la persona llena de gracia de un hombre muy joven, cuyo nombre resonaba en la mayor parte de Europa

en ese entonces.

El salvador no dijo ni una sola palabra. ¡En cambio, la marquesa! Ella iba ahora a recibir a su hijo, iba a acurrucarlo contra su pecho, a aferrarse a su pequeño cuerpo y a cubrirlo de caricias... Pero, ¡ay!, eran los brazos de otro los que alzaban al niño y lo separaban del extraño. ¡Los brazos de otro lo alcanzaban y lo cargaban, llevándoselo, desapercibido, al palacio! ¿Y la marquesa? Sus labios, sus hermosos labios temblaban; las lágrimas se agrupaban en sus ojos, aquellos ojos que, como el acanto de Plinio, eran “suaves y casi líquidos”. ¡Así es! Las lágrimas se amontonaban en aquellos ojos. ¡Y he aquí! Aquella mujer se estremeció por completo desde lo más hondo de su alma... ¡la estatua cobró vida! Contemplamos cómo la palidez de su semblante de mármol, la turgencia de su pecho de mármol e incluso la pureza de sus pies de mármol, se ruborizaban repentinamente con una ola de carmesí incontenible. Y un leve escalofrío recorrió su delicado cuerpo, como una suave brisa de Nápoles entre los abundantes lirios plateados sobre la hierba.

¿Por qué había de sonrojarse aquella dama? No existe respuesta a esta pregunta. A menos que, habiendo dejado, con la ansiosa prisa y terror del corazón de una madre, la privacidad de su propio tocador, ella hubiese cometido el descuido de no poner sus diminutos pies en pantuflas y olvidado por completo cubrir sus hombros venecianos con el ropaje que corresponde. ¿Qué otra razón válida podía haber para que ella se sonrojase a tal punto? ¿A qué, sino a lo que he mencionado, podía deberse aquella mirada en esos ojos salvajes y atrayentes? ¿Y qué razón había, si no, para la conmoción tan poco habitual de aquel pecho agitado? ¿Y para la presión convulsiva de aquella mano temblorosa? Aquella mano que cayó, en forma casual, mientras Mentoni se dirigía al palacio, sobre la mano del extraño. ¿Qué razón puede haber existido para aquellas palabras sin sentido, dichas en voz baja, en un tono de voz singularmente bajo, que la dama le susurrara con apuro al momento de despedirse de él? “Usted ha vencido –dijo ella, a menos que me engañara el murmullo del agua–. Usted ha vencido... una hora después de que salga el sol... nos reuniremos... ¡que así sea!”

El tumulto se había apaciguado, las luces se habían extinguido al interior del palacio y aquel desconocido, a quien ahora yo ya había reconocido, permanecía solo y de pie sobre las losas. Se sacudió con una agitación incontenible y echó un vistazo alrededor en busca de una góndola. No podía

menos que ofrecerle la mía y él aceptó la cortesía. Luego de conseguir un remo en la compuerta, continuamos juntos hacia su residencia. Entretanto, él recobraba el dominio de sí mismo con rapidez y hablaba acerca de nuestra relación pasada y superficial, aparentemente en términos de gran cordialidad.

Existen algunos temas sobre los que me gusta ser detallista. La persona del desconocido –permítaseme llamarlo así, debido a que así era considerado por todo el mundo–, la persona de aquel desconocido es uno de estos temas. En cuanto a su estatura, debe haber estado por debajo del promedio, aun cuando había momentos de intensa pasión en que, verdaderamente, su cuerpo crecía y desmentía dicha afirmación. La ligera y casi esbelta simetría de su figura, prometía más de aquella decidida actividad manifestada en el Puente de los Suspiros, que de esa fuerza hercúlea que, viéndose enfrentado a emergencias de mayor peligro, se sabía que había ejercido sin esfuerzo. Su boca y su mentón eran los de una deidad; sus ojos singulares, salvajes, enormes y líquidos, cuya tonalidad variaba desde un color avellana puro hasta el más intenso y brillante azabache. Su cabello era abundante, negro y rizado, bajo el cual resplandecía, cada tanto, una frente de anchura poco habitual, como de marfil iluminado. De cuanto he visto, sus características tenían una regularidad clásica sin parangón, con excepción de, quizás, aquellas imágenes marmóreas del emperador Cómodo. Sin embargo, así y todo, su semblante era del tipo de aquellos que todo hombre ha visto en algún momento de su vida, pero que no ha vuelto a ver después. No tenía nada peculiar, ninguna expresión predominante y establecida que se le grabase a uno en la memoria; un rostro visto e instantáneamente olvidado, pero olvidado con un deseo vago e incesante por recordarlo de nuevo. No es que el espíritu de cada pasión fugaz fallase, en algún momento, en reflejar su nítida imagen en el espejo de aquel rostro, sino que el espejo, en su calidad de espejo auténtico, no retenía vestigio alguno de la pasión luego que aquella pasión se había extinguido.

Cuando nos despedimos, en la noche de nuestra aventura, él me solicitó, en lo que me pareció de modo urgente, ir a visitarlo muy temprano a la mañana siguiente. Así fue como, poco después de la salida de sol, llegué a su palazzo, una de esas enormes estructuras de lúgubre y, al mismo tiempo, fantástica pompa, que se alzan sobre las aguas del Gran Canal, en los alrededores del Rialto. Fui conducido arriba por una ancha y serpenteante

escalera de mosaicos, a una habitación cuyo incomparable esplendor irrumpió, al abrirse la puerta, con un brillo evidente, encegueciéndome y logrando que llegara a marearme con el lujo.

Sabía que mi conocido era rico. Me habían hablado de sus posesiones en términos que yo me había aventurado a calificar de exageraciones ridículas. Pero a medida que observaba a mi alrededor, no podía creer que la riqueza de alguien en Europa hubiese sido capaz de brindar la principesca magnificencia que ardía y resplandecía por doquier.

A pesar de que, como he dicho, el sol ya había salido, la habitación aún se encontraba brillantemente iluminada. Juzgué, debido a dicha circunstancia, así como por el aire de agotamiento que lucía el semblante de mi amigo, que no se había retirado a su cama en toda esa noche. Tanto la arquitectura como los adornos de la recámara, habían sido evidentemente diseñados para deslumbrar y dejar atónito. Se le había prestado poca atención a lo que, en materia de decoración, técnicamente recibe el nombre de conservación, así como a la armonía de las características nacionales. La vista deambulaba de objeto en objeto, sin descansar sobre ninguno, ya fuesen estos los grotesques de los pintores griegos, las esculturas de las mejores épocas italianas o las enormes tallas del arte primitivo de Egipto. En cada parte del salón, temblaban con la vibración de una música baja y melancólica colgaduras abundantes, cuyo origen era imposible de descubrir. Los sentidos quedaban oprimidos por perfumes mezclados y contradictorios, cuyas fragancias brotaban de extraños incensarios retorcidos, junto con múltiples lenguas de fuego de tonos esmeralda y violeta, que llameaban y parpadeaban. Los rayos del sol, que recién salía, caían sobre todo el conjunto a través de ventanas constituidas, cada una, por un solo cristal de tinte carmesí. Danzando por aquí y por allá, en miles de refracciones, desde unas cortinas que bajaban de sus cornisas como cataratas de plata fundida, los rayos de gloria natural se mezclaban por fin, de forma irregular, con la luz artificial, para luego esparcirse confusamente, en suaves tonalidades, sobre una alfombra de tejido abundante, que tenía una rica apariencia, casi líquida, como de oro de Chile.

–¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!– rió el propietario, indicándome que me sentara cuando entré a la habitación, al mismo tiempo que se tendía completamente sobre una otomana–. Veo –dijo, percibiendo que yo no lograba adaptarme de inmediato con el decoro de tal singular bienvenida–, bien veo que ha

quedado perplejo con mi aposento, mis esculturas, mis pinturas, la originalidad de la forma en que concebí su arquitectura y tapizado... Se siente usted absolutamente borracho debido a mi magnificencia, ¿no? Pero, perdóneme usted, mi querido señor –aquí su tono de voz descendió, hasta llegar al espíritu mismo de la cordialidad–, discúlpeme por mi risa tan poco caritativa. Parecía usted estar completamente estupefacto. Por lo demás, hay ciertas cosas que son tan cómicas, que uno no tiene más remedio que reírse o morir. ¡Morir riendo debe ser la más gloriosa de todas las muertes gloriosas! Sir Thomas More (era Sir Thomas More un hombre excelente)... Sir Thomas More murió riendo, como ciertamente recuerda usted. Asimismo, en los *Absurdos de Ravisius Textor*, hay una larga lista de personajes que tuvieron el mismo magnífico final. No obstante, ha de saber usted –continuó, pensativo– que en Esparta (que ahora corresponde a Palaeochori), en Esparta, bien digo, hacia el oeste de la ciudadela, en medio del caos de las ruinas que apenas pueden distinguirse, hay una especie de zócalo, en el cual las letras todavía son legibles. Sin duda alguna, son parte

de ΓΕΛΛΑΕΜΑ ³⁹. Ahora bien, en Esparta existían mil templos y altares dedicados a mil divinidades diferentes. ¡Cuán increíblemente extraño es que el altar de la Risa haya sido el único que sobrevivió a todos los otros! Sin embargo, en este momento –prosiguió, con una alteración singular de voz y expresión–, no tengo ningún derecho a reírme a sus expensas. Bien puede usted haber quedado asombrado. Europa no es capaz de producir nada tan fino como este, mi pequeño y regio gabinete. El resto de mis aposentos no son, en ningún caso, del mismo talante; son meros ejemplos de la insipidez moderna. En cambio, esto es mejor que la moda, ¿verdad? Empero, solo bastaría que la gente lo viese para que se convirtiera, con toda seguridad, en furor, aunque únicamente entre aquellos que pudiesen permitírsele y, esto, comprometiendo todo su patrimonio. Me he cuidado, sin embargo, de cualquier profanación de este tipo. A excepción de una persona, usted es el único ser humano, además de mí y de mi valet, que ha sido admitido al interior de los misterios de estos recintos imperiales desde que fueron decorados, ¡con gran gusto!, como usted mismo puede apreciar.

Me incliné en señal de asentimiento, debido a que el agobiante sentido de

esplendor, junto con los perfumes y la música, además de la inesperada excentricidad de su discurso y actitud, me impedían expresar, con palabras, aquello que yo podría haber considerado un elogio.

–Aquí –continuó, mientras se levantaba y se apoyaba en mi brazo, al tiempo que paseábamos por la habitación–, aquí hay pinturas que van desde los griegos a Cimabue, y desde Cimabue hasta el presente. Muchas han sido escogidas, como usted bien puede ver, casi sin tomar en cuenta las opiniones de aquéllos que conocen de arte. Sin embargo, todas ellas constituyen una tapicería apropiada para una habitación como esta. A su vez, se encuentran aquí algunas obras maestras creadas por grandes desconocidos, e incluso bocetos inconclusos hechos por hombres que fueron celebrados en su época, pese a que sus nombres han sido abandonados al silencio y a mí, gracias a la perspicacia de las academias. ¿Qué piensa usted? –dijo, dándose vuelta abruptamente mientras hablaba– ¿Qué piensa usted de esta Madonna della Pietà?

–¡Es la obra de Guido! –dije con el entusiasmo propio de mi naturaleza, pues había estado estudiando minuciosamente su insuperable hermosura–. ¡Es la de Guido! ¿Cómo pudo obtenerla usted? Sin duda alguna, ella es a la pintura lo que la Venus a la escultura.

–¡Ja! –dijo él pensativamente– La... ¿la bella Venus? ¿La Venus de los Médicis? ¿Aquella de la cabeza diminuta y el cabello dorado? Parte del brazo izquierdo –aquí su voz se tornó más baja, tanto que me era difícil oírlo– y todo el derecho han sido restaurados. Y en la coquetería de su brazo derecho reside, en mi opinión, la quintaesencia de la afectación. ¡A mí, denme el Canova! ¡También el Apolo! Es una copia, no cabe duda alguna. Qué ciego y estúpido soy, ¡soy incapaz de contemplar la presumida inspiración del Apolo! No puedo evitarlo, ¡compadézcame usted! No puedo evitar preferir el Antinoo. ¿No fue Sócrates quien afirmó que el escultor encuentra su estatua en el bloque de mármol? Si es así, Miguel Ángel no fue, en ningún caso, original en su copla:

Non ha l'ottimo artista alcun concetto

Che un marmo solo in se non circonscriva.

Se ha observado, o debiera observarse, que, ante la conducta de un verdadero caballero, somos conscientes, en todo momento, de la diferencia con el comportamiento del hombre vulgar, sin ser, a la vez, capaces de determinar con precisión en qué consiste tal diferencia. Pudiendo aplicar

esta observación con toda su fuerza a la conducta exterior de mi amigo, sentí que en esa mañana llena de incidentes se aplicaba aún con mayor intensidad a su temperamento y carácter moral. No podría definir mejor aquella peculiaridad de espíritu, que parecía situarlo de una forma tan esencialmente aparte de todo el resto de los seres humanos, que llamándola un hábito de pensamiento intenso y continuo, el cual invadía incluso sus acciones más triviales, inmiscuyéndose en sus momentos de ocio y entrelazándose con sus estallidos de júbilo, así como aquellas serpientes que brotan retorciéndose desde los ojos de las máscaras sonrientes en las cornisas que rodean los templos de Persépolis.

Sin embargo, no podía evitar observar repetidamente, a través del tono de frivolidad y solemnidad con que de modo rápido hizo un contrapunto acerca de temas de poca importancia, un cierto aire de trepidación, un cierto fervor nervioso en su actuar y su hablar, una inquieta excitabilidad que me parecía inexplicable en todo momento y que, en ciertas ocasiones, incluso, llegaba a alarmarme sobremanera. A su vez, frecuentemente, deteniéndose a mitad de una frase, cuyo comienzo en apariencia había olvidado, parecía estar escuchando con la más profunda atención, como si estuviese esperando la llegada de una visita, o como si estuviese oyendo sonidos que únicamente existían en su imaginación.

Fue durante una de dichas ensoñaciones o pausas de aparente abstracción que, al dar vuelta una página de *Orfeo* (la primera tragedia italiana propiamente tal), aquella hermosa tragedia del poeta y erudito Poliziano, que estaba cerca mío, sobre una otomana, descubrí un pasaje subrayado con lápiz. Era un pasaje hacia el final del tercer acto, un fragmento lleno de aquel entusiasmo que más conmueve el corazón; un pasaje que, pese a estar mancillado con impureza, ningún hombre podría leer sin sentirse estremecido por una emoción nueva, ni por ninguna mujer sin dejar escapar un suspiro. La página estaba completamente salpicada de lágrimas recién vertidas y, en una hoja inserta entre aquellas hojas del libro, se encontraban las siguientes líneas en inglés, escritas a mano, con una letra tan diferente a aquella peculiar y característica de mi amigo, que tuve un poco de dificultad en reconocerla como suya:

*Tú eras ese todo para mí, amor,
Por el cual mi alma sufría,
Una isla verde en el mar, amor,*

*Una fuente y un santuario,
Todo cubierto de frutas y flores etéreas,
Y todas las flores eran mías.
¡Ay, una ilusión demasiado hermosa y efímera!
¡Ay, Esperanza estrellada que surgiste
Solo para ser opacada!
Una voz desde el Futuro me grita:
—¡Sigue! ¡Sigue!—. Pero mi espíritu se cierne
Suspendido sobre el Pasado (¡Oscuro abismo!)
¡Mudo, inmóvil, horrorizado!
¡Ay! ¡Ay! Ya no está junto a mí.
La luz de la vida se ha extinguido.
“Ya no existe más... no existe más... no existe más”
(Este es el lenguaje que emplea el solemne mar
Al hablarle a las arenas en la orilla).
¡No florecerá el árbol despedazado por un rayo,
Ni se remontará el águila herida!
Ahora vivo mis días en trance,
Y todos mis sueños nocturnos
Se encuentran donde miran tus ojos grises,
Y donde tus pasos relucen...
En, ¡oh!, qué danzas etéreas,
A las orillas de qué magníficos arroyos italianos.
¡Ay! Ya que en aquel tiempo maldito
Te llevaron sobre la ola,
Desde el Amor hacia la edad y el crimen,
Y una almohada impía...
Lejos de mí y de nuestro clima neblinoso,
¡Donde llora el sauce plateado!*

El hecho de que estas líneas hubiesen sido escritas en inglés (una lengua con la cual yo pensaba que su autor no estaba familiarizado) me causaba muy poca sorpresa. Estaba demasiado consciente de la vastedad de sus conocimientos, así como del singular placer que le proporcionaba el esconderlos de toda observación, como para admirarme ante un descubrimiento de tales características; pero lo que sí debo confesar es que el lugar donde estaban fechados aquellos versos me produjo bastante

asombro. Originariamente, estaba escrito Londres; sin embargo, la palabra había sido con posterioridad tachada con cuidado, aunque no con tanta perfección como para ocultársele a un ojo escudriñador. Repito que esto me produjo un asombro no menor, debido a que recordaba bien que, en una conversación anterior con mi amigo, yo había inquirido específicamente si es que, en algún momento, se había encontrado él en Londres con la marquesa de Mentoni (quien, durante algunos años, antes de casarse, había residido en aquella ciudad), y su respuesta, si no me equivoco, me dio a entender que jamás había visitado la metrópolis de Gran Bretaña. Cabe también mencionar que había escuchado decir, más de una vez (por supuesto, sin dar crédito a una información que involucraba tal cantidad de asuntos improbables), que la persona de quien hablo era inglés no solo de nacimiento, sino también por educación.

—Hay una pintura —dijo él, sin darse cuenta que yo había estado hojeando la tragedia—, hay un cuadro que usted aún no ha visto—. Y descorriendo un tapiz, dejó al descubierto un retrato de cuerpo entero de la marquesa Afrodita.

El arte humano no podría haber hecho más en cuanto al trazado de su belleza sobrehumana. La misma figura etérea que se había encontrado frente a mí la noche anterior, en la escalinata del Palacio Ducal, se presentaba nuevamente ante mí. Sin embargo, en la expresión de su rostro, en el cual había una sonrisa radiante, seguía escondiéndose (¡oh, incomprensible anomalía!) aquel intermitente tinte de melancolía que jamás se ha de encontrar separado de la perfección de lo hermoso. Su brazo derecho descansaba doblado sobre su pecho. Con el izquierdo apuntaba hacia abajo, a un vaso de curioso diseño. Solo un diminuto pie, semejante al de un hada, podía verse, y este apenas rozaba la tierra. Además, casi imperceptible, en la brillante atmósfera que parecía envolver y consagrar su hermosura, flotaba un par de las alas más delicadas que se pueden imaginar. Mi vista pasó de la pintura a la figura de mi amigo y, entonces, las vigorosas palabras del Bussy D'Ambois de Chapman temblaron instintivamente en mis labios:

Se ha erguido.

Ahí, ¡cual estatua romana! ¡Permanecerá de pie

Hasta que la Muerte lo convierta en mármol!

—¡Acérquese! —dijo al fin, mientras se volvía hacia una mesa de plata maciza, esmaltada con lujo, sobre la cual había unas pocas copas,

fantásticamente teñidas, junto con dos grandes vasos etruscos, creados según el mismo modelo extraordinario que aparecía en el primer plano del retrato, y llenos de lo que supuse era Johannisberger. —¡Acérquese! —repitió abruptamente— ¡Bebamos! Es temprano, pero bebamos. En realidad es muy temprano —continuó, pensativo, al tiempo que un querubín, portando un pesado martillo de oro, hacía que la habitación resonara con la primera hora luego de la salida del sol—. Por cierto que es temprano, pero, ¿qué importa? ¡Bebamos! ¡Brindemos una ofrenda a ese sol solemne, a quien estas brillantes lámparas e incensarios pretenden, con tanto entusiasmo, someter!

Y después de brindar conmigo, bebió, rápida y sucesivamente, varias copas de vino.

—Soñar— continuó, retomando el tono de su indolente conversación, mientras sostenía contra la abundante luz de un incensario uno de aquellos magníficos vasos—, soñar ha sido el objetivo de mi vida. Por lo tanto, como puede usted apreciar, he construido un recinto sagrado para mis sueños. En el corazón mismo de Venecia, ¿podría yo haber erigido uno mejor? Es verdad que aquello que usted ve a su alrededor es una mezcla de ornamentos arquitectónicos. La castidad de Jonia se ve ofendida por los recursos antediluvianos, y las esfinges de Egipto se tienden sobre alfombras de oro. No obstante, el efecto solo resulta inapropiado para aquél que es tímido. Las convenciones de lugar, y especialmente de tiempo, son las pesadillas que aterran a la humanidad en la contemplación de lo magnificante. Hace algún tiempo, yo mismo fui un decorador, pero aquella sublimación de la locura ha pesado sobre mi alma. Todo lo que ahora me rodea se ajusta mejor a mi propósito. Tal como estos incensarios de arabescos, mi espíritu está retorciéndose en el fuego, y el delirio de esta escena me está preparando para las visiones más exaltadas de aquella tierra de sueños verdaderos, hacia la que ahora voy partiendo con tanta rapidez.

Hizo una pausa abrupta, inclinó la cabeza sobre su pecho y pareció escuchar un sonido que yo no lograba oír. Por fin, enderezando su cuerpo, miró hacia arriba y recitó, con ardor, los versos del obispo de Chichester:

¡Espérame allá! Ciertamente iré

a encontrarme contigo en aquel profundo valle.

Al instante siguiente, cediendo ante el poder del vino, dejó caer todo su cuerpo sobre una otomana.

Entonces se escucharon unos apresurados pasos en la escalera, seguidos

por un fuerte golpe en la puerta. Me disponía a evitar una segunda interrupción, cuando un paje de la casa de Mentoni entró de sopetón a la habitación y balbuceó, en un tono de voz ahogado por la emoción, algunas incoherentes palabras:

—¡Mi señora! ¡Mi señora! ¡Envenenada... envenenada! ¡Oh, la hermosa...! ¡Oh, la hermosa Afrodita!

Aturdido, me precipité a la otomana y traté, por todos los medios, de despertar al durmiente, para que recobrara el uso de aquella inteligencia extraordinaria. Sin embargo, sus miembros estaban rígidos, sus labios estaban lívidos y sus ojos, otrora brillantes, aparecían absortos por la muerte. Me tambaleé, retrocediendo hacia la mesa y mi mano cayó sobre una copa resquebrajada y ennegrecida. Y fue entonces cuando la conciencia de aquella verdad terrible y absoluta penetró, como un rayo, en mi alma.

El diablo en el campanario

¿Qué hora es?

(Proverbio antiguo).

Todo el mundo sabe, a modo general, que el lugar más espléndido que existe en el mundo es —o, ¡ay!, más bien era— el pueblo holandés de Vondervotteimittiss. Sin embargo, como este se encuentra a cierta distancia de cualquier vía principal, en una situación que podría llamarse fuera de camino, lo más probable es que, entre mis lectores, existan pocos que alguna vez lo hayan visitado. Por ende, en beneficio de aquéllos que no lo han hecho, no puede ser sino apropiado que me dedique a hablar acerca de él. Y esto es ciertamente más que necesario, pues es con la esperanza de atraer la compasión pública en favor de sus habitantes, que pretendo hacer aquí un recuento de los calamitosos eventos que han ocurrido últimamente dentro de sus límites. Nadie que me conozca podría dudar que la tarea que, de este modo, me he autoimpuesto, no será ejecutada entregando lo mejor de mí, con toda aquella rigidez imparcial, y con todo el cauteloso escrutinio de los hechos y la diligente entrevista a las autoridades, que siempre han de distinguir a quien aspira al título de historiador.

Mediante la ayuda conjunta de medallas, manuscritos e inscripciones, puedo decir, con toda certeza, que, desde su origen, el pueblo de Vondervotteimittiss ha existido exactamente en la misma condición que conserva hasta hoy. Sin embargo, sufro respecto de su fecha de origen, ya que solo puedo hablar con aquella especie de indefinida precisión con la cual los matemáticos se ven, en ocasiones, forzados a conformarse respecto de ciertas fórmulas algebraicas. La fecha, entonces, si puedo decirlo así, teniendo en cuenta lo remoto de su antigüedad, no puede ser menos a cualquier cantidad que pueda asignársele, fuese esta la que fuese.

En lo tocante a la derivación del nombre Vondervotteimittiss, debo confesar con profunda pena, que me encuentro igualmente en falta. En medio de una multitud de opiniones acerca de este delicado punto (algunas agudas, algunas sabias, algunas todo lo contrario), no soy capaz de elegir ninguna que pueda ser considerada satisfactoria. Quizás la idea de Grogswigg, que casi coincide con aquella de Kroutaplenttey, deba ser la

elegida, aunque con prudencia. Dice así: *Vondervotteimittis; Vonder, lege Donder; Votteimittis, quasi und Bleitziz; Bleitziz obsol: pro Blitzen*. A decir verdad, esta derivación todavía es aceptada gracias a algunas huellas de evidente fluido eléctrico en lo alto de la torre de la municipalidad del pueblo. Sin embargo, no quiero afirmar cosa alguna respecto de un tema de tal importancia, por lo que debo referir al lector que se encuentre deseoso de obtener información al *Oratiunculae de Rebus Praeter-Veteris de Dundergutz*. También puede consultar, *Blunderbuzzard*, De Derivationibus, desde la página 27 a la 5.010, in folio, edición gótica, caracteres rojos y negros, con llamadas y sin iniciales; y de igual forma, incluso puede consultar las notas al margen autografiadas por Stuffundpuff, con subcomentarios hechos por Gruntundguzzell.

A pesar de la oscuridad que envuelve, de este modo, la fecha de la fundación de Vondervotteimittis, así como también la derivación de su nombre, no cabe duda alguna, como ya he mencionado, de que siempre existió tal y como lo encontramos en esta época. El hombre más anciano del pueblo no puede recordar ni siquiera el más mínimo cambio en cuanto a la apariencia de cualquier parte del mismo, y, de hecho, la mera insinuación de dicha posibilidad es considerada un insulto. El emplazamiento de la aldea es un valle perfectamente circular, de más o menos un cuarto de milla de circunferencia, y se encuentra por completo rodeado de pequeñas colinas, cuyas cimas sus habitantes, hasta el momento, nunca se han aventurado a traspasar. Este hecho lo justifican con una excelente razón: no creen que haya absolutamente nada al otro lado.

Alrededor de los bordes de valle (el cual es bastante llano y se encuentra totalmente pavimentado con baldosas planas), se extiende una hilera continua de sesenta casas pequeñas. Estas le dan la espalda a las colinas y, por supuesto, miran hacia el centro de la llanura, la cual se encuentra a solo sesenta yardas de la puerta principal de cada morada. Cada casa tiene un pequeño antejardín, que cuenta con un sendero circular, un reloj de sol y veinticuatro repollos. Los edificios, en sí mismos, son tan exactamente iguales que no hay manera alguna de que se pueda distinguir uno de otro. Debido a su gran antigüedad, el estilo arquitectónico es algo extraño, pero no por ello menos sorprendente y pintoresco. Están contruidos con pequeños ladrillos cocidos a mano, rojos y con bordes negros, otorgándole a las murallas un aspecto de tablero de ajedrez a gran escala. Los gabletes

miran hacia el frente y hay cornisas, tan grandes como todo el resto de la casa, sobre los aleros y sobre las puertas principales. Las ventanas son angostas y profundas, con cristales muy diminutos y grandes marcos. En el techo hay una enorme cantidad de tejas con terminaciones largas y onduladas. El trabajo de carpintería, en todas las construcciones, es de un tono oscuro y tiene muchos tallados, pero es insignificante en cuanto a la variedad de patrón, pues, desde tiempos inmemoriales, los talladores de Vondervotteimittis nunca han sido capaces de tallar más que dos objetos: un reloj y un repollo. A pesar de ello, lo hacen extremadamente bien y los intercalan, con singular ingenuidad, dondequiera que encuentren lugar para el cincel.

Las casas son iguales tanto por dentro como por fuera y todos los muebles tienen un mismo diseño. Los pisos están compuestos por baldosas cuadradas. Por su parte, las sillas y las mesas son de una madera de apariencia negra, con patas torneadas, en arco y que terminan en garras. Las repisas de la chimenea son anchas y altas, y no solo tienen relojes y repollos esculpidos en el frente, sino también un reloj auténtico, el cual resuena con un prodigioso tictac, arriba en el centro, junto a un macetero que contiene un repollo en cada extremo, a modo de batidor. Y todavía, entre cada repollo y el reloj, hay un pequeño hombre chino con una panza abultada, que tiene un gran agujero redondo en ella, y a través de la cual puede apreciarse la esfera de un reloj.

Las chimeneas son grandes y profundas, con morillos de aspecto fiero y retorcido. Hay un fuego que arde en forma constante en cada una, sobre el cual se encuentra una gran olla llena de chucrut y carne de cerdo, de la cual se preocupa siempre la buena y atareada dueña de casa. Ella es una mujer de edad, pequeña y regordeta, con ojos azules y una cara roja, y viste un enorme gorro semejante a un pan de azúcar, decorado con cintas de color púrpura y amarillo. Su vestido está confeccionado con una mezcla de lino y algodón de color naranja, muy amplio por atrás y muy corto de talle, y, por cierto, muy corto, asimismo, en otros lugares, pues no le llega ni a la mitad de sus piernas. Estas son algo gruesas, lo mismo que sus tobillos, pero lleva puesto un fino par de medias verdes para cubrirlas. Sus zapatos, de cuero rosado, se atan con un montón de cintas amarillas fruncidas en forma de repollo. En su mano izquierda luce un pequeño, aunque pesado, reloj de pulsera holandés, mientras en su derecha hace uso de un cucharón para el

chucrut y el cerdo. A su lado se encuentra un gato gordo y atigrado, con un despertador dorado de juguete atado a su cola, que “los muchachos” le han puesto a modo de broma.

En lo que respecta a estos muchachos, los tres se encuentran en el jardín cuidando al cerdo. Cada uno mide dos pies de altura. Están vestidos con sombreros tricornios, chalecos de color púrpura, que les llegan hasta los muslos, bombachos de piel de ante, medias rojas, zapatos gruesos con grandes hebillas plateadas y largos sobretodos con grandes botones de nácar. Asimismo, cada uno de ellos tiene una pipa en la boca, y un pequeño y regordete reloj de pulsera en su mano derecha. Una bocanada de humo y un vistazo, un vistazo y una bocanada de humo. El cerdo, que es corpulento y flojo, se ocupa ahora en comer las hojas sueltas que caen de los repollos, así como de dar coces al despertador dorado que los pilluelos también le han atado a su cola, para dejarlo tan guapo como al gato.

Justo en frente de la puerta principal, en una silla con brazos, de respaldo alto y con asiento de cuero, con patas arqueadas y terminadas en garras, tal como aquellas de las mesas, se encuentra sentado el viejo dueño de casa en persona. Es un caballero de edad, pequeño y extremadamente hinchado, con grandes ojos redondos y una inmensa papada. Su atuendo se asemeja al de los muchachos, por lo que no necesito volver a describirlo. La única diferencia es que su pipa es algo más grande que la de ellos y puede echar más humo. Tal como ellos, usa un reloj, pero lo lleva en su bolsillo. A decir verdad, tiene un asunto de mayor importancia del cual ocuparse que estar pendiente de un reloj, y justamente es esto lo que explicaré a continuación. Se sienta con su pierna derecha sobre la rodilla izquierda y, con un semblante serio, mantiene en forma permanente, por lo menos con uno de sus ojos, la mirada fija, resueltamente clavada, en cierto objeto extraordinario que se encuentra en el centro de la llanura.

Tal objeto está situado en la torre de la municipalidad del pueblo. Los miembros de dicha municipalidad son todos hombres muy pequeños, redondos, adiposos e inteligentes, con ojos grandes en forma de platillos y papadas regordetas, y cuyos sobretodos son mucho más largos, y las hebillas de sus zapatos mucho más grandes, que aquellos de los habitantes comunes y corrientes de Vondervotteimittiss. Desde que resido en el pueblo, han celebrado varias sesiones extraordinarias, en las cuales se han adoptado estas tres importantes resoluciones:

“Que está mal alterar el antiguo y buen curso de las cosas”.

“Que no existe nada tolerable fuera de Vondervotteimittiss”.

“Que vamos a mantenernos fieles a nuestros relojes y a nuestros repollos”.

Sobre la sala de sesiones de la municipalidad se encuentra la torre, y en la torre está el campanario, donde reside, ya desde tiempos inmemoriales, el orgullo y maravilla de la aldea: el gran reloj del pueblo de Vondervotteimittiss. Y éste es el objeto hacia el cual dirigen su mirada los caballeros de edad que se sientan en sillas con brazos y asientos de cuero.

El gran reloj tiene siete caras, cada una de ellas en los siete lados de la torre, de modo que puede ser visto con facilidad desde todos los barrios. Sus cuadrantes son grandes y blancos, y sus agujas pesadas y negras. Hay un campanero, cuyo único deber es cuidarlo; no obstante, este deber es la más perfecta de las sinecuras, ya que al reloj de Vondervotteimittiss nunca, hasta ese momento, le había ocurrido cosa alguna. Hasta hace poco, la mera suposición de que sucediera algo así era considerada una herejía. Desde el período más remoto de la antigüedad al que se hace referencia en los archivos, las horas habían sido anunciadas en forma regular por la gran campana. Y, por cierto, que ese también era el caso con todo el resto de los relojes del pueblo, fuesen estos de pared o de pulsera. Nunca existió un lugar que guardase, como este, la exactitud de las horas. Cuando el gran badajo consideraba apropiado anunciar: “¡Las doce!”, todos sus obedientes seguidores abrían sus gargantas en forma simultánea y respondían como un verdadero eco. En pocas palabras, estos buenos burgueses sentían mucho aprecio por su chucrut, pero estaban orgullosos de sus relojes.

A todas las personas que llevan a cabo sinecuras se les guarda más o menos respeto y, como el campanero de Vondervotteimittiss lleva a cabo la más perfecta de ellas, es el hombre más perfectamente respetado de entre cuantos hay en el mundo. Es el principal dignatario de la aldea, y hasta los mismísimos cerdos lo contemplan con un sentimiento de reverencia. El faldón de su sobretodo es muchísimo más largo; su pipa, las hebillas de sus zapatos, sus ojos y su estómago son aún muchísimo más grandes que los de cualquier otro de los caballeros de edad que habitan la aldea; y, en cuanto a su papada, no solo es doble, sino que triple.

De este modo, he descrito el feliz territorio de Vondervotteimittiss, aunque, ¡ay, lástima que un lugar tan excelente estuviese condenado a experimentar un revés!

Hace ya mucho tiempo que ha existido un dicho entre los habitantes más sabios: “Nada bueno puede venir desde el otro lado de las colinas”, y, verdaderamente, parece que aquellas palabras contenían algo de espíritu de profecía. Antes de ayer, cuando faltaban cinco minutos para el mediodía, apareció un objeto de aspecto muy extraño en lo alto de la cima de las colinas del este. De más está decir que tal acontecimiento atrajo la atención universal, y cada uno de los pequeños caballeros de edad, que se encontraba sentado en su silla con brazos y asiento de cuero, volvió uno de sus ojos, con la mirada consternada, hacia el fenómeno, mientras mantenía el otro fijo en el reloj de la torre.

En el momento en que faltaban solo tres minutos para el mediodía, se percataron de que el curioso objeto en cuestión era un hombre joven, muy diminuto y con apariencia de ser extranjero. Descendió las colinas a gran velocidad, de modo que, muy pronto, todos pudieron verlo bien. Por cierto, este pequeño personaje era el más recargado que se hubiera visto alguna vez en Vondervotteimittiss. Su semblante era de un color tan oscuro como el rapé y tenía una nariz larga y ganchuda, ojos en forma de guisantes, una enorme boca y una excelente hilera de dientes, los cuales parecía estar ansioso por mostrar, ya que sonreía de oreja a oreja. Como tenía barba y bigotes, no se podía apreciar nada más de su rostro. Llevaba su cabeza al descubierto y su cabellera estaba peinada de manera ordenada, rizada con papillotes. Estaba vestido con un sobretodo negro y ajustado, y con cola como de golondrina, desde uno de cuyos bolsillos colgaba la larga punta de un pañuelo blanco. Asimismo, llevaba pantalones negros de cachemira, medias negras y escarpines de aspecto rechoncho, cuyos cordones eran grandes lazos de cintas negras de raso. Bajo uno de sus brazos, llevaba un inmenso chapeau-de-bras y, bajo el otro, un violín casi cinco veces más grande que él. En su mano izquierda tenía una caja de tabaco rapé de oro, de donde, con el aire de mayor satisfacción personal, aspiraba rapé sin cesar, mientras saltaba descendiendo por la colina, dando toda clase de pasos fantásticos. ¡Santo Dios! ¡Esto sí que constituía un espectáculo para los honestos burgueses de Vondervotteimittiss!

Para decirlo claramente, el sujeto, a pesar de su sonrisa, tenía un rostro con un aire audaz y siniestro, y, mientras corcoveaba derecho hacia el pueblo, la apariencia gastada y rechoncha de sus escarpines despertó muchas sospechas, y más de un burgués, entre quienes lo vieron aquel día, hubiese

dado algo por echar un vistazo debajo de su pañuelo de blanca batista, el cual colgaba tan inoportunamente del bolsillo de su sobretodo de cola con forma de golondrina. No obstante, lo que provocó una justa indignación fue, principalmente, que el canallesco petimetre, mientras daba un paso de fandango por aquí y una vuelta por allá, no parecía tener ni la más remota noción de aquello que se denomina llevar el compás.

Con todo, los buenos habitantes del pueblo apenas habían tenido ocasión de abrir sus ojos por completo, cuando, faltando tan solo medio minuto para el mediodía, el granuja se plantó de un salto, como bien digo, justo en medio de ellos, hizo un *chassez* por aquí y un *balancez* por allá, para luego, después de una *pirouette* y de un *pas-de-zephyr*, dirigirse, raudo como un pájaro, hasta lo alto del campanario de la municipalidad del pueblo, donde el campanero, estupefacto, estaba sentado fumando en un estado de dignidad y consternación. Pero el pequeño personaje lo cogió súbitamente por la nariz, le dio un sacudón y, tirando de ella, le encajó el gran *chapeau de-bras* sobre la cabeza, hundiéndoselo sobre sus ojos hasta la boca. Luego, enarbolando el gran violín, procedió a golpearlo con él durante tanto rato y con tanto ímpetu, que, dado que el campanero era tan gordo y el violín tan hueco, cualquiera hubiera jurado que había un regimiento de tambores mayores golpeando sus bombos dobles, todos al mismo tiempo, ofreciendo un espectáculo musical castrense diabólico allá en lo alto del campanario de la torre de Vondervotteimittiss.

Nunca se llegará a saber qué acto de venganza desesperado hubiesen podido cometer los habitantes del pueblo ante este ataque inescrupuloso, pues, en ese preciso instante, ocurría un hecho de suma importancia: solo faltaba medio segundo para el mediodía. La campana estaba a punto de sonar, y era un asunto de absoluta y suprema necesidad el que cada persona mirase bien su reloj. Sin embargo, era evidente que, justo en ese momento, aquel sujeto estaba haciendo algo con el reloj de la torre, algo que no era de su incumbencia. Pero, entonces, es decir, una vez que hubo comenzado a dar sus campanadas, nadie tuvo tiempo para preocuparse de sus maniobras, ya que todos debían contar los repiques de la campana a medida que ella sonaba.

—¡Una! —dijo el reloj.

—¡Uuna! —repitió, como un eco, cada pequeño caballero de edad, en cada una de las sillas con brazos y asiento de cuero en Vondervotteimittiss—. —

¡Uuna! –dijo también su reloj–. ¡Uuna! –dijo el reloj pulsera de su mujer. Y
–¡Uuna! –dijeron los relojes pulsera de los muchachos y también los
pequeños despertadores dorados en las colas del gato y el cerdo.

–¡Dos!– continuó la gran campana... y...

–¡Doos!– repitieron todos los despertadores.

–¡Tres! ¡Cuatro! ¡Cinco! ¡Seis! ¡Siete! ¡Ocho! ¡Nueve! ¡Diez! –dijo la
campana.

–¡Trres! ¡Cuattro! ¡Cinca! ¡Ses! ¡Seta! ¡Ooto! ¡Noife! ¡Dies! –
respondieron los otros.

–¡Once! –dijo el grande.

–¡Oonce! –asintieron los pequeños.

–¡Doce! –dijo la campana.

–¡Dooce! –contestaron ellos perfectamente satisfechos, y dejando caer sus
voces.

–¡Y las dooce son! –dijeron todos los pequeños y viejos caballeros,
guardando sus relojes. Pero la gran campana aún no había terminado con
ellos.

–¡Trrece! –dijo el reloj.

–¡*Der Teufel*! –gimieron los pequeños y viejos caballeros, empalideciendo,
mientras dejaban caer sus pipas y bajaban todos la pierna derecha de sobre
su rodilla izquierda.

–¡*Der Teufel*⁴⁰! –gruñeron ellos– ¡Trrece! ¡¡Trrece!! ¡¡Mein Gott, son las
trece!!”

¿Por qué debiese siquiera intentar describir la terrible escena que siguió a
continuación? Todo el pueblo de Vondervotteimittiss pasó, en el acto, a un
estado de lamentable alboroto.

–¿Qué ha pasado a mi estómaga? –bramaron todos los muchachos–. ¡He
espegado con hambgue esta hoga!

–¿Qué ha pasado a mi guebollo? –chillaron todas las mujeres–. ¡Ya debe
estag deshecho a esta hoga!

–¿Qué ha pasado pasa a mi biba? –maldijeron todos los pequeños y viejos
caballeros–. Rrayos y trruenos, ¡ya ha sido fumada a esta hoga!– Y las
llenaron una vez más con gran furia y, volviendo a hundirse en sus sillas con
brazos, las aspiraron con tal rapidez y tan ferozmente, que, en ese mismo
instante, todo el valle se llenó de un humo impenetrable.

En el intertanto, todas las caras de los repollos se tornaron muy rojas y
parecía como si el mismísimo y viejo Mefistófeles hubiese tomado posesión
de cada cosa que tuviese forma de reloj. Así, los relojes que estaban tallados
en los muebles se pusieron a bailar como si estuviesen embrujados, mientras
aquellos que estaban sobre las repisas de las chimeneas apenas podían
contenerse en su furia y se obstinaban en mantenerse dando continuamente
las trece, y en esto el vaivén y movimiento de sus péndulos era tal, que se
volvía algo en realidad horrible de mirar. No obstante, lo peor de todo era
que ni los gatos ni los cerdos podían soportar más la conducta de aquellos
pequeños despertadores que tenían atados a sus colas, y lo demostraban
correteando por todas partes, arañándose y arremetiendo, chillando y
aullando, gritando y berreando, arrojándose a las caras de las personas,
metiéndose debajo de sus faldas y creando, en forma conjunta, el barullo y
la confusión más odiosos que le sean posibles imaginar a una persona
razonable. Y en la torre, esforzándose evidentemente al máximo de sus
capacidades a fin de tornar las cosas aún más angustiantes, se encontraba
aquel pequeño granuja desgraciado. De vez en cuando, se podía incluso
alcanzar a ver al bribón por entremedio del humo. Seguía en el campanario,
sentado sobre el campanero, quien estaba tirado de espaldas. El rufián
sujetaba la cuerda de la campana con los dientes, sacudiéndola sin parar con
su cabeza, llegando a hacer tal estruendo que mis oídos llegan a zumbar
cada vez que pienso en ello. El gran violín estaba sobre su regazo y lo
arañaba, fuera de todo ritmo y compás, con ambas manos, y haciendo un
gran espectáculo de aquello –¡aquel papanatas!–, mientras tocaba la canción
Judy O’Flannagan and Paddy O’Rafferty.

Habiendo llegado la situación a tan lamentable extremo, abandoné el sitio
disgustado, y ahora apelo a la ayuda de todos los amantes de la hora exacta
y del buen chucrut: acudamos en masa al pueblo para así lograr restaurar el
antiguo orden de las cosas en Vondervotteimittiss, echando de la torre a
aquel pequeño sujeto.

1 *Gaza aerienne*: gaza aérea. (N. del E.)

2 *Ventium textilem*: tejido de viento, de aire. (N. del E.)

3 ¡*Ninon, Ninon, Ninon, abajo!*
¡*Abajo Ninon de L'Enclos!*

4 *Outré*: ultrajante. (N. del E.)

5 *Naiveté*: ingenuidad. (N. del E.)

6 *Emprèssement*: apresuramiento (N. del E.)

7 Un poco pasadas. (N. del E.)

8 A quien solo le queda un momento de vida, ya no tiene que disimular nada. (N. del E.)

9 Bonote: fibra de coco. (N. del E.)

10 Nota: El Manuscrito encontrado en una botella se editó por primera vez en el año 1831, y hasta muchos años después no llegué a conocer los mapas de Mercator. En éstos el océano está representado por una precipitación torrencial, mediante cuatro desembocaduras en el Golfo Polar (nórdico), donde sus aguas son absorbidas por las entrañas de la tierra. Al propio Polo se lo representa por una roca negra de gran altura.

11 *Whist*: juego de naipes, cartas. (N. del E.)

12 *Et id genus omne*: ni para nadie de su especie. (N. del E.)

13 *Estereotomía*: técnica para cortar madera o piedra. (N. del E.)

14 La antigua palabra perdió su primera letra. (N. del E.)

15 Monsieur Jourdain es el protagonista de una obra de Molière. (N. del E.)

16 Laverna: diosa romana de los falsificadores y ladrones. (N. del E.)

17 Negar lo que es, y explicar lo que no es. (Citado de una obra de Jean Jacques Rousseau.) (N. del E.)

18 El alma se salva porque se conserva su forma individual. (N. del E.)

19 *Palas (Palas Atenea)*: En la antigua Grecia, diosa mitológica protectora de la inteligencia. (N. del E.)

20 Noche Plutónica: De Plutón, dios mitológico romano, rey de los infiernos y dios de los muertos. (N. del E.)

21 *Nepente*: Bebida que los dioses de la mitología griega usaban para producir olvido o curar heridas. (N. del E.)

22 *Galaad*: Región de Palestina, al este del río Jordán. (N. del E.)

23 Mis compañeros me aseguraban que visitando el sepulcro de mi amiga aliviaría en parte mis tristezas. (N. del T.)

24 El hijo de Dios está muerto: esto es cierto porque es absurdo; y del sepulcro resucitó: solo esto es cierto porque es imposible. (N. del T.)

25 Mis compañeros me aseguraban que visitando el sepulcro de mi amiga aliviaría en parte mis tristezas.

26 Nadie me insulta impunemente.

27 Descanse en paz. (N. del T.)

28 Nada es más desagradable a la razón que el exceso de precisión.

29 Hay que apostar. (N. del T.)

30 Tan funesto designio, si no es digno de Atreo, digno en cambio es de Tiestes. (N. del T.)

31 En vida era tu azote, muerto seré tu muerte. (N. de la T.)

32 Proviene de no poder estar solos. (N. de la T.)

33 Solo habita una sola vez en un cuerpo tangible: por lo demás, un caballo, un perro, incluso un hombre, no es más que el parecido poco tangible de estos animales. (N. de la T.)

34 Hinión: en hebreo Gai Benn Hinnon (valle del Hinón) es el infierno o purgatorio judío, que en griego se transcribe como Gehena (Geena). (N. de la T.)

35 Era de una arquitectura desconocida en los anales de la tierra. (N. de la T.)

36 Su conjunto entero. (N. de la T.)

37 Más allá. (N. de la T.)

38 *A tres lápices* (de colores). (N. del T.)

39 ΓΕΛΛΕΜΑ: “Risa”, en griego. (N. del T.)

40 *Der Teufel*: ¡El diablo! en alemán. (N. de la T.)

Traducciones integrales del inglés de:

María Elena Gertner

Alejandra Schmidt

y Suyai Rodríguez

Ilustración de portada de:

Alfredo Cáceres

e-I.S.B.N: 978-956-12-2207-6.

1ª edición ampliada: diciembre de 2015.

Gerente editorial: Alejandra Schmidt Urzúa.

Editora: Camila Domínguez Ureta.

Director de arte: Juan Manuel Neira.

Diseñadora: Mirela Tomicic Petric.

© 2009 por Empresa Editora Zig-Zag, S.A..

Inscripción N° 187.214. Santiago de Chile.

Derechos exclusivos de las presentes traducciones
reservados para todos los territorios.

Editado por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.

Los Conquistadores 1700. Piso 10. Providencia.

Teléfono 56 2 28107400. Fax 56 2 28107455.

E-mail: zigzag@zigzag.cl / www.zigzag.cl

Santiago de Chile.

El presente libro no puede ser reproducido ni en todo
ni en parte, ni archivado ni transmitido por ningún medio
mecánico, ni electrónico, de grabación, CD-Rom, fotocopia,
microfilmación u otra forma de reproducción,

sin la autorización de su editor.

Impreso por Salesianos Impresores S.A.

General Gana 1486. Santiago de Chile.